

A large, dark, double-breasted coat hangs vertically, filling most of the frame. The coat is made of a heavy, textured material, possibly wool or canvas, and features large buttons and a high collar. The background is a misty, forest-like setting with tall, thin trees. In the lower right corner, a small silhouette of a person is visible, holding a rifle and aiming it towards the left. The overall atmosphere is somber and historical.

# EL CABO DEL MUNDO

*Xabier Quiroga*

**B**

# **EL CABO DEL MUNDO**

XABIER QUIROGA

Traducción de Beatriz Álvarez



SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Preámbulo

Todos hemos de morir algún día, eso lo sabemos, aunque no pensemos muy a menudo en esa idea o prefiramos dejarla correr, pero precisamente cuando estamos al borde de ese trance, cuando nos damos cuenta de que la muerte es un hecho tan inminente que no hay manera de librarse de ella, entonces, además de realizar un postrero intento para seguir respirando un segundo más, sentimos miedo, un íntimo y cerval miedo que nos araña las entrañas hasta hacernos sentir las criaturas más frágiles que habitan este complejo y, en ocasiones, estúpido mundo.

# PRIMERA PARTE

## SED

Me llamo Carlos Pereiro, tengo cuarenta y siete años, estoy de vuelta de muchas cosas y, además del miedo del que he hablado, siento una amargura por la existencia que me devora poco a poco, tal y como devora un gusano la fruta madura, hasta consumirla o hacer que se pudra. Y eso porque no paro de preguntarme por qué la vida pudo pasar así, tan sin darme cuenta, cómo el tiempo ha dejado en mí ese sabor tan agrio y fugaz que, al final de un camino por el que no quiero transitar, no soy capaz de estar satisfecho con lo vivido ni de conformarme con lo que me queda por vivir.

Aun así, ya que he publicado algunas novelas y mientras espero el instante propicio en que desapareceré para siempre, quisiera contar una última historia, aquella que me lleva hasta la más terrible de las noches y que el leal Reina me impone como tarea de un presente sin futuro, aquella que, sin ánimo de ejercer de juez, pero sabiendo que los hechos que no se recuerdan es como si no hubiesen sucedido, me envolvió inexorablemente...

Por extraño que parezca, hay historias que comienzan cuando acaban otras. En este caso todo empezó el día del entierro de mi padre. En aquella época aún no sabía nada del mal que me embaza y pasaba por ser otro macilento funcionario que transita por el mundo sin encontrarle un sentido a la vida, como esperando a ver qué sucede. Y lo que sucedía desde tiempo atrás venía a ser la complacencia en deambular por las aulas de un instituto de secundaria de este país subvencionado en exceso, de mentalidad minifundista y en el que abundan los politiquillos que tiran de lo suyo para que se alargue. En fin, que

trabajaba de malvisto profesor que soporta adolescentes con cara de asco y tomados por el sarpullido del consumo. Carne de cañón y poco más. Ellos y yo. Pero en aquel infausto sábado de noviembre de 2001, allá en el cementerio del pueblo donde nací, mientras aguantaba el responso de un cura contratado para la ocasión y las letanías de una recua de ancianas que se habían acercado al entierro para tener clientes cuando les llegase el momento, bajo una pertinaz llovizna y guarecido bajo un paraguas que alguien sostenía a mi lado, escuché el grito dirigido a mi padre en el mismo instante de posar el féretro en el fondo del nicho:

—¡Adiós, asesino!

Había que estar allí, y sobre todo en mi lugar, para sentir lo que sentí. Fue como si un rayo interior me surcase y abriese de arriba abajo. Y no porque aquella voz, rota y no sin alegría, mancillase la memoria de mi padre el día de su entierro, tampoco porque algo así como una capa de vergüenza alcanzase a la familia, mucho menos porque yo lo quisiera una pizca —digamos para ser justo que a mi padre lo quería media pizca y que siempre creí sobrado ese cariño en pago por haberme engendrado— y me sintiese obligado a ejercer de hijo. No sé por qué, el caso fue que de pronto me asusté y, al tiempo, agucé la vista para escudriñar entre los paraguas intentando dar con la persona que se había atrevido a encender la mecha del rumor, que efectivamente prendió como prende una chispa en la hierba seca del verano, para que enseguida un incendio feroz lo arrasase todo.

Está claro que no hubo tal fuego, pero un instante después, con las manos en los bolsillos y como con el deber cumplido, vestido con un gabán oscuro y boina capada, doblado hacia delante como si la cabeza le pesara cien kilos y un tanto rengo al andar, un viejo muy viejo —cuyo rostro no pude distinguir con claridad, aunque sí observé una repulsiva cicatriz en la mandíbula— se separó del grupo, caminó taciturno entre los mirtos hasta llegar a la

herrumbrosa cancela y se perdió tras un muro dejando la tarde teñida de un gris más funesto que el del propio funeral. Y todos lo vimos y nadie se movió, incluso creo que nadie pestañeó, ni siquiera cuando oímos arrancar el coche y acelerar, para escapar como lo haría un demonio que quisiera depositar un maleficio en el espíritu de los presentes.

Sobrevino entonces un silencio tan inmenso que paralizó el tiempo y las acciones. Fue como si una prohibición no escrita amordazase las bocas y los pensamientos, arañados por una despedida acusadora y para la que todos buscamos explicación. «¡Adiós, asesino!», había gritado, y ese golpe de voz, tantos años después, todavía sigue instalado en mi cerebro como un reconcomio interior del que nunca he logrado librarme. Y ya que nadie corrió a pedirle explicaciones a aquel detestable anciano —que luego tantas veces imaginé deforme y de sonrisa perversa en mis pesadillas— por la crudeza de ese proceder, ya que nadie nos apremió a ir tras él, pareció como si, por permanecer callados bajo la llovizna y el incienso, todos los presentes estuviéramos de acuerdo con la proclama difamatoria o todos fuésemos cómplices de un repentino e irrefutable cargo de conciencia.

Por eso ni mi hermana Sara ni yo mismo, como más allegados, movimos pieza en aquella ya desaborida ceremonia. Atrapados por la sorpresa, no pudimos o no supimos reaccionar y apencamos ante el oscuro agujero interrogándonos con los ojos abiertos como platos y, quizás, aliviados porque mi madre no hubiese acudido al cementerio y se ahorrara el disgusto, uno más entre los muchos que una maestra jubilada y perpetua ama de casa llevaba pasados. Solo recuerdo que, una vez que el cura reinició el responso, entre las prisas de los obreros por asentar la lápida de mármol y las del hombre de la funeraria por llenar de coronas el nicho, miré a mi amigo Lolo en medio de la tromba de agua, como pidiéndole ayuda o una explicación. Pero por aquel leve alzar de hombros, por aquel arquear las cejas y apretar los



labios, comprendí que no era asunto suyo ir más allá. ¿De quién era, entonces?, me pregunto ahora. O mejor: ¿cómo puede vivir tranquilo un hombre después de escuchar ese palabro que empaña para siempre la memoria de su padre el día de su entierro?, y también, ¿quién era aquel anciano de la cicatriz que, al tiempo que verificaba que sepultaban a Serafín, se atrevió a pronunciarlo?, ¿qué motivos tenía para escupírselo así, tan adrede y sin misericordia, delante de todos?

No le daré más vueltas, pero preguntas por el estilo, aunque nunca pronunciadas, bulleron siempre y sin piedad por los rincones más recónditos del pensamiento, en ese cofre al que la propia consciencia no consigue llegar porque es territorio del más insufrible remordimiento. Y no es que en este instante sienta que tenga que pagar una deuda, ni que ese tormento no me deje vivir, pero por extraño que parezca, en los años que siguieron nunca pude apartar de mí esa obsesión, la que provocaba no tener respuesta para una única y crucial cuestión: ¿quién fue y qué hizo realmente mi padre?

Observé mi dedo a punto de pulsar y vi que temblaba por la indecisión, la misma que siempre me había cortado cualquier iniciativa ante ella, por eso apoyé la mano en el marco de la puerta y lo sostuve en el aire. Pensé que llevaba muchos años sin verla, tantos como había anidado en mi cerebro el anhelo por recuperar aquella sonrisa, tantos como llevaba el vacío y el recato sometiéndome la existencia y llevándola hacia un mero deambular de alma en pena. Pero ante aquel timbre, como si un sexto sentido me advirtiera de la dificultad de dar marcha atrás en el tiempo o de darle la vuelta a los acontecimientos, me di cuenta de que, por mucha experiencia que llegase a acumular, por mucho que me afanase en ser lo que no era, yo, ante esa mujer, seguiría sin estar seguro. Pensé entonces en que no hay forma ni razón para

los rasguños del sentimiento. No la hay, no puede haberla. Y esto sí puedo afirmarlo. Lo sé. Lo sé porque un secreto de estas dimensiones se guarda muy adentro, oculto como el tesoro al que en cualquier momento se puede acceder porque el cierre que lo protege no es solo el de los recuerdos, sino el del primer amor, ese que pudo ser y no fue, el que a menudo uno recuerda puro y no deja de compararse con la miseria en la que, obstinadamente, nos revolcamos cada día.

Tras la ceremonia, aburrido de las bobadas que hay que oír después de enterrar a un padre, preferí departir un rato con Stefano, el acompañante de Sara, un rubio de pupilas azuladas por las lentes de contacto, en su chapurreado castellano. Pero enseguida, después de comprobar que el transalpino no era más que otro relamido que despotricaba contra cualquier modo de vida diferente al suyo —muy dado, por cierto, a la farándula—, me zafé como pude y busqué a mi hermana por toda la casa. Después de dos años sin verla, y ya que se marchaba esa misma noche para reiniciar las clases de *corso per stranieri* en la Universidad de Pisa, deseaba escuchar de sus labios las peripecias de una vida entregada a llevarse a la cama a los ínclitos intelectuales de la magna entidad.

La encontré en la habitación desocupada, la de la niñez cómplice, aquella que nuestra madre conservaba tal y como la habíamos dejado, sentada en el borde de la cama y revolviendo en el destartalado cajón de la mesilla de noche. Sonreí al entrar, entorné la puerta para quedarnos a solas y me senté frente a ella, en la silla en la que dejábamos la ropa doblada antes de acostarnos. Sara sostenía sobre las rodillas el cuaderno con la colección de vestidos que, durante varios inviernos, los dos habíamos ideado para cada uno de los pobladores del desmedido mundo que era por aquel entonces

nuestra calle. Allí habíamos plasmado, paciente y delicadamente, desde la horripilante falda de la Doloretas hasta el mono de Guerreiro, el orondo carpintero de genio a flor de piel, quien, con su descomunal tripa, amenazaba a menudo la recatada estética de los precoces diseñadores en que los sueños más inocentes buscaban convertirnos. Allí figuraban, también, el ingenioso Charló, el perverso Acecho, con nieve o sol en pantalón corto, o el mismo Criollo, el anciano a quien todos vendían como Demonio, por comunista, y que tantas veces nos ofrecía una chuchería que debíamos rechazar. En fin, el típico e incompleto catálogo de posguerra que nos acompañó en la infancia, pero hecho a mano.

Después de regalarme una inexpresiva mirada, Sara volvió al cuaderno y, señalando un dibujo con el dedo, me preguntó si lo recordaba. Yo, como para no dañar el silencio, asentí. Ella insistió:

—¿Qué ha sido de él? ¿Ha muerto?

Asentí de nuevo.

—Todo se acaba —lamentó entonces, apesadumbrada.

—Casi todo. Y menos mal —concedí, decidido a confortarla—. ¿Imaginas lo que sería si las personas viviésemos eternamente? Estaríamos apañadas. Como las patatas, vaya.

Pero Sara no hizo caso de mis bromas.

—Era uno de mis preferidos —dijo, melancólica.

—Pues a mí nunca me han gustado los cuadros.

—Ya lo sabía —aseguró, al tiempo que dibujaba una extraña sonrisa—.

Precisamente estos los puse para hacerte rabiar. Incluso le decía a papá que le quedaban bien aquellas horribles camisas de franela a cuadros que estaban de moda. Y me hacía caso.

—No, ya —confirmé.

—Era un poco abusona —reconoció, tranquilamente, tanto que me pareció

de una madurez insospechada. Y más cuando prosiguió—: Ahora, allá, cuando observo por la ventana esa maldita torre que nunca acaba de caer, me veo a mí misma tan retorcida que pienso en aquellos días y mi ridículo comportamiento contigo. Lo peor era que siempre cedías y...

—Me daba igual.

—Cedías y me matabas —prosiguió sin tenerme en cuenta—. Era como si, a pesar de perder a todas horas, finalmente tú ganaras la batalla que librábamos. Por eso siempre quería llevarte la contraria, siempre estaba dispuesta a... a...

—Imponer tu criterio —apunté.

—Incluso en las camisas.

—Incluso en ellas. Pero...

—Pero has sido tú el que se ha quedado.

—Aunque no lo creas, yo también me he marchado.

—No es lo mismo. Tú estás aquí al lado. Pero si andas por el mundo y vuelves solo de pasada, se puede considerar que has abandonado la casa, que ya no eres nada aquí, que nada te importa... Ni siquiera tu padre.

—No digas eso —la ayudé, tragando saliva—. Sé que te importaba. Además, siempre fuiste la niña de sus ojos.

—Lo fui —reconoció, con un asomo de tristeza—. Por eso mismo.

Pensé entonces en el papel secundario que yo había representado para mi padre. Y añadiría insignificante. Ya podía andar con los mocos colgando, con una rodilla destrozada o irme al colegio totalmente desaliñado, sin peinar o a medio desayunar, que, a no ser que mamá levantase la vista de sus exámenes, me cogiera de la mano y me arreglase, «por tu bien», a Serafín no le importaría ninguna contingencia mía, por nimia o extraordinaria que fuese. Porque en realidad yo nunca contaba para él, nunca, y los dos lo sabíamos. Y no es que por eso me sintiese falto de cariño o desamparado, ni siquiera

celoso de los mimos reprimidos de mi padre, que, de dejarlos caer en algún lado, siempre iban a parar a su hija. Por supuesto que no se trata de eso. Sucedió que mi padre era así de cardo en el trato diario, pero con todos, como si quisiera honrar a su apodo o desentenderse de las rutinas de cada día, a las que no concedía más que un «Buenos días» por la mañana y un «Buenas noches» antes de encastrar el cuerpo entre sus pesadillas y la oscuridad de su dormitorio. Por lo demás, tengo claro que si hay algo a lo que siempre se acostumbra un niño es a recibir la justa ternura que los adultos, como una descuidada limosna, tienen a bien otorgarle.

Sara cerró el cuaderno y dijo con la voz rota:

—Sí, era la niña de sus ojos, me daba dinero a escondidas... Pero no lo conocía.

No quise hurgar en la herida con palabras vanas, y menos recordar lo sucedido. Solo posé mi mano sobre la suya.

—No lo conocía —repitió sin abandonar su pesar—. Ayer mismo, durante el viaje, Stefano me preguntó cómo era *il mio padre*. Lo pensé bien y... ¿sabes qué le contesté? No te esfuerces. Nada. Nada podía contestarle porque, aun viviendo tantos años en la misma casa, no sé ni lo que pensaba ni lo que sentía ni qué le parecía bien o mal de esta vida que vivimos juntos intentando mantener algo que, más que una familia, siempre me pareció un auténtico y estúpido montaje de época. Nunca he sabido, fíjate bien, ni siquiera lo que le gustaba, como no fuera el maldito Ducados o el vino de A Cova. Y ahora, sin más, va y se muere. ¡Y encima aparece el imbécil del viejo ese y acaba de cagarla con..., pfff! —resopló, asqueada—. ¡Qué le voy a hacer! Era y seguirá siendo un desconocido para mí.

Sara, entonces, seguramente para evitar que pudiese ver su mirada turbia, abrió de nuevo el cuaderno y pasó varias páginas hasta dar con un dibujo en el que aparecían dos figuras como disfrazadas —por debajo, en cera de

colores e insegura caligrafía, aún se leía: «papá» y «mamá»—, y pronunció entre hipidos, abatida:

—¡Un puto desconocido!

Tengo que advertir que siempre he sido un tanto remirado para los asuntos del corazón, que me he movido entre la indecisión más flagrante y la inutilidad de darle demasiadas vueltas, eso antes de parar y dejar que «algo», lo que fuese, los resolviera. El problema de esta forma de actuar es que la solución, de llegar, no depende de ti, sino que viene de fuera y por casualidad. Aun así, considero que se trata de una maniobra defensiva como cualquier otra, de esas que sin crear un verdadero complejo te llevan a donde nunca hubieras pensado ser llevado. Y no es que me refiera ahora a mi relación con Carme, mi todavía esposa y madre de mis hijos, ni siquiera a la formación de una familia en un pueblo insustancial en el que he logrado sobrevivir como pez fuera del agua más de la mitad de mi vida. Muy al contrario, hablo de buscar una afectividad que parece no estar en nuestras manos, pues nunca depende exclusivamente de nosotros mismos, o esa es mi tardía teoría sentimental, sacada de mi propia experiencia. Y me explico.

Como humanos que somos y en base a nuestras habilidades y gustos, podemos hacer planes y precisar racionalmente la profesión que desempeñaremos, incluso podemos concretar por dónde andaremos o qué será de nosotros en los más mundanos aspectos, pero lo que nunca sabremos es adónde nos llevará el corazón, pues ese camino, que para nada depende del músculo cardíaco, resulta tan irracional, desnortado y sensible a hechos tan nimios como una caricia, un suspiro o un insignificante gesto, que serán esas menudencias las que, quizás dispuestas por un antojadizo destino, marquen el impensado porvenir de cada uno. Porque, ¿quién había pensado tiempo atrás

en estar ligado a la persona con la que ahora compartimos la cama o los instantes más íntimos?, ¿quién había supuesto, pongamos treinta, veinte, diez años antes, los afectos que ahora nos envuelven?, ¿quién había presagiado las pasiones que, en un momento dado, nos cercaron sin remedio?, ¿quién no sigue percibiendo, tenga la edad que tenga, un asomo de tentación en unos labios carnosos, en una sonrisa descarada o en una mirada pícaro, por muy desconocida o ajena que sea?, a ver, ¿quién?

Pues ahí lo tenéis.

—Piensa que el saber no ocupa lugar, Carlos —soltaba tras la mesita de madera con mantel bordado la maestra de escuela, siempre como con frío metido en el cuerpo, siempre con los pies pegados al brasero de hierro y frotándose las manos, preocupada porque localizase con precisión el verbo para entender el sentido de cada oración que los sábados por la tarde traía a mi cuaderno de sintaxis como un pájaro acerca la pítanza a la nidada. Y, tras un silencio cómplice, completaba—: Eso sí, ocupa tiempo. Mucho. Pero como el tiempo es gratis y debemos emplearlo en algo, tampoco hay de qué preocuparse, ¿no crees?

—Sí, ma —asentía yo, en desacuerdo con el dicho y con aquella tarde, una más en que el deber me alejaba de la vida.

Entonces copiaba cada sintagma, cada complemento, añadiendo ideas concretas que enmarañaba hasta componer un párrafo que contuviera cuanto hubiese que contarle al maestro-lector «sin excesos, pero sin dejar nada suelto», preceptuaba su voz al tiempo que perdía la mirada en la tarde gris del patio, incrustada en el cristal como un paisaje inmutable del que yo huía sin decir nada, puesto que nada tenía que decir a quien, como ella y según los vecinos, «conoce del mundo un cacho». Porque mi madre, doña Carlota para

la mayoría de los muchachos que pasaron por sus aulas o que de vez en cuando venían a casa para repasar un examen, encarnaba a la portadora del saber, esa que hará de ti, quieras o no, una persona educada y con futuro. Y desde su austero rincón, con el cabello recogido en un moño que le prolongaba la cabeza como si parte de sus ideas estuvieran en un compartimento distinto al de pensar, consumiéndose en el candelero como una vela encendida lo hace ante un santo, creía, y supongo que todavía cree, en la sagrada tarea de redimir al ignorante. Porque, para casi todos los que la trataban, normalmente padres labradores, pequeños comerciantes y algún que otro obrero de aquel barrio de pueblo olvidado que hacían de la convivencia un dejarse ir por los saludos reiterados y las charlas anodinas sobre el frío viento que se había levantado o el calor sofocante que volvía a hacer, representaba la mente instruida, tan gastada como respetada. Quizás también por eso solo los alumnos más aplicados se sentaban con devoción a su lado y escribían, en perfecta caligrafía y en el preceptivo cuaderno rayado, los dictados de la elocuencia que mil veces llevaban a su máxima, pronunciada con el énfasis de quien posee algo más que la experiencia de los años:

—El tiempo le da la razón al saber. No lo dudes.

Ese principio, amasado a golpe de hurgar en la quietud de aquella mesita redonda, estaba presente en cada palabra, en cada punzada del pensamiento, al que fortalecía como un bocado repone al hambriento. Y así, de los siete a los quince años, por obra y gracia de ser hijo de quien era, frecuenté aquel rincón didáctico presidido por la firme figura materna y esa pertinaz idea que, siendo acertada, no hay que cuestionar. Y eso acontecía una semana sí y otra también, un sábado por la tarde tras otro, cuando las tardes de sábado eran el cuento de nunca acabar, pues se sabía cuándo empezaban —por regla general después de que ella le preparase el café a su marido y fregase los platos mientras escuchaba las necrológicas y la primera parte de *Discos dedicados*



en Radio Monforte, donde por cierto nunca nadie llamó para felicitarla o desearle que tuviera el «día más feliz», seguramente porque tampoco él recordaba la fecha de su boda y porque en aquella época mi padre se echaba la siesta roncando sin medida en el destartado sofá de escay rojo—, se sabía cuándo empezaban, digo, pero no cuándo terminaban. Consecuentemente me perdí las correrías de las pandillas de chicos que buscan donde no hay, hasta encontrar; me perdí la intensidad de los partidos de fútbol del Pombal, donde, abocadeando el aire a dentelladas después de una internada estilo Gento por la banda, otros que no eran yo llegaban al lance del gol como el acto más vital de cuantos hasta entonces era capaz de realizar un crío; me perdí los miedos del hurtar fruta al anochecer en las fincas próximas, lo que cada vez tenía más peligro, al parecer y sin nunca ser demostrado, por las escopetas cargadas de sal de los vecinos más ruines, y me perdí, también, los guateques, los lánguidos guateques de radiocasete ronco en los que naufragaba la ortodoxia del baile, pero, incluso temblando como una vara verde, se atrevían las miradas a hurtadillas de los insípidos adolescentes hacia el milagro de los escotes de las muchachas de senos incipientes y labios en flor, Ana entre ellas.

—Atiende a lo tuyo, anda —enseguida me reprendía, con voz amiga, consciente de mi despiste.

—Sí, ma.

Entonces, aun siendo zurdo, cogía obligatoriamente el lápiz con la mano derecha y retomaba los consabidos complementos del cuaderno. Pero luego, ya fuese porque pasado un tiempo la gramática me empezó a sonar a rancio montaje o porque me daba cuenta de que en la mayoría de los casos me sobraba habilidad para resolver las intrincadas veredas, la imaginación empezó a despegar hasta llevarme más allá de las supuestas aventuras de los otros chicos. Mucho más allá. Y así, como si la necesidad de darme prisa me

activase la inventiva, desde la rápida escalada a un castaño escamondado para perseguir a una ardilla armada y dispuesta a vender cara su libertad, hasta la encarnizada lucha con el unicornio que había raptado a la hermosa heroína en el Soto de Abajo, y que, finalmente, yo rescataría porque así me lo dictaba el corazón y no para conseguir el pertinente beso, pasando por las más alocadas correrías de rudos bucaneros desperdigados por mares exóticos, ese calvario sabatino, trillado y reiterado, se volvió salvífica fantasía interior que yo, cómo no, procuraba siempre anotar.

Aun así, aunque con el paso de los años ya no la sorprendiera con mis escapadas hacia mundos mágicos, por mucho que una y otra vez asomase una sonrisa tras su seriedad, de doña Carlota siempre tenía que escuchar la contumaz palabra correctora, aquella que pronunciaba con tanta ternura que cortaba toda réplica:

—No te dejes llevar por la imaginación, Carlos.

—¿Por qué no, ma? —pregunté una vez, la única.

—Porque no es bueno que pueda con nosotros —sentenció—. Está bien que corra, pero que nunca te adelante.

Y yo escuchaba esos ascéticos pareceres y, sí, asentía, pero también llegó el día en que mi docilidad ya no podía darles crédito. No podía porque, además de sentirlos caducos, la fantasía se había convertido en la única válvula de escape de las larguísimas tardes aquellas en que el reloj se esmeraba en una demora tan cruel que me consumía. ¿O debo decir nos consumía? Seguramente, porque aun siendo dos velas encendidas en aquel altar del saber, ella también perdió su vida iluminando mi mente y, al tiempo, reprimiéndome los placeres de la pubertad.

Cuántos habrá que, al escucharme, echarán de menos una madre y maestra como doña Carlota, dirán que es un tesoro que, aunque en principio no seamos capaces de verlo, alimenta el futuro. No lo dudo, pero dejando aparte

si el futuro existe o no, yo lo sufrí y bien puedo decir que, si hoy pudiese, cambiaría buena parte de las recetas que me regaló por un instante más de mera infancia correteando por las calles del pueblo y por los caminos de los alrededores.

—Ma, ¿me vas a dejar... —intentaba a veces.

—No te preocupes, Carlos —su respuesta favorita—, no te preocupes que saldrás. Pero lo primero es lo primero.

Y lo primero era, siempre y sin discusión, el saber.

No obstante, debo apuntar que yo, en aquella época, no conocía para nada a mi madre, y todo porque un hijo, simplemente, mira su conveniencia y no va más allá. La veía, eso sí, posar en cada jornada de colegio sus gruesas caderas en un banco del patio con una novela romántica entre las manos, y abrirla delicadamente por la página marcada con una doblez en la esquina, y meterse en ella como si el libro le sorbiese el cansancio que le producía soportar a vociferantes granujas liberados de repente y en tropel por la campana y a los que no les iba eso de estarse quietos y callados, y todo porque —con ellos sí, es triste decirlo, pero no conmigo— seguramente entendía que los niños son, ante todo, alegres y revoltosos. Y así, tal una refugiada indiferente a la vida que fluye a su lado, aquella maestra pasaba los recreos de un otoño, el suyo, sin brillo, apagado o como el de una lámpara fundida en medio de un cuarto bullicioso, entretenida con las historias de amores y desamores que un escritor cualquiera pudo inventar sin percatarse del bálsamo que, a veces, representan para las existencias más corrientes.

Y esa parece ser la única versión que conservo de doña Carlota, esa que, a fuerza de recuerdos y como quien lleva una fotografía de un ser querido en la cartera, va conmigo, incrustada en el cerebro, porque todo lo demás está teñido por la devoción de un oficio que pelea, a diario e infructuosamente, con la indiferencia de los que ocupan las aulas, que corrige las pruebas

escritas y prepara las clases, además de la comida y de las cosas de casa para un hombre que va a lo suyo y para unos hijos que, tarde o temprano, se buscarán la vida lejos de sus progenitores.

¿Por quién empiezas cuando te comunican algo así? Por ti, ciertamente. Pero en lugar de meterme en un bar y ponerme ciego de cualquier licor, me senté en una barbería de una calle cualquiera, escogida por no tener clientes, y, porque prefería no mirarme en el espejo, abandoné la desnortada mirada entre estrambóticos frascos de productos capilares que ocupaban las estanterías. No es que después de saberlo odiase el cuerpo mortal que arrastraba, pero casi.

—Y tendrá que ponerse una gorra. ¡Vamos, digo yo, que los primeros días manda truco como rasca el airecillo!

Recuerdo que miré extrañado a aquel locuaz aprendiz de trasquilador. Ataviado con un fulero mandilón al que se pegaba el pelo de los clientes, parecía talmente un fantasma armado y dispuesto a cualquier cosa, incluso a darme palique. Y mientras él se aplicaba con desgana a una tarea balsámica (así percibí el contacto de sus dedos en mi piel), yo no dejaba de mirar el cabello cortado que caía al suelo en inertes montoncitos que por primera vez sentía parte de mí, despojos con vida propia a los que no conseguía retener. Y todo porque cada fría pasada que me rasuraba el cogote me provocaba un estremecimiento que parecía mortal e indescifrable. Después, cuando ya no había remedio, como un necio, aún me preguntaba si hacía bien o mal. Pero, realmente, en un caso así, ¿importa que te rapes?, ¿importa que te pongas peluca o que llores? ¿Acaso importa lo que hagas si en tu interior sabes que no hay milagro posible que, a modo de curación, te conceda un instante más de vida?

—¿Tienes un momento?

Doña Carlota, muy arrugada y con un libro abierto, se quitó las gafas y levantó la vista como si de ella le colgase un lastre. A su alrededor todo parecía cansado y, quizás, decadente.

—Y dos también —dijo, mientras plegaba y cerraba.

Entendí que era suficientemente sabia como para comprender lo que se podía aplazar o para evitar conversaciones frívolas. Entonces me senté, alargué la mano y estreché la suya, que no se movió para sentir mejor la caricia.

—Verás —pronuncié, simplemente. Ella sonrió, extrañada de mi comportamiento, pero no dijo nada. Me aclaré la voz con un carraspeo y continué—: Hay algo que nunca te he dicho. Mejor dicho, hay un asunto al que en los últimos tiempos no paro de darle vueltas y que...

En esa duda habló ella:

—Pareces un crío que acaba de hacer una trastada y no se atreve a confesar —consideró—. Si no recuerdo mal, Sara no, pero tú siempre venías y me lo contabas todo. Como si tuvieras necesidad de soltarlo. De eso hace años, porque ahora lo cuentas en tus novelas.

—Una cosa son las novelas y otra muy diferente la realidad —obvié—. En la vida ya sabes que todo cambia y que no podemos...

—Lo único que sé es que llegamos a una edad en la que los cambios son escasos —aseguró como si la vejez le colocase la medalla de la certeza—. Y lentos, muy lentos, tanto que casi no los podemos percibir. Incluso ahora parece que nada cambia, que todo tiene la misma forma y que los días se repiten uno tras otro como si ya los hubiese vivido miles de veces. Y esto pasa. No es ninguna novela.

No quise caer en la red de su elocuencia, que siempre había practicado para consolidar como don, y proseguí:

—Verás, ma. Verás. Nunca te he contado lo que sucedió hace años, en el entierro de Serafín, pero...

—Parece mentira que todavía hables de tu padre como de un extraño. ¿Por qué siempre te has empeñado en llamarlo así?

—¿Qué más da? Si te dijera que mi relación con él era tan fría como con cualquier desconocido no te descubriría nada nuevo. ¿A que no?

—No digas eso. Hay que...

—De acuerdo —impuse, para no estancarnos—. No le demos más vueltas. Se trata de papá. El caso es que ese día sucedió algo que nos dejó tocados a todos. Y en aquel momento Sara y yo preferimos no contártelo. No fue nada premeditado, pero pensamos que lo estabas pasando mal y... Pensamos que era lo mejor, en una palabra. Incluso hoy, ahora, no sé si tengo derecho a...

—¿Pero a qué viene...?

—¿Sabes de qué te estoy hablando? —la atajé.

La mirada de mi madre, como si buscase refugio en el exterior, donde el sol de la tarde pasaba rozando los manzanos tal una lengua que lamiese el paisaje hasta dorarlo por un lado, se perdió a través de la ventana.

—Sí —respondió, con un suspiro.

—¡Lo sabías y no...!

—Mira, hijo —exclamó, con una serenidad que me costaba asumir—, tarde o temprano acabas por enterarte de lo que de verdad te afecta. Te enteras porque alguien tiene interés en que así sea o porque percibes que algo raro pasa. Es como si llegases a una edad en la que parece no haber secretos para el corazón, tan cocido está que lo presiente todo.

—Uy, ese libro que estás leyendo te está haciendo mucho daño —quise bromear.

—No creo. Antes podría ser, pero ya hace muchos años que los uso como sedante. Los tuyos no, eh.

—¿Qué menos! Pero volviendo a lo nuestro... ¿Fue muy duro...?

Doña Carlota se volvió y me miró fijamente con sus ojos reducidos por las muchas horas pasadas descifrando letras y anotando números en fichas de pequeños cuadernos de espiral y tapas de colores. Yo lo sabía, entendía ese abatimiento, pero tocaba desvelar secretos y no quería caer en la tentación de su desidia, la misma que la llevó a preguntar:

—¿Qué quieres que te diga?

—Quiero que me digas si es o no mentira —exigí.

—Pues, la verdad, no lo sé —dijo, con desgana, como si le respondiera a un alumno perturbador al que optas por no hacer excesivo caso.

—Escucha, ¿qué te parece peor en una persona, la ignorancia o el desinterés? —pregunté, con una incierta sonrisa.

—Ni lo sé ni me importa.

Nos reímos juntos por aquella trillada expresión que, entre los educadores, ejemplifica las mentes erráticas. Pero fue una alegría contenida, inusual, como si cada músculo facial tuviera una atadura que le impidiese ir muy lejos.

—Que a estas alturas tú y yo andemos con evasivas o que hagamos bromas ya no merece la pena, ma —alegué—. Aunque tratemos de huir de los cargos de conciencia, están ahí. Por eso te lo pregunto: ¿no lo sabes o no has querido saberlo nunca?

—¡No lo sé y punto! —bramó entonces, en desacuerdo con mi proceder.

—¡Por favor! —reprendí—. No soy un crío ni he hecho ninguna trastada. No sabes cuánto me dolió escucharlo allí, delante de todos, y lo llevo aquí guardado desde entonces —con un dedo apunté a la sien—. Le llamaron asesino a tu marido. Asesino, ma. Y todos callaron. También sus hijos, porque no sabíamos nada, porque no...

—Hay veces que es mejor no saber.

—¿Quieres decir que...?

—No interpretes mis palabras. Siempre has tenido muchos pájaros en la cabeza y puedes hacer maravillas con tus personajes, pero esto...

Se detuvo un segundo, lo justo para que yo proclamase:

—Mira, ma, aunque quieras escurrir el bulto, te comunico que, para dar con la verdad, estoy dispuesto a revolver cuanto sea preciso en el pasado y en la memoria de los que todavía viven. Así que, lo que sepas, dímelo. Tengo ese derecho. Aunque no lo creas, aunque te parezca que es torturarse inútilmente, necesito saber quién era mi padre. Entiendo que saberlo no cambiará nada, que quizás ahora ya importa poco, pero por mí, por ti, y también por quien fue tu marido durante más de cincuenta años, responde: ¿fuiste tú la mujer y yo el hijo de un asesino?

Doña Carlota se quedó como petrificada por la crudeza de la pregunta, para enseguida, y tras vencer el tenso instante, pedir:

—Concédeme un respiro. ¿Puedes?

Un camarada de la infancia me colgó lo de «cavilador» y, como si el apodo llevase prendida una insania, así me quedó. Sucedió en una de esas fiestas de parroquia perdida en alguna aldea gallega, delante del palco de la orquesta y ante una pícara pelirroja que no dejaba de importunarme mirándome con escaso disimulo. Pero yo, entre que no me daba por aludido y que sabía poco o nada de eso de ligar con chicas catalanas que al parecer «ya se dejaban», yo, entonces, esperaba que llegase Ana, solo ella, para sentir la caricia de su aliento de caramelo junto a mi boca, el tacto de sus dedos posados en mi hombro, el aroma de sus cabellos recién lavados al estar a mi lado, mi mano temblorosa ciñendo su delicada cintura cuando en los turnos del grupo nos tocaba bailar, el acelerado golpear del pecho cuando la tenía tan cerca y ni



palabra lograba articular. Y todo porque me bastaba con su presencia, tan turbadora.

No sé cómo llamar a ese anhelo, por otro lado inocente, pero en aquella época era eso lo que sentía.

—¡Charly, cavilador! —me gritó entonces Evaristo, delante de todos y en una pausa de la música—. ¡Mira que estás *atontao* y no hay manera contigo!

¿Es lógica esa identificación entre el acto de pensar y el atontamiento? No acierto a responder, pero en instantes así yo parecía perdido, abismado. Como treinta años después y ante la puerta que la separaba de mí, cerré los ojos, tomé aire y dudé. Pero esta vez, mientras suspiraba, esta vez apreté el botón.

Regresé a media tarde del día siguiente, cuando la chiquillería brincaba en el patio buscando la merienda, y sin querer recordé mis años de colegio con una extraña inquietud interior. Me liberé observando las cementadas que tapaban los, en otra época, muros de piedra y, aun así, valorando que casi nada hubiera cambiado en aquel anquilosado pueblo. ¿O es que todo se renueva para reiterarse, como los días y las noches, como las estaciones, como las hojas de los árboles y el propio desconsuelo recogido tras las vidrieras de las ventanas? Por un segundo pensé que daba igual. Pero solo fue un segundo.

Carmela, la mujer que hacía la casa por horas, abrió.

—Pasa —dijo, alisando el delantal con las manos—, que hace frío.

Cerró con rapidez y me entregó un sobre cerrado, sin más. Yo, al cogerlo y preguntar, me fijé en su mirada cansada y en las arrugas de la frente, como si quisiese leer en ellas las huellas del ánimo, tan vencido.

—Tu madre, que ha estado dándole toda la mañana —aclaró, con su hablar

desenvuelto—. Me dijo que te la entregase cuando vinieses y enseguida cogió camino a la iglesia.

—¿A la iglesia? ¿Desde cuándo tiene tanta devoción?

—Desde que murió tu padre. Le ha dado por ahí.

—¿Y a ti?

—¡A mí, con lo que tengo que hacer, no tengas miedo que se me peguen esas historias! Ahora que si ella tiene un trato con el de arriba, no lo sé. ¿Y a ti cómo te va?

—Vamos tirando, que ya es bastante.

—Con esa cabeza pelada no sé no sé —advirtió, mientras con la punta de los dedos me retiraba con delicadeza alguna mota de la solapa.

—También a mí me ha dado por ahí.

—¡Como a los locos y a los enfermos! —soltó—. Tal cual. Porque mucha pinta de sano no tienes, perdona que te lo diga.

—Son las horas que paso con luz artificial —me justificué.

—Seguro que sí —soltó, dudando, mientras se iba hacia la cocina—. Siempre te lo he dicho, Carlos, como sigas estrujándote los sesos de esa forma, dándole tantas vueltas a todo, aún tendremos que sacarte en una carretilla al sol para airearte y que te recuperes. ¡Vaya si tendremos!

Sonreí y, rápidamente, dije:

—Carmela, una pregunta. ¿Tú conocías bien a mi padre?

Ella se detuvo y, sin siquiera volver la cabeza, medio protestó:

—Eso ahora no viene a cuento.

—¿Pero lo conocías o no? —insistí.

—¡A tu padre, que en paz descansa, ni Cristo bendito lo conocía! —exclamó, justo antes de desaparecer por la puerta. Desde el otro lado aún pude escuchar—: ¡No se dejaba! ¿O es que ya no te acuerdas de lo retorcido que era?

El timbre sonó claro. Noté que el pulso se me aceleraba al oír unos pasos que se aproximaban por el recibidor. Sabía que era ella porque llevaba días merodeando alrededor de la casa, anotando la hora exacta a la que se encendían y apagaban las luces, a la que se iba su marido y a la que llegaba la criada para arreglar las cosas que, quizás sin percatarse, el discurrir diario descoloca. En ese momento estaba sola y yo disponía de diez minutos para hacer lo que había ido a hacer, para conseguir lo que una mente necesita para seguir arrastrándose por el barrizal de la existencia. Por eso le di otro repaso a la calle y comprobé que no había un alma. Incluso las ventanas de las casas próximas estaban cerradas. Pensé entonces que no habría testigos. Mejor así. Tampoco los necesitaba.

Supuse que me observaría por la mirilla de la puerta blindada y que, cogida de improviso, se sorprendería al verme. Porque tenía claro que, a pesar de los años, de los kilos de menos, de la ridícula gorra que cubría mi cabeza y de la costra vital que se le había pegado a visitante tan inesperado, me reconocería enseguida. Entonces abriría y yo diría: «Hola, Ana, ¿cómo estás?» Así lo había pensado, así me había imaginado durante años la inevitable escena de reencuentro a la que tenía derecho después de negarme a asistir a su, al parecer, suntuosa ceremonia de boda. Y ella no podría hablar, no podría. Y nos miraríamos al fondo mismo de los ojos y a mí no me importarían ni las insolentes arrugas de la aradura del tiempo en su rostro ni el cabello enmarañado por haberla sacado del lecho tan de mañana, mucho menos que apareciera en salto de cama, en ordinaria bata de cuadros, o que, en ese momento, no se alegrase de verme. «¡Ana, Ana, Ana!», repetiría entonces mi pensamiento hasta, casi, estremecerme, para un instante después entregarme entero y sin recato a proclamar: «Aquí estoy. Aquí me tienes.»

Me fui a pie por el camino sintiendo el aire frío en las orejas y dispuesto a que mi madre me diera una explicación a su proceder huidizo. Al entrar en la capilla, el olor a cera quemada y la mística luz de las velas encendidas provocaron en mí una avalancha de recuerdos. Y me vi de monaguillo, cuando ayudaba al viejo cura en misa por pura obligación y sin ningún fervor y, ya en la sacristía, me zampaba las hostias sobrantes mientras le echaba una mano para quitarse la casulla de terciopelo fucsia y le servía otro trago, este de un licor en garrafa que alguna devota feligresa había tenido a bien regalarle para agasajarlo y ganar indulgencias para la vida eterna. Después, aún con la boca llena, tengo muy presente la reiterada escena de despedida en la que don Eustaquio estiraba el brazo y yo dejaba en el dorso de su mano un amago de beso que él acompañaba con un «Vete en paz» que me liberaba para ir al banco del altar mariano donde mi madre me esperaba.

Sucede a veces que despiertas los recuerdos que dormitan en tu mente con una simple imagen o con un aroma que posee un vigor tan insospechado que te obstruye el pensamiento. Al principio, esa sensación de ceder ante una fuerza interior, desconocida y que no controlas, parece una debilidad, pero luego, una vez sumergido en la evocación, es como si los hechos reviviesen para confirmar que efectivamente has tenido una existencia y mostrar un algo vital y estimulante que a lo mejor en ese instante te falta. A mí me pasó precisamente así. Y por mucho que fuese la constatación de un tiempo perdido que no iba a recuperar, por lo menos me sentó bien saber que aquel calvario misado no había dejado en mí mayor legado que el olor a cera derretida.

La localicé arrodillada en el mismo banco, delante del mismo altar y con la misma actitud sumisa ante una Virgen de los Dolores estirada y con expresión condolida. Como en la iglesia no había nadie más, caminé

despreocupadamente hacia ella y me senté a su lado. En cuanto se dio cuenta de mi presencia, doña Carlota se santiguó y se sentó también.

—¿Era necesario? —la acusé, mostrando el sobre aún cerrado.

—Sí —susurró, quizás para no incomodar el ambiente recogido, quizás para que los santos no la oyesen—. Lo escrito permanece, lo hablado se pierde. Ahí está la respuesta a tu pregunta.

—Como quieras —concedí.

—Tú ya no rezas, ¿verdad? —soltó entonces de forma inesperada.

La miré con recato, comprendiendo cuánto de odioso puede tener, a veces, la curiosidad de una madre.

—Eres muy joven para unas cosas —indicó—, pero pareces muy viejo para otras.

—¿A qué te refieres?

—A nada —respondió. Pero enseguida cedió—: A lo que intentas.

—¿Qué crees que intento?

—Si no lo sabes tú...

No repliqué. «¿Para qué?», pensé. Ella insistió:

—¿Pero sabes dónde te metes?

—Mira, ma, Serafín tiene un pasado y quiero....

—¡Todos tenemos un pasado, Carlos! —me atajó, cogiendo la manga de mi gabán con la mano y con una extraña tensión en la voz—. Pero lo pasado pasó. ¡Y por mucho que queramos no podemos cambiarlo!

—Pero yo no quiero tenerle miedo. Su pasado es el mío. Y también el tuyo y el de toda la familia. Por eso...

—¡Eres tan terco como él! —exclamó, y apartó de mí la mirada, consciente de que me dolería la comparación.

—Yo soy terco y tú te escondes en la iglesia —reliqué—. ¿Qué es peor?

—A mi edad ya no estoy para hacerles caso a los que juzgan lo que hacen

los demás con su tiempo —dijo, ahora con calma—. Y tú, hazme el favor, no seas de esos. No me ha resultado fácil, pero en esa carta está cuanto sé, que no es mucho. Ahora que, antes de meterte en líos y abrirla, deberías pararte a pensarlo.

—Está pensado y no hay vuelta de hoja, ma. No puede haberla.

Entonces, doña Carlota, como desarmada por mi determinación, aun deseando reprendirme, se arrodilló de nuevo, inclinó la cabeza, flexionó los codos y entrecruzó los dedos. Ya fuese presentimiento o no, el caso es que allí, a su lado, creí percibir en ella un extraño temblor, algo así como si apenas pudiese contener las ganas de llorar. Pero no me atreví a mirarla a los ojos, ni siquiera a agradecerle ese comportamiento con un gesto de cariño o una palabra amable. Me levanté y me fui de la iglesia dispuesto a acelerar la búsqueda.

No sé si es vicio o deporte, no sé si es cosa mía o hay más insensatos en el mundo que lo hagan. Tampoco importa. El caso es que desde muy crío — hace tanto tiempo que no recuerdo la primera vez— tengo esa manía: contar con los ojos cerrados cuando estoy confuso. Un-dos-tres-cuatro-cinco-seis-siete-ocho... En voz alta o interiormente, pero siempre mientras camino, mientras pienso, mientras siento. Mientras. Incluso en la calle o subiendo o bajando escaleras. Incluso en la bicicleta. Es peligroso, ya lo sé. Como aquella vez en el dentista, cuando intentaba olvidar lo mal que lo había pasado dentro. Eran diez escalones de madera y me fracturé el codo izquierdo en la caída. No fue nada. No tuvo importancia. Fui feliz con aquel dolor superpuesto al de las tenazas que, desde la raíz, me había zarandeado el cerebro.

Por eso cuento. Cuento como si para aliviar un dolor no hubiera mejor

calmante que buscar en el oscuro abismo un dolor infinitamente mayor.

Hijo:

No sé lo que intentas, pero vaya por delante que no será nada bueno ni te hará ningún bien lo que encuentres en el pasado.

Me preguntaste tan de improviso por mi marido, tu padre, que no acerté a contestar. Aunque pienses lo contrario, delante de ti me costaba no sabes cuánto echar fuera las palabras. No sabía lo que podían dar de sí. Por eso, esta mañana me he puesto a escribir, ya que tú tenías prisa y yo lo necesitaba. Como oyes, lo necesitaba, porque una vez que pones una semilla en el pensamiento hay algo que sin remedio crece en él, hasta brotar o pudrirse. Yo, aunque no quisiera, lo tenía todo ahí metido y tú has venido a despertarlo.

Asesino, sí. Le llamaron asesino a Serafín y a él ya no le importó, porque estaba en el nicho, y que lloviese. Si lo piensas bien era típico en él eso de no hacerles caso a los demás. Lo llevó hasta la sepultura. A mí la noticia me llegó más tarde, y me llegó muy adentro, pero lo callé como hicisteis todos. Es algo que os tengo que agradecer a ti y a Sarita, que cuando llama nunca se le ocurre maltratarme con eso. Pero ahora, por sorpresa, decides volver atrás. ¿Por qué? ¿Hay algo que no sé y que me quieres ocultar?

Pensarás que le estoy dando muchas vueltas. Seguramente. Por eso iré al grano y que sea lo que Dios quiera.

¿Fuiste tú el hijo de un asesino y yo su mujer? No lo sé, respondí, y esa es la verdad. Pero mi verdad, la única que quiero creer y que nunca por nada del mundo quisiera cambiar, es que no. No. Y si tú ahora quieres revolver en lo que ya no importa o en lo que nadie quiere recordar, allá tú. Por mí, a pesar de la desazón que me consume desde que me lo dijeron, deja las cosas como están, deja a los muertos en paz. Pero como veo que ya has tomado una decisión, lo único que puedo contarte es un secreto de aquellos tiempos que sigue conmigo.

Antes de nada debo decir que tu padre siempre me trató bien. Siempre. Gracias a él he podido estudiar y he tenido una vida no digo que feliz, porque sería del género bobo hablar así, pero sí llevadera. Ahora, pasados los setenta, puedo decirlo bien alto. Me llevaba diecinueve años e hizo a un tiempo de esposo y de padre, lo que no sé si es bueno o no.

De Serafín, ¿qué te voy a decir que no sepas? Era un hombre distante, no diría que amargado, pero sí esquivo y arisco con el mundo. Porque ya lo veías tú mismo, él nunca hablaba de lo que pensaba ni se dejaba llevar por los sentimientos. Supongo que ser un mutilado de guerra deja algo más que una paga. Y siendo como era de pocas palabras, tenía su carácter y a él nos acostumbramos todos, incluso los vecinos. Pero como por ese lado no te descubro nada, te voy a contar algo que a lo mejor te interesa.

Dándole vueltas a esa acusación, sin estar en absoluto segura de si es verdad o no lo que aquel viejo le llamó, solo hay un hecho en mi memoria con el que puedo relacionarlo y que sucedió en una época de su vida. Hablo de la guerra. Queda muy lejos, está claro, pero es lo único que puede tener

algo que ver. Como comprenderás, yo en aquella época estaba como quien dice naciendo y nada puedo contar de primera mano, pero él ya rondaba los veinte. Con veinte años y guiado como otros por don Evaristo, el viejo alcalde, Dios no lo quiera, pero... ¡quién sabe de lo que fueron capaces en aquellos días! Ese es mi único temor. Y me explico.

Es posible que hayas oído hablar alguna vez de las «patrullas del amanecer». Yo me enteré de que existían un día, al poco de casarnos y por pura casualidad. Resulta que por nuestra casa, entonces vivíamos en el barrio de Piñeiro, en un piso de alquiler, apareció don Evaristo, por sorpresa, que nos traía un regalo de boda muy envuelto. A él no lo habíamos invitado y... Por lo menos a mí me extrañó su visita. Mientras ellos hablaban yo me fui a la cocina a prepararles un café y, desde allí, escuché malamente algo de lo que decían. Serafín se resistía a aceptarlo, no lo quería de ninguna manera, y después de una breve conversación todo acabó en una discusión en la que el alcalde le recordó algo así como lo que habían sido y lo que habían hecho de jóvenes, exigiéndole callarlo todo. El qué no lo nombraban, por si yo los escuchaba. Entonces, Serafín le levantó la voz y el alcalde se enfureció de verdad, tanto que insistió en recordarle la que llamó «nuestra patrulla». Nuestra patrulla, sí, esa fue la frase que oí mientras fuera de sí, como un demente, lo obligaba a aceptar el regalo. Una patrulla nocturna de la que al parecer él, Serafín, formaba parte. Por lo visto quería que todo volviera a ser como antes entre ellos, que recuperasen la amistad, porque lo sucedido no pasaba de ser un trabajo más, tan necesario como muchos de los que al parecer se habían llevado a cabo para limpiar el país de rojos. Eso dijo don Evaristo. Eso fue lo que oí. Además, recuerdo lo de la patrulla porque Serafín siempre tuvo pesadillas, pero siempre, y en ellas nombraba algo de eso y gritaba cosas que yo no entendía. Luego despertaba, angustiado, sudando, y ya no volvía a dormirse en toda la noche. Se iba al cobertizo y allí se encerraba para enredarse en cualquier tarea pendiente, como si quisiera o intentara olvidarlo todo. No sé si lo logró, como tampoco sé nada del pasado, del que he preferido no hablar con nadie, y todo porque ese mismo día, una vez que don Evaristo se marchó sin ni siquiera tomar el café, me acerqué y quise preguntarle. Más que nada por saber. Buena la hice. Se alteró de tal forma que nunca más volví a tener ganas de atizar esas brasas. Y el regalo aquel, recuerdo que estuvo todo el día sin abrir encima de la mesa, mientras él rezongaba alrededor. Pero a la mañana siguiente ya había desaparecido. Por el barro que vi en sus botas supe que para Serafín la noche había sido demasiado larga. Supuse que lo habría llevado a Bouzuás y lo habría arrojado a una poza del pantano o algo por el estilo.

En fin, que si tu padre sufría por lo que habían hecho, lo hacía en solitario, y todo lo guardaba para sí. Por eso le colocaron ese mote que le fastidiaba y que tampoco a ti te ha gustado nunca. Pero el Hurón le iba perfectamente a su forma de ser. Y tú ya sabes que conmigo tampoco tenía mucha confianza como para contármelo. Hablábamos de algunos temas, sí, pero poco y sin llegar a ninguna parte, que era de los que ahorran hasta la saliva.

Y eso es todo. No se me ocurre nada más que pueda servirte. Mientras vivimos juntos tuvo el mismo comportamiento y nunca se metió en líos, te lo aseguro. Cobraba su paga y huía de casi todo el mundo. De ahí que nuestra vida fuera como fue, y vosotros, los hijos, aunque yo tratara de remediarlo, lo habéis pagado un poco.



Si Serafín hizo algo malo de joven o durante la guerra, lo hizo él y que Dios se lo perdone. Y si murió llevándose con él su pena, mejor así. Por lo menos hay que agradecerle que no se lo achacasen a toda la familia, ¿no crees?

Y ahora, hijo, ¿qué harás con esta poca cosa que, a pesar de todo, duele? ¿Revolver en el pasado? Nadie lo merece, ni siquiera él. Y conste que yo misma he pensado en buscar al viejo ese y... No importa. Si en nuestro interior anida un sentimiento contradictorio ante tal insulto, piensa un instante lo que podía pasar por su cabeza. De haber algo, tu padre lo pagó bien pagado en los años que vivió, de eso estoy segura.

Esperando que todo te tranquilice y que me hagas partícipe de tus pensamientos, recibe un fuerte abrazo de tu madre.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta, como un latigazo que cercenase los deseos más íntimos, barrió en décimas de segundo los retazos de pasión que hasta allí había acarreado. Aun así, lo reconozco, la vi hermosa. Hermosa a pesar de los años y la vida ociosa. Eternamente dotada de la belleza de una diosa de luz a la que día tras día la imaginación amante se encomienda para seguir adelante. Hermosa, más que nada, por ser ella, mi Ana. Pero, también hay que decirlo, ya no poseía la sonrisa fresca de las tardes de diversión de cualquiera de aquellos veranos que yo, insistentemente y en lo más profundo, nunca he dejado de recordar. Quizás fue por eso por lo que no le tuve en cuenta el inesperado interrogante.

—Si Evaristo sabe... —añadió.

—No tiene por qué —solté, sin haberlo previsto.

—¿Qué quieres, Charly?

En ese instante, mientras me envolvía con la fragancia de aquel viejo nombre puesto en sus labios, como un cálido abrazo después de una travesía por el riguroso invierno, pensé en que por fin tenía la oportunidad de decirle que era ella, únicamente ella, la mujer que, excepto físicamente, siempre ha paseado a mi lado, siempre ha comido en mi mesa, siempre ha calentado mi

cama y me ha acompañado en cada paso equivocado que daba por la frialdad de aquella estación en la que, con los años y sin remedio, este temeroso pajarillo sin afecto había caído al no tenerla cerca. Siempre. Siempre y con ternura. Y no sé cómo llamar a algo así.

Tengo que decir que no soy una persona atrevida, ni siquiera con las palabras, pero ella representaba el bocado que me sostenía, el placentero refugio que, a solas —porque era así, a solas y con su imagen tejiendo por dentro en la languidez de las horas—, me daban las eximias lecturas o las efímeras músicas con las que tranquilamente me abandonaba en el estudio para mantener vivo ese callado anhelo. Por eso estuve a punto de soltarle, por primera e inusitada vez, que en la vida solo había sentido un único y esencial amor, el suyo. Y sería tan fácil hacerlo que pensé en responder a su pregunta con un taxativo «A ti», y después añadir «Te quiero a ti, Ana». Pero opté por cerrar los labios y tragar la saliva que incómodamente se me había acumulado en la boca, eso antes de preguntar lo que tenía pensado y que no le iba a perdonar, porque no podía, porque ya constituía el norte de mi existencia y porque, realmente, solo había venido a saciar esa sed.

—¿Qué harías si supieras que no te queda nada de vida?

SEGUNDA PARTE

LA BUSCA

Esperé hasta última hora, cuando en las aulas apenas quedan alumnos y los de mi profesión se convierten en fantasmas interinos que, cartera en mano, repasan con desidia pasillos en penumbra. En absoluto quería complicarme con explicaciones, no deseaba entrar en pormenores sobre una excedencia que de ningún modo incumbía a quien solo podía ayudarme hurgando en la herida, por eso ni siquiera saludé al ocioso hombrecillo que, devorado por los destellos de la fotocopidora y cansado de vigilar la puerta de entrada, ejercía de bedel.

Antes de entrar en la biblioteca inspeccioné el letrero de las guardias en el que figuraba mi nombre, siempre por la tarde, siempre al caer el día, cuando la agitación de las sombras arrebató el estrépito del alumnado, y sentí que algo mío permanecía entre aquellas estanterías donde se amontonaban los volúmenes y sus historias y donde había gastado —¿o debo decir perdido?— tantas horas de una existencia que ahora fermentaba sin remedio en otro ambiente que no era ni mejor ni peor, sino diferente. Y, aunque en principio me inundó ese regusto a humanidad y calor que solo la compañía de los libros puede dar, y divisé, como abanderando el abandono, las telarañas de siempre en las esquinas de un techo altísimo, consideré que debía protegerme ante esa evocación, pues para nada necesitaba alimentar el recuerdo de lo que había sido mi paso por el centro educativo, ni mucho menos sumergirme de nuevo en una atmósfera que percibí asfixiante. En aquella biblioteca de instituto buscaba un especialista en memoria histórica, concretamente en el apartado de represión del régimen franquista, algo así como dar con una fuente informativa rápida y fiable sobre esa poza del pasado. Y punto.

Encontré a Chas detrás de la mesa, enredando con sus etiquetas adhesivas de códigos de barras que pegaba en la tapa de las novedades. Era su sino. Eso o revolver entre las estanterías abarrotadas como si buscara un tesoro, o incluso rebuscar entre libracos de cualquier tema en un oficio de bibliotecario para el que pocos tenían una palabra amable, quizás porque no entendían el sentido de tanta necesidad lectora o porque tampoco le perdonaban ese empaque intelectual que a veces lo perdía ante el claustro. Yo sí, lo entendía y lo perdonaba —acaso por ser un mero antecedente de su elevada función—, porque aquel saco de piel y huesos, siempre con una colilla apagada colgada de los labios como cuelga una baba perenne en la boca de un descuidado, que no parvo, oficiaba entre nosotros como un entregado sacerdote del laicismo.

Tras el efusivo «¡Caramba, Carlos! ¿Cómo tú por aquí?» que me espetó, enseguida atendió mi requerimiento.

—Aunque me pillas en fuera de juego, algo he leído sobre esas patrullas en la Guerra Civil. Pero poco, no creas, porque en nuestro país no hay nada publicado sobre el tema. ¿Ya has mirado en Internet?

—Sí, pero no me sirve. Hablan de grupos de Valladolid, de fosas comunes descubiertas por Castilla, León y en otros lugares. Por ahí también las llaman «brigadas del amanecer», e incluso «escuadras». Pero la denominación es lo de menos, lo que me importa es su forma de actuar. Y para ser más preciso, quiero saber si del otro lado del Faro, en el municipio del Saviñao, hubo de esas patrullas.

—Pues en eso sí que no puedo ayudarte. Pero para la forma de actuar, tocada un poco de refilón, te voy a recomendar alguna lectura. En general son opiniones de gente que se echó al monte y que no habla exactamente de ellas, por lo que tendrás que deducir o entresacar, aunque creo que los métodos que empleaban eran comunes a toda la Península. Por si acaso, yo echaría un ojo a unos trabajos sobre la Guerra Civil en Galicia de Bernardo Maíz,

publicados en *A Nosa Terra*. Son de la serie *A Nosa Historia* y están todos agotados. Quiero decir que ya no los encontrarás en las librerías, por viejas que sean, pero en esta biblioteca los conservamos muy guardaditos en un cajón. Puedo pasártelos, si quieres.

—Te los devolveré mejor de lo que están.

—¡Qué menos! Y ahora que lo dices, porque el tema es interesante de cojones, recuerdo un artículo de Henrique Acuña que hablaba sobre Juan Canalejo y que te servirá. Habrás oído hablar de ese elemento, supongo.

—Como todo el mundo. ¿Pero no habrá más...?

—No busques en publicaciones oficiales o en editoriales afines y subvencionadas por el poder. No busques porque, desde siempre, a este asunto del terror, pues las patrullas son eso, mero terror nocturno, se le ha dado carpetazo y no se ha querido revolver. No procedía, al parecer, después de tanta transición pacífica y la hostia, que ya da la sensación de que no conseguimos salir de ella. En cuanto a lo del Canalejo, perdona que insista, *A Nosa Terra* lo sacó cuando el BNG pidió que se cambiase el nombre del hospital de A Coruña y el de todas las calles con nombres de insignes falangistas.

—Ya vi la que montasteis aquí con la placa de Generalísimo. En la portada de todos los periódicos, ¡nada menos!

—Estuvo bien la movida, estuvo, pero mal tratada por parte de los periodistas. A ellos les conviene la polémica para llenar y vender, pero luego cero en compromiso y se acabó el cuento. Por lo menos sirvió para abrirnos los ojos y comprobar que todavía quedan grupos de fascistas con el rabo recogido. Mira tú que despertaron como si les fuese la vida en ello, con panfletos y todo. Volviendo al tema, te diré que Juan Canalejo fue uno de los artífices de esos grupos clandestinos y armados dentro de la propia Falange de Primo de Rivera. El tipo, un facha coruñés del copón, como tantos

en aquella época, activista al máximo contra el régimen republicano, ya hacia 1934 organizó los primeros comandos violentos en la ciudad. Acuña dice que se llamaban Primera línea o algo por el estilo, ya ves tú, que incluso tenían un local donde, pintada en la pared, además del consabido yugo y las flechas, estaba presente una calavera. Puro culto a la violencia. Y luego hablamos de ETA, del GRAPO y de las pintadas del Ejército Guerrilleiro. ¡Pacotilla pura! Pero toda la movida de entonces venía de más atrás, de principios de la década, y además muy relacionados con las JONS de Ramiro Ledesma Ramos. Tú léelo. Es interesante para captar la forma de obrar que tienen, que más tarde trasladarán por toda Galicia. En muchos pueblos lo que hacen es incorporar afiliados procedentes de la burguesía y de esas familias rancias y descontentas con una República que los apartó de sus privilegios y les redujo la entrada como mandos en el Ejército, donde siempre habían encontrado un sitio. Ellos mismos reclutaban gente, fíjate bien, y hacían campamentos de entrenamiento con formación militar, con pruebas de tiro, marchas nocturnas... ¡La hostia! ¡Y todo clandestino, eh! Eran pequeños grupos terroristas que difundían sus ideas por toda Galicia con el único objetivo de violentar la vida social y crispar el debate político en los ayuntamientos. Los métodos de siempre, como ves. Es lo que podemos llamar «trabajo de campo» previo al Alzamiento. Había que preparar el golpe de Estado, así que Primo de Rivera da las consignas desde Madrid, Canalejo desde A Coruña, y la correa de transmisión funciona en reuniones con los representantes de las zonas o de los pueblos. Lo que ya no sé es si de donde tú eres...

—Tampoco yo.

—Pues para tener algo con seguridad deberías patear caminos y hablar con los más viejos, esos a los que el régimen les apretó las clavijas, a ellos o a sus familias, y que a pesar de todo lograron sobrevivir. Pero piensa en la edad que deben de tener, de noventa para arriba, porque a los más jóvenes los

mandaron rápidamente al frente. Y no creas que les pasó lo mismo a los de las patrullas, no, que estos eran cucos y a la sombra de las autoridades militares montaron esas cuadrillas con la función de ejercer ellos mismos la represión, ya fuese bajo paraguas legal o ilegal, que para los derechos que había tanto daba. En mi opinión, todo consiste en eso: hablar con los que quedan, si queda alguno, eso sí, y preguntarles. Siempre por las buenas, ojo, y acompañado por alguien conocido o de confianza, que yo lo tengo claro, ellos guardan bien guardadas esas cosas y recelan de Dios y su madre. Escarmentados que quedaron, vaya, que la dictadura no se andaba con chiquitas. Aunque te parezca extraño, su memoria conserva frescos y muy vivos los recuerdos más intensos. Aunque, por lo que he comprobado, con los nombres y las fechas les patina algo el coco.

—Veré lo que puedo hacer.

—Y no les metas prisa, que van muy lentos.

—Eso es lo malo —suspiré.

Chas, observándome detrás de sus gafas de culo de vaso, pareció leerme la mirada. La bajé enseguida, como para evitar ser desarmado.

—No te preocupes, cada uno carga con lo suyo —sentenció—. Lo que sí debo indicarte, para que no te ciegue una sola visión, es que el elemento ese fue escogido en una «saca» de la Modelo de Madrid.

—No te entiendo. ¿Saca, dices?

—Todavía no estás muy puesto, lo que tampoco me extraña. Pues si sigues adelante con la investigación, deberías prepararte para lo peor, por lo menos que nada humano te espante. Las sacas no fueron más que las limpiezas de falangistas que se hacían en las cárceles de la República durante la Guerra Civil. Fusilamientos irregulares de personas escogidas o al azar, que de todo hubo. Realmente las realizaron los dos bandos, pero las sonadas y mayores fueron las finales, cuando la guerra ya se veía perdida. Y, si no, que se lo



pregunten a Santiago Carrillo, que conserva la memoria para casi todo menos para eso. Pues al bicho del Canalejo, por las que había hecho, no le esperaron tanto. Consúltalo si quieres, pero creo que fue en el mismo treinta y seis cuando lo despacharon.

—Entiendo. Y de zonas concretas, ¿dónde puedo...?

—Ya te lo he dicho: en la memoria de los vivos. Comprueba también, que a lo mejor en esto hasta tienes suerte, si hay alguien que se haya preocupado de investigar el pasado de tu municipio. Eso vale. Haya publicado o no, quizás te ayude.

—¿Y para consultar documentación oficial, nombres y...?

—¿Documentación, nombres? ¡Ja! —Y enseñó los dientes, avalando mi torpeza—. No busques papeles escondidos ni nombres en una lista. ¡Que no hay! Tú ponte en situación. ¿Eres un represor y vas a publicar para la posteridad todo el mal que has hecho? Aunque ganes la guerra, sería del género tonto. Además, si eliminaron personas, ¿cómo pretendes que dejen anotaciones desperdigadas por ahí?

Mientras Chas, durante la media hora siguiente, se afanaba en buscarme libros, fotocopiaba artículos, anotaba en un folio la bibliografía que le venía a la cabeza o rebañaba alguna reseña por la Red, yo permanecí aparte, sentado frente a la enorme ventana. Mirando hacia fuera, aun con el cristal empañado, podía distinguir el fulgor con el que las enormes farolas teñían de sepia las calles. Y veía a los peatones, encogidos como sombras intentando guarecerse en sus solapas, atravesar las aceras, veía a los coches pasar a gran velocidad como animales agujoneados por la tromba de agua, me veía a mí mismo desdibujado en el cristal y buscando atajos en una época de la que no sabía nada y para la que necesitaba tiempo, ese mal. Entonces pensé que, si quería descifrar lo sucedido, debía sumergirme en un pasado que no era

exactamente el mío, y que, a pesar de hacerlo con prisas, ¿por qué no iba a ser bueno hurgar en lo desconocido?

Cuando les comenté que había ido solo porque no deseaba importunar a la familia, ellos se miraron entre sí y tardaron tres segundos en proseguir. Tres. Entonces el oncólogo me lo soltó como quien azuza a un perro rabioso, para acompañarte o perseguirte. Un perro. Un perro en la senda por la que transitas y que, justo en ese instante, descubres. Sí. Que se trata de un infausto atajo. «Te voy a ser muy claro, Carlos», fueron las palabras exactas, «pero muy claro: las células están infectadas y no hay más salida que...». En momentos así es. O no. Vino el latigazo aquel. Cuando, aun sin creer, interiormente. Gritas «¡Dios!». Y lo repites apretando los dientes y buscando. A-yu-da. Pero no hay tutía. Él nunca está, ni dentro ni fuera. Por eso permaneces quieto. Confuso. Tal como si una calza trabase cualquier movimiento. Del pensamiento. Deshecho. Destrozado. A ca-chos. Con el mundo encima. Desesperanzado. Por los médicos, ¡hay que ver! Y todo porque en mi caso —demostrado por los análisis, por la cruda biopsia y por introducirme dos veces en una estratosférica máquina que, después de inyectarme en las venas un líquido dorado que acaba agriándote el espíritu, inspeccionó con todo detalle cada intersticio de mi cuerpo— al parecer no había. No. Vuelta de hoja. «Pero, antes de nada», apuntó alguien, «convendrá que te sometas a una quimioterapia de choque». «Antes de nada», sentenció, y en aquel momento no me percaté de cuánta razón tenía. Y prosiguió hablando. De la supuesta calidad de vida. De lo que quedaba. De la convivencia. Que debía aguantar. De instantes dichosos e instantes pesarosos. Inútil retórica que no atendí porque mi cerebro ya se había desmantelado. La fisura. Incluso cuando nombró los días, que podían ser realmente duros. Pero,

pienso ahora, ¿y qué coño pasa con las noches? ¿Es que las noches, ese retorcido martirio que hay que sufrir y que no se acaba nunca, no cuentan en estos casos? ¿Por qué nadie me avisó? De ellas, estrujando el pensamiento. De ellas, rasguñando el alma sin compasión. Te quieren aliviar los días. Palabras vanas y drogas y cuentos. De esta jodida vida. Y no cuentan con la insomne. Crudeza. Noctámbula. Esa que tú. Has descubierto. A solas. Esa que. Cuando llega el momento y se apagan las luces. Hay como una negrura desolada en la que te sumerges y de la que, por mucho que lo intentes, no puedes no puedes no puedes salir. Porque no hay dios. Ni manera. No hay. De huir. De ese abismo. «Si te decides», aconsejó, «yo en tu lugar le daba una pasada al pelo». «¿Cómo dice?», acertaste a preguntar, extrañado. «Aunque cada persona responde de un modo diferente», explicó, grave, como sembrando a puñados cada sílaba, «la quimio tiene sus efectos secundarios, como sabes. En tu caso, por el número de sesiones y por la urgencia, mucho más. No hablo solo de los vómitos y del malestar que provoca, también del trauma de ver caer los cabellos en el lavabo cuando te peinas. Eso de que cada mañana la almohada esté llena de ellos y te haga pensar, se anula definitivamente con un buen rasurado, ¿no te parece?». Pero. Yo. En. Ese. Instante. Ya. No. No tenía. Parecer. Ni opinión. Desamparo. Solo desamparo.

—Buenas noches, don Carlos —la sorna del bedel fue deliberada—. Si tiene un momento, el jefe de estudios quiere hablar con usted.

—¿Cuál de ellos?

—Nocturno, por supuesto —dijo, como si la pregunta fuese de una evidencia que me acreditaba—. En su despacho.

Pensé que me habían cazado, que me estaba bien por regresar allí sin tomar precauciones, pero como tampoco procedía huir ante un subalterno de sonrisa

maliciosa, me acerqué a la puerta que, como siempre, mostraba a través del entrepaño de cristal un espacio de trabajo que nunca me complacía visitar. Dentro moraba el ínclito Emilio Ribao, él solo, como prisionero del ordenador, entregando horas, manejando los hilos de un instituto que le permitía tener cubierta la dosis de inquisidor que le exigía su egocentrismo. Cuando fue nombrado jefe de estudios del turno de noche, más que nada porque no había otro dispuesto para tal tarea, nadie excepto el director desconocía que su ambición de mangoneo no pararía ahí, por eso y sin recato ya abarcaba territorios ajenos y manejaba, o eso creía él, cuanto con dedicación extrema se puede abarcar desde un centro de enseñanza. Un infeliz, en una palabra.

Llamé con cuidado y entreabrí.

—¿Querías algo? —pregunté, dando pábulo a la aversión que nos unía.

Ribao levantó la vista y me miró como si me perdonase la vida. Sentí, además de repulsión, ganas de cerrar la puerta e irme sin esperar palabra.

—Siéntate, anda —soltó entonces, con calma, incluso conciliador, dispuesto a transigir mis modales groseros—. Y buenas noches.

—Estoy bien así —dije—. Además, tengo prisa.

—Parece que de nuevo empezamos mal. Pues ya que no trabajas ni haces nada podías cultivar la buena educación.

—Mira, Emilio, lo que hago o dejo de hacer es cosa mía —impuse—, igual que la educación. Y como tampoco ahora le vamos a poner remedio, te agradecería que dejaras los consejos para quien quiera oírlos. A ver, ¿pasa algo con mi excedencia?

—No. Eso lo tengo resuelto. Hoy quiero hablarte de un asunto más... delicado, digamos. Un asunto que te toca o que te apunta, como quieras tomarlo, por lo que será mejor que te sientes y prestes mucha atención.

Fruncí el ceño, puse cara de extrañeza y me senté, mientras él,

parsimonioso, se levantaba, rodeaba la mesa y cerraba la puerta para que nadie escuchase. Después de avivar mi curiosidad con esas palabras, volvió a su puesto frente a mí y, observándome con expresión aburrida, como quien da una cuchillada, pronunció:

—Marielisa Gomes da Silva.

Mientras en mi interior repasaba hasta lograr dar con el oportuno rostro, sentada en los pupitres de la primera fila del último grupo de nocturno en el que hacía unas pocas semanas aún impartía clases, a duras penas sostuve la sibilina mirada de aquel miserable.

—¿Qué pasa con ella? —dije.

—¿Que qué pasa con ella? —repitió, más que con énfasis, teatral y despreciable—. Tú sabrás lo que pasa o pasó aquí con esa mulatita, o mejor dicho, tú sabrás lo que hubo o dejó de haber entre un profesor y una alumna de este instituto, por muy mayor de edad que sea. Y que conste que no soy yo quien lo dice, solo recojo el rumor que anda por ahí y que nos afecta a todos.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el sueco, que a estas alturas no pega. Te lo voy a preguntar una sola vez, Carlos, y en esto no trates de ver enemistad o algo por el estilo, soy el jefe de estudios de este instituto y tengo...

—Eres uno de los dos jefes de estudios de este instituto —precisé, intentando atajar la infamia con un ingenuo rodeo—, ahora que, si pretendes hacer de todo, incluso de inspector, allá tú.

—Soy lo que soy y hago lo que tengo que hacer —respondió, sereno—. Pero no estamos hablando de mí, sino de ti y de tus andanzas en este centro educativo, del que al parecer procuras escapar. Después de que por este despacho pasaran varias personas que me informaron de ciertos hechos sucedidos aquí y en los que tú —recalcó el pronombre apuntándome con el dedo— estás implicado, la pregunta que quería hacerte, la pregunta que como

jefe de estudios me veo obligado a hacerte —remachó aún más su facundia— es, simplemente: Carlos, ¿tiene algo que ver esa alumna con tu sorprendente, y supongo que momentáneo, abandono de la enseñanza?, o mejor, ¿pasó algo con esa señorita más allá de lo estrictamente académico, incluso en el aula? Contesta.

Meneé la cabeza y solté un bufido en total desacuerdo con lo que acababa de escuchar, quizás para inventar una respuesta y pararle los pies a aquel saco de malicia que tenía delante. Por eso me levanté y le espeté con desprecio:

—¿Pero quién eres tú para venirme con esa historia? ¿De qué vas? ¿Es que no te llega con anotar faltas e imponer castigos o qué? ¿Se te ha subido tanto el cargo a la cabeza que ya te dedicas a espiar a los demás, o es que ahora te crees un policía que interroga y juzga la vida de todos? Será eso, porque no hay otra explicación para este desbarre. Pues sabes lo que te digo, Emilio, ¡ocúpate de tus asuntos y déjame en paz!

Cuando con ímpetu abría la puerta le oí decir, desde su asiento y con aquel timbre de voz tan repulsivo y sereno que aún me alteró más:

—Si no me contestas es que algo hay.

—¡Que te den por el culo! —bramé entonces—. ¿Me has oído? ¡Que te den bien dado por culo! Es lo único que hay y lo que mereces.

Después de informarte de las cuestiones que brotan como la peste y que para ellos son el pan. De cada día. De citarte como a todo quisque con una nota en un sobre, se despiden con cortesía y te quedas. Te quedas tocado al percibir la respiración, incluso la propia agitación. Que sale del fondo del estómago, allí donde ya notas que todo va. Va mal. Todo menos el desasosiego. Ese. «Te acostumbrarás rápido», indica o apuñala el radiólogo de bata blanca. Entonces piensas. Piensas que aunque te lo repitan cien veces

no te acostumbrarás nunca. Pero nunca nunca. Y caminas. Recordando. La voz del que, tratando de ayudar, sin querer. Él. Te remató: «Hoy en día no es como antes, Carlos, hoy hay un porcentaje de enfermos en fase tan avanzada como la tuya que sale del paso, incluso años. Y no te miento.» ¡Pero mentía! Mentía como un cosaco porque. En esa circunstancia cualquiera es capaz de leer. Entre líneas. ¿O acaso tenía que intentar creer? ¿Creer en sus palabras y no en la expresión adusta que mostraba al consultar mi historial neoplásico? Si el porcentaje era pequeño. Si eran pocos los que salían del paso. Si todo empezaba y terminaba con una decisión. La que debería tomar. Cuanto antes. Entrar o no. Quirófano. Realmente solo. Me quedaba. Hacer. Le. La. Pregunta. Que. Ella. Sola. Des. Desar. Desarma todo fu. Fu. Ni consigo articular. El futuro:

—¿De cuánto tiempo dispongo, doctor?

¿Qué podía hacer contra aquel embuste que, aparte de golpearme con inusitada saña, se propagaba por el pueblo a la velocidad que Ribao marcaba con su inflexible método de entrevistas personales en la Jefatura? ¿Iba a permitirlo? Intenté convencerme de que me convenía pasar. ¡Que murmuren lo que quieran, que critiquen lo que les plazca! Pero no. Pensé que, si no poseía argumentos en contra, si no disponía de tiempo para rebatir, si ya me daba lo mismo que los conocidos escuchasen algo así de mí, entonces, ¿por qué me atormentaba de esa forma? Enseguida comprendí que, más que por mí, temía por la familia, ese artificio que a duras penas subsistía en la distancia, porque, por mucho que el eslabón que nos unía fuese cada día más débil y llevásemos vidas alejadas, aunque la gente no estuviese al tanto de esa separación, más forzada que forzosa, tenía la certeza de que, si mis supuestas veleidades sentimentales con una alumna brasileña llegaban a oídos de

Carmen y de los niños, el rumor les iba a hacer daño. Y mucho. ¿Pero cómo derrotarlo? Quizás un esposo cualquiera puede presentarse ante los que ha abandonado para languidecer, porque sabe que en ese hogar no encontrará el sosiego, y convencerlos de que no hay nada de cierto en esos chismes que, intencionadamente, se ensañan con ellos; quizás hasta se le escapa una lágrima o intenta dar un abrazo y pedir perdón y así obtener el indulto o el consuelo que busca en el descarriado camino que, como una penitencia, ha escogido. Puede que haya alguien así. No yo. A mí, en aquel momento, no me quedaba más que proclamar lo injusta que resulta la vida para quien se ve arrastrado por un torrente de inmundicia. Marielisa es un ángel, que nadie lo dude, aunque su vida pasada no pueda figurar en un manual de buenas costumbres y cargue con un hijo sin padre. Y yo, entonces, tampoco era un demonio. ¿Qué sucedía entonces para que, sin quererlo, sin merecerlo, maliciosamente y porque sí, se me impusiera otro martirio, el de la calumnia?

Para tratar de evadirme de ese «reconcomio», me desplazé a Santiago para, en dos afanosas jornadas, recopilar la bibliografía recomendada por Chas, además de otra que encontré sobre las actividades contra la República en Galicia durante los años anteriores a la guerra. Y así, decidido a ponerme al día, cargando con el portátil para consultas en Internet y con toda esa documentación, incluso fotocopiada, me fui con algunas provisiones al que, allá en la Ribeira Sacra, debía ser mi último refugio: la vieja y abandonada bodega de mi padre.

Instalado sin más en esa incomodidad, perseguido por las prisas, ya a las pocas horas de devorar párrafos me horroricé con lo que en alguno de ellos se contaba, no solo porque me resultase increíble aquella lucha armada y clandestina en tiempos de paz, sino porque no esperaba dar con la



ignominiosa y violenta actuación de los que no estaban en el poder y de la que Chas me había adelantado algo. A la vista de aquellos datos, aunque por fuera todo pareciera provocación, crispación y desorden social, con continuos disturbios, tumultos e incluso atentados para debilitar al estado democrático surgido de las elecciones de febrero del 36 que le habían dado el poder al Frente Popular, por dentro anidaba en ellos un único y esencial empeño: fortalecerse como fuera, armándose y formándose a escondidas para, cuanto antes, recuperar el poder político por la fuerza. Así me enteré de que el tal Canalejo era el jefe superior de un grupo falangista denominado Silencio, ocupado en realizar las acciones más violentas y representativas de lo que sería su calculado y común proceder, que enseguida propagarán por todo el país y que en aquella época, en el año 35, era visto como el método más eficaz para una futura «depuración» de elementos subversivos o contrarios a sus ideas. Ellos habían sido los primeros ejecutores y, también, el ejemplo a seguir.

El plan de actuación, transmitido en reuniones clandestinas con los representantes de las secciones falangistas de los pueblos de Galicia, donde más tarde se trabajaba a conciencia y se adaptaba a cada circunstancia, consistía en la entrada nocturna y alevosa en los locales de las asociaciones vecinales y en las sociedades y agrupaciones agrarias o sindicales vinculadas a la izquierda. El propósito, por mucho que revolviesen, destrozasen o expoliasen todo tipo de cachivaches para confundir a las pertinentes investigaciones, no era otro que sustraer o copiar los ficheros con los nombres de los afiliados y simpatizantes de esas organizaciones. ¿Y a qué venía la apropiación de sus, digamos, bases de datos? ¿Cuál era el fin último de tal trama? Simplemente preparar el futuro, ese momento bélico que tan próximo se veía y que tendría una escalofriante concreción en las ejecuciones sumarias y clandestinas, los denominados «paseos», que en elevado número

se habían sucedido en todo el país durante la guerra, especialmente en el año 36.

Dentro de la virulenta acción represiva que se llevó a cabo en este rincón apartado de la Península, donde no había frente de guerra, se habían producido también, además de los fusilamientos por parte del ejército y de los destierros, de las sanciones y de las multas impuestas por los gobernadores civiles, palizas y ultrajes de todo tipo, esos que los historiadores más comprometidos todavía seguían sacando a la luz tantos años después. Así fue como, con lo conseguido en aquellas rapiñas previas, los rebeldes triunfadores desde el principio de la contienda iban siempre —triste y atinada expresión— a tiro fijo. «¿Y quién ejecutó esa represión extraoficial en el año 36?», me pregunté, como para poner orden en mis reflexiones y una vez constatada la terrible realidad. Estaba cantado: los propios militantes derechistas, fundamentalmente los que ya habían actuado antes para minar al régimen, y también los falangistas de nuevo cuño, aquellos que por conveniencia se habían subido al carro en el último momento, todos ellos ejerciendo de eficaz policía política, protegida o consentida —casi siempre sin control— por las autoridades militares, que desde el inicio se situaron del lado de los «golpistas» y fomentaron esas represalias que tanto bien les hacían a los insurgentes, ocupados en desalojar a «las hordas rojas» del poder con un extenso frente bélico en el resto de la Península. Por aplicarles el nombre que los distinguía: las patrullas del amanecer.

Estos grupos, tan temidos y callados por todos, o lo que es lo mismo, las feroces cuadrillas nocturnas que sembraron el terror por todo nuestro país, aunque se tratase de hijos de los propios vecinos vestidos con camisa azul y con el cabello repasado por la brillantina y peinado hacia atrás, poseían, además de armas y las neuronas recalentadas, un algo que los caracterizaba: actuando al amparo de aquellos tiempos de ignominia, estaban dispuestos a

realizar una rápida y sanguinaria depuración de los «elementos subversivos», depuración que, al tiempo, debería ser todo lo exhaustiva que se considerara en cada pueblo o comarca, de ahí que no solo asesinaran a líderes obreros, a sindicalistas y a miembros de la izquierda, sino a todo elemento «desafecto a la causa nacional», además de aprovechar el momento para cumplir ciertos «caprichos» o venganzas personales. Y para llevar a cabo esa ardua tarea, los que ejercían de mandos ya habían recibido la oportuna instrucción en aquellas reuniones previas al 18 de julio en las que se rendía culto a la violencia.

Por lo visto todo había estado, fue triste saberlo, muy bien tramado.

La manida pregunta a la que llegué, una vez superada esa etapa documental de la que solo puedo decir que me abrió los ojos, era de cajón: «¿Había tenido mi padre algo que ver con alguna de aquellas patrullas del amanecer?». Después de asimilar lo leído y contrastarlo con la carta de mi madre, la respuesta venía a ser un golpe tan grande que, con seguridad, me salpicaba. Por eso, sin querer, me maltrataba la mente la imagen de un chico joven —Serafín había nacido en el dieciséis, por lo que en aquella época ¡no llegaba ni a los veinte!— metido en un torbellino de odios que parecía cegarlos a todos y desterrar la cordura. Y lo veía forzando puertas o ventanas y entrando como una sombra vivaz en algún local de mi infancia —no sé por qué, pero lo situaba en el Frente de Juventudes de Escairón, donde, a finales de la década de los sesenta y muy esporádicamente, yo mismo practicaba ping-pong y lanzamiento de dardo contra una maltrecha diana de corcho colgada en una pared, en la que, junto a la foto del Generalísimo de los Ejércitos de España, destacaba el retrato de un estirado personaje de decidida mirada y amplia frente al que siempre nos habían obligado a admirar y del que poco o casi nada sabíamos— y memorizando el nombre, aunque solo fuese uno, de cualquier ciudadano que de allí en adelante se me antojaba

marcado con un destino sangriento. Y si aquella idea era ya penosa por sí misma, la consecuente, la del brazo ejecutor que sacaba a un vecino de su cama, lo llevaba a cualquier camino embarrado del Saviñao y, bajo el rugido del motor de una vieja camioneta y a la luz de los faros amarillos, quizás entre risas y humillaciones, lo mataba y tiraba su cuerpo a una cuneta sin que hubiese hecho nada grave, simplemente porque estaba en la lista de una organización agraria o había participado en una manifestación, me cruzaba la mente como un relámpago atraviesa el cielo en una noche tranquila dejando en mí un poso de miseria y temor que no olvidaría ni con el paso de las horas ni con la presunción de inocencia que, para bien, siempre había considerado que hay que otorgar. Y juro que, aunque en esos instantes porfiaba por apartar de mí esa idea obsesiva, incluso con calmantes, no había manera, era tan pertinaz el sentimiento de culpa que sentía por mi padre que llegaba a confundirse con el propio dolor físico.

Aun así, después de varios días indagando en los libros, martirizando la mente y abandonando la higiene y el sustento del cuerpo, resolví que, si quería profundizar en lo sucedido setenta y dos años atrás y dadas mis prisas, debía calcular con precisión cada paso e ir, como los propios falangistas, a lo seguro. Para ello mi madre ya no me servía, pues en esa época era muy joven, y de su testimonio no conseguiría más que una aportación posterior y cariñosa, viciada por los muchos años de convivencia. Entonces recordé las recomendaciones de Chas y entendí que solo me quedaban dos vías: rebuscar en la memoria de los viejos, en la de los muy viejos, mejor dicho, y tratar de averiguar si entre los estudiosos de esa etapa de vergüenza había alguien del Saviñao que pudiera, y quisiera, echarme una mano.

¿En qué pienso cuando cuento? Pues puedo no pensar en nada o en lo que

se me pase por la cabeza. Así, sin más. Es mano de santo, por lo menos para mí, porque siempre lo hago cuando pasa algo que me enfada, que me duele, algo que hay que roer como un perro hambriento roe un cacho de pan reseco en una tarde miserable. Y, además, compito conmigo en batir marcas. Por ejemplo, aquel día en la arboleda que hay detrás del parque, cuando me enteré de que habían atropellado a David, y aun tropezando con las ramas y arañándome con las zarzas conté hasta setenta y dos antes de caerme al arroyo. Y no abrí los ojos. ¡No los abrí! Setenta y dos, marca absoluta de mi autodestrucción. Después, empapado y alejado de todos, me sentí desolado por no tener un escondrijo donde ocultarme eternamente. Y todo porque la culpa es un roedor indómito. No hay manera de cortarla, no tiene horario. Una vez que se apodera de ti está siempre ahí, devastando por dentro. Aquella vez había llegado por teléfono, implacable, con ese resabio agrio que solo Carmen sabe poner en las interrogativas que pronuncia:

—¿Se puede saber dónde coño te has metido?

Obsesivamente aparcado delante del ordenador, enredado con mis personajes, debo decir que había perdido la noción, había perdido el sentido, había perdido el instante en que debía cumplir con la tarea de recoger a un hijo de ocho años en la puerta del colegio, entregarle el bocata y el zumo de la merienda y llevarlo hasta la puerta de las clases particulares. Lo abandoné en el lapso en que suena el timbre del aula y todo acaba, incluso el alborozo de un niño que no sabe adónde ir porque nadie lo espera, y que, ya fuera, da tres pasos y, en medio del chaparrón, se mete delante de un coche que no consigue frenar y que le tronza la alegría misma. Por eso se instala la culpa, por eso sigue ahí, incordiando.

—¿Qué tal, David? —recuerdo que le pregunté, ya cuando despertaba.

—Bien, papá —dijo, con la voz pastosa por la anestesia—. Bien.

¿Es que hay algo peor para un padre que la misericordia de un hijo? ¡Por

favor, que alguien responda! Entonces, tras el crudo silencio, es cuando llegan, de repente y todas juntas, esas irreprimibles ganas de penar. Lo insoportable desgarrando el alma. Por eso cierro los ojos y cuento. Cuento todo seguido. Y en el coche también he probado. Por ejemplo, al volver de las clases de nocturno con esa desazón que ya sé que no era nada comparado con lo que ahora siento. Y trece. Máximo. No pasaba de ahí en la recta que me llevaba a casa. Porque me entraba pánico. Y abría los ojos, abría, justo cuando escuchaba el estridente pitido de los otros vehículos. Llamadle derrota, llamadle falta de valor, cobardía si queréis, pero es tanta que sufro por no ser capaz de llegar más lejos.

El volumen *La represión franquista en la provincia de Lugo, 1936-1940*, publicado en Edicións do Castro, Sada, A Coruña, 1998, en principio no es que me sirviera de mucho, pues sabía que buscaba un detalle tan mínimo que sería extraño que figurase en un libro, pero era el que más se acercaba a lo sucedido en la comarca. Por eso, una vez que leí en Internet que la autora, una tal María Xesús Souto Blanco, hacía tiempo que había dado una charla en Escairón, llamé a Enrique Sampil, el activo presidente de la Junta Directiva del Círculo Saviñao, que pasaba por ser —en realidad es— el centro cultural del pueblo, donde no solo se habían celebrado unas concurridas presentaciones de mis novelas, sino que además había encontrado el calor que cualquier escritor a ratos necesita para seguir dándole al teclado, y le pedí información sobre la historiadora.

Después de indicarme que no era de allí, pero que en alguna ocasión había colaborado con él, se atrevió a preguntarme qué le quería. Hablar con ella sobre la Guerra Civil y la represión en la zona, le dije, por si me puede echar una mano. Entonces Sampil, un tanto receloso, exclamó:

—Mira... Yo te doy su teléfono, pero no creo que lo logres. Primero porque anda muy ocupada, y segundo porque desde que tuvo problemas con una investigación de ese tipo ya no descuelga a números desconocidos. Yo que tú, antes de nada, le echaría una ojeada a su artículo sobre la represión que aparece en el número dos de *Circular polo Saviñao*; es muy interesante, pero después, desde luego, hablaría con Toña do Raxo.

—¿La catedrática?

—La misma. Aunque está jubilada, sigue investigando en todo lo que se refiere a su municipio, que es el mismo que el tuyo. ¿Tú la tratas, no?

—Alguna vez hemos hablado.

—Estaría encantada de ayudarte, te lo aseguro.

—Pero la represión no es su especialidad —consideré.

—Del Saviñao, hazme caso, controla más que nadie. ¿De dónde crees que han sacado la documentación todos los que han escrito sobre nosotros? En cuanto al libro conmemorativo del Círculo, el que contiene el artículo de M.<sup>a</sup> Xesús del que te he hablado, ya lo tienes porque yo mismo te lo envié a casa. De todas formas, piensa que buena parte del material que ahí figura se lo hemos pasado ella y nosotros, incluidas las fotos.

—Es un buen principio.

—¿Para otra novela, quizás? —aventuró.

—Nunca se sabe.

—Me parece bien, pero tú no eres historiador —advirtió entonces—. Ya sé que toda novela histórica que se precie debe ser la recreación de una realidad, pero no deja de ser creación, pura ficción. Una mentira, si me apuras. Además, hacer ficción de la realidad puede ser todo lo atractivo que quieras, pero se corre el riesgo de no ser entendido o de que se malinterprete el objetivo. No sé si me explico.

—Quieres decir que...

—No quiero decir, digo simplemente que tú eres de aquí, Carlos, y se mirará con lupa cuanto sobre ello publiques. Tenlo en cuenta, si es que te importa. Con el pasado hay que andar con mucho cuidado, porque en este pueblo, como en todas partes, había, y aún hay, gente de los dos bandos y... ¡Bah, tú ya me entiendes!

Tenía razón, pero yo, que no tenía pensado escribir una línea, ni podía ni quería entretenerme en teorizar sobre la narrativa histórica y sus implicaciones. Así que, una vez anotados los teléfonos de dos investigadoras, me disculpé por no adelantarle nada. Entonces él se despidió con una desagradable comparación:

—Eres igual que tu padre. Vaya si lo eres.

Resulta penoso imaginarlo, pero regresé a escondidas al olor de lo que había sido mi hogar, fui directamente al anaquel de historia, cogí el libraco y salí de mi propia casa protegido por las sombras como haría un vulgar ladrón que se aprovecha de la ausencia de los más allegados. Después de conducir unos kilómetros bajo una lluvia torrencial para que no me localizase ningún conocido, aparqué a un lado de la carretera y lo abrí con avidez hasta encontrar el artículo «Represión en O Saviñao. 1936-1940».

Al leer las primeras líneas, tan comprometidas, no pude sino estar de acuerdo con la referencia a la pérdida de la memoria colectiva promovida por las clases dominantes, vistas como «señores del olvido». Pero a esa enfermedad social no todos se resignaron, porque la autora, cumpliendo con la propuesta de profundizar en lo específico de cada municipio para tener un conocimiento más preciso del pasado, se centraba en O Saviñao, analizando el contexto socioeconómico, interpretando datos y sucesos, llenando cuadros



con los nombres, apellidos y apodos de los represaliados, y anotando las circunstancias políticas y vitales de cada uno de ellos.

Pensé que era exactamente lo que necesitaba y por eso rebusqué con ansia en aquel microanálisis de lo que había sido la represión del 36 al 40 en mi pueblo natal, más que nada para tratar de encontrar una referencia a las patrullas del amanecer, a mi padre o a quien lo relacionase de alguna forma con aquel recordatorio de infamias. Pero fue inútil. A pesar del riguroso informe —y aun consciente de que para la investigación quedaba un campo intencionadamente oscurecido, por ejemplo, la documentación «extraviada» de la cárcel de Monforte—, lo cierto es que su línea investigadora no penetraba en el otro bando, el de los vencedores de la guerra, el de los que ejercieron la represión sobre los que ya desde el inicio se consideraban perdedores. Entonces supuse que esa otra y necesaria «versión de los acontecimientos», que ella no mostraba, estaba motivada, no por negligencia o por desidia, sino porque, además del propio interés en que no se conociesen esos hechos degradantes, hablaba de un pasado que con certeza salpicaría a todas las familias del municipio, que muy posiblemente ya habrían olvidado aquellos sucesos y estarían relacionadas por algo más afectivo que el furor de la contienda: los parentescos que durante los años posteriores se establecieron.

De los triunfadores de la guerra, Souto solo nombraba a una persona, Luis Moure Mariño, falangista del Saviñao que posteriormente ocuparía elevados cargos en el Servicio de Prensa y Propaganda franquista, quien, en su libro autobiográfico *La generación del 36. Memorias de Salamanca y Burgos*, por lo visto describía brevemente la situación vivida aquel 18 de julio del 36, día del Alzamiento. Además, todo el artículo dejaba clara la excitación propia de un municipio con una fuerte implicación de las organizaciones izquierdistas (que incluso ilustraba con dos fotos de la manifestación del Primero de Mayo

en su capital, Escairón), nombrando las cinco sociedades agrarias y políticas que, de los dos bandos, estaban registradas en el Gobierno Civil de Lugo, lo que provocaba una tensión social que se había hecho patente en los atentados contra las iglesias de Lamaigreja y Vilacaíz, los dos recogidos en el *Informe oficial sobre incendios, destrozos y saqueos en el patrimonio artístico, llevados a cabo por la revolución marxista anterior al 18 de julio de 1936*, editado por la Diputación Provincial de Lugo en el año 1938.

Aunque lo leído sobre esa etapa previa a la guerra no hizo sino avisarme del terror que vendría, pensé que, si quería disponer de todo lo publicado, tenía que moverme de nuevo. Por eso, una vez comprobado que en Edicións do Castro estaba agotado, acudí a la biblioteca pública de Monforte, retiré el libro del falangista —muy conocido en el ámbito cultural y judicial en las Tierras de Lemos, hijo del industrial y exjuez municipal del Saviñao Prudencio Moure López, al parecer detenido en abril del 36 por sus simpatías fascistas y siguiendo una disposición del gobernador civil— y lo ventilé al sol en una intensa y meticulosa lectura.

Después de repasar lo que había subrayado y marcado con un pliegue en las esquinas de las hojas, pues ni por asomo tenía pensado devolverlo, catalogué a aquel personaje, no solo por lo que él mismo decía de sí, sino por lo que dejaba de decir y había hecho. En la vida de todos hay, como es el caso, momentos para definirse, pero si para hacerlo solo se cuenta con el oportunismo de la circunstancia y no de las obras que se realizaron y de la filiación escogida, entonces podemos hablar de mero interés personal —aunque no sea lo mismo que el de su vecino Charolé, «Yo creí que íbamos a ganar las izquierdas y resulta que ganamos las derechas», dice de él, en la página 153, sí muy semejante— o también de notable hipocresía. ¿A qué le viene, en el «Breve introito», escrito en el año 89, cuando se publicó el libro, reiterar «Me declaro galleguista y doy fe de que nunca he vacilado en mi

amor a Galicia», si él fue uno de los máximos representantes del pensamiento falangista, defensor de la Grande España unida a hierro y sangre? ¿O acaso no estuvo metido hasta las cejas en las JONS fundadas en Valladolid por Onésimo Redondo? Sí lo estuvo, como dice en la página 43 y se constata en todo el libro. ¿O acaso no loa la figura de su compañero en el semanal *La Libertad* —Onésimo Redondo era «alma y guía de aquel periódico de juventud»— y de Girón de Velasco, el que sería ministro con Franco, diciendo de él que era «un mozo arriscado y valiente, siempre en la vanguardia de los disturbios callejeros»? Ya lo creo que los loa, página 45. Y podría proseguir por esa vía, porque todo cuanto recorre ese opúsculo —que, aun así, calificaría de interesante para conocer algunos momentos del pasado —, con pretensiones de sincera confesión, no es más que un vano intento de justificar una vida entregada a la causa franquista y a la propia medra.

Valorando las ideas (contrarias a la República y justificativas de una «reacción necesaria» a favor de la unidad de España y del ideario religioso) en las que a menudo insiste ese destacado vecino que es Luis Moure Mariño —al que, según él, ¡en la Universidad le llamaban Robespierre!—, volví a mi búsqueda como empapado de un saber que, además de ponerme en guardia, me permitía entender que mi infancia tampoco estaba exenta de la huella invisible que había imprimido la infausta posguerra. Y, aunque cautivado por esos acontecimientos, llamó especialmente mi atención un suceso del año 36, aquel que marcaría la vida de las familias del municipio para décadas futuras y que Moure Mariño, por fortuna desde el punto de vista de la derecha más rancia, ofrece en la página 65. Se trata de su versión de las requisas que algunos elementos frentepopulistas llevaron a cabo en Escairón el mismo día del Alzamiento y de la suerte que corrieron:

*Una tarde, mientras leía, debía de ser el 17 de julio, aparecieron por el robledal un grupo de*

*mozalbetes, vestidos de paisano y armados con carabinas. Conocía a uno de ellos, compañeros de escuela que, con cara de pocos amigos, se acercó para amenazarme:*

*—Márchate de ahí, si no quieres que te levantemos la tapa de los sesos —me conminó.*

*La noche de aquel día aciago, un grupo de vecinos afiliados a la «izquierda» vinieron a nuestra casa y nos requisaron el aparato de «radio» (debía de ser la única «radio» del pueblo y se la llevaron para colocarla en un balcón de la plaza, en cuyos bajos había un café que era una especie de ateneo del extremismo en la localidad). Según me dijeron, la «radio» se pasó la noche transmitiendo las órdenes y «consignas» de la «unión Radio» madrileña en las que se convocaba a las «milicias populares» para recibir armas.*

*A la mañana siguiente, estaba yo tumbado a la sombra amorosa de los viejos robles, cuando escuché gran ruido de camiones que se acercaban por una carretera próxima. Era una ringlera de coches diversos, todos ellos de carga, que venían repletos de mozos aldeanos. Aquellos mozos vociferantes parecían miembros de alguna tribu salvaje: unos berreaban; otros bebían vinazo al chorro de panzudas botas; otros llevaban horcas de rastrillar la hierba y había varios que sacaban por la parte trasera de los camiones hoces mangadas en palos que rielaban bajo el hiriente sol de julio. Uno gritaba: —¡Morran os cregos! (Supongo que querría decir «mueran los clérigos» al calor de la pasión anticlerical que entonces estaba de moda.)*

*Toda aquella jarca de salvajes que parecían arrancados de un lienzo de Solana eran, según pude enterarme, mozos de las aldeas reclutados para llevarlos como «carne de cañón a la «toma de Lugo»: No contaban con lo que, muy pronto, iba a suceder. Al llegar a Lugo, la muralla que circunvala la ciudad estaba tomada por los militares. Sonaron los primeros tiros y aquellos mismos que por la mañana proferían gritos amenazadores huyeron por la tarde como gamos.[1]*

Si reparé en ese hecho fue porque esta formación de milicianos armados adeptos a la República, junto con la requisita de armas y la participación en la constitución del grupo, sobre todo con obreros y labriegos, que marchó inútilmente el 20 de julio del 36 hacia la capital provincial para apoyar al gobernador civil depuesto por los insurrectos, provocaría, según M.<sup>a</sup> Xesús Souto, el mayor expediente de responsabilidades civiles y políticas instruido a los vecinos del Saviñao. Los acusados, a los que la historiadora investigó e individualiza en su artículo, serían detenidos por esta acción, por lo que concluye: *«Prácticamente toda la directiva de la Agrupación Socialista ingresó en prisión, y fue procesada en un Consejo de Guerra.»*

Cuando, cuatro años antes, había leído muy de pasada su artículo, recuerdo

que no había causado en mí más sensación que la de tener conocimiento de unos sucesos que ya no eran noticia. Me habían resultado interesantes para pasar el tiempo, sí, pero, ya que no me tocaban ni siquiera por los apellidos, no los valoré en su justa medida y enseguida olvidé esas tablas que Souto había completado con los dirigentes y vinculados a las organizaciones sindicales y políticas, además de simpatizantes, todos ellos represaliados. Allí estaban los encarcelados, los expedientados, los procesados, e incluso los acusados y los condenados a tantas penas —multas, confinamientos, destierros, reclusiones temporales o cadenas perpetuas, que de todo hubo—, además de los dos ejecutados por rebelión militar, Antonio López Barro, apodado *el Ruso* (el 29 de diciembre del 36), y Antonio Sánchez Quiroga, *Follés* (el 14 de enero del 37), y del paseado Camilo Fernández Rodríguez, como tesorero del Ayuntamiento.

A las penosas acusaciones vecinales que se produjeron tras los ingresos en prisión y las, también mencionadas por la autora, posteriores visitas al hospital de los propios detenidos —por lo visto precedidas de un «tortuoso interrogatorio»—, fueron de una lectura tan conmovedora que acabé por rendirme a la historia viva y preguntarme cómo se había llegado a tal extremo en el Saviñao, si, además de conocidos, vecinos, amigos y parientes, todos eran personas civilizadas. No encontré una respuesta que calmase mi inocencia y tapase la infamia; por eso retorné, como quien para escarnecerse se revuelca más en el fango, yendo a la página que tenía abierta ante mí, al último caso que figuraba en la relación, un simple labrador, de nombre Manuel Calleja Méndez, al parecer vinculado al PCE, y leí sus pecados y su penitencia, sacados literalmente de la «versión oficial»:

*Es conducido por un grupo de falangistas a la Cárcel de Monforte del 9/9/36, donde queda a disposición del Comandante Militar acusado de rebelión. Juzgado en Consejo de Guerra (1275/36) por rebelión militar, fue condenado a 20 años de reclusión temporal. Fue acusado de ser un*

*comunista peligroso que solía hacer pública ostentación de sus ideas usando brazalete rojo y corbata con hoz y martillo. Su temperamento revolucionario lo llevó, según las autoridades franquistas, a interesar que en una feria se ejecutase la Internacional por la Banda de Música. También fue acusado de formar parte de un grupo de 20-30 rojos en los primeros días de Alzamiento, que se dedicaron a requisar de armas, si bien su actitud no se caracterizó por utilizar la violencia, procurando obtener armas sin medios coactivos.*

Y estos y otros textos no eran mentira, no brotaban del poso de la mente tremendista de un fabulador, pues la historiadora los había sacado de las transcripciones literales de los expedientes de castigo, tal y como los había anotado un simple funcionario del régimen acostumbrado a ser burocráticamente correcto, además de eficaz, porque con seguridad tenía prisa por despachar a otro procesado de la enorme cola que desfilaba ante sí en aquellos fatídicos primeros días de la contienda. Historia real. Carne viva. Sabido eso, ya no tuve ninguna duda: debía hablar cuanto antes con la investigadora y autora del artículo. Pero después de insistir una y otra vez por teléfono, cansado de escuchar el mismo insidioso pitido, recordé las palabras de Sampil y, qué remedio, le hice caso y marqué el otro número.

Les chocas la mano. Uno a uno. Pura conveniencia. Y sales sin decir nada. A la nada. Entonces es cuando nadie te espera. Pero nadie. Así lo has querido. Como para tragártelo a solas. Y en la sala de espera los pacientes y sus acompañantes te observan como si llevases de adorno una infausta medalla. Quizás ya sepan que no vendes fármacos, que eres otro escogido por el infortunio. Por él. Infortunio de tener las horas más que contadas. Y que lo único que puedes hacer es tejer inútilmente para, un día, en un instante cualquiera, dejar de hacerlo. Triste sino, ¿no?

—Listo, jefe —oigo—. ¿Afeitamos o qué?

Pasmado ante el espejo, tardo en reaccionar. Pronuncio. Algo como «Está

bien así» mientras apunto en mi debe la pregunta que en la consulta callé. O no fui capaz. De articular y me doy cuenta de lo que hay. Porque fue justo. En ese instante. En una triste barbería. Delante de un espejo que reflejaba un tipo que había dejado de ser. Él. Yo. Cuando por fin comprendí. Lo que ahora soy. Un ciego que camina. Por las horas. Sin saber para qué. Un náufrago. Sin esperanza. Un ser. Irremediable. Prematuramente. Condenado. Condenado a... no ser.

En una cafetería de Lugo de la que no recuerdo el nombre, recogida en una esquina donde las cortinas tamizaban la luz matutina, sentada en una silla y con los codos apoyados en el mármol, doña Antonia Suárez, *Toña do Raxo* para los allegados, más conocida en el Saviñao por el sobrenombre de *la Catedrática* debido a su dilatado trabajo en la universidad compostelana, me esperaba en silencio, sosteniendo una infusión. Me pareció que aquel era el rincón propicio para las confidencias, incluso para un encuentro de enamorados, la típica y concertada cita que decidirá una relación. No era el caso, pero lo consideré así.

Nos saludamos juntando levemente las mejillas, sin decir nada. Me senté y nos miramos. Pensé que, a pesar de conservarse bien, los años dejan su huella en forma de arrugas. Luego, mientras yo profundizaba en lo que ya le había adelantado por teléfono, ella no apartó su escrutadora mirada de mi rostro. Por eso terminé como pude la exposición y ventilé el amargo café de un solo trago. A continuación, como para mostrarme tal como era, me quité el gorro y pasé la mano por la cabeza pelada. Enseguida dejó ver un pedacito de sus dientes blancos entre los labios y, no sabría decir si fue pregunta u opinión, dijo:

—Lo estás pasando mal, eh.

Al tiempo que pensaba que tenía delante a una persona acostumbrada a escuchar a los demás y a leer entre las líneas de las proclamas ajenas que, por mucho que lo intenten, no consiguen ocultarse, apreté los labios y callé.

—Pues meterte en el berenjenal en el que te quieres meter —añadió—, te lo aseguro, no va a ser plato de gusto.

—¿Qué quiere decir? —Yo sabía, cómo no lo iba a saber, lo que quería decir.

—Revolver en el pasado, concretamente en los años de la guerra, no es buena terapia para nadie —advirtió, como si estuviese de vuelta de un infierno en el que se había quemado—. Solo por preguntar llevas palos de todos lados, porque todo el mundo, todo el mundo, recuerda lo que te digo, piensa que andas buscando algo que puede salpicarlos. Y si encima eres de allí, si encima tienes vínculos con las familias y con los vecinos, entonces todo se volverá aún más en tu contra. No te lo perdonarán. ¿Por qué crees que en los estudios sobre el Saviñao no aparecen los nombres de los confidentes o de los represores falangistas que buscas? ¿Qué significa que lo publicado se remita estrictamente a fuentes documentales o a alguna que otra foto?

—Está claro lo que significa —señalé—. Y no vaya a pensar que quiero acusar a nadie de nada. Lo que yo busco es... No sé, puede que un suceso que no figura en ningún estudio y en el que participó...

—Si no figura es porque quizás no se sabe, o porque no pasó. Mira, he pateado tanto y hablado con tanta gente sobre ese asunto de la represión que puedo deducir que en el 36, en el Saviñao, como en todas partes, hubo purgas, paseos, venganzas particulares o lo que fuese. Y ya se ha demostrado algo. Pero en eso que buscas hay tantas posibilidades que por mucha memoria histórica que queramos resucitar, con aquel miedo, ¿crees que hoy queda alguien vivo dispuesto a contar lo que no es seguro o lo que no se transmitió porque había que sobrevivir? ¿A lo mejor eres tan iluso como para



pensar que los escasos falangistas que todavía viven, muchos de ellos reconvertidos en la Dictadura y en la democracia, se van a poner a contarte que formaron parte de una patrulla que se dedicaba a pasear rojos por las noches? ¡Ni por asomo! Piensa que para ellos era la guerra y todo estaba permitido, incluso lo más atroz, lo que hoy para nosotros parece no tener ningún sentido. Así que, después, tuvieron que ocultarlo y callarlo.

—¿Y los reprimidos?

—¿Y tú de quién eres, si puede saberse?, empezará por preguntarte el viejuco de cualquier aldea que aún holgazanea por ahí, para luego empezar a dar vueltas con medias palabras, sacar un librito, liar su picadura y refugiarse en la fragilidad de la memoria. Todo para no contar nada que te sirva. Nada. Perderás el tiempo en una desesperante búsqueda que te hundirá cada vez más. Y no intentes asomarte al saber de las siguientes generaciones, como la mía o la tuya, no lo intentes porque los más viejos no transmitieron nombres ni hechos, prefirieron intentar olvidar guardándolo cuanto más dentro mejor. Si saben algo, es suyo, solo suyo. Supongo que la mayoría pensaba que era una especie de seguro de vida tener el pico cerrado, tanto los de un bando como los del otro. Este es el lamentable resumen de mi experiencia. Recurras a ellos y, setenta y tantos años después de la guerra, no creas que es fácil sacarles de la mente lo que pasó, si es que lo saben, vaya. Inténtalo, pero piensa también que son gente con las limitaciones propias de una educación condicionada y con lagunas que no solo el deterioro físico puede justificar, también la ignorancia y el miedo. Porque durante los cuarenta años que siguieron el sometimiento fue el pan de cada día. Quien manda, manda, es el lema que asimilaban y con el que los asimilaban. Por mucho que les digas que servirá para no inventar la historia, para tener la certeza de lo sucedido, para que el pasado sea visto y anotado con objetividad, y que por supuesto no les pasará nada si lo cuentan, ellos callan o confunden o lo que sea. Sí, a lo mejor

uno te monta una película de aventuras de maquis que tú ya no sabes si la vio en televisión o qué. Pero nada de nombres, nada de hechos concretos, como no sea la propia experiencia de la guerra en el bando franquista, pues la mayoría, para librarse del estigma de rojo, si no era reclutado se alistaba él mismo en el frente. Porque el frente era el elemento más redentor de ese pasado que podía condenarlos. Las cosas fueron como fueron. Sabemos algo de oídas, pero nunca será posible conocerlo todo, porque para eso habría que vivirlo, y los que lo vivieron prefirieron callarlo y morir. Así pues, dura porfía te queda.

—Solo busco lo que tiene que ver con mi padre.

—Una aguja en un pajar. Y yo, lo siento, no te voy a ser de mucha ayuda. De todas formas, si intuyes lo que intuyes por lo que te ha dicho tu madre o lo que has leído, ya tienes algo. O eso creo. ¿Él no te contó nunca nada?

—¿Mi padre? Casi no nos hablábamos. Cuando nació él tenía cuarenta y cuatro años. Pues imagínelo de mayor, pero mayor en todos los sentidos. Y cuando yo empecé a tener preocupaciones de otra índole, él... Además, lo suyo no era comunicarse ni convivir. Era un hurón, verdaderamente.

—No lo trataba, pero sí, algo he oído. ¿Ya has preguntado allí donde nació y a sus amigos de infancia o durante la guerra?

—En la aldea, Albaredo, solo queda una vieja que ni se enteró de ella. Y amigos, lo que se dice amigos, no tenía.

—Pues en casos así hay que partir de algo e ir sumando poco a poco. ¿No dices que tu madre nombró a Moreiras?

—Sí.

—Pues ahí tienes. Evaristo Moreiras, además de convencido falangista que se puso al frente de todo, fue alcalde durante infinidad de años en la posguerra. ¡El eterno mandamás! Si le diese por abrir la memoria, que no

creo, porque yo ya lo intenté y no conseguí nada, seguro que te servía. Pero, claro, si tratas a su hijo...

—Ya no. Y tampoco quiero ir por ese lado.

—¿Tienes un nombre y no te atreves a usarlo? —censuró—. Entonces, ¿qué pretendes, cerrar los ojos e ir a tientas?

—Fuimos amigos de jóvenes. Y punto.

La catedrática torció el gesto, sorprendida por mi respuesta. Yo cambié de tema y pregunté:

—¿Qué me dice del suceso aquel de la requisita de armas y del grupo armado que se formó para venir a Lugo?

—Lo que seguramente has leído o te han contado. El Saviñao es otro ejemplo de lo sucedido en el país. Ahí se ve cómo de un día para otro cambiaron las cosas. El 18 de julio requisaron las armas los de la izquierda, pero luego, una vez consumado el Alzamiento y la adhesión del ejército a los golpistas, los falangistas se echaron a la calle y asumieron el papel de defensores del nuevo orden, mientras los otros se escondían con el rabo entre las piernas rezando para no estar en ninguna lista, para que nadie pronunciase su nombre en esas reuniones de la «nueva legalidad» que tenían lugar por las noches delante de una botella de aguardiente y mientras se engrasaban las escopetas o las pistolas. Y también para que no fueran a buscarlos a casa. Fue el momento del miedo. Por eso hubo quien se echó al monte, quien se hizo guerrillero o pistolero, y quien se metió en una covacha. Incluso hubo quien se dio prisa en «enderezarse», que hasta los padres y las mujeres iban a pedirle favores al cura, al médico o al cacique del lugar, todo para salvar la propia piel o la de un pariente que cualquiera podía vincular con la República. Las mujeres, en este sentido, eran más prácticas y no tenían reparo en ir a pasarles la mano y luego deber favores a quien fuese. U ofrecerse a pagar directamente. Ya me entiendes. Sabían que estaba en juego la vida de

los suyos y ponían todos los medios para zafarse. Ahí los escritores, pienso yo, tenéis materia de sobra para narrar, porque siguen sin darse a conocer miles de pequeñas historias llenas de pasión y de ese miedo a la muerte que provocó una época tan... tan..., ¿qué calificativo le pondrías?, furibunda, a lo mejor. No sé si es apropiado mencionarlo, pero no creo que haya nada más fuerte que cuanto arrastra tras de sí una guerra civil, pues no solo es caos y destrucción, también se enardecen los sentimientos, de todo tipo, y se lleva al límite cuanto de irracional tenemos dentro las personas. Imagina lo peor y acertarás. Si te da por seguir adelante, te darás cuenta. Y, por cierto, debes entender cuanto antes que Guardia Civil e Iglesia son una rémora dispuesta a no mostrar las vísceras de ese pasado casi borrado. Y es fácil comprenderlo, por el partido que tomaron. Pero tampoco los que yo llamo parroquianos te van a servir de mucho. Te encontrarás con que, si aquellos procuraron destruir cuanto antes todo lo oficial que los manchaba, estos, como te he dicho, se callaron la boquita y han ido muriendo. Puede que pensasen que no hay nada mejor que la propia tumba para enterrar lo que pasó o lo que sabían.

—Entonces, ¿no le ve salida a lo mío?

—Digamos que soy escéptica. A no ser que de la gente más cercana puedas sacar algo en limpio que no haya transcendido, a día de hoy, no, no se la veo. A pesar de las muchas horas que le he dedicado, por muchos documentos, fotos, por muchas grabaciones y anotaciones que tenga hechas y revisadas y que hablan del pasado de nuestro Ayuntamiento, en todos los ámbitos, material que naturalmente pongo a tu servicio, no soy capaz de decirte si hubo o no un «caso Hurón». Además, te confieso que estoy harta de intentar desenterrar lo que casi todos prefieren que siga oculto. Así que, si me lo permites, te cedo sin recelos esta patata caliente.

—¿Tan duro es?

—Lo será en función de lo que descubras. No lo olvides.

Después de la advertencia, la mujer tomó un sorbo de la taza, para añadir:

—Hay una cuestión que no quiero que te pase inadvertida. ¿Has leído que se anularon las elecciones del 12 de abril en cuarenta y tantos municipios de la provincia de Lugo, por coacciones y falsedad documental? —Yo asentí, ella continuó—: Por aquel entonces toda la estructura social estaba condicionada por un caciquismo difícil de tasar, pero extremadamente manipulador en lo que a política se refiere. Por eso hubo que convocar nuevas elecciones, concretamente el 31 de mayo del mismo año. En el Saviñao, los dieciocho concejales conservadores electos en abril fueron sustituidos por otros pertenecientes a la Federación Regional Gallega, y, más adelante, cuatro de ellos se pasaron al Partido Socialista. Parece ser que el hecho de repetir las elecciones, de que se escogieran otros y de que encima hubiera cuatro tráfugas, ¡mira tú, que pensamos que es algo actual!, provocó un gran malestar en las relaciones entre vecinos. Pero con enfrentamientos de todo tipo, eh, que incluso me contaron que se llegó a las manos en la propia corporación, siendo período de paz. Así pues, antes, como ahora, por allí se cocía una política casera que hervía a más no poder y que generó mucha tensión y una enorme brecha en el pueblo. No sé si esto tuvo algo que ver con la represión posterior, a todas luces desmesurada, pero ¿dónde se vio un consejo de guerra por requisar armas después de un golpe militar antidemocrático y por formar un grupo para defender el gobierno legal que, además, no derramó ni una gota de sangre? Pues al parecer esa tensión estaba muy latente y se manifestó durante la guerra con espolios continuos para abastecer el frente bélico y, seguramente también, con pequeñas venganzas particulares que no se transmitieron oralmente ni figuran en ningún escrito, ya sea oficial o no. Me parece importante que lo sepas. Esas supuestas venganzas, sin duda disimuladas entre la barahúnda de terror que les llegaba a los oídos, no sé si mis informantes las callaron porque no las

conocían o porque prefirieron no mencionarlas, pero murieron con ellos, a pesar de la confianza que tenían en mí.

—Si me pudiera dar sus...

—¿Nombres? Contaba con eso. Pero ya te digo, al mejor confidente de la represión en el Saviñao lo enterramos hace cuatro años, y los otros descansan para siempre. Piensa que cada nueva lápida que se coloca en una tumba es una losa que se le pone a la memoria.

—Buena metáfora.

—Pero cierta, lo que es una pena. En fin, aquí te he anotado la dirección de dos personas que todavía viven y que, si vas de mi parte, no tendrán ningún reparo en recordar algunas cosas. Incluso les puedes preguntar por el Hurón, a ver, pero a mí, que yo recuerde, nunca nadie me nombró a tu padre para nada. Nunca.

Es una manía. Ya lo sé. Pero no tengo qué hacerle. Va conmigo. Incluso después de confirmar el diagnóstico, ya en la autopista y deseando acabar con mi vida, conté. Hasta quince. Pero esa vez me impuse que no. ¡No, Charly, no! ¡Acaba lo que has empezado!, creo que grité. Por eso. Abrí los ojos al rozar la baliza. Pisé el freno. Porque no podía. No podía quedar así. Tan a oscuras. Tan a medias. No me lo perdonaría. En aquel momento no. Ahora entiendo que es importante. Tomarse tiempo. Disponer de una última oportunidad. Por pequeña que sea. Para. Mientras andas el camino. Mientras arreglas otros asuntos. Calmarte. Sí. Calmarte por dentro.

—¿Lolo? ¿Eres Lolo?

—¡Joder, Charly, cuánto tiempo! ¿Cómo te va?

—Bien, bien. ¿Y tú, qué tal?

—Lo de siempre, entre las vacas, pisando mierda, con perdón. Es lo que hay. Por lo demás, vamos tirando.

—Currando, claro.

—¡Qué remedio! Entre cuidar a los viejos y atender a los animales... Es mi destino. Pero algo hay que hacer, ¿no crees? Y menos mal que de vez en cuando puedo pegar cuatro tiros por el monte o pescar truchas, que... Ah, y discutir con los de derechas, que esos no hay manera de acabar con ellos.

—¿Sigues de concejal, entonces?

—Muy a su pesar. Pero si te digo la verdad, y esto que quede entre nosotros, estoy más quemado que el marcapasos de Fraga, que han tenido que aparcar como la chatarra más inservible. Porque aquí, ya lo sabes, todo sigue igual y no hay dios que cambie las cosas.

—Algo habrás podido hacer.

—¡Nada, no he podido hacer nada! Crearme enemigos, todo lo más.

—¿Y de... de la vida, qué?

—Eso son palabras mayores.

—¿Todavía no has encontrado quien te aguante?

—No, Charly, no. Ya me conoces... Bueno, ¿y qué milagro...?

—Te llamo por un asunto personal. No sé si procede, después de tanto tiempo, pero... Se trata de..., de mi padre.

—¿Tu padre? Tu padre está muerto.

—Sí. Pero tú estabas en el entierro y lo oíste como lo oímos todos. Y como nadie me dice nada...

—Creía que por fin te habías acordado de mí, que me ibas a invitar a cenar, para tomar unas copas o recordar u olvidar el puto pasado, pero...

—Estoy muy ocupado, Lolo. Discúlpame.

—Pues venga, ¡dispara a dar!

—Lolo, ¿quién era aquel viejo? ¿Sabes de dónde vino o dónde vive?

—Yo no lo conocía. Quiero decir que no lo trataba. Lo había visto en la feria, porque pasar desapercibido con esa enorme cicatriz... Pero... ¿qué pretendes ahora?

—Eso es asunto mío.

—Será.

—¿Puedes ayudarme o también prefieres seguir con ese lastre?

—¡No me jodas, Charly! A mí no me vengas con esa monserga. El que nunca ha soltado lastre has sido tú, así que... Si ya han pasado seis o siete años, ¿a qué viene ahora meterte en ese lío? ¿Por qué no lo hiciste entonces? ¿Era duro coger el toro por los cuernos o qué? ¿Era bravo? Pues si no lo cogiste cuando debías, ¿qué quieres que haga yo ahora, desde aquí y sin saber si estabas muerto o vivo en todo este tiempo?

—Nada, no hagas nada. Lo siento...

—¡Espera! ¡Espera, Charly, no cuelgues, por favor! Escúchame y no pienses lo que no es. A pesar de los años y de la separación sigo siendo el amigo fiel de toda la vida. Es posible que me haya embrutecido un poco desde que dejé la facultad y me volví al monte, pero el envoltorio es lo de menos, ya lo sabes. Así que, ya sea mierda o sea arrebató lo que dejo ver, soy el mismo Lolo que... ¡Bah! ¡Basta de historias! Pídeme lo que quieras, menos dinero, que no tengo, y te lo daré. Te lo daré todo, cuanto soy, ya lo sabes. Pero en el asunto aquel... ¡Pfff! No sé. A mí me sorprendió que tú y Sara... Perdona que te lo diga, me sorprendió que no os movierais, que recularais. Y todo porque recuerdo como si fuera ahora en el entierro cómo te volviste y... Aquella mirada tuya se me quedó grabada. Pero luego no hiciste nada. ¡No hiciste nada, joder! ¿O es que ya no te acuerdas? Y después tampoco moviste una paja, no volviste a aparecer, ni dijiste ni preguntaste, no... ¡Nada, no hiciste nada, Charly, nada! ¡Desaparecer! Y yo, ¿qué podía hacer yo si habías



prescindido definitivamente de mí? No te estoy echando la culpa, que cada perro lame las heridas de su polla y... Y no sé si aquello tuvo algo que ver o no con tu retirada de Escairón, pero las malas lenguas decían que, si ya no andabas mucho por aquí desde que se casó Ana, desde ese suceso, por lo que soltó aquel viejo, que puede que no tuviera nada mejor que hacer que venir a gritarle a tu padre cuando la palmó, pues eso, que te retiraste de la circulación. Y no quiero preguntártelo, o no debo. Pero a mí me duele que estos babosos de la onda de Evaristo digan trolas de ti, que ya te digo que incluso a alguno he estado en un tris de partirle la cara más de una vez. Pero mira, que digan lo que les dé la gana, que sacando la lengua a pacer tampoco arreglan nada. Lo que debes saber es que yo soy Lolo, y a mí no me importa lo que dicen estos ni lo que dijo o dejó de decir aquel viejo chocho delante de todos, que ya le pudo quedar el cuerpo descansado de la que armó. Que fue muy fuerte, vale, pero... Pero yo sabía que a ti sí te importaría. Es más, quiero que sepas que, porque te conozco bien, ¡cavilador de los cojones!, aun sin haber aparecido por aquí, sin haber dado señales de vida en todos estos años, sabía que el destrozo por dentro iba a ser importante. Y eso me dolía. Puedo decirte que aún me duele, Charly. Pero se daba la circunstancia de que tenías una familia, otros amigos y... Supuse que habías abandonado. No sé, incluso dudé si...

—Porque me conoces, sabes que es mucho suponer.

—Perdona, Charly, perdona. Fue culpa mía no llamarte. Conociéndote, debí haber dado yo el primer paso y... debí entender que tú nunca cogerías el teléfono para llamarme, que nunca aparecerías por casa para darme una explicación o tomar una copa o cualquier otra cosa. Incluso me doy cuenta de lo mucho que te habrá costado marcar hoy mi número y pronunciar una palabra. Llevarás días dándole vueltas y rompiéndote la cabeza con todo aquello. Lo sé. ¡Joder si lo sé! Pero ya que lo has hecho y porque eres tú, te

voy a ayudar. Así que ahí va y que sea lo que Dios quiera. Después del entierro yo también pensé en ello y, sí, al poco tiempo, no habían pasado ni dos días, lloviendo a cántaros como nos llovía a todos, busqué lo que tú me pides ahora, intenté averiguar algo sobre el jodido carcamal aquel de la puta cicatriz. Y no fue difícil. Vive, o vivía, porque ya entonces estaba muy acabado, en Sabariz, cerca de A Cova, por donde se va hacia Santa Mariña de Rosende, enfrente mismo del Cabo do Mundo. ¿Sabes dónde te digo?

—Por dónde queda, sí, pero el lugar concreto...

—Pues vas y preguntas, porque el resto ya es cosa tuya, que a mí no me quiso decir ni mu. Le llaman Curuxás.

El hombre, un animal desaliñado con el pitillo colgado del labio inferior, posó el hacha, le dio una patada al tronco de roble resquebrajado, que se separó en dos trozos, y miró a lo lejos.

—¿Pereiro, dices? —preguntó.

—Serafín Pereiro. También le llamaban Hurón.

—¿Hablas del Hurón de cerca de Escairón?

—Sí, del mismo.

—Ni sé ni me importa lo que tenías con él —soltó, arisco—, pero seguro que fue otro mal bicho.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé.

—¡No lo sé, no lo sé! ¿Cómo que no lo sé? Por algo lo dirás, ¿no?

Él calló, yo insistí:

—¿Pero tú lo conocías o no?

—¡Uy, qué coño! Conocer no lo conocía, pero mi abuelo me dijo un día que era retorcido como él solo.

—¿Y te dijo algo más?

—Nada más —respondió, limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—O sea, que hablas de oídas —lo acusé.

El hombre me miró de reojo, como si perdonase mi ignorancia de lo habitual por aquellos lares.

—Casi todos hablamos de oídas, tío —exclamó entonces, rascándose los cañutos de la papada sin afeitarse—. ¿O es que no te das cuenta? Pero si la murga le fue por ese lado, por algo será, ¿no crees?

—Entonces habrá alguien que pueda demostrarlo.

—Puede ser.

—¿Y quién, a ver? ¿Quizás tu abuelo, el Curuxás? Porque él le fue al entierro y armó una buena...

—De eso sí que no sé nada.

—Ya —concedí, con segundas—. ¿Puedo hablar con él?

—No.

—¿Por qué?

—Porque está muerto.

—¿Cuándo murió?

—¡Hay que joderse! Hará unos seis años, por lo menos.

—¡Vaya, hombre! —solté, dolido por la gratuidad de sus opiniones—. Pones a una persona a caer de un burro porque te lo dice alguien con quien puede que ni se tratara, a lo mejor por una tontería de esas que hoy ni merecen la pena, y no te preocupa. ¿Tú crees que es justo?

—Yo no sé lo que es justo o no, pero a mí tampoco me cuelgues nada, eh. Faltaría más. Si mi abuelo no lo podía ver, no lo podía ver por algo. Y punto. Así que si el Hurón hizo algún mal...

—¡Hizo algún mal, hizo! —insistí—. ¿Pero quiero saber qué tipo de mal y

cuánto?

—¡Hay que joderse! —repitió, díscolo—. ¡Pues, al parecer, todo el que le mandaron!

—¿Y quién se lo mandó?

El hombre me observó y, mientras mordisqueaba el filtro del cigarro, expulsó el humo por la nariz. Luego, como si quisiera evitar el compromiso de la palabra, removi6 la saliva en la boca.

—¿Quién? ¡Venga, habla! —apremi6.

Entonces 6l, con calma, dijo:

—Tú parece que no eres de aqu6.

—¡Pues lo soy, claro que lo soy!

—Entonces piensa qui6n est6 siempre por encima y te dar6s cuenta. ¡El miedo es libre, t6o!

Yo abri6 la boca. 6l me examin6 de soslayo y asinti6 casi imperceptiblemente con la cabeza. Luego escupi6 en las manos, se frot6 una contra la otra y cogi6 el mango. Despu6s de recolocar el tronco con el pie derecho, alz6 el hacha hacia el cielo, apunt6 bien y, justo antes de golpear, advirti6:

—Pero yo de eso no s6 nada, eh, que en esa 6poca no estaba ni encargado. Habla con mi madre, si quieres, cuando vuelva de la apaña.

Y, al tiempo que la garganta emit6 un violento gemido, descarg6 con saña un machetazo que parti6 el leño por la mitad.

—*Ust6* se cree que no tengo nada m6s que hacer que andar papando moscas, ¿o qu6?

—Pero su padre...

—Mi padre, que en paz descansa, ya no tiene nada que rascar. Nada. Y, si

no, vaya a su nicho y verá que es de razón lo que le digo.

La mujer, todo carácter, con el cabello blanquecino por la edad y recogido por detrás con un lazo deshilachado, siguió aclarando la ropa en aquel helado lavadero mal enrasado y cubierto de verdín en las grietas. Hacía frío y, viéndola así arrodillada, metiendo las manos en el agua y, al estirarse, enseñando las corvas y parte de los muslos blancos y adiposos, yo sentía en mi cuerpo un escalofrío de atraso congénito que me descentraba.

—No voy a parar hasta saberlo —sostuve, justo cuando apareció por el camino otra viejecita con un enorme barreño asentado en la cabeza con un rodete—. Si mi padre hubiera dicho eso del suyo, también usted insistiría hasta averiguarlo, ¿o no?

—¡La verga, chaval! —respondió, entendí que para hacerme callar.

Entonces saqué una tarjeta personal y se la coloqué al lado. Ella, después de enjugarse rápidamente la mano derecha en el delantal, la cogió y, cuidando que la que llegaba no se diese cuenta, la guardó en un bolsillo sin mirarla. Luego, metiendo la mano derecha por la abertura del escote, se rascó sin recato la teta izquierda, se retiró hacia atrás el cabello y le dejó un sitio libre a su comadre, que me saludó con un receloso gesto al sentarse.

Cuando me alejaba, las escuché hablar:

—¿Quién es ese, Celia?

—No lo sé.

—¿Qué se le habrá perdido por aquí?

—¡Y a mí qué rayo me cuentas! ¡Si eres tan amiga de saber, ve tras él y pregúntaselo!

Tras la sorpresa inicial, Ana se me acercó apenas por verme tan deteriorado, desgraciado tal vez, y hacer deducciones. Apenas porque lo que

no había podido ser regresaba a su lado marchito y sin sentido. Y yo no supe qué hacer con las manos, si abrazarla, si intentar acariciarla, si dejarme caer en esa serenidad infinita que aun así me quemaba por dentro. Había soñado tantas veces con un abrazo suyo que, con aquel ordinario amago, interpreté que nunca había sentido nada por mí, o que mi presencia solo representaba ese incordio del pasado que, tal una figura espectral, tememos que un día aparezca por la puerta. Y resultó duro, por lo menos nada especial, tenerla así, cerca, casi pegada. Entonces, atrapado por el aroma a insidiosas gotas de colonia cara y cuerpo ajeno que en ese instante percibí, la escuché pronunciar mi nombre, de nuevo, con tan poco mimo y acompañado de una vaharada de licor desconocido en su aliento que desconfié aún más de ella y de la mañana. Y, mientras se separaba y con la mano me invitaba a pasar como haría con cualquier locuaz y encorbatado viajante de productos de cosmética femenina, entendí que quería eludir una pregunta que ni era consuelo ni redención para ella.

De esa forma entré en la lujosa mansión que venía a ser su casa y con la que su vida de años atrás no parecía armonizar. Cerró la puerta, me indicó el camino y fui a su lado en silencio hacia un pequeño gabinete en el que la luz también entraba animada por las horas que van pasando. Nos sentamos, entre cojines con ribetes dorados, como dos desconocidos que no saben qué decirse, uno frente al otro y, como a propósito para separarnos, con una pequeña mesita colocada en medio. De aquel instante en que las miradas se evitaron, quizás puedo recordar que tuve miedo de quitarme el gorro, de moverme y derribar con mi fragilidad la de las figuras de porcelana aparcadas por todas partes, de no ser lo que ella esperaba que fuese e, incluso, de amordazar el presente diciendo tonterías que aliviasen la distancia, esa que habíamos dejado crecer desde un pasado que aún habitaba en mí y en el que con frecuencia buscaba la fuerza para continuar. Ella no, por eso preguntó:

«¿Qué te pasa, dime?» Entonces pensé que si le contaba lo de mi enfermedad ya nunca me zafaría de su compasión, pero también que si pretendía acabar con las mentiras tampoco podía esconder una agonía que se había apoderado de mí y de la que, por mucho que quisiera, no conseguiría escapar. Merecía la pena, pues, ser sincero. «Vengo porque ando algo delicado de salud», advertí, revisando las fotos familiares con marco de plata, permitiendo que ella me inspeccionase. Luego añadí: «Pero nadie lo sabe.» «¿Ni tu mujer?» Negué con la cabeza, observándola sosegadamente, envuelta en esa aura de fortaleza que no era tal pero que necesitaba para seguir adelante. «Hace unos días cogí una baja y dije en casa que tenía que aislarme para acabar un encargo de la editorial. Les llamo por teléfono y va colando. Así ellos se libran de mí y yo de que se compadezcan.» «¿Y qué haces?», se interesó, «¿dónde vives?». No contesté, pero, incómodo, apreté los labios. «Perdona el interrogatorio», dijo. «Digamos que llevo una vida retirada», concedí. «Me paso el día por ahí, de un lado a otro, pensando.» «Ya hay que tener valor», opinó. «O estar desesperado», repuse. Ella se mordió los labios. «Es lo que hay, Ana», alegué, metido en aquella conversación vacía, «y tampoco le demos más vueltas». «¿Ya no escribes, entonces?», preguntó. «Ya no. ¿Para qué?» «No sabía nada de ti. Hace tanto que... No sé, queda todo tan lejos», adujo. «Pero he leído tus libros. Y me parecen...», dudó, mientras yo ladeaba la cabeza, «me parecen preciosos». Ni siquiera la ternura de aquella palabra, que en otra época puesta en sus labios me habría llenado de dicha, me importó en ese instante. Quizás fue por eso por lo que permanecí callado. «¿Y qué puedo hacer...?», preguntó al fin. «Responder a la pregunta», le dije, «Solo eso». Entonces Ana miró hacia fuera, donde el día llegaba todo junto, como con prisa por acabar su tarea, y calló.

—*Usté* quiere saber si mi padre fue a aquel entierro, ¿no es así? — exclamaron, tras un intrigante silencio, desde el otro lado del interfono. Si no respondí fue porque reconocí la voz de la mujer del lavadero y excusaba confirmárselo—. ¿Y cómo es que supo que había sido él?

—Entenderá que su padre, con aquella cicatriz y soltando lo que soltó, no iba a pasar inadvertido. Pero a mí me llega con saber por qué lo hizo.

—¡Y yo qué sé! Le daría por ahí. O se las tendría juradas.

—¿Su padre y el mío eran amigos, conocidos...?

—Se conocerían, digo yo, que a mí no llegó a decírmelo. Pero ese día tuvo que animarse con unas gotas de aguardiente. Recuerdo que se lavó la cara, se puso la zamarra, cogió el tractor y allá se fue. A mí ya me parecía que no iba a la cantina, pero... Lo supe al poco, justo antes de morir.

—Señora, ¿y no podríamos vernos y hablar tranquilamente?

—¡De eso nada! Después del asunto de mi padre, por nada del mundo quiero que nos vean juntos. Le digo lo poco que sé, mejor dicho, lo que él me contó, y luego no quiero volver a verlo ni a oír hablar más de esta historia. ¿Queda claro?

—Como vea —acaté—. Hábleme de él.

—Mi padre, que en paz descansa, lo único que hizo en su vida fue partirse el espinazo trabajando en las viñas, que tampoco le quedaba otro remedio. Pero voy al tema. Al poco del entierro, después del accidente, cuando se estaba muriendo...

—¿Qué accidente?

—Mire... Aquí podemos parecer del género idiota por lo que tragamos, pero no lo somos —se enfadó la mujer—. ¿Me ha entendido? Y, ahora, ¿quiere que se lo cuente o no?

—No piense que...

—¡Pienso lo que pienso, faltaría más! Pero mejor no revolver en la mierda,



no vaya a ser que nos coma el mal olor. Mi padre, aquel día, mientras agonizaba... Soy hija única y, aun así, ¿a quién más se lo podía contar? Pues va y me dice todo acabadito el pobre que había tenido que ir, que había tenido que ir y nada más. Yo no lo entendía, no sabía muy bien ni de qué hablaba ni... Chochear ya chocheaba hacía tiempo, que entre el morapio y los años... Pero en ese trance, a punto de morir, a uno se le encoge el alma y... Entonces lo debió de pensar, o puede que no le rigiera bien la chaveta. El caso es que calló la boca y no me quiso contar nada más. Pero esa fue la primera vez, el primer intento, digamos. Un rato después va y arre de nuevo que había tenido que ir. ¿Pero adónde coño tuvo que ir, padre?, le pregunté, a ver. Al entierro, al entierro, dijo, todo cabreado, y eso que no le entendía todo de lo que se atascaba, que era como si tuviera algo atravesado en la garganta. Entonces fue cuando recordé aquel día que se había marchado sin saber yo adónde y sin poder detenerlo. Más tarde pregunté por saber a quién habían enterrado en Escairón y supe de quién se trataba. Lo supe, sí, pero nadie me dijo que él..., vaya, que había soltado lo que soltó.

—Pues sí —dije, como si la revelación que esperaba me aplastase—. Yo estaba allí. «Adiós, asesino», gritó, delante de todos.

—Eso dicen.

—Lo gritó y luego se marchó. Pero no le demos más vueltas, señora, lo que yo quiero saber es por qué se lo dijo. ¿Sabe algo de eso?

—Él... Él, nada. Ya no llegó ahí, que prefirió quedárselo. Como si quisiera protegerme, a mí y a la familia.

—Protegerla, ¿de qué? ¿O de quién?

—A lo mejor de *usté* —indicó.

El silencio que siguió me recordó el aullido del miedo. Lo rompí enseguida:

—Yo soy una persona normal, se lo aseguro. Nunca...

—Lo sé. Ya se ve, a pesar de las pintas. Por eso lo llamo. Y también para pedirle perdón, vaya.

—Déjese de tonterías, ande, y cuénteme lo que sabe.

—En eso estoy. Como le dije, mi padre nunca hablaba de sus cosas, y eso que era muy bromista, que por aquí todos recuerdan para bien al Curuxás, por las juergas que montaba. Pero de sus cosas no hablaba, no. No sé si todos los que tienen algo de aquella época lo callan, pero él lo hacía. Y en los últimos años siempre escuchaba las necrológicas, como si esperara por alguien que, que... El caso fue que unos días antes, con la radio puesta, pegó un salto del copón tomando café. Escuchaba Radio Monforte y, me acuerdo como si fuera ahora, pegó un brinco como un crío y arrió bien la oreja para oír mejor. «¿Lo conoce, padre?», le pregunté. «Un poco», dijo. Era de pocas palabras, pocas pero acertadas, no como yo. «Será de su quinta», dije, por charlar un poco. Pero él no soltó prenda, se colocó la boina y allá se fue a hacer lo que hacía en el huerto. Luego resultó que no, porque el difunto andaba por los ochenta y tantos.

—Ochenta y cinco —precisé.

—No me acuerdo. Mi padre ya había llegado a los noventa, así que tampoco me importaba si habían ido de mozas o se habían emborrachado juntos o qué. Después de aquello estuvo como nunca lo había visto. No paraba quieto, dando vueltas de un lado para otro y... bebiendo. Siempre le dio duro, pero con aquella euforia que tenía, no voy a negarlo ahora, mucho más. Y era como si necesitara del morapio para coger fuerzas e ir allí y... Hizo mal yendo, lo reconozco, pero también le sentó muy bien ir. Para la salud, quiero decir. Si llevaba veinte años acabadito, el pobre, después de aquella salida lo vi más espabilado. Fue como si volviera con el deber cumplido, como si vaciara toda la bilis que llevaba dentro, y toda junta. Fue,

¡vaya si fue!, santo remedio para sus achaques. Morir tenía que morirse, porque no hay más hacia dónde ir, pero...

—Perdone que insista, señora, pero lo que a mí me importa ahora, tiene que entenderlo, no es la salud de su padre, sino... Alguna razón tendría, digo yo.

—Pues sobre eso... Fuera por lo que fuera, él no dijo nada. Pero no estuvo bien, lo reconozco. Y nada más.

—¿Siempre ha vivido con él? En la misma casa, digo —intenté retenerla.

—Sí, siempre.

—¿Y no hay nada que recuerde, algún suceso, cualquier hecho que él tuviera muy presente en su vida?

—Mientras vivió, ya digo, lo suyo fue tirar para adelante. Acarreó él más brazadas de sarmientos en la viña que María Santísima. Y que Dios me perdone, pero si es justo y hay cielo en el que caer, él...

—¿Y de antes de la guerra, o en ella, cualquier cosa que...?

—En Santa Mariña se habla de que antes había otra *prosperidá*. Y mucha gente. Pero al parecer luego todo se torció y no hubo manera. Lo torcieron a propósito, o eso decía él. Y enderezar lo torcido...

—¿Y no le contó nada más? Yo qué sé, una muerte, un...

—Ahora que lo dice... Tenía un amigo de juventud que al parecer liquidaron. Contaban que andaba metido en esas cosas, ya me entiende, en lo que no debe meterse quien no puede. Pero no sé si procede...

—¿Metido en política?

—No sabría decirle. Agrupaciones para prosperar, juntas de labradores y cosas por el estilo. Pero eso mucho antes, que yo ya no lo recuerdo.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Setenta y tres. Así que...

—¿Y cómo se llamaba?, ¿dónde vivía ese amigo?

—Se llamaba Pepe y vivía ahí abajo, en Mazarelos. Pero yo no llegué a conocerlo, eh, quiero decir que era una niña y no lo recuerdo. Ni a él ni a su mujer. Y lo que pasó se lo llevó el viento.

—¿Lo que pasó? ¿Y por casualidad no conocerá a alguna persona mayor que se acuerde y quiera...?

—Mi padre, que en paz esté, era con mucho el más viejo de este lado, así que no hay nadie.

—¿Por dónde queda eso de Mazarelos?

—Ahí al lado, bajando por el arroyo de la Lama. Él siempre me decía que, incluso de noche, atajando por los viñedos, se ponía allí antes que cualquier coche, que tiene que hacer todas las curvas del Pousadoiro yendo por Fión. Y por la Cova otro tanto. ¿Conoce esto, no?

—Un poco. Pero ese lugar...

—Es ribera pura, trabajo de hombres, que entre cavar y estercolar muchos se dejaron la vida. Pues mi padre fue uno de ellos. Y eso es todo lo que sé. Y, ahora, si no le importa, procure no enredar más con...

—Su hijo me habló de su abuelo y de quien mandaba en aquella época.

—Martín es un tarambana que no sabe mantener la boca cerrada. Estaban muy unidos los dos, que incluso echó a perder a su nieto con tantos mimos y dinero que le daba. Pero lo que le dijo tampoco es nada nuevo, que todo el mundo sabe quién está detrás de todos los tejemanejes de por aquí.

—Ya —reconocí—. ¿De verdad no sabe nada más o es que no quiere contarme...?

—No sé nada más, y tampoco quiero contarle lo que no es seguro.

—¿Lo que no es seguro? ¡Señora, se lo prometo... —iba a decir por mi padre, pero me di cuenta de que no procedía—, le prometo que nunca la nombraré! Ni a su familia. Pero cuéntemelo, por favor. ¿Confesó su padre algo más antes de morir o...?

Un extraño silencio, teñido por el abatido jadear de la mujer, ocupó entonces el lugar de la palabra. Enseguida la comunicación se cortó y los pitidos que escuché en el auricular me espolearon la mente. Fui consciente de que no podía dejarlo así, que después de hablar con varios confidentes del Saviñao y no conseguir ni la primera pista, por fin había dado con una vía.

Durante las jornadas que siguieron vigilé con prismáticos la casa de la mujer, asentada en la ribera y engullida por la bruma que enturbia la vista en el impresionante meandro del río Miño, ante lo que por allí llaman con temor el Cabo do Mundo, y hablé con algún que otro ocioso dispuesto a compartir un tinto casero a cualquier hora en la taberna más próxima. Así, entresacando del marmagnum de los recuerdos, me informé de las extrañas circunstancias de la muerte del Curuxás: había aparecido sepultado por el muro de un bancal que se había venido abajo sin razón aparente y después de que, unos días antes, dos hombres con acento portugués merodearan por los alrededores. Aunque antes de morir el viejo había agonizado varias horas en su casa y las malas lenguas decían que «se lo había buscado», nadie tenía seguridad de nada.

La entrevista tuvo lugar de mañana, muy temprano, porque como un torrente repentino la ansiedad me devoraba. Esperé de pie a que ella, como acostumbraba, saliera a buscar la leche con un recipiente de aluminio colgado del antebrazo y, justo al divisarla, fui a su encuentro por el borde del camino de gastadas losas dispuesto a cualquier cosa, incluso a ofrecerle dinero. Como una figura espectral de piernas arqueadas que surgía poco a poco entre la neblina, ella me vio y se detuvo a escasos metros. Nos miramos.

Merece la pena pararse a observar a estas viudas de aldea que parecen poca cosa, pero que, incluso en galochas, siguen apurando un mundo olvidado y

sus bregas. Viven como al margen, porque ni pierden el tiempo leyendo la prensa o escuchando las noticias ni se enteran de lo que pasa fuera de allí o se legisla para ellas y los suyos. Aun así, llevando una vida retirada, poseen una fuerza propia, innata y esencialmente práctica, la que les da el no esperar nada de nadie, la de saber que solo su trabajo les da coraje y pan para pasar el frío invierno y alcanzar de nuevo el tiempo cálido que con seguridad llegará. Por eso tanto pelan patatas como podan las cepas, tanto lavan la ropa como encienden una vela a un santo remolón en una triste y solitaria capilla, tanto estercolan las tierras como se acercan al mercado y regatean por unas docenas de repollos que luego plantarán en el huerto, siempre en luna llena. Por muy desorientado que parezca su caminar por esos barrizales sin desbrozar del interior, por mucho que sepan que en esta vida estamos vendidos, por mucho que el mundo censure a menudo ese proceder o mire para otro lado, ellas, tenazmente, siguen defendiendo lo suyo en cualquier aldea remota de este resquicio del mundo. Y eso sí es valor, no el de otros.

Celia do Curuxás, puedo jurarlo porque me fijé bien, era de esa casta, pero ella, justo al reconocirme, no pudo evitar que las pupilas le bailasen como badajos desorientados en medio de los ojos.

—Sé que lo sabe, señora —dije, sin esperar—. No porque me lo hayan dicho, sino porque se lo noto.

—¿Pero qué dice? —preguntó, para escabullirse.

—Que no me ha contado toda la verdad. ¿A que no?

Entonces ella, endureciendo la mirada, se mordisqueó los labios. Ya no era necesario ningún tipo de conformidad, por eso me acerqué.

—Quedará entre nosotros —declaré, tal vez por ayudarla. Pero ella, como harta, expulsó con fuerza el aire por la nariz y no dijo nada. Entonces yo le pedí o supliqué o algo así me salió mientras con la mano le tocaba la manga de la ropa que vestía—: ¡Lo necesito, señora! ¡Hágame ese favor!

La vieja, consumida y frágil, con un fuerte hedor a orines, rechazó el contacto y se adentró en la hierba mojada de alrededor, desde donde se divisaban los bancales de la ribera. A continuación, parsimoniosamente, posó la lechera sobre un montón de piedras y, mirando hacia la niebla y como poseída por un ser misterioso que desde allí le dictase las palabras, exclamó:

—No le hará ningún bien saberlo, pero allá *usté*. Aquel lugar del fondo, donde malamente se ve una casa, es Mazarelos. Mire. Pues era la suya, la de los Mazaira. Allí sucedió, según me contó mi padre. Era de noche, y en aquella época todo había cambiado para mal, que no hacía nada que había empezado la guerra. Por lo visto ya se barruntaba que iban a venir, y cuando mi padre divisó los faros de los coches bajando por el Pousadoiro supo con seguridad que iban por él, por Pepe. Desde Mazarelos no se pueden ver las luces ni se oye el ruido de los motores, que la casa queda muy enterrada, así que él, el pobre, se echó a zancadas por entre las cepas para llegar antes y avisarlo. Pero no llegó, esa vez no llegó, porque, aunque era joven, con las prisas tropezó y se fue de bruces contra una estaca, que se le incrustó en una mejilla y... Toda la vida llevó la cicatriz aquella como una marca de lo que le dolía por dentro, que eso fue lo peor, no haber conseguido avisar a su amigo, y salvarlo, a él, a su mujer y a la hija que tenían. Esa era su pena. Y nadie salió, ni en San Mamede ni en el Pousadoiro, nadie salió afuera, ya no digo a defenderlos, que no podrían, pero en lugar de salir y mirar para tratar de averiguar quiénes eran, cerraron las contraventanas y trancaron los postigos. En aquella época era lo mejor, meterse en casa y rezar para que no llamaran a tu puerta por la noche y te llevara el diablo o la barahúnda que se montó. Y él, mi padre, que Dios lo tenga en la gloria, con el cuerpo arrastras, sangrando como un cabrito, que incluso daba pena cuando me lo contaba antes de pasar a mejor vida, no llegó a tiempo de avisar. No llegó, no, pero se escondió detrás de unas zarzas y vio lo que vio.

—¿Qué vio? Cuente.

—Poca cosa, porque todo sucedió dentro, en un cuartucho que tenían de cantina. Al parecer fueron tres o cuatro los que vinieron, armados y rabiosos como perros, dispuestos a hacer todo el daño posible. Y lo hicieron. Pero del resto no sé nada, que ni él soltó prenda ni nadie más lo recuerda. Él solo oyó los gritos desde fuera y, aunque llevaba una navaja en el bolsillo, ante las escopetas poco más podía hacer que salvar su vida encogido entre las cepas. No sé si los mataron allí mismo, si se los llevaron, o qué fue de ellos, que tampoco me lo dijo, porque cuando me lo contaba ya no le regía mucho la chaveta y el juicio le bailaba de un lado a otro con el horror. El caso es que borraron a la familia para siempre, y todo porque Pepe del Mazaira parece ser que se había metido donde no lo llamaban. Y puede ser también que a muchos hombres se les caía la baba por Estrella, la mujer, al parecer bonita como una rosa. Por eso acabaron con todo, pero con todo, que incluso le prendieron fuego a la casa. Él me lo contó porque por lo visto el Pepe era, o iba a ser, mi padrino. ¡Mira tú que para las veces que me pudo tener en brazos! ¡La vida es una jodienda, mala chispa la coma! Y no sé nada más, que él ya no dio palabra ni me dijo nombres, que en eso fue muy cuco. Pero le sentó muy bien aliviar las alforjas conmigo. Y tan bien que le sentó. Mi padre siempre estaba de coña, siempre, le podía más la alegría que la pena, pero aquello no lo olvidó nunca. Hay cosas que ni adrede se olvidan, ¿no le parece? De ahí quizás el arrebató de ir a gritar al entierro, porque vivía con ese hormiguillo dentro, el pobre. Y ahora haga lo que le dé la gana con lo que sabe, pero, si me hace el favor, no le cuente a nadie quién se lo dijo ni vuelva por aquí, que tampoco tengo yo necesidad de amasar más este engrudo.

Entonces recogió la caldereta, se giró sin mirarme y emprendió el camino. Por el contrario, yo me asomé a aquel abismo de niebla que envolvía una



ribera como con vida propia y miré hacia abajo. Si no veía la casa de los Mazaira, por lo menos la imaginación, temblando, la presentía.

—Señora —llamé—, ¿y qué me dice del accidente de su padre?

—Pregúnteles a los que en aquella época husmeaban por el lugar —respondió, sin detenerse—. Ellos sabrán.

—Pero, ¿qué hacían?

—Lo mismo que usted. Tal cual —exclamó.

Y se perdió entre la niebla.

Después de la entrevista y tratando de relacionar, empecé a darle vueltas a otra duda: ya que había sucedido pocas semanas después, ¿tendría algo que ver la muerte del Curuxás con la de mi padre o, mejor aún, con aquella desafortunada intervención en el entierro? Aunque no podía probarlo, la sospecha de una precipitada venganza, incrementada por los celos que había tenido su hija para hablar conmigo, cobraba visos de realidad y me agitaba el pensamiento. Pero, de seguir lo que la intuición me dictaba, ¿quién la había ejecutado?, y, lo que juzgaba tan importante, ¿quién la había impulsado? Yo, que como hijo bien podía ser el principal sospechoso, desde luego que no.

A pesar de lo averiguado, recuerdo que ya entonces era cada vez más consciente de mi debilidad y de que, por tanto, no tenía futuro. Poseía un presente, mejor dicho, me arrastraba por él, tortuosamente, y parecía marcado por un pretendido pasado en el que debía sumergirme sin remedio, pero resultaba que ese mismo pasado no me traía recuerdos propios como para llenar el pensamiento —en realidad, yo no había hecho viajes exóticos, no

había corrido increíbles aventuras, no me había entregado a nuevas sensaciones, no había tenido otros amores y apenas me había acostado con más mujeres que la mía—. Así, me miraba y veía a un hombre sin experiencias, que solo contaba, y gracias, con una modesta imaginación, la misma que poco a poco había volcado en unas novelas en las que un puñado de lectores ocupaban su tiempo. Había vivido amando en secreto a quien nunca supe si me amaba y temiendo ser hijo de un padre salpicado por una palabra que me arañaba el alma. Había vivido sin vivir, ciertamente, deslizándome por los momentos de un reloj que traía las horas desde muy lejos y cubiertas de penuria. Por eso desdeñaba el escaso presente, por eso en aquel instante me acuciaron aún más, si eso era posible, las prisas por constatar el miserable pasado y hundirme en él, porque —para rematar la tortura no paraba de hacerme preguntas—, ¿qué podía esperar de la vida?, ¿qué dejaría de mí para la eternidad al morir? Si acaso, una mísera nota que llenase la esquina de una página en la sección de «Cultura y TV» de un periódico cualquiera. Poco más. Y encima era consciente de la inutilidad y entrega de tantos instantes entre cuatro paredes inventando historias, creando personajes, construyendo párrafos en los que a veces ni los adjetivos parecen corresponderse con lo que piensas, sientes o deseas transmitir. Tanto tiempo y esfuerzo gastados, tanta sensación perdida o sin probar, tanto por hacer o por andar en esta vida... ¿Y total para qué? Para llegar, simplemente, a la nada. ¡Triste miseria humana!, pensaba entonces. ¡Tanta que nadie con una mínima esperanza merece catar tal desaliento!

Además de eso, otro fragor interior empezó a importunarme. Fue justo cuando, definitivamente instalado en la bodega, no muy lejos de Mazarelos, empecé a dudar de que la enfermedad me dejase llegar allí adonde ansiaba, de que era muy probable que truncara mis pasos en los momentos decisivos de la búsqueda. Por eso, y porque seguramente necesitaba las pastillas para

levantarme y afrontar cada día, busqué enseguida un médico. Recuerdo que el primer doctor al que acudí después de la espantada hospitalaria, tras indicar que «Para casi todo hay solución» y olvidar la segunda parte de la máxima, al cabo de unos minutos de consulta, me había puesto la mano en el hombro y, paternalmente, me había hablado de los beneficios del Lexatín, un ansiolítico que crea adicción, y que, tras dos semanas, no menos, y solo en el caso de enérgico rechazo corporal, podría sustituir por otros antidepresivos. Pero no llegué a tomar ese medicamento porque, en un foro de Internet sobre el tema, un sensato doctor insinuaba que la perspicacia del médico acaba dándole al enfermo lo que quiere por un hedonismo insaciable de esta sociedad, hecho del que se aprovechan, y bien, ellos y las multinacionales del sector. Por eso mismo no tenía la certeza de si necesitaba psicofármacos, porque no me habían diagnosticado ninguna de esas raras enfermedades con síntomas tan abstractos y de difícil catalogación como la tristeza, el miedo o la incapacidad para sostener el día a día. Sentía, eso sí, un cierto pánico, lo reconozco, pero ya formaba parte de mí, vivía con él. Y tampoco estaba loco. O eso creía. Necesitaba tiempo, solo tiempo, y notaba que aquel del que disponía se me escapaba sin remedio de las manos. Por eso cuando, confuso como estaba, el médico al que visité en Chantada, un tal Sarmento, me habló del Idalprem «Para salir del paso», vi la luz. Gastaba perilla de cabra y melena, tenía granos y manchas en la nariz, y vestía un tanto estrafalario, pero comentó con indolencia, sin sentir lástima por mí, lo que me gustó, que en lo que se equivocaban sus colegas era en «Crear que ese mal cicatriza como una herida cualquiera».

—En la mente ni hay herida —me espetó— ni venda que valga. Mejor dejar todo a la bartola, y que el mal, si lo hay, se cure solo o te joda por completo.

Con todo, me lo recetó para cuando tuviera un ataque fuerte y «Como un

salvavidas al que te puedes agarrar justo cuando creas que te estás ahogando», dijo, y el símil resultó: me fui de la consulta persuadido. Y aunque ese fármaco también crea adicción, en aquellos instantes me miraba al espejo y le hablaba a la triste figura que en él divisaba, para convencerla: «Eso ya no importa, amigo, tal y como tienes trastornada la vida.»

Por lo visto disponía de un solo hilo que devanar, pero necesitaba un huso que ovillase la historia; por eso, sentado en aquel patio de la casa de los Mazaira engullido por la maleza, con paredes desmoronadas y conquistada por la hiedra y el hollín de un fuego viejo y tan intenso que incluso había retorcido las tejas, intenté ordenar lo que sabía. Según Celia, habían sido tres o cuatro falangistas que allí habían llegado, en dos coches y dispuestos a todo. Pero de lo que había pasado dentro de la cantina ribereña aquella noche de julio del 36, como si la crueldad de la guerra alcanzase los lugares más recónditos, solo poseía una extraña palpitación, la de la culpa, que enseguida daba en un presentimiento martirizador para el que no encontraba consuelo, y todo porque el resultado final estaba bien a la vista en aquel estrago de hacía setenta y tantos años.

Aunque no había nada seguro, ni siquiera que Serafín formase parte de la supuesta patrulla de falangistas, pues fiarse de la frágil memoria de un anciano alcoholizado parecía un tanto aventurado, todo apuntaba a que el Curuxás lo había visto a él, a lo mejor solo a él, y que había guardado el secreto hasta el momento en que oyó en la radio la necrológica que le confirmaba que aquel hombre había fallecido. Entonces no había resistido la tentación y se había presentado en el entierro para hacérselas pagar bien pagadas por la muerte de su amigo. Por eso se lo escupió todo junto y en una sola palabra, en un escarnio público en el que todos, yo el primero, bajamos

la oreja. Luego, justo antes de morir, en unas circunstancias como mínimo extrañas, el viejo había sentido algo así como la necesidad de confesar, de no llevarse el secreto a la tumba, y va y le cuenta el suceso a su única hija. ¿Y qué hizo Celia? Nada, optó por callar la boca. Ahora bien, ¿por qué no se preocupó de investigar?, ¿por qué, al saberlo, no indagó algo, no denunció o...? Consciente de la inutilidad de esa actitud para su familia, solo entreveía una respuesta en las palabras del nieto del Curuxás: tuvo miedo, simplemente. Pero ahora yo, ya que también lo sabía y quería ir más allá, pues ese miedo en mi penosa condición era pura pacotilla, me preguntaba por dónde proseguir. Por los falangistas, no veía otra. Tres o cuatro, sí, pero..., ¿quién más formaba parte, además de Serafín, de aquel grupo de hombres? ¿Seguirían vivos o habrían muerto también?

De entrada necesitaba sus nombres, incluso me servirían los apodos, pero no tenía nada de eso, solo una sospecha, que no pista, la que nadie se había atrevido a pronunciar y que apuntaba directamente al mayor cacique de siempre en el pueblo de Escairón. ¿Estaría entre ellos, o dirigiéndolos, el viejo alcalde del Ayuntamiento del Saviñao, don Evaristo Moreiras? ¿Cómo era posible que en ningún libro de historia que estudiase la represión que ejercieron los falangistas en la comarca durante la Dictadura franquista ni siquiera se mencionase su figura? Ni el mismo Antón Patiño Regueira en *Memoria de ferro*, un impresionante librito que me leí de una atacada y que recoge algunos de los hechos más conocidos de la represión en Monforte de Lemos y en sus alrededores, cita a nadie del Ayuntamiento del Saviñao, por mucho que se pare en dar nombres y apellidos de los asesinos que teñían de sangre y desgracia las noches del sur de la provincia de Lugo. De esas páginas se desprende el proceder de aquella época, que el autor relata después de loar la convivencia democrática en la República (*Eran tiempos de empanadas de currucas y buenos vinos de Amandi. De caza de biosbardos y*

*amistad por encima de todo. Trato y hermandad, y profunda querencia en los días en que todavía se escuchaba a los herreros y la bigornia), literalmente:*

*Pero en su cielo azul asomaron nubarrones. [...] De la noche a la mañana, jayanes con camisas azules y fusiles al hombro escupían palabras como «pasear», «alzamiento», «marcial» o «patria». Manolo Abeledo despachaba tranquilo en su farmacia. Cumplía ajeno a que alguien al mismo tiempo esculcara en las fotos del Primero de Mayo de 1936. Y en ellas, junto a la bandera republicana, allí estaba Manoliño. Una cruz reparó en su cara y quedó marcado.*

*El notario Villalobos por la noche escribía las listas. Un este sí y un este no con las fotografías en la mano a la luz de una vela. La brigada del amanecer se ocupaba del resto y a ella llegó el nombre de Manolo Abeledo.*

*De la Compañía hacían las sacas entre los presos. Los pocos salvados de la primera hora salían hacia Lugo a diligencias. Pero aparecieron en las cunetas con la marca en los antebrazos de los grilletos de acero y los cuerpos baleados llenos de plomo.*

Después de releer varias veces solo pude imaginar a la familia Mazaira sacada a la fuerza, ultrajada, aniquilada por unas actuaciones que parecían reiterarse en todos los ayuntamientos: revisar las listas robadas previamente o escrutar rostros en las fotos de los asistentes a las manifestaciones sindicales de las Fiestas del Trabajo. Por eso volví al artículo de M.<sup>a</sup> Xesús Souto y examiné las dos fotografías de la concentración del Primero de Mayo de 1936 cedidas por el Círculo Saviñao. Allí, llenando la plaza Mayor de Escairón, había hombres y mujeres apiñados, muchos de ellos jóvenes que portaban banderas, algunos con el puño alzado y el rostro alborozado. Me pregunté si estarían entre ellos Pepe del Mazaira y Estrella, su mujer. Quizás sí. Y quizás también el perverso procedimiento se iniciase, precisamente, es triste decirlo, en aquella instantánea.

Sin poder controlarlo, en aquel momento sentí algo más que pena, una profunda rabia, pues los contemplaba en aquel gastado blanco y negro y no dejaba de preguntarme si había habido algún miserable que, tal como el notario Villalobos había rastreado un álbum de Nuevo,[2] el retratista de Monforte, se hubiese servido de esas fotos para ejercer una callada pero mortal represión en el pueblo donde vivía. Y encima los veía tan alegres que no podía apartar la amarga idea de que mi padre, llevase o no fusil, vistiera o no camisa azul, pantalón negro y boina roja, formaba parte de toda esa gentuza que se había manchado las manos con la sangre de sus vecinos. Visto lo visto, todo me lo decía, todo apuntaba hacia él, todo estaba en su contra. Y yo, ofuscado por esta desalentadora intuición, ¿qué podía hacer por él, por su nombre, por sacar a la luz un pasado impune que enfangaría todavía más cuanto me rodeaba? No lo sabía, casi prefería ni pensarlo, pero consciente del daño que, sin ser tanto como el que parece irse destapando, podía causar a mi familia, por primera vez dudé si seguir adelante.

A duras penas convencido —por algo interior que me empujaba—, insistí otra vez en lo que sabía, como buscando las causas del desastre, y entendí la advertencia de la catedrática sobre la tensión existente en aquella época en el Saviñao: elecciones repetidas por coacciones y falsedad, sindicalismo y asociacionismo radicalizado, atentados contra iglesias, formación de grupos armados, requisas de armas y amenazas al estallar la guerra... Todo indicaba una conflictividad que bien podía ser el caldo de cultivo para la posterior represión de la derecha. Por eso tampoco me extrañaría que los Mazaira estuvieran en esas fotos, ni que el mismo Pepe figurase entre los miembros o directivos de las sociedades agrarias —la de Ribas do Miño era la más próxima a Mazarelos— o, ¿por qué no?, de la Agrupación Socialista del Saviñao, a cuyos componentes habían metido en prisión después de un consejo de guerra. La pega radicaba en que en las listas de ingresos políticos

de ciudadanos domiciliados en el Saviñao en el 36 en la cárcel provincial de Lugo y en la de Monforte no figuraba nadie de esta parroquia, mejor dicho, no aparecía ningún agricultor de los alrededores, y mucho menos una mujer. Estaba anotada una labriega y una «sus labores», pero ya de los años 37 y 38, respectivamente, y no empadronadas en el Saviñao, lo que no casaba con el suceso que me ocupaba.

Así pues, no me quedaba otra idea a la que echar mano, a lo mejor tenía razón Celia al decir que los habían borrado, pues todo tenía visos de una eliminación drástica y callada, el resultado de la ocasional acción de una patrulla del amanecer formada por varios hombres sin conciencia que ni los historiadores ni sus informantes habían llegado a conocer, talmente un ajuste de cuentas, una venganza política o personal como cualquiera de las muchas alevosas e impunes que habían tenido lugar después del Alzamiento. ¿Pero es que acaso en aquella época resultaba tan fácil suprimir a una familia? Por ligera, temía dar una respuesta, pero si en ese instante me preguntaran qué había sucedido con los Mazaira, qué había sido de sus cuerpos y de los de tantos otros desaparecidos en esa ruin represión, las fosas comunes que los recuperadores de la cacareada memoria histórica estaban sacando a la luz por todo el país respondían por mí, y lo hacían sobradamente. Entonces, ¿a qué podía agarrarme para continuar la búsqueda? A la mera intuición de un nombre: don Evaristo Moreiras, el eterno mandamás de la Dictadura en mi municipio. Hacia él dirigí las pesquisas, recordando la última vez que lo había visto, taimado y de mirada torva, a un lado del camposanto, precisamente en el entierro de mi padre.

«¿Puedo hacértela yo a ti?», preguntó. «Sí», acepté el juego, como si dominase la espera, «pero no será necesario, porque ya me la respondí hace



un tiempo, justo después de meterme con los médicos». «Lo mismo da», dijo ella, «a ver: ¿qué harías si supieras que te queda poco de vida?» «¡No, Ana, no!», reprendí enseguida, «necesito que lo entiendas. ¡No es qué harías si supieras que te queda poco de vida! La pregunta es: ¿qué harías si sabes que no te queda nada de vida? Cambia mucho, aunque no lo parezca. Dar respuesta a la primera no tiene ningún interés porque todo el mundo sabe que un día u otro la muerte llegará. Es una fatalidad, pero desde que nacemos lo tenemos asumido. La segunda no resulta tan fácil, porque te ata con la certeza de saber que no tienes salida, de que, por mucho que luches, nada puedes contra ese mal que te condena y que está ahí, ya. Es el tiempo, mejor dicho, su escasez, lo que te obliga a darte prisa para solucionar lo más crucial, y, lo más jodido de todo, lo que te come por dentro al no saber si dispondrás de minutos para llevarlo a cabo. Por eso poco puede ser suficiente, pero nada es un tormento, te lo aseguro».

Me miró con pena, eso sí, antes de remedar: «¿Qué harías si sabes que no te queda nada de vida?» Y yo sonreí, por fin. Al hacerlo estaba seguro de parecer un cómico triste obligado por la concurrencia o los aplausos a estirar la boca. No sé si fue cinismo o incomprensión hacia ella, pero lo hice también porque no tenía que devanarme el cerebro buscando lo que tan fácil se me mostraba, porque no iba a perder el tiempo y era justo que yo también le respondiese.

Hacía semanas que, con desasosiego, eso sí, anotaba en un cuadernillo lo que llamaré los cabos sueltos de mi existencia. La lista contenía palabras sueltas, frases e, incluso, extraños dibujos, pero se me había quedado clavada en la mente como un desesperado manual de agotamiento del que iba eliminando, uno tras otro, los casos menos primordiales, aquellos que podía dejar sin resolver. Había decidido que en tal circunstancia tenía que prescindir del lastre de lo superfluo, pero también de lo vital —lógico, si el

resto de mi vida tenía algo así como fecha de caducidad—, incluso eliminar lo importante era necesario. Debía quedarme solo con lo esencial de lo esencial, aquello que, en carne viva, llevaba muy dentro y sentía tan de verdad como se siente esa sed furibunda que siempre has querido saciar pero que nunca has sido capaz. Le he llamado sed, sí, pero sed interior. Y concluí, tras la comedura de coco, que intentar saciarla sería la única e imperiosa tarea a la que me entregaría antes de morir, ya fuese en paz o desesperado.

«Tratar de resolver dos dudas», respondí entonces, mirándola fijamente. «Solo dos, pero que siempre me han atormentado y que no dependen de mí.» «¿Cuáles?», preguntó, ansiosa. «Una: saber si mi padre era o no un asesino.» Ana abrió la boca y frunció el ceño. Cuando habló, tras humedecer los labios con la lengua, fue como pretender remendar un descosido: «No creo que lo que aquel viejo dijo...» «Pero lo dijo», sostuve. «Todos decimos tonterías alguna vez, Charly.» «Nadie hace algo así sin tener un motivo», repuse. «Todos cometemos errores alguna vez», afirmó, interpreté que leyéndose por dentro. Después prosiguió: «¿Y la otra duda?»

En verdad que algunas conversaciones parecen sacadas de una patética telenovela de sobremesa. Son instantes. Por la agitación de las ramas que rozaban los cristales por fuera adiviné el mismo temor que mostró la voz al desnudarme por dentro y exclamar: «Saber si la mujer a la que siempre he amado me ama también o alguna vez me amó.» Luego llegó el silencio, un insondable silencio. Lo rompí enseguida: «Simplemente saberlo.»

*Evaristo Moreiras López, nacido en 1910 en la parroquia de Freán, ayuntamiento de O Saviñao, provincia de Lugo. Destacado industrial y político. Concejel electo en abril de 1931, exjuez municipal de O Saviñao, detenido en abril de 1936 y puesto a disposición del Gobernador Civil republicano por sus simpatías fascistas. Como destacado miembro de la Falange Española y seguidor de la doctrina franquista oficial durante varias décadas de la posguerra ostentó la alcaldía de ese municipio del sur de la provincia lucense.[3]*

Si notas biográficas como esta son las que apenas figuran en libros serios, mi experiencia también puede dar testimonio de este cacique de pueblo que me llevaba, exactamente, cincuenta años y del que siempre consideré que ni la más fértil imaginación sería capaz de mostrar sus abusos sobre los ciudadanos de a pie. Pero, visto desde la circunstancia en que me encontraba, a este personaje únicamente le atribuía una tara: ser el padre de Evaristo. Al parecer todavía vivía, según Carmiña, «en un asilo privado de mucho postín próximo a La Coruña» en el que su hijo, como para edulcorarle la senilidad, había tenido a bien internarlo.

Localizada la residencia, aparqué y entré muy animado por la puerta principal. Me identifiqué como vecino y amigo y supe que el anciano tenía prohibidas las visitas «por expreso deseo de su familia». Recuerdo que la remirada recepcionista, con el cabello recogido y sin capacidad para opinar, me lo comunicó como quien da la hora a un condenado, aunque luego, cuando solicité hablarle por teléfono, reveló que «el enfermo tampoco está para esas». Salí de allí con el pensamiento tambaleante, pero, al ver el viento golpeando las ramas, pensé que en modo alguno me iba a conformar, por eso aproveché la oportunidad que me ofrecía la desavenencia de una pareja de sexagenarios que habían llegado en un Mercedes y que buscaron una puerta lateral con la entrada restringida. El caso fue que me pegué a ellos y me colé ante la mirada del retaco guarda jurado, que, hurgándose en las uñas, hacía que controlaba.

Una vez perdido en los amplios y solitarios corredores, echando algún que otro vistazo más allá de las puertas entornadas, no se me ocurrió mejor idea que acercarme a una operaria de la limpieza entretenida con una vidriera de colores y, como médico nuevo en la institución, pedirle ayuda para encontrar

a un interno. Entonces ella, con la piel sudorosa y esa cadencia triste de las mujeres de cincuenta y tantos que se saben perdidas de tanto frotar en la misma parada, pero que sabía de la habitación, se ofreció a acompañarme. Caminando a su lado y en silencio llegamos a «la zona de los enchufados», eso dijo, para enseguida situarse frente a la puerta de Moreiras. Tras empujar la puerta con cuidado, no encontramos a nadie porque, según ella, que con presteza revisó el horario en un tablón de corcho pegado a la pared, a esa hora le tocaba paseo con la cuidadora.

—¿Tan mal está? —pregunté.

—Eso será más cosa suya que mía.

—Desde luego —me precipité a decir.

Entonces quise saber por dónde lo daba y cuánto duraba el paseo. Me miró con fingida extrañeza al tiempo que se acercaba a la ventana y señalaba con la mano extendida hacia la especie de mundo o prisión, aún no lo había catado, que representaba aquella edificación verdosa rodeada por un muro de piedra. Cuando asomé la vista, sin mucho interés, la mujer afirmó:

—Usted no es médico, ¿verdad?

—No lo soy, no —reconocí—. ¿Se nota mucho?

—La mentira se nota siempre. ¿Y qué busca aquí, si puede saberse?

—A don Evaristo. La familia no me deja verlo y...

—¿Es amigo o...?

—Conocido, digamos.

—¿No vendrá a causarle algún daño?

—¡Qué va! Solo para que me cuente algo sobre mi padre.

Ella frunció el ceño.

—Es una vieja historia —indiqué, por salir del paso de su curiosidad—, de los tiempos de la guerra. No creo que le interese.

—No, no me interesa. Pero si saben que ando...

—Vaya tranquila, que ya lo busco yo.

Ella hizo ademán de irse, pero se detuvo y, como si lo necesitase, expuso su parecer:

—Mire, conozco un poco a ese hombre. Más que nada es un viejo verde con un cuerpo acabado y una cabeza que le chochea. Lleva años aquí y sé lo que digo, que dos veces a la semana me toca limpiar en esta parte. Está para el arrastre, créame, y aun así es duro aguantarlo.

—¿Por qué lo dice?

—Porque sí. Usted tenga en cuenta que cuando razona aún dice algo con sentido, pero la mayor parte del tiempo o está callado o suelta unas parrafadas sin sentido que no hay quien las entienda. A ver cómo le coincide hoy.

—Si doy con él.

—Daré —sostuvo, volviéndose a mirar tras los cristales—. Es aquel que camina del ganchete con la muchacha morena, la cuidadora. Se la cambian cada poco. Esta estará más sobada que un pasamanos, se lo aseguro, pues ya lleva meses con él. Necesitará el dinero, la pobre, porque, si no, no me lo explico —opinó—. Ahora que dejar que te toque las tetas un vegetal así tampoco es para tanto. Le alegras la vida, papas un dinerito y todos contentos. ¿No le parece?

—No sé qué decir. ¿Por qué me ayuda?

—Por guapo, no, no se vaya a pensar. A mí el viejo no me gusta ni una pizca. Cabrones como él los hay a patadas, no lo niego, pero a este no lo trago. —Y arrugaba la nariz al hablar—. Será millonario o de alto copete, ¡qué sé yo!, pero debe de pensar que los que lo rodean tienen que lamerle el culo a diario. En la aldea de donde viene puede ser que pise cuanto se le ponga delante, pero aquí no se le debería consentir, ¿no cree?

—Siempre ha sido así —dije, porque me salió, no por justificarlo—. Ya no va a cambiar.

—¡Pues entonces que la palme de una vez!

Sentado en un banco con la pintura desconchada y apoyado en un bastón con extrañas figuras talladas en el mango, don Evaristo, el viejo alcalde de O Saviñao, no me miró cuando me acerqué. Contuve la respiración con la saliva retenida en la boca, pues sentía algo más que emoción por estar tan cerca de quien seguramente tenía la llave del pasado, me senté a su lado y revisé detenidamente su estado, desamparado a más no poder. Ataviado con una especie de batín verdoso con solapa ribeteada, con un amplio pantalón de ligera tela a juego y calzado con chinelas de cuero y finos calcetines blancos, el anciano parecía vivir entre los huesos como de prestado, pues la pálida piel del rostro y de las manos era puro papel de fumar; el cabello, una suave pelusa dispuesta a caer al mínimo contacto; los ojos, un agujero en el fondo de las cuencas y el desbarbado cuello, o la débil conexión con el cuerpo que dejaba entrever, la mera latencia de una progresiva decapitación. Por lo demás, a aquella angustiosa estampa del abandono le temblaba casi todo, desde las comisuras de unos labios por las que asomaba la baba reseca hasta las delicadas y huesudas manos que de milagro se sostenían en el aire.

Una vez identificado como vecino ante la cuidadora, la convencí para que se fuese a tomar un café mientras yo entretenía a aquel viejo casi centenario, al que, viéndolo así, consumido y sin energía, seguramente nunca nadie creería capaz de hacer daño. Pero yo conocía su pasado, su poder, su inexcusable arrogancia. Había soportado dos décadas en ese su territorio de antojos sin el más mínimo escrúpulo y no quería caer en la trampa de la senilidad. Por lo menos tenía claro que no deseaba ser un bálsamo para sus años ni buscaba alegrarle la jornada con palabras amables o gestos amigos. Mi presencia allí no era una visita de cortesía ni tampoco yo representaba al

pordiosero que se acerca al poderoso en decadencia para pasarle la mano como se le pasa a un perro que, a punto de caerse de viejo, todavía teme. Porque si él fuese un perro para mí, sería un perro rabioso, y yo sabía que, aun sin dentadura y muriéndose —en esto coincidíamos—, aun agonizando, don Evaristo querría hincarme los dientes.

Al principio no hablamos. Él permanecía en la misma erguida posición y yo no sabía si me había reconocido o no. Pero al cabo de unos minutos consideré que debía hacer algo, pues no había ido allí para sentarme a su lado y mirar cómo pasaba la brisa.

—A ver, don Evaristo, ¿me conoce o no? —pregunté.

Como si no me oyese, prosiguió tranquilo y tembloroso, completamente ajeno a mi presencia.

—Don Evaristo —insistí—, ¿puede oírme?

Pero nada, en él no percibí ni el más mínimo pestañeo, por eso pensé que me encontraba ante un auténtico vegetal al que no le sacaría ni la primera palabra. Entonces fue cuando escuché su débil y bronca voz al decir:

—Eres igual que tu padre.

—Entonces, ¿sabe quién soy? —me apresuré a decir, sin contener la alegría.

No respondió, y tampoco se movió.

—No voy a andarme con rodeos, don Evaristo —le solté entonces, muy resuelto—. Usted y yo nunca nos hemos tenido consideración y no vale la pena que a estas alturas hagamos el paripé. Si estoy aquí es porque necesito saber algo sobre Serafín. El día de su entierro, en el que también estaba usted, le llamaron asesino delante de todos, ¿se acuerda? Necesito saber por qué. A eso vengo, don Evaristo. A nada más.

Recuerdo que, mientras los estorninos trinaban como locos y un leve rayo de sol se extendía por la hojarasca del patio, pensé que aquel era el lugar ideal

para entregar un secreto, para curar uno de mis males. Por eso esperé, confiado como nunca, una respuesta que, por dura o cruel que fuese, necesitaba como respirar. Pero no se produjo. El viejo permaneció callado, inmutable, como si su indefensión fuera un escudo para proteger todavía más lo ocultado. No me resigné:

—Sé que ya no se llevaban bien, y que Serafin...

Me detuve, irritado, al ver su rostro imperturbable.

—Don Evaristo, mire —solté entonces—, al poco de empezar la guerra hubo una patrulla de hombres haciendo de las suyas por el Saviñao. No sé si antes o después también, pero sí durante la guerra. ¡Una patrulla de falangistas en la que puede que estuviera mi padre! No sé si fue usted quien la formó o quien la mandaba, que tampoco me importa, yo solo quiero saber si él era uno de ellos, si hizo tanto daño como para que se lo echaran en cara el día de su entierro y si mereció cargar con la pena con que cargó toda su puta vida. ¿Entiende lo que le digo, don Evaristo? ¿Puede decirme algo o no?

Mientras hablaba, no porque se agitase, asintiese o menease la cabeza y negase, simplemente porque el anciano apretó levemente los labios, creí adivinar que se daba cuenta de todo. Pero parecía como si, con intención, algo en su interior lo apremiase a cerrar la única ventana por la que sería capaz de escapar su declaración. Pensé entonces que a aquel ser despreciable se le podían remover las entrañas, podía perder el sentido o martillar sin compasión el más ruin de los pasados en la puerta de su memoria, lo que nunca haría sería ceder, por eso prefería seguir, además de ignorándome, callado como una tumba.

Juro que no soy violento, que siempre he escogido el diálogo o la discusión frente a la fuerza, pero en aquel instante, ante su silencio, sentí un odio tal que, si me lo hubiesen ofrecido, le hubiera clavado un hierro al rojo vivo en la frente si con eso hubiese tenido la seguridad de que aquel viejo canalla me



iba a contar cuanto sabía del indigno pasado que yo presentía. Pero si la tortura no entraba dentro de mis recursos, ¿qué otro método podía usar además de la insistencia? Opté entonces por la más feroz elocuencia, eso sí, cuidando las palabras, posándolas con suavidad y arteramente muy cerca de su oreja:

—No se engañe, don Evaristo, sé que en Escairón se formó esa patrulla de castigo a los rojos como lo sabe mucha gente. Tampoco somos imbéciles. Lo callamos porque a nadie le gusta que se proclame por ahí, porque todos, de una forma u otra, estamos en el ajo. Los hijos de las familias se casan entre ellos y tienen hijos y nietos y todos se mezclan y procuran olvidar porque el tiempo corre que se mata. ¿Quién quiere saber, a estas alturas, lo que no conviene? Nadie, téngalo por seguro. Pero esto es algo distinto, digamos que de consumo propio, particular. Yo quiero dejarle morir en paz, don Evaristo, puede creerme, pero tampoco piense que callando aquello se va a ir más contento para el otro barrio. No es así. Usted morirá y la vida seguirá tal cual. Tenga en cuenta que a la mayoría de la gente le da igual que haya sido un alcalde represor o un constructor al que pertenecen la mitad de las casas del sur de la provincia, le da igual que le fueran las hembras del puticlub de la Morriña y que las visitara cada semana mientras la señora Manuela, tan religiosa ella, ofrecía novenas a la Virgen de los Dolores en la capilla de Vilasante para salvar su alma pecadora. Ya ve que todo se sabe, don Evaristo, porque, con tal de seguir viviendo, a la gente le da igual lo suyo. Y ya nadie lo va a castigar por lo que hizo o dejó de hacer en aquella época. Es así, así será, ¡no habrá castigo porque nadie lo va a juzgar! —recalqué las palabras para que en su cerebro, quizás temeroso de una penitencia, no apareciera esa duda, mientras él permanecía impasible, en una pose que solo unas débiles ráfagas de viento, cardando su escaso cabello, parecían alterar—. Al parecer, Serafín era muy pero que muy terco. Pues yo lo soy aún más. Así que, sea

genético o no, a mí ahora se me ha metido entre los cuernos averiguar lo que pasó. Y si no me lo cuenta usted lo voy a saber todo y con detalle por cualquier otra persona que puede que no lo mire tan bien y esté deseando que se muera para ponerlo a parir. Así que dispóngase. Yo quiero oírlo de usted, don Evaristo, por eso vengo. Por eso vengo sin tapujos, por eso le digo lo que hay y lo que quiero de ese jodido pasado. Y si se pregunta por mis prisas, piense que me ha dado por ahí. Quizás es que no somos nada y encontramos consuelo en la mierda de los otros. A mí, porque no le temo a la verdad, me tranquilizaría saber si mi padre era o no un asesino. A usted, ¿qué le tranquilizaría, don Evaristo?, ¿acaso no le vendría bien echarlo fuera? ¿Qué me dice? ¡Venga, hable!

Callé y esperé, casi jadeando. Pero nada. Con los labios apretados, con el mismo temblor en las manos y la barbilla, ni con la deficiente respiración nasal asomó la palabra. Era terco, el viejo, consideré, terco terco. Y así pasaron varios minutos, en silencio, yo pensando en cómo vencer tal resistencia, y él... ¿Qué podía estar cavilando aquel despojo senil y desconfiado? ¿Comprendería mi indignado discurso o andaría perdido en un lapso amnésico en los que, a veces, se revuelcan las neuronas más caducas? Recordé las palabras de la mujer de la limpieza sobre la variable disposición del viejo. ¿Le tocaría esta vez callar, antes del desconcierto mental o la pérdida del juicio? Puede ser, pero al menos había pronunciado una idea coherente, y me había reconocido, así que consideré que se encontraba en un momento lúcido y que debía aprovecharlo. Fue entonces cuando, a lo lejos, vi salir a la cuidadora por la puerta del edificio y detenerse con un hombre trajeado. Los dos miraron hacia el robledal y, a continuación, ella apuntó con la mano derecha al preciso lugar donde nos sentábamos. «Me han pillado, sin duda», pensé. Y también pensé que no me quedaba tiempo, que tenía que darme prisa, por eso me volví hacia el viejo y, un tanto harto, le espeté:

—Como quiera, don Evaristo, pero usted se lo ha buscado. ¿Se acuerda de Mazarelos, ese lugar en A Cova donde tiene tantas posesiones y produce tanto vino? Lo recuerda, ¿verdad? ¡Cómo no se va a acordar si hay cosas que no se olvidan en la puta vida! ¡Pues allí se presentó su patrulla aquella noche, al poco de declararse la guerra! —acusé sin contemplaciones, consciente de que cuanto le contaba rozaba la incerteza—. ¡Allí les montaron la fiesta a un hombre y a su familia! ¿Me lo va a negar? Posiblemente los mandó matar porque Pepe del Mazaira, un pobre sindicalista de aldea como cualquier otro, le hacía la puñeta con los vecinos, o porque le requisó las armas el día del Alzamiento, o porque le quitó la radio, o por... por lo que fuera. Lo mataron como a un perro. ¡Como a un perro y por su culpa, don Evaristo! ¿O ya no recuerda lo que hicieron allí?

Pero el viejo, impertérrito, pura roca, no cambiaba la expresión con mis palabras. Y yo, arrebatado, tanto que ya notaba una cierta lasitud en el habla, proseguí jugando duro mientras los otros se acercaban:

—Pues hubo quien lo vio todo. ¡Hubo quien lo vio y lo sabe todo! ¡Por eso le llamaron asesino a Serafín el día de su entierro, por eso usted calla, porque incluso le mandó unos hombres y...! ¡Mierda! Pues ahora se lo pregunto yo, el hijo del Hurón, porque lo necesito: ¿estaba mi padre entre los de la patrulla?, ¿fue él también por los Mazaira?, ¿qué hostia hizo Serafín por usted o con usted esa noche, a ver? ¿Fue mi padre un asesino?

Sentí ganas de zarandear su obstinado silencio, ganas de, a pesar de mi debilidad, propinarle un furibundo sopapo, para castigarlo y para que de una vez por todas hablase aquel detestable saco de huesos y maldad en que para mí se había convertido con el paso de los años el alcalde Moreiras. No fui capaz. Entonces, a la vista de los que ya a escasos veinte metros iban a interrumpir aquel insistente y rabioso monólogo, pensé que me iría con las

manos vacías, que allí terminaba mi búsqueda, por eso disparé, con rapidez, la última bala de que disponía:

—Lo mismo da que calle. Pero recuerde, don Evaristo, voy a hacer cuanto pueda por dar con las respuestas. ¡Gastaré hasta el último aliento, no pararé hasta saber lo que allí pasó y por qué pasó! ¿Por qué metió a mi padre en aquello? ¿Qué tenía él o usted con Pepe del Mazaira para hacerle lo que le hicieron? Matarlo a él y a toda su familia, ¡manda huevos! ¿Era un malnacido, era un problema, qué era, ya, ese aldeano para usted, a ver? Tenía una hija de pocos años y una mujer muy guapa. Estrella, le llamaban. ¿Qué...?

Me detuve porque en aquel instante, cuando ya se oían los pasos de la cuidadora y de su acompañante en la gravilla, observándolo desde un lado, bajo los párpados del viejo me pareció advertir una leve excitación, como si casi imperceptiblemente se le agitase el iris al escuchar aquel nombre. Y si vi un camino, me lancé por él con toda la saña:

—Todos me dicen que era bonita como una rosa. ¡Cuántos por entonces andarían detrás de ella! ¡Cuántos la deseaban! ¡Cuántos la amaban en silencio sin poder conseguirla y sin que Estrella...! ¿Era usted uno...?

Entonces don Evaristo, de improviso, abrió la boca. Una pegajosa baba unía con finos hilos los temblorosos labios y, al respirar con esfuerzo, la saliva acumulada se le atragantó. Pero tampoco habló.

—¡Oiga usted! —llamó una voz ajena.

—¡Estrella, claro! —lo acusé sin compasión, mientras me levantaba sobre él y los otros llegaban—. Ahora lo entiendo: ¡fue por ella!, ¡por Estrella!

Entonces el viejo se estremeció dolorosamente, con el agujón clavado en el alma, cerró los ojos y, por fin, dijo:

—¡Estrella, Estrella!

Como si cada nueva revelación fuese una piedra que llenara el saco de la memoria con el que sin remedio tenía que cargar, regresé fatigado al refugio de la ribera, y allí, aunque lo intenté, no dejé de pensar en el amor y en el deseo, en esa apasionada fuerza que desgarrar las mentes poseídas, y también rechazadas, hasta provocar un daño que, a pesar de todo, ni calma el sentimiento ni nos deja completamente curados o indiferentes. ¿Había sido don Evaristo Moreiras un poseído más? No había que ser muy espabilado para estar seguro de ello, como tampoco era necesario poner a trabajar la imaginación o recurrir a la ayuda del recuerdo chismoso de ancianos de cien años para componer con mayor o menor fidelidad su historia de desamor.

Pero en el viejo cacique yo sabía que había otra obsesión, rayana en lo perverso, la de considerar que todo cuanto se movía por la comarca le pertenecía o podía conseguirlo si así se le antojaba. Eso había sido siempre lo peligroso de esa especie de señor feudal del Saviñao que él representaba y en esa sospecha veía yo, o creía vislumbrar, el móvil de la actuación de aquella patrulla en Mazarelos. Porque, ¿cómo puede, quien siempre ha convivido con la ventura de satisfacer sus más enrevesados caprichos, soportar una negativa tras otra de la mujer que ama?, ¿cómo resiste los embates de la propia mente punzando cada segundo?, ¿de qué manera soporta esa inútil porfía o competición contra alguien que considera inferior y que, aun así y según su opinión, le rapiña lo que más desea? Dura prueba, pensé, para un señorito, la de verse superado por un aldeano que no posee más que una garrida figura y el trabajo de sus manos. Y todo porque, quizás, aquella hermosa mujer, la hembra codiciada, no había podido ni sabido dirigir hacia él ese inexplicable afecto que brota no se sabe de dónde pero que palpita en el pecho. De esa suerte esquiva, de ese amor que no cuajó, pensaba yo, había nacido el rencor. Estrella y Pepe del Mazaira, seguramente un fortachón ribereño implicado con los sindicatos agrarios, tan activos en la República, se habían casado y

habían tenido una hija, además del odio, los celos o la maldición de un rico que se enamoraría de ella en cualquier romería, fiesta, procesión o donde fuese y como fuese, pero que nunca podría poseerla. La pareja había tenido, además, la triste fortuna de que empezara la guerra y de que esa animadversión oculta dispusiese de una excusa para ir por ellos. La patrulla del amanecer recibió la orden y se dispuso, para, al final, realizar un trabajo tan impecable que apenas dejó huella. «Estábamos en guerra», había leído hacía nada en una hipócrita justificación de los vencedores con semblante aséptico y mirada pretenciosamente desafecta, «no había más remedio». «Lo había», pensaba yo, «seguro que lo había».

Sumido en esas cavilaciones, repasé una vez más la documentación sobre el Saviñao, releí la escena de la requisita de radios en Escairón contada por Moure Mariño, y así pude imaginar, entre aquellos muchachos vociferantes subidos en las camionetas y armados con hoces, palos y alguna que otra escopeta, a Pepe el del Mazaira agarrado a la barandilla con una mano y con la otra gesticulando amenazadoramente hacia el cacique y sus sicarios. Pero todo dio la vuelta con tanta rapidez que, al día siguiente, las radios ya estaban en su sitio, los muchachos escondidos donde podían y los caminos y pistas del Saviñao recorridos por patrullas armadas que, al grito de «¡Arriba España!», imponían el nuevo régimen por la fuerza. También en las que llevaban al lugar de Mazarelos.

Ana volvió la cabeza e hizo que miraba por la ventana mientras un mechón de cabello le ondulaba el perfil. Por muchos personajes que crease, por mucho sentimiento y turbación que lograra atribuirles o les hiciese sentir, juro que en aquel instante podía adivinar mejor por dónde pululaba el inquieto vuelo de los jilgueros que su pensamiento, tan ajena y desconocida

resulta la mente femenina para un hombre confuso. «¿Siempre me has amado, entonces?», preguntó, como ida. «Siempre», respondí, agradecido por ponérmelo tan fácil y sorprendido de mi firmeza. Noté que suspiraba por el movimiento acompasado de su pecho. Lo noté y pensé que tenía derecho a venir y preguntar, y si no lo tenía ya lo había cogido, por eso preparé la defensa ante lo que presentía arrebatos de mujer casada que parece tenerlo todo atado y no quiere líos con amantes despreciados o novios resentidos, aunque tampoco fuese ese mi papel. Pero Ana no replicó con Evaristo ni con los niños, no habló de la sirvienta, a punto de llegar, no buscó disculpas ni se escudó en el qué dirían vecinos y conocidos si escucharan conversación tal entre una señora acomodada y el supuesto amigo de la infancia en el gabinete privado. Tampoco me miró como al infeliz personaje que yo, en esa escena, parecía representar. Sin recogerse el cabello, sin dejar de escapar con la mirada, se levantó y, mientras caminaba o huía hacia la licorera que en un estante mostraba una seductora mudez, dijo: «Pues cuando resuelvas la primera duda, tendrás respuesta a la segunda.»

Refugiado tal eremita sin dios en la bodega donde Serafín perdía las horas con cualquier cosa para, quizás, intentar olvidar lo que había hecho, el estruendo de la imaginación —ese ser fabuloso que, por perverso, doña Carlota temía— injertaba en mí un diáfano camino trazado en el pasado. Y así, angustiado por un creciente desánimo y la paulatina pérdida de fuerzas, me esmeraba en reconstruir una cruenta historia que, a pesar de salpicar a la familia y a mí mismo, me permitía ocupar la mente en algo que no fuese la debilidad que la enfermedad me provocaba, lo que ya de por sí constituía un bálsamo, quizás el único bálsamo del que en aquel momento podía disponer. Por eso pensaba una y otra vez en los Mazaira, personas de las que nunca

antes había oído hablar, que no había conocido, pero que anidaban en mi imaginación con la fuerza de unos personajes de ficción que, sin contar mucho al principio, como tantas veces les sucede a los escritores, arramblan con todo para ser los verdaderos protagonistas. Ellos representaban la pasión, la lucha, la resistencia popular y sentimental ante la imposición de un antagonista atravesado por la herida de un dios irresponsable.

«¡Qué buena novela podría escribirse solo con dejar volar la imaginación!», pensé entonces, fascinado por el presentimiento. Pepe, Estrella y don Evaristo como vértices de un triángulo amoroso que fácilmente se me dibujaba y para los que no habría límite, pues, desde una postergada pasión infantil hasta un repentino flechazo, divisaba o se me figuraban miles de escenas que bien podían haber sucedido, con sus enredos y sus perversiones, porque todo formaba parte de una cautivadora historia posible. Y obstinadamente pensaba en una seductora hija de campesinos por la que sin recato babeaban los muchachos de la comarca, podía ver al poderoso don Evaristo enamorado y suspirando en secreto por ella, por su cuerpo de hembra creída, derritiéndose por rozar sus labios provocativos y sabrosos en las borracheras de San Roque o en las juergas de la fiesta de los Dolores, abrazándola cada noche en un lecho vacío que le retorció la mente hasta rayar el odio hacia quien, simplemente moceando, podía mordisquear los suaves pechos de aquella sílfide e, incluso, enterrar sus carnes en las carnes abiertas, gozosas, espléndidas de la deseada, aunque inalcanzable, Estrella. Y así, dándole vueltas a ese polígono imaginario, cualquier circunstancia mostraba visos de ser realidad pasada con la que debía contar si quería desenredar el ovillo, y únicamente el funesto final le ponía freno al frenesí de la imaginación, pues marcaba el límite de la fantasía. ¿Será que la muerte no le hace concesiones a la inventiva?, ¿será que, por mucho que lo intentemos,



ante ella incluso el mismísimo caletre hinca la rodilla? ¿Por qué la muerte, solo ella, posee tan injusta potestad?, inquiría, ¿por qué?

Concluí que ese torrente que me hervía en el cerebro nunca se convertiría en novela, nunca, pues lamentablemente no entraba en el terreno de la ficción, no era papel emborronado sin más para llegar a ser, al final, un libraco olvidado en una estantería polvorienta de una librería cualquiera. De aquel cruento final de la vida no se podía huir, como yo tampoco podía escapar del sentimiento de culpabilidad que por mi padre me embargaba y que, como una mano lo hace con un folio lleno de ideas baldías, me estrujaba la mente.

Apenas liberado de esa elucubración, me centré en el final de los hechos, en lo sucedido en aquella noche que situaba al día siguiente del Alzamiento de Franco, es decir, en las sombras que abarcaban del 19 al 20 de julio del 36 y que urgían mi búsqueda. Partí, además, de que habían paseado a los Mazaira, sí, y en mi mente como oscuros pájaros se mostraban sobradas causas. Incluso concedí que mi padre estuviera presente. Pero para seguir adelante debía buscar otra vía distinta a la que me había llevado hasta el alcalde Moreiras. ¿Cuál? Ni lo dudé: dar con los, digamos, camaradas de amanecer de Serafín, que bien podían ser falangistas afiliados, sicarios reclutados en los ayuntamientos próximos —procedimiento que, según los historiadores, empleaban a menudo para evitar ser reconocidos por los vecinos—, o simples compañeros de juerga del mismo pueblo de Escairón que habían armado a la cuadrilla represora, seguramente bajo el mando del propio don Evaristo. Dar con ellos, o con su identidad, constituiría la única misión válida, pues resultaba poco probable que, aparte del fallecido Curuxás y de la imposible confesión del viejo cacique, quedaran otros testigos de

aquella noche. ¿Pero quién, con más de noventa años y próximo a don Evaristo o a Serafín —que por cierto no tenía amigos, y como hijo sé lo que digo—, podría soportar el paso del tiempo sosteniendo en la mente unos asesinatos nocturnos, entre ellos, quizás, el de una niña?, ¿quién podía ser capaz de semejante atrocidad sin pararse a pensar, tan siquiera un poco, lo que en forma de remordimiento se le venía encima? Quien fuese —un monstruo, desde luego—, si todavía vivía, solo podía estar hecho de un pellejo inservible, pura inmundicia. Sin dejar de darle vueltas, también me pregunté: ¿Fue tan cruel mi propio padre para degollar o dispararle a una criatura inocente que, desde el fondo de la mirada, seguramente lo observaba sin entender el porqué de tanta saña?

En estas amargas bregas andaba liado cuando oí unos golpes en la puerta. Era noche cerrada, silbaba el viento en las tejas y, aun así, golpeaban e importunaban, pensé, mientras me acercaba a abrir.

Los dos hombres, de mirada torva y gestos contenidos, impusieron las siluetas delante de los faros del coche y no respondieron a mi saludo.

—Que se venga con nosotros —soltó el más joven, un resuelto retaco que rondaría los treinta, sin afeitado, con las mejillas coloradas y, por lo que me pareció, con un moco que asomaba por el orificio derecho de la nariz. Y añadió—: ¡Ahora mismo!

Me quedé anonadado, tanto que el otro, un esmirriado de arrugas hasta en la barbilla y pelo cano, que roía con los dientes un palitroque pelado, le echó una mano al hombro y, como si terciara entre nosotros, dijo:

—Calma, Luciano, que este es señorito y no será necesario insistirle. Déjame a mí, anda.

El aludido, aunque torció el gesto, le cedió el sitio al hombre, quien,

después de dar un paso adelante y observarme con media sonrisa, prosiguió:

—Verá, amigo, la persona que nos paga nos ha enviado a buscarlo. Nos ha dicho que lo invitáramos por las buenas, que lo está esperando y que...

—¿Y si no quiero ir? —me atreví, mientras entornaba la puerta.

Entonces el más joven no pudo contenerse y echó su enorme mano a las tablas, deteniendo mi acción con facilidad, al tiempo que bramaba:

—¡No te queda otra, coño! ¡O vienes o te llevamos a rastras!

—Tranquilo, Luciano, que las cosas también hay que razonarlas un poco —medió de nuevo el más viejo—. Estás hablando con un vecino de toda la vida. El hijo del Hurón, nada menos, ¿o es que ya no lo recuerdas? Además, es amigo de... —El hombre se detuvo, comprendí que para no pronunciar el nombre del que los enviaba. Enseguida agregó—: En fin, amigo, que si puede ser por las buenas...

—¿Tú no eres el hijo del Fandelo —pregunté, justo cuando me pareció reconocer al que hablaba—, el que recogía la leche hace años?

—Sí —admitió de mala gana.

—Buen hombre, tu padre —proseguí—. Siempre que me veía, no sé por qué, paraba el camión y me daba una golosina. ¿Qué ha sido de él?

—Está en casa, impedido —apuntó, con un asomo de tristeza en la voz, y a continuación escupió el palillo, como si no le agradase aquel giro de la charla.

—¡Vaya, hombre! —lamenté—. Pues dale recuerdos míos, de Carlos Pereiro, Carlitos, como él me llamaba, el hijo del Serafín. En cuanto a mi amigo Evaristo —apunté muy adrede, y ellos abrieron mucho los ojos al mismo tiempo—, por muy bien que os pague, quiero que le deis un recado. Decidle que no tengo ganas de verlo, pero ninguna, y que si quiere algo de mí, ya sabe dónde estoy. ¿Entendido?

Los dos cazurros aquellos se miraron el uno al otro y, como bloqueados, no

supieron qué responder. Luego, aunque el tal Luciano quiso reponerse bufando su disconformidad, el otro, del que desconocía el nombre, pero que parecía poseer más luces, le indicó con un contenido gesto que era mejor marcharse.

—Así lo haremos —exclamó—. Quede con Dios.

Cerré rápidamente y atranqué la puerta por dentro, desconfiando de un arrepentimiento que no se produjo. Después no me fue difícil imaginarlos a la luz de la luna, discutiendo sobre cómo era posible que un tipo sabiondo y estafalario como el que les había salido a la puerta, al que encima le da por albergarse en una lóbrega bodega, pudiese hacer oídos sordos a tal orden, y, lo que más me divertía, regresando al lado de un irascible Evaristo, que, con seguridad, los iba a poner a caldo, porque vaya par de inútiles tenía empleados que ni de llevarle a un esmirriado como yo eran capaces.

A través de la ventana lo vi bajar del todoterreno en aquel neblinoso amanecer y pensé que llegaba temprano un viento desafortunado, de esos que, por mucho que lo intentes, nunca logras evitar que te roce. La silueta avanzó unos metros entre las cepas para luego, arrimado a un muro y ya cerca de la bodega, detenerse a mear. Con la minga entre los dedos y el vaho de la orina disipándose en el aire, lo observé bajo la claridad de la luna. Gabán caro doblado en el antebrazo, traje holgado y sin prestancia, camisa blanca y corbata floja en el cuello, pura fachada de empresario triunfador al uso, con la honestidad dañada y pasando reiteradamente la mano por el cabello después de una noche en vela en la que con seguridad no faltaría el whisky y los cigarros, no sé si alguna mujer. Un poco más robusto de lo que lo recordaba, especialmente el abdomen, y con entradas que le prolongaban una frente sudorosa, Evaristo Moreiras hijo parecía un caduco galán que, despreciado,

se había lanzado de cabeza y porque sí a la mala vida. A pesar de todo, yo sabía que en el interior de aquella traza moraba el impositivo Evaristo de siempre, albardado por el tiempo y sus llagas, esas de las que ni los propios dioses consiguen librarse.

Pensé entonces que cualquiera podría considerar, sin equivocarse, que él y yo éramos viejos amigos, pues, además de formar parte de la misma pandilla, aquella que nos llevó de la infancia a la juventud, pasando por una adolescencia en la que yo proyectaba y él ejecutaba, los dos habíamos tenido parecidas vivencias y una relación que, superando la mera complicidad, alcanzaba las lindes de la confianza. No nos habíamos criado juntos, porque él era el heredero del opulento alcalde que vivía en las afueras del pueblo, en una mansión rodeada por un enorme muro de piedra y con criados que le hacían la vida fácil, y yo, el hijo de un triste mutilado de guerra que vivía del otro lado, en las casas baratas, pero casi.

Y a pesar de eso, a pesar de todo lo que habíamos sido y compartido, yo lo odiaba. Lo odiaba, sí, pero no por sus muchos defectos, no con ese tipo de odio que es arrebatado o furor y que te proporciona fuerzas de flaqueza para intentar destruir como sea a quien es más poderoso que tú, ni mucho menos con la saña de los que solo les queda una cáustica labia para vengarse, tampoco con esa rabia intelectual de quien se esconde o huye, porque nunca vencerá en un combate para el que se sabe sin armas y, más que nada, sin la capacidad para que todo le dé igual. Aun reconociendo que anidaba en mí un poco de cada caso, mi odio bien podía considerarse indigno, y digo esto condicionado por la educación recibida, por la edad, por todo cuanto me había influido, incluso por ser como era y para lo que ya no había remedio. Por eso nunca había tenido fuerza de voluntad para enfrentarme a su proceder, por eso me había callado, por eso mismo había desaparecido o había huido de su lado o... ¿qué más había hecho yo para no enfrentarme a él

y a sus vilezas? De todo. De todo, pero nada. Nada porque él seguía con las artimañas que siempre lo habían distinguido y yo me había convertido en un auténtico pusilánime, hecho que, en esos instantes, me escocía aún más.

Así de insano era, pues, mi odio hacia él. Y lo era fundamentalmente por un motivo, porque yo, desde el fondo de un espíritu destrozado, en vano y a mi modo, yo amaba a su mujer.

Ya sé que esto que acabo de reconocer no es nada vergonzoso, que sucede a menudo y que, para superarlo, otros como yo se remangan ante la vida y buscan soluciones tan ordinarias como tener amantes, chupar como garrapatas la sangre del enemigo, intrigar a su alrededor hasta hundirlo, atiborrarse de estupefacientes o saltarse el decoro con un brinco feroz e indolente hacia donde sea, incluso hasta caer en la más pura indecencia. Otros. Pero yo no fui capaz de nada de eso, por lo que tampoco sorprenderá que, parapetado del pasado y de ellos dos, intentase tener una familia y, más que nada, poco a poco intentar olvidar esa tortura. Está claro que no lo he logrado. Resulta que por muchas vueltas que le demos, aunque nos queramos rebelar ante el destino, las personas cavilosas y aprensivas como yo no tenemos más salida que claudicar ante nosotros mismos y el corrosivo poder del propio pensamiento. No hay otra.

Éramos, pues, antiguos amigos, llevábamos muchos años sin vernos y, aun así, una vez que entró en la estancia y nos enfrentamos, ni nos saludamos. Muy al contrario, desde el principio él vareó, con una crispada mirada y el arañazo de su despectiva voz, mi refugio:

—¡En qué te has convertido, Charly, mira en qué te has convertido! ¡Pelón y andrajoso, tirado en este cuchitril como cualquier baldragas que no tuviera nada! ¡Como un gallina escapando de la gente!

—Puedes decirme lo que quieras, Evaristo —indiqué, sin mirarlo, sentado en la silla junto al catre a medio hacer—, puedes insultarme e, incluso,

restregarme por la cara el dinero o las posesiones que tienes, no me va a importar. Pero recuerda que eres tú el que vienes a mí. Y eso sí importa.

—Te importará a ti, que siempre has sido muy espurrado con todo. A mí solo me importa lo que hay, y lo que hay es lo que has hecho.

—¿A qué te refieres?

—A que si me da la gana te puedo complicar la vida, Charly —repetía el nombre como si quisiese golpearme con esa fusta—, porque cualquier abogado de oficio puede acabar contigo en unas horas.

—No sé de qué me estás hablando.

—Hablo de tu visita a mi padre, Charly. De eso hablo.

Puede que lo mirase con extrañeza tal que no pudo contener la sonrisa.

—¿Pensabas que porque los guardas y las enfermeras no te identificaran pasarías inadvertido para las cámaras? ¿Pensabas que disfrazado con esas pintas te colarías y no te pillarían? —exclamó con desdén—. Pues no ha sido así, Charly, y eso que al principio me costó reconocerte.

—Muy bien, era yo —concedí, sin comprender—. ¿Y qué?

—¿Y qué?, ¿todavía dices y qué? —parecía escupir, frunciendo el entrecejo—. ¿Acaso no sabes lo que has provocado? No entiendes que con una simple denuncia...

—¡Pues preséntala, hombre! Pero si por ir a hablar con un vecino...

—Un vecino que después de esa visita entró en crisis —dijo, con una gravedad que me alarmó—, que se puso a agonizar y, a las pocas horas, murió.

No supe ni qué decir, tan confuso me sentí ante la noticia. Reconozco que lo normal hubiese sido darle el pésame, pedir disculpas, arrimar con voz cálida una explicación a su supuesto pesar de hijo. No lo hice porque, conociéndolo como lo conocía, una sospecha me hizo callar y esperar la consiguiente refriega.

—Ha muerto, sí. Era viejo y duro, pero algún día tenía que tocarle. Lo hemos enterrado hoy y que Dios lo acoja en el cielo, si quiere, que bastantes años aguantó y mucha lata dio a los que lo aturamos aquí abajo —soltó, mostrando su sentido práctico ante la vida. Y a continuación reveló su verdadera cara—: Pero aun siendo grave de cojones lo que has hecho, que no te lo tomaré como un favor personal, lo que quiero saber es otra cosa, Charly.

Como si buscara mi participación, se calló un instante. Pensé entonces en sus sentimientos, en su caminar de indigna sanguijuela por la existencia, tanto que incluso no había aprendido a ser recatado en el hablar, y me sentí tentado por su duda. ¿A qué se refería? ¿Qué quería de mí, además de acusarme de un fallecimiento del que ni por asomo era o me sentía responsable? Opté por seguir a la defensiva y no pronunciar palabra, por eso me apoyé en el respaldo de la silla y miré hacia la neblina del amanecer de la ribera.

—¿Es que no te interesa? —preguntó.

—Has acertado. En realidad, y siento decírtelo, Evaristo, hay cosas que me preocupan más que lo tuyo. Si quieres algo pídemelo de una vez, y si no márchate cuanto antes, pues ya sabes que no eres bien recibido en esta casa.

—¿Qué no soy bien recibido en esta casa? ¡Manda cojones contigo! —exclamó, gesticulando con los brazos abiertos—. Debo recordarte, Charly, que estas cuatro paredes de mierda las puso mi padre a nombre del tuyo cuando eran jóvenes. Y la viña también. Para que lo entiendas: ¡esta casucha fue un regalo del señor alcalde a un simple asalariado! Ya tu padre era un don nadie, y tú, el listo de Carlitos Pereiro, la mente más despierta y con más futuro de Escairón, en la opinión de casi todos esos necios visionarios que pensaban que el mundo era lo que no es, tú, Charly, vas camino de ser incluso menos que él. Pero a mí no me importa lo que digan ni lo que seas, ni siquiera que aun contradiciendo a tu madre te empeñes en no vender, porque, para que lo sepas, ya hace bastantes años que, por petición suya, esta viña la



trabajan mis peones, y meo y cago en ella cuando y cuanto me da la gana. Si yo quisiera, esta viña estaría ahora echada a perder y de la bodega ya no quedaría piedra sobre piedra. Puedes creerlo. Ya sé que está en medio de mi propiedad y que es un puto incordio. Pero no hay problema, ¡es tuya, hostia! Ya que te la ha dejado tu padre, ¡quédate con ella y que te aproveche! Y ahora voy a lo que he venido: ¿qué fue lo que le dijiste a mi padre o qué pasó para...?

—Nada —me apresuré a responder, sin siquiera mirarlo.

—¡Cómo que nada! Si...

—Te digo que nada. Fui porque quería saber algo de Serafín.

—¡Pero también fuiste a mi casa! —descubrió—. ¿O no? Y hablaste con Ana, que no tuvo más remedio que contármelo, porque... Te lo voy a preguntar por tu bien, Charly, para que de una vez sepas a qué atenerte. Y ante todo procura darme una razón convincente. ¿A qué has vuelto?, ¿quién coño te ha dado permiso para meterte con mi familia y conmigo?, ¿qué hostias andas hurgando por aquí?, ¿qué buscas tantos años después por el Saviñao?

Guardé silencio, el mejor antídoto para aquel rebrote de neura.

—¡Acabo de hacerte una pregunta, Charly! —gritó.

—¿No has dicho que hablaste con Ana?

—Ella no quiso... ¡No me calientes la cabeza, Charly! ¡Habla de una puta vez si no quieres complicarte!

—¿Me estás amenazando, Evaristo?

—¡Te estoy hablando claro! Tómallo como te plazca.

—Pues también yo voy a ser muy claro, aunque no conteste a ninguna de tus preguntas. Por mucho que grites, por muy poderoso que seas, resulta que no tengo que pedirte permiso para hablar ni con tu padre ni con tu mujer. Eso lo primero. Y segundo, para que se queden intactas todas tus dudas: hago lo

que me da la gana, busco y hurgo en lo que me parece, y estoy donde puedo estar y sin molestar a nadie, cosa que no puedes decir tú.

En ese instante, azuzado por mis palabras, Evaristo dio varios pasos, me echó las manos al cuello, me levantó de la silla como un monigote y me giró violentamente hacia él, al tiempo que, apretando los dientes, escupía:

—¡Tú, tú, Charly, me cago en todos tus putos muertos!

Entonces se calló, sorprendido de mi debilidad, porque yo, colgado, no tenía fuerzas ni para intentar defenderme. Y me miró a los ojos y cerró la boca y esbozó un inefable rictus en el rostro que no era sino pena. Pero pena por mí. No lo pude soportar, así que le espeté, aún con la garganta apretada:

—Márchate, anda, que esta batalla la tienes perdida.

—Ana dijo... —balbució mientras me soltaba—, dijo que estabas...

—¡Completamente perdida! —insistí aún, sin ánimo.

—¡Cacho cabrón! —bramó, al tiempo que con solo soltarme me tiraba encima de la cama. Y a continuación, reculando hacia la puerta, me soltó—: ¡Tus batallas son siempre tan retorcidas que no hay Dios que las entienda! Quizás por eso has ganado alguna que otra. Pero recuerda que en la guerra vale todo, Charly, todo. Por eso siempre la gano yo.

Percibir la compasión. De los demás. Es una sensación que no puedo permitir. Por eso trato de frenarla. Como freno al diablo que aún ahora me consume la cordura. Y aun siendo capaz de soportar este sentimiento. Indefensión que pulula por mí como una criatura rabiosa que no quiere dejarme descansar, que estruja las tripas como si constantemente me las revolviere y que trepa sin compasión hasta la mente para amargarme cada instante —y todo porque, sin serlo, al final, este mal es un bicho inmundo con el que aprendes a convivir—, yo convivía y convivo con él. Porque habita en

mí. Me tiene cogido. Por las entrañas. Me las rasga. Una y otra vez. Úlcera inevitable. De la que. No hay manera. De zafarse. Ya pueden los cirujanos quitarte carne. Cuanta consideren. Y más. Ya puede el psicólogo divagar. El mal permanece en el espíritu, que diría un creyente. Porque el persistente bicho sabe. Sabe para qué está. Y se ceba. En el pensamiento. Incluso con saña. Con toda la saña. Y puede que esto que siento. Ni es dolor ni es mal. Es. Es una latencia que apareció de repente. No cuando me lo comunicaron, sino en el mismo instante en que lo presentí... Lo presentí. Y desde entonces soy otro. ¿O debo decir que los dos, el bicho y yo, ya somos uno? No lo sé. Pero si él no siente compasión por mí, si no la siente, Evaristo Moreiras sí la sintió. La sintió, sí. Cuando me dejó. Allí tirado. Y se fue. Y eso... En aquel momento... Eso. Duele.

Después de ese encuentro, la mente, espoleada por las entrañas, no dejó de maquinarse. Si, por un lado, con la muerte del viejo Evaristo Moreiras se cerraba un camino para mi búsqueda, pues él, sin duda, formaba parte de los hechos que implicaban a Serafín, por otro también se abría una nueva y extraña vía, aquella que, rondando la intuición, se preguntaba por los motivos que había tenido su hijo para venir a verme. ¿Proseguiría, tal herencia de padre-alcalde, con el intento de control de cuanto se movía por el pueblo o bien lo ofuscaban las dudas por mi visita a su padre? ¿Tendría algo que ver con Ana, su esposa? Aunque no acertaba con las respuestas, consideré que Evaristo nunca había manifestado interés por los demás, nunca se preocupaba por nada que no fuese su propio provecho, y todo porque había sido educado de esa forma, le iba bien así e, incluso, él era como era y no había manera de cambiarlo para mejor. Por eso concluí que la visita, y su consiguiente cabreo,

nada tenían que ver con su padre, tenían que ver, exclusivamente, con él. Fue así como deduje que algo en su vida, lo que fuera, no marchaba bien.

Aunque cualquiera de nosotros —yo mismo, que en esos momentos me aventuraba por otros derroteros— puede preguntarse si hay alguien a quien le vaya bien todo en la vida y jamás lograr responder con seguridad, pero ya fuese el pasado, ya fuese el presente —¿qué representaba Ana en ese momento para él?, me pregunté a mayores—, sin duda había algo importante que se le desmoronaba sin remedio, y yo, quizás por casualidad, pero codiciándolo, tal una termita que a modo de engrudo aparece de improviso sobre un mueble del salón, yo había aparecido. Y eso representaba el pusilánime Charly para él, deduje, una triste termita que repentinamente se manifiesta en un montoncito de polvo, pero que entonces, solo entonces, uno se da cuenta de que siempre estuvo ahí, tejiendo o tramando en silencio. Por eso Evaristo, queriendo tener atado lo que podía descomponerle el futuro —¿realmente poseía yo ese poder?—, reaccionó con rapidez buscándome y presionándome. Concluí entonces que aquella no iba a ser una batalla más entre dos personalidades antagónicas —poderoso promotor *versus* irredento pensador—, aquel era el combate definitivo de una guerra vital que llegaba al final y para la que, de tapadillo, de una forma u otra, quizás sin ser consciente, siempre me había estado preparando. El triunfo o la derrota, en mi caso, solo sería el anticipo de otro ineludible desastre, ese que el destino depara a cada uno.

Aun así, pensé que Carlos Pereiro, el gastado Charly, incluso consumiéndose como el enfermo terminal en que se había convertido, además de las inútiles armas que siempre había enarbolado frente a las afiladas púas de los Moreiras, poseía ahora una de la que nunca había dispuesto, o mejor dicho, se había liberado de una traba que siempre lo había atenazado: el

miedo interior. Y todo porque entendía que ya nada podía asustarlo. Nada podía asustarlo más de lo asustado que estaba.

Una vez leída la noticia de la muerte del notable señor del Saviñao y asqueado de tanta loa de pseudoperiodista digital que ni a contrastar datos se para, aparté de mí el portátil y salí de la bodega dispuesto a remover cielo y tierra con tal de encontrar algo sobre Mazarelos. Solo adelantaré que, ante todo, tuve suerte.

Si aquel puro saco de huesos, desgachado como un espantapájaros, se sostenía en pie al salir de la taberna, no era debido a la consciencia sino a un raro sentido del equilibrio que solo los años de ebriedad y abandono permiten alcanzar. Yo lo he visto y doy fe. Hablo de Gumersindo. Pero unas horas antes, para saber de sus andanzas, tuve que identificarme ante un grupo de ociosos ocupados en cantar las cuarenta en una mesa tapada con un cochambroso hule de cuadros como «de la universidad, para la que andamos un buen grupo de personas a vueltas con el pasado, investigando cómo se vivía y recogiendo palabras antiguas, de esas que hay que anotar cuanto antes porque solo los más viejos las llevan prendidas en la memoria».

—¿Los que la palman con una helada? —preguntó uno de ellos entre las carcajadas del resto.

—Esos mismos —me apresuré a responder.

—¿Y eso *pa* qué vale? —interpeló el más dicharachero.

—*Pa* nada, seguramente —aseveraron, para evitarme la complicación.

Y así, sentado en aquel rincón del saber que mezclaba el olor a lejía y orujo con el tufo a fritanga que desde un cuchitril a modo de cocina ventilaba hacia los sufridos clientes, conseguí la información. Sin querer, mientras los escuchaba charlar, tuve la impresión de que se reían de su propia miseria, la

de aquella tierra bravía y plagada de hombres recios y curtidos por el sol que entregaban la flor de la vida partiéndose el alma entre viñas escalonadas para, al final, no tener nada, para no ser nada, solo pura ignorancia.

Muy jóvenes todos ellos para haber vivido la República, e incluso la guerra, de su parloteo resultó que aquel vejete solitario —en otra época jornalero en el tiempo de la bina, la vendimia o la poda, ahora dedicado a la pesca nocturna de truchas y anguilas, a la cestería artesanal y a ejercer de barquero para aventureros de pacotilla que navegan por el embalse de los Peares—, duro como una piedra pero completamente consumido por el licor café y la picadura mal liada, ya muy arrimado a los noventa, siempre según los presentes, tras la muerte del Curuxás, ostentaba el privilegio de ser el más longevo de aquellos lugares que conservaba todo el sentido, eso teniendo en cuenta que no vivía en esta orilla del río, sino en una chabola escondida en la espesura del otro lado, en el mismo Cabo do Mundo, perteneciente a la parroquia chantadina de Nogueira do Miño. ¿Y a qué se debía, pues, que cada lunes de cada semana, sin faltar el primero, atravesara el río y subiera a pie, entre bancales y robles, la empinada ribera del Saviñao? Simplemente a la proximidad de la taberna de A Cova, pues emplearía el doble de tiempo en llegar a la de Nogueira, además de serle, digamos, menos familiar.

De ese modo, Gumersindo llegaba siempre con la siesta echada, ventilaba tres cuartillos bien medidos de un vino que al parecer le sabía a gloria al tiempo que parrafeaba con cualquiera repitiendo lo de la calorina que se echaba y la mierda de dinero que se habían inventado con el fin de confundirlo, para a continuación colocarse una hogaza en el sobaco, una lata redonda de sardinas en un bolsillo del tabardo y una botella de licor de café en el otro, preguntar si debía algo, dejar un «Con Dios» que sonaba a lavativa para los presentes y coger billete de vuelta como si una ocupación mal presentida lo apremiase, por esta vez y por precaución, por la angostura de la

pista que, cuesta abajo, se retuerce como una serpiente buscando el agua. Luego, ya a la sombra de los sauces de la playa de la Cova, montaba en su destartada barca y atravesaba tranquilamente el río, meaba donde le apetecía, incluso por sí, y se echaba a dormirla, justo hasta que los primeros rayos del día siguiente deshacían la niebla y la claridad entraba por las rendijas de las paredes de la chabola para despertarlo. Entonces, con el hambre taladrándole el estómago, abría la lata con su tremendo cuchillo, mojaba la miga del pan en el apetitoso aceite aquel y se tragaba cuanto se le ponía delante, migajas incluidas. Y en eso consistía su vida junto al Miño, en eso consiste todavía hoy.

—Pero, ¿se puede hablar con él o no? —pregunté.

—¡Sí, hombre, sí —respondieron—, que la chimenea aún le rula que no veas!

—Pero ojo —advirtió uno—, mejor que lo acuerdes antes con el Chuchamel.

—¿Quién es ese?

—¿El Chuchamel? ¡Un randa de tres pares de cojones! Se llama Toñito y vive ahí mismo, en Sabariz. Él dice que es de la familia, que vela por lo suyo y que tal, pero lo que hace es quedársele con la paga y vivir sin dar golpe a cuenta del viejo. Aquí, en la cantina, le deja pagados los vicios y cuatro cosas para que vaya tirando, mientras él le mete brasa por las pistas a una cafetera de segunda mano que se ha comprado. Está como una puta cabra.

—Zumbado perdido —confirmaron.

—Mejor sería que se lo hablaras antes, no vaya a ser el demonio que se le crucen los cables y lo tome por donde no es. Y entonces puede que sí.

—¿Entonces puede que sí, el qué?

—Que te rompa la crisma, así de claro. Es capaz, eh.

—Ya lo creo —aseguró otro, desdentado él, acercándose al sanedrín—,

que tiene unos prontos... Y con el viejo peor, que siempre piensa que le andan meneando las perras.

—Hombre —apunté—, si por preguntarle algo...

—Tú verás. Pero anda con cuidado.

El caso fue que, con las prisas, me salté la protección del tal Chuchamel y esperé en la tasca a que apareciera el viejo.

—Este hombre, aquí donde lo ve, manda mucho, Gumersindo, ¡ya lo creo que manda! —exclamó la mujer que atendía tras el mostrador, después de presentarme como, casi, del gobierno—. Hágame caso y cuéntele cosas, ande.

Así que, después de proponerle hablar fuera y una vez completado un ritual tabernario que incluyó tres emboquillados seguidos, salimos juntos y caminé a su lado intentando darle confianza. Pero a Gumersindo, entre otros problemas, no era fácil seguirle la conversación, pues en la boca, mientras revolvía saliva y lengua, no solo no le salían completas las palabras, sino que repetía una y otra vez ideas extraviadas que, de improviso, iban y venían de su mente sin razón ni porqué. Nada logré, hasta que, una vez junto al río, el anciano posó el trasero en una piedra bajo un árbol que daba sombra al sendero de pescadores y, al tiempo que se limpiaba el sudor de la frente, me miró con extrañeza. Yo, más cansado que él por el bochorno, y ya liberado de ropa, no me senté, sino que me dediqué a tirar piedrecillas procurando que saltasen sobre la superficie del agua.

—Y, entonces, ¿qué se le ha perdido por aquí, míster? —preguntó.

—No se me ha perdido nada, señor Gumersindo. Solo quiero hablar.

—¿Hablar y *más nada*?

—Eso es. Hablar.

—Pues *pa* eso no creo que... ¡Venga, hombre, que lo mío no *val pa na*! —exclamó—. ¡*Na de na*!

Y durante un rato le aguanté el tambaleo del pensamiento, con expresiones



inconexas e incompletas y gesticulaciones varias que acompañaban un descontrol que, realmente, no parecía llevar a ninguna parte. Hasta que repitió:

—¿Y puede saberse qué se le ha perdido por aquí, míster?

Tomé aire y lo expulsé lentamente, armándome de paciencia, pues entendía que su memoria era lo único valioso para mis pesquisas. Si él no recordaba nada, yo ya no podría desentrañar aquel hecho del pasado sucedido cerca de donde nos encontrábamos. Ya fuese el vino o el tabaco, ya la edad o la solitaria y dura vida, deduje que la mente del viejo no estaba para un rescate con la distancia que yo pretendía. Con todo, nada perdía por intentarlo:

—¿Recuerda algo de la guerra, señor Gumersindo?

—¿Qué guerra? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿En qué año nació?

—¿Quién, yo?

—Sí. ¿Sabe en qué año...?

—En el veinticinco, ¿no?

—Pues eso, si nació en el veinticinco —me alegré de esa precisión, por lo que podría seguir—, ahora tiene... tiene ochenta y dos u ochenta y tres años. ¡Y, joder, está hecho un chaval! ¿Sabe que es usted el más viejo de por aquí?

—¡Me voy a morir, carajo! —exclamó, sin tristeza alguna.

—Eso todos —le ayudé, y me sentí extraño al hacerlo—. ¿Siempre ha vivido aquí?

—Sí.

—Y de mujeres, ¿qué? Quiero decir, si no se ha casado o...

—¿Y con quién me iba a casar?

—No sé, pero...

—¿Y quién iba a querer venirse conmigo *pa* este *bujero*? Hay que estar *guillao*.

—Pero alguna habría que le gustara, digo yo.

—Había una, había, allá por Santa Mariña, que tenía unas piernas muy majas, ¡la cabrona! —Y estiró el labio, no la sonrisa. Luego, conmigo muy atento y, quizás, más adaptado a su difícil pronuncia, continuó—: Muy majas, sí. Se casó con un vecino y allá se fue *pa* Suiza. Se fue, que ni sé qué ha sido de ella. Pero aquí no quedan mujeres, ¡qué va!

—Pues esto es muy bonito para vivir —consideré.

—Será será. ¡Y para tomar por culo! —me cortó como si nada.

—Y si tanto le disgusta, ¿por qué no se marcha usted también?

Gumersindo me miró desde sus ojos castaños como si un poso de resentimiento los trabase a él y a la osadía que nunca había tenido para, como habían hecho tantos otros, abandonar la tierra. Entendí que, aunque conocía todos los atajos que bordean el Miño y era capaz de sobrevivir a todas las adversidades de la vida como un animal solitario que no necesita más que una guarida para refugiarse y un cacho de carne que roer, para irse de allí estaba limitado por lo que era: una persona sin educación, sin higiene, sin una mínima posibilidad de sobrevivir en una sociedad de la que él mismo se había apartado y que rechaza a los bichos raros, por humanos que sean.

—Tengo que irme —dijo, levantándose—. Se hace tarde.

—¿Cómo sabe qué hora es sin reloj?

—No sé la hora, no —y miraba hacia las sombras del otro lado y se movía—, pero es tarde.

—Espere, señor Gumersindo, espere —dije, mientras me acercaba a su indefinible hedor y lo agarraba por una manga—. A ver, ¿puedo ir con usted?

—¿Adónde? —se sorprendió.

—Allá. —E indiqué con la barbilla hacia la orilla contraria—. Dicen que hace de barquero, así que le pagaré el viaje e iremos hablando.

Entendí que aceptaba cuando frunció el ceño y se echó a andar. Lo seguí y,

en silencio, llegamos a la barca, o a las cuatro tablas rehechas con maderas gruesas —a la manera de las barcazas empleadas tiempo atrás para pasar gente o uvas de una orilla a otra del Miño— y cubiertas con pez mohosa para que no penetrase el agua. Luego desató el nudo de una rama de sauce, asentó los remos y subimos con cuidado.

El viaje duró lo que dura un camino desconocido en el que nadie da palabra, pues en esa curva el río se ensancha y el agua remansada se vuelve oscura por la profundidad, pero yo, desde la popa, solo miraba el ribazo hacia el que nos dirigíamos y que hablaba de otro modo de vida que siempre había estado presente y para el que la mayoría de nosotros nunca tenemos ojos: salvaje, abrupto, frondoso a más no poder, increíblemente bravo y pavoroso por el verde sombrío y las enormes rocas que parecían querer precipitarse por la ribera sin conseguirlo. Entonces pensé en aquel espacio agreste como en un peligroso paraíso en estado primitivo en que solo los más fuertes logran sobrevivir. Y Gumersindo formaba parte de él, era un ejemplar más, minúsculo y singular, eso sí, pues no había más que observar sus uñas, uñas como garras, y la mirada vivaz y acechante, sin duda preparada para cualquier contratiempo, para darse cuenta de ello.

Con todo, me sentía satisfecho por haber subido a la barca e iniciado ese periplo. No por nada, pues quizás solo consumía el tiempo que me quedaba en una descorazonadora empresa que no era sino el arrebató final de quien se sabe perdido, pero muchas veces sucede que con mirar alrededor y de otra forma es suficiente para descubrir algo, no sabes qué, tan oportuno o único que te sosiega por dentro. Me pasó en ese instante, en aquellas cuatro tablas en medio del río, y fue como una extraña alegría que no quise contener.

Cuando dejó de remar y por orden suya eché mano a una rama y puse el pie en una roca colocada a propósito en la otra orilla. Liberada de mi peso, el viejo giró con habilidad la barca hasta atracarla en una especie de muelle

natural entre raíces, para luego, muy resuelto, bajar él. Yo, dispuesto a pagar, saqué un billete de la cartera y se lo ofrecí.

—Guárdelo *pa* quien coma *d'eso*, ande, que aquí no *val* una perra — indicó, para enseguida soltarme—: Y ahora ya me dirá qué coño va a hacer trepando ribazo *alante*. A no ser rasguñarse con un espino o romperse la crisma con un pedrusco, no veo otra.

Sonreí, quizás porque tampoco yo veía otra salida. Fue entonces cuando, todo serio, insistió con qué era lo que se me perdía allí.

—Ya se lo he dicho —sostuve—, hablar y poco más.

—¡La verga que me dio! —exclamó, como cabreado—. ¡Hablar por hablar no *produz*, lo sé de *sobras*!

—Señor Gumersindo, hágame el favor, a lo mejor usted se acuerda de unas muertes que hace muchos años sucedieron ahí, en Mazarelos...

—Yo no entiendo de esas vainas —se escabulló sin dudar—. Además, ahora tengo una jodida bicha desde hace días tentando la suerte. *La* he colocado el armadijo muy de mañana y quiero ver qué ha sido de ella. Si ha caído, hay cena y se puede quedar, si no...

—¿Me invita, entonces?

—¡Ay, *cona*! ¡Si hay que pacer se pace!, ¿o no? —exclamó, casi con una sonrisa. E inmediatamente, estirando la mano, indicó una dirección—: Por esta trocha arriba no tiene pérdida, da con la casa. Vaya por ella y no se desvíe, que luego no habrá dios que lo gobierne.

Sin más, el viejo apretó el paso por una pequeña cuesta que quedaba a un lado y me dejó solo en medio del bosque.

Gumersindo, un tanto desparrancado por el esfuerzo y enseñando el diente por la comisura, llegó cuando ya oscurecía. Venía excitado y ni saludó, pues

traía a la espalda un saco de esparto con un animal todavía vivo dentro. Sin reparo y menos ceremonia, se hizo con un oxidado cuchillo incrustado en la pared, metió una mano en el saco, cogió por las orejas lo que resultó ser una enorme liebre, la sujetó entre las piernas y le rebanó el pescuezo. Y no hubo estertores o quejidos, sino varias frenéticas convulsiones justo antes de morir. Enseguida la tiró al suelo, donde el animal se retorció manchando con su sangre espesa y oscura la abundante hojarasca, y se dispuso para la faena remangándose hasta los codos.

Yo, con la boca abierta y la saliva retenida, paralizado por la cruenta escena que no hacía sino confirmarme lo presentido en la barca, me caí sentado en el tronco de roble que había servido para sostener la espera. Pero el viejo, siempre sin mirarme y silbando de contento, se metió dentro a revolver en las cazuelas. Cuando volvió, recogió la desangrada liebre, la metió de nuevo entre las piernas y le pegó un corte a la piel del lomo. Luego se volvió y, por fin, me llamó para que le ayudase. Me levanté y fui a su lado, sin saber muy bien en qué consistiría mi tarea.

—Agárrelo con las dos manos —indicó.

Cogí con asco la parte de piel que me ofrecía, la trasera, mientras él agarraba la sanguinolenta delantera.

—Tire —ordenó.

Tiré hacia mí y no logré despellejar ni un palmo.

—¡Tire, *cona!* —gritó.

Lo intenté con todas mis fuerzas, escasas, debo decir, hasta que la piel se desgarró un poco, las manos me resbalaron en la grasa del animal y, mal asentado en las hojas del suelo y sin poder evitarlo, me caí hacia atrás como un fardo, sin energía. Entonces, el viejo, al verme despatarrado entre palos y latas de sardinas vacías esparcidas por allí, se rio con ganas enseñando los dientes.

—¡A ver si se va a joder, míster! —gritaba entre carcajadas—. ¡Hay que ver, tiene menos fuerza que un pedo de burra!

Con rabia, me puse en pie, agarré la liebre y tiré cuanto pude, pero a duras penas pude remedar los violentos tirones del viejo, que remató él solo la faena rompiendo las patas, cortando las pezuñas, retirando la piel y poniendo a parir mi disposición, en su opinión «muy señorita».

Sin más adobo que sal gorda aplicada al mismo tiempo que asaba la liebre al espeto, acompañada eso sí por la hogaza que había traído pegada al sobaco y el licor de café, servido en un enorme vaso de cristal, seguramente nunca pasado por agua y del que, a pesar de mis escrúpulos, bebíamos los dos, se convirtió en un succulento manjar del que dimos cuenta junto al fuego. Tampoco es que estuviera para chuparnos los dedos, pero me agradaba comerlo en aquella extraña y montaraz circunstancia que me envolvía o que, insospechadamente, me evadía.

Mientras limpiábamos los huesos de carne apenas hablamos, y no porque Gumersindo fuese —que lo es— un viejo huraño al que por mucho que lo intentes no hay forma de que entre en conversación o que a veces no se le entienda bien lo que quiere decir —y más con un bocado atravesado en la garganta—, tampoco por una especial dificultad para conectar, sino más bien por un mecanismo defensivo que emplea para mantener la distancia necesaria, como si la coraza de desconfianza pudiese más que la necesidad de relacionarse con los de su misma especie. En ese momento estábamos dos desconocidos dando cuenta de una liebre asada junto a un seductor fuego y ni por asomo a él le daba por preguntarme de dónde venía, quién era o a qué me dedicaba, por nombrar las preguntas típicas de un inicial trato.

—Señor Gumersindo, verá, he venido aquí por... —pronuncié de una vez y con toda seriedad.

—Vendrías porque te ha dado por ahí —soltó, ya tuteándome, lo que

atribuí a los efectos del licor de café.

—Ya le he dicho que para hablar de cosas que sucedieron en el pasado.

—El pasado pasó. Pasó. ¡Y come y calla —cortó mi iniciativa—, que se enfría!

Más tarde volvería a intentarlo:

—A lo mejor conoció a un tal Pepe. Pepe del Mazaira, que dicen que murió en el año 36 en Mazarelos.

—Ahora tengo que cagar —me soltó entonces, levantándose con cierta prisa—. O cago o reviento.

Y allá se fue, hacia las sombras que tan bien conocía, dispuesto a darse un gusto y, al parecer, ajeno a mis interrogantes.

—¿Y de qué vive, si puede saberse? —pregunté, cuando regresó y yo ya no podía más, también por coger otra vía—. Quiero decir, ¿qué come y qué...?

—¿No lo ves? Liebre.

—Pero no comerá liebre todos los días.

—¡Hombre, no! Hoy es fiesta, que hasta me has dado suerte.

—Y cuando no caza una liebre, ¿qué hace? Pesca, claro.

—Pesco, pesco, que lo que sobra aquí es comida. Pero para los animales hay que ponerles el armadijo, a todos, si no... Igual que a las cobras y a las ratas de agua. También me he papado salamandras, lagartijas y... Que se papan bien, no creas.

—¿Pero come de eso?

—Yo papo a Cristo bendito, aunque no lo parezca. Papo, papo. Lo único que no me van son las castañas. Esas no, las putas, que un día, de joven, cogí un empacho de castañas con leche batida que por poco me voy *p'allá* de la cagalera que agarré. Por eso como la hogaza y las sardinas. Me sientan bien.

—Pero vivir sin nadie al lado...

—¿Y qué quieres? Me acostumbré así, desde pequeño. Antes tenía una perra. Tenía, tenía. La *Chispa*. Se la llevó el diablo, seguramente, y ya no volvió, la muy cabrona. Y ahora me voy a dormir —dijo desperezándose y bostezando sin medida, después de limpiarse los labios llenos de grasa en la manga—. Es mi cura. Si me muero, mejor que me coja durmiendo, y luego que me coman los gusanos o la madre que los parió a todos, que gran favor nos hacen con tanta mierda como engullen. ¡Vaya si hacen! Si quieres puedes meterte en un saqueto que hay en ese rincón. —Señaló hacia dentro con un gesto—. Hay un cobertor que te puede servir. Pero lleva una brasa *pa* ver, que aquí no se aprovecha más luz que la del sol.

Y con esto, Gumersindo, liberando un eructo, encendió un manojo de pajas en el fuego y se fue adentro. Por la puerta entornada pude ver cómo se quitaba los zuecos y se dejaba caer en un deshilachado colchón de hojas de maíz, para luego taparse con un grueso manto de cuadros y apagarse al mismo tiempo que la luz de la paja que había tirado al suelo.

Yo, que no tenía ni pizca de sueño, antes de acostarme preferí meditar sobre aquel indómito vivir, aquel pasar por el mundo, ya no como un asceta, sino como un animalillo silvestre que se adapta a una naturaleza que te da lo justo para ir consumiendo los días que te tocan. Y, por lo visto, a aquel anciano le habían tocado más que a cualquier otro de la comarca, lo que también me dio qué pensar. Por eso, juntando palos y hojas secas para que aguantase la hoguera, consideré que yo, de tener que vivir allí, no duraría ni una semana. Entonces, quizás comparando, consulté con las llamas cómo era posible escoger una vida tan dura y apartada de las comodidades de un hogar y de una familia, incluso pregunté si Gumersindo creía o no en algo más que no fuese la mera supervivencia, porque, ¿conservaba aquel viejo temerario alguna ilusión? Y llegados a eso, ¿qué esperaba de la vida? ¿Se emocionaba con algo mejor que cazar un animal o ver caer por allí un alelado personaje



llegado de una supuesta civilización a tiro de piedra y que ni maña se daba para despellejar una liebre? Por mucho que fuese una persona, tuviese sentimientos, sensibilidad y deseos, no me atreví a responder por él, pues en ocasiones resulta tan ajena la condición humana que quizás por devanarnos los sesos en exceso es por lo que nos equivocamos tanto.

Me despertó un violento empujón. Abrí los ojos y, herido por la luz de la mañana y zarandeado por poderosas garras, me vi arrastrado fuera de la chabola, donde un gigantesco energúmeno, sin afeitarse y vociferante a más no poder, mientras me amarraba sin contemplaciones por la mandíbula, acercó su encolerizado rostro y me largó improperios del tipo «¡me cago en la puta madre que te parió, mamón!, ¿qué hostias de cojones crees que haces con el viejo, eh? ¡Habla! ¡Habla ya o te parto la crisma!»). Pero yo, con el maxilar trabado por la férrea zarpa y sin poder físico, no pude ni siquiera balbucir que nada, que no hacía nada.

—¡Si piensas que me estoy chupando el dedo estás aviado! —bramó entonces, alterado por la respuesta—. Tú bien sé yo lo que buscas, ¡me cago hasta en el coño bendito! ¡Pero de la somanta que te vas a llevar te va a quedar un buen recuerdo!

Y, sin más explicaciones, soltando otro de aquellos estentóreos juramentos con los que enmerdaba a todos los santos, el hombre, barrigudo y vigoroso, levantó la mano derecha y me propinó un cachete en la boca. Apenas me dio tiempo a notar el instantáneo calor de la sangre entre los dientes, porque enseguida me echó al suelo y sentí el dolor de una patada en la espalda, a la que siguió otra en los muslos.

Tirado y sin protección, pues no sabía si Gumersindo seguía durmiendo o consentía aquel maltrato, mientras me estremecía con cada impacto y temía el

tino del siguiente, fui consciente de que, dada mi debilidad, nunca lograría librarme, mucho menos defenderme, de aquel animal enfurecido; por eso, decidido a resistir, me encogí todo lo que pude tapándome la cabeza con las manos y cerrando los ojos. Luego, cuando ya el dolor se había apoderado de todo mi cuerpo y ni reptando conseguía escapar de la injusta paliza, opté por suplicar que parara.

—¡Cierra el pico, sarnoso! —gritó él, apretando los dientes con saña, mientras proseguía con la tunda, golpeando en cualquier parte, unas veces con la mano y otras con el pie—, ¡que pareces un puto listillo sarnoso!

Cuando por fin se cansó de golpearme, me cogió de nuevo por la ropa y, resollando desafortadamente, me arrastró entre la maleza sin dejar de amenazarme y cagándose una y otra vez en la madre que me parió o en quien coño me abatanó, por recordar alguna de las delicadezas que su boca vomitaba. Y aunque para mi cuerpo era un alivio no recibir más golpes, la mente no dejaba de preocuparse por lo que aquel bruto irado había ideado como remate del suplicio, pues entre dientes también lo oía mascullar que me iba a acordar toda la vida de haber cruzado el río. Y así, rozado por tojos, zarzas, raíces y cuanta rama nos encontramos, llegamos al agua. Después de escoger bien el sitio, el hombre me agarró por las piernas y me colgó cabeza abajo como a un muñeco de trapo. Me di cuenta de lo que pretendía y quise revolverme, pero cogido entre mi flojedad y la desmesura de su proceder, solo fui capaz de chillar por si alguien podía socorrerme. Entonces, conmigo colgado, se acercó a la orilla y, esparrancado entre dos piedras, bajó las manos hasta sumergir completamente mi cabeza en el agua.

El estremecimiento que sentí no fue debido al frío contacto con el líquido, sino al pavor que me entró justo cuando el primer trago penetró por boca y nariz. Agité afanosamente las manos, que rozaron las piedras y la arena del fondo, y doblando el cuerpo intenté sacar fuera la cabeza, pero lo único que

logré fue que el hombre me bajase más y me separara las piernas para que no pudiera ni patear. Y así, metido en el río, abrí los ojos para no catar sino el lodo que mis convulsiones levantaban y el abismo que cualquiera puede presentir en tal situación.

Nunca conseguiré precisar cuánto tiempo duró el tormento, nunca, porque lo único que podía percibir era que en aquella circunstancia se me iba la vida. Pero en el momento en que, ya sin fuerzas, dejé de luchar, porque más que ser débil consideré que todo esfuerzo por permanecer en este indigno mundo resultaba inútil, sucedió el milagro: el hombre tiró de las piernas hacia arriba y me rescató de la asfixia. No sé si se lo agradecí o no, pero, aún colgado, expulsé toda el agua y boqueé cuanto pude procurando enganchar de nuevo con la existencia. Juro que, como si lo necesitase para vivir, hasta mordí rabiosamente el aire.

—¿Te llega o necesitas más? —aulló, para enseguida repetir la obra.

Tras la tercera inmersión, angustiada a más no poder, tanto que recuerdo que lo único que me importaba era no seguir padeciendo, el animal aquel me alzó de nuevo y dejó caer mi cuerpo, inerte como una bolsa de basura, en la orilla del río.

Jadeando, hipando indefenso, logré abrir los ojos y vislumbrar mejor, ahora sí, su sombría silueta. Escarranchado y amenazador, subido a unas piedras a ras del agua y tan alto como la ribera del otro lado, el hombre parecía un titán, un increíble titán al que todo le pertenece y que podría hacer conmigo cuanto se le antojase. Y más me lo pareció cuando se volvió hacia el río y, ligeramente inclinado, buscó en la bragueta, sacó la supuesta verga — porque en él no cabía esperar otra cosa— y, sin ni siquiera sostenerla con las manos, pues prefirió rascarse la cabeza con ellas, la dejó mear por libre al tiempo que emitía gemidos de placer. Pensé entonces, escuchando el chorro precipitándose ruidosamente en el agua, que aquel espécimen no podía ser

humano. Más salvaje y montaraz que Gumersindo, más becerro y descosido que el más becerro y descosido de los pobladores de aquellas indómitas tierras, se trataba de una bestia, ¡pero una auténtica y desmandada bestia brava! Y yo había caído en sus garras, era un prisionero de su feroz represalia y no podía hacer más que someterme. Por un momento pensé en levantarme y, reuniendo todas mis fuerzas, darle un empujón, pero..., ¿qué lograría tirándolo al agua sino avivar su cólera? A mi lado vi una piedra, la toqué incluso, y pensé que, tal y como estaba de espaldas, bien podría atinar con un cantazo y... No fui capaz. Me sentía débil, enfermo, magullado, y en ese lamentable estado no iba a poder ni con la piedra ni con mi cuerpo. Así pues, lo único que podía hacer era esperar sumisamente a que él decidiera qué hacer conmigo.

De aquel instante de dudas e impotencia también recuerdo una meada larga y abundante, una repulsiva sacudida final del pene y un restregarse las manos en el agua, justo antes de volverse y exclamar, con desprecio.

—¡Manda güevos, tío, que ni cojones tienes para escapar! ¿Pero qué clase de cagón eres? ¡Cómo le vas a sacar tú un duro a nadie, si...! Y venga, habla, si no quieres llevar otra paliza, ¿qué haces aquí con el viejo, a ver?

—¿Dónde está? —pregunté por preguntar.

—Por él no te preocupes, que el Gumersindo es duro como un cantazo —apuntó—, y a estas horas ya habrá pillado algo para comer.

—¿Eres el Chuchamel, entonces?

—¡Me cago en tu puta madre, mamón! —se encabritó de nuevo el hombre, echándose a mí—. ¡Nadie me llama así sin que le parta la crisma!

Cuando de nuevo me había cogido por el cuello y temía lo peor, se oyó una fuerte voz detrás de mí:

—¡Tú eres el Chuchamel y no hay más que hablar!

Creo que nunca me alegré tanto de que apareciera alguien.

—¡Gumersindo! —pronunció el aludido, deteniéndose, soltándome y mirando al viejo, que salió de entre los matorrales.

—¡No hay Gumersindo que valga, muchacho! —le soltó entonces, con una firmeza que me sorprendió—. Acordamos que por este lado no te quería ver más, así que deja en paz a ese hombre, que ya *le* has *desgraciao* bastante, y lárgate. Si es que te interesa que todo siga igual.

El Chuchamel, tardo en encontrar palabras, pareció acobardarse.

—Arre o so, Toño —impuso el viejo, en el mismo tono—. ¡Arre o so!

Entonces el Chuchamel, el increíble monstruo aquel, refunfuñando, pero dócil como nunca imaginaría verlo, se echó a andar por la ribera hasta desaparecer para siempre de mi vida, mientras yo cerraba los ojos y suspiraba de puro alivio.

Los humanos, además de ser poca cosa, parecemos avestruces. Ante la muerte. No queremos mirarla. Decimos que no tenemos tiempo para pensar en ella, que ya llegará el día, que queda lejos o quizás que es pronto para palmarla. Metemos la cabeza en un agujero para no afrontarla y escupimos frases tan vacías que da la sensación de que somos más estúpidos de lo que realmente somos. Lo olvidamos. Lo obviamos. Escondemos la mirada y el ser. Ocupamos la mente y el tiempo en otras historias. Historias de todo tipo y condición. Para bien y para mal. Y luego llega el instante fatal. Casualmente. En cualquier recodo del camino. Y resulta que no tenemos nada planificado. Lo que será. Este descuidado comportamiento tiene su explicación en nuestro desconocimiento de lo que hay detrás de esa misteriosa puerta. Porque la muerte parece una puerta. Sí. Y por mucho que las religiones o las filosofías ofrezcan lo que cada una de ellas se ha inventado para calmar tal inquietud, resulta que lo único cierto es que

llegamos a ella. Y llamamos. ¿O es ella la que nos abre? Lo mismo da. A veces llegamos a ella y esperamos que, de un momento a otro, abra. Como es el caso. Y otras veces llega ella sola y abre. Así, de repente. Sin que podamos hacer nada. Entonces uno se pregunta: ¿le tenemos miedo?, ¿es simple recelo? No. Lo hacemos a propósito. Simplemente a propósito. Porque la muerte no es un ruin compañero de viaje, no es un amigo rencoroso, no es nadie al que estudiar científicamente como se estudia un bicho raro al que, si hace falta, se le practica una disección y se remira a conciencia. La muerte es un enemigo implacable. Que siempre está ahí. Al que nunca podremos enfrentarnos porque, también, siempre vence. Pero siempre. Nos pongamos como nos pongamos. Cojamos una rabieta o lloremos de impotencia. Y también, repito, porque nada sabemos de ella. No hay siquiera una mera intuición a la que echar mano. Por eso cerramos los ojos. Como los avestruces. Pero esto no les sucede porque sientan pánico. Qué va. Sino porque quizás poseen un sexto sentido: el de no lidiar con lo inexplicable. Ahí está. Ahí está el parecido.

Durante cuatro días, y puesto que me negué a marcharme o que fuera a buscar ayuda para llevarme a un matasanos, como él llamaba a los médicos, Gumersindo —después de una minuciosa inspección que me dejó en cueros en la orilla misma del río y que me confirmó que el Chuchamel, con todo, había hecho bien las cosas al no romperme ni un hueso— me curó las heridas y los golpes con repugnantes emplastos de hierbas machacadas en hojas de saúco que luego sujetaba a la parte dañada con un cordel de atar los chorizos. Recuerdo que, en los hematomas, antes de embadurnarme con aquel espeso y untuoso preparado extendido con sus manos mugrientas, me aplicaba hojas de cuchillos enfriados en la pila del manantial que brotaba entre rocas y verdín junto a la cabaña, y que para los cortes de la boca me hacía enjuagarla varias veces al día con el amargo trago de una especie de jarabe sacado de un frasco tan cochambroso que llegué a considerar que, de sobrevivir a tal ponzoña, no tendría más remedio que sanar.

Y, a pesar de la deplorable higiene, era un espectáculo verlo acercarse, agacharse al pie de su propio lecho, el ruidoso colchón al que con tanto trabajo me había transportado y, tal un experimentado hechicero armado con el frasco y con un cuenco lleno de odorífero producto en el que siempre quedaba algún que otro pétalo sin aplastar, como si cumpliera un deber ancestral y sin hacer caso de mi gesto de fastidio, enseñando los dientes que le quedaban, un tanto tocados por la piorrea, destapaba mis vergüenzas, desataba los cordeles, retiraba las hojas chuchurradas y limpiaba el emplasto viejo y casi consumido. A continuación, examinaba de nuevo y minuciosamente bultos y costras de mi malparado cuerpo y, sin pronunciar palabra, con sus rudas manos ejercía de curandero deteniéndose en cada llaga, en cada rasguño, en cada purulenta herida que enseguida aliviaba aplicándole con esmero la nueva untura y murmurando para sí cuando no percibía mejora.

Por mucho que el dolor, la incomodidad para conciliar el sueño y la deplorable pinta que yo mismo me veía en aquel diminuto espejito en el que él se afeitaba día sí y día no y que de vez en cuando me traía para que comprobase los progresos de las heridas del rostro, muy a pesar de mis quejas, de mi abatimiento al pensar que todo daba igual y de la disconformidad con su silencio, que convertía nuestra relación en algo realmente extraño, debo admitir que me agradaba reparar en la fervorosa disposición que el anciano mostraba hacia un desconocido como yo, incluso al darme de comer. Puede que por eso no me fuese difícil tomarle afecto, y más cuando al tercer día que pasé tumbado y sin defecar, ante el retraimiento definitivo del intestino, cada vez más dolorido e incómodo por la nula ingestión de fibra, voy y le comunico que estaba «muy estreñido», pronuncié, y que ya no lo soportaba. Entonces él debió verme cara de apuro, pues primero me ayudó a ponerme en pie y salir afuera, luego me llevó al supuesto retrete, un bosquecillo de quejigos repleto de helechos que había detrás de la chabola, donde me obligó a agacharme, y, después de repetirme que bien sabía lo que era «estar duro» y ante mi sorpresa, ordenó:

—¡Caga!

Cogido por la mano como un niño desvalido que por sí solo no se sostiene, me volví hacia él y lo miré como se mira a un ser irracional.

—¡Caga! —repitió sin tener en cuenta mi desconcierto.

Entonces lo intenté, sí, más que nada porque lo necesitaba, pero debía ser tal el grado de endurecimiento interior que el esfínter no cedía un milímetro ni ante mis más ímprobos esfuerzos.

—Espera aquí —indicó, como si en aquel estado yo pudiese ir a algún sitio. Y allí me dejó, en cueros y encogido, peleando tan inútil como dolorosamente por desprenderme de mi propia mierda.

Cuando volvió, minutos después, traía en la palma de la mano izquierda



otro emplasto de no sé qué hojas o hierbas o pétalos del demonio machacadas que me torcieron la expresión, pues de inmediato adiviné sus intenciones.

—¿Qué, ha salido o no? —preguntó. Negué con la cabeza y él anunció, con determinación—: Entonces vuélvete que te voy a meter esto.

—¡No me joda! —recuerdo que me salió tal cual.

—¡Que pongas el culo hacia arriba, *cona!* —bramó—. ¿O es que quieres reventar y cagar hasta las tripas?

Aunque bufé mi pudor y me opuse a su pretensión, que estimaba vergonzosa, al final cedí. Y así, postrado en el mismo sitio, él se aplicó a la faena de ir, poco a poco y con el dedo índice, que había que verlo, o notarlo, metiéndome por el agujero la totalidad del emplasto. La delicada operación, de la que no ofreceré impresiones para no dar pie a juicios equivocados, duró escasos tres minutos, y pongamos otros tantos para la reacción de la lavativa, mientras él se fue a lavar las manos al pilón. Entonces, por fin, sucedió. Con una tan extraña como previa crepitación intestinal, como si el esfínter no tuviera en cuenta mi recelo por estar desnudo y acompañado de aquel salvaje y greñudo viejo, defecué como un animal descosido que de repente se libra de un lastre. Recuerdo solamente que, al tiempo que iba expulsando el tieso fruto de mis entrañas, no podía evitar cerrar los ojos por el inmenso desahogo.

—¡Carajo para el zurullo! —exclamó Gumersindo, al ver el resultado y con una extraña alegría—. ¡Funciona, eh!

Lo del papel higiénico que a continuación le pedí ya fue de pena. Pero él se rio a carcajadas mientras recogía presadas de hojas del suelo y me las ofrecía diciendo que tenía «de esta *clas*», luego las tiraba, cogía los grumos más tiernos de los helechos y proclamaba «esta otra también es gustosa de su madre», pero, en su opinión, «lo que la raja del trasero más te va a agradecer es el rocío de los yerbajos». Y tenía razón, tanta y tan acertada como cuantas

otras razones se movían alrededor de aquella pocilga en la que recogía su vida y para la que yo, representante del progreso y de la vida cómoda que este produce, no estaba ni por asomo preparado.

A pesar de la penosa convalecencia, y porque disponía de tiempo, nunca dejé de darle vueltas a la circunstancia que me envolvía. No dudaba de que mi presencia en aquella ribera brava constituía una novedad, y que quizás a Gumersindo hasta le sentaba bien tener con quien entretenerse. También era consciente de que, por muy lobo estepario que uno sea, a veces es necesario tener un confidente, aunque este parezca estúpido, esté tocado o no pueda valerse por sí mismo, que tal era mi caso. Pensaba incluso que él podía sentirse comprometido conmigo por lo que el Chuchamel me había hecho y deseaba pagar de alguna forma esa deuda, pero lo descarté enseguida porque Gumersindo no daba la sensación, ni mucho menos la apariencia, de ser un sentimental. Él no se paraba en lo que había pasado o en lo que no tenía remedio, él miraba exclusivamente las tareas del presente con la única finalidad de sobrevivir o alcanzar un nuevo día. Por tanto, yo venía a ser algo así como un mero accidente «que había caído allí sin más ni para qué», soltó una vez, para enseguida añadir:

—Nos aguantaremos el uno al otro. Y listo.

Aun así, al no ser un allegado ni pertenecer a su familia, yo me veía como un estorbo que empantanaba sus quehaceres diarios, un inoportuno incordio con el que cargas sin desearlo y que altera la vida que llevas. Por eso no me parecía bien que se pasase tantas horas recogiendo plantas y haciendo preparados para las curas, que se entregara a mí con toda el ansia en una altruista tarea que yo nunca, pensaba, le podría agradecer. Porque él arreglaba enseguida su cubil —su hogar, aquella cutre caseta, no era otra cosa— y salía

para ocuparse de esos menesteres. De vez en cuando dejaba de oír su tejer constante y desaparecía sin dar explicaciones, para reaparecer delante del fuego con una anguila, un puñado de truchas, con fruta del tiempo o con cualquier pájaro o animalillo que llenase el cazo y sirviera para elaborar sus extraños potajes, siempre acompañados de un pan de centeno reseco que costaba roer o de unas patatas cocidas que yo, como invitado, malamente ingería, y todo porque los tres primeros días sin medicación me resultaron especialmente fatigosos, tanto que tomé aquel período como una penitencia a la que, de una u otra forma, debía poner fin.

Fue después de una noche sin apenas dolores. Me desperté con las primeras luces del día y, descontento por el abandono al que me había entregado, me levanté, me eché la manta sobre los hombros y salí. En medio de una naturaleza exuberante, bajo el canto de los pájaros, observé la calma del río, los muros de piedra de los banales de la ribera de enfrente y, notando el frío y la humedad en las hojas que mis pies descalzos pisaban, me sentí vivo y dispuesto, quizás más vivo y dispuesto que nunca, a romper con aquel marasmo y agarrarme a lo que tenía o a cuanto me quedaba, que era bien poco.

Cuando Gumersindo, sentado en una piedra y con la misma expresión interesada que mostraba siempre por mí, me vio, ladeó la cabeza en señal de desaprobación, pero siguió mordisqueando un pero tardío de los que guardaba en un rincón entre pajas. Entonces me senté a su lado, mirando hacia cualquier sitio. Por un instante se me pasó por la cabeza que los dos teníamos el mismo pensamiento de soledad y abandono que puede sentir cualquier persona que vive de ese modo, que por lo visto éramos dos minúsculos cuerpos perdidos en la feroz inmensidad de la Ribeira Sacra, perdidos en la incertidumbre de ser lo poco que es un hombre en un exiguo punto del cosmos. ¿En eso consiste la vida?, me pregunté, ¿es que no hay

más? Quién sabe. Entonces me rebelé ante tal escepticismo, y lo hice pensando que esos sentimientos son solo filosofía barata, el tratar de encontrar un sentido a lo que no lo tiene o no puedes comprender. Por eso aseguré, simplemente:

—Se está bien aquí.

—¡Psí! —soltó él, puede que con segundas.

Y allí me puse a contarle mi vida.

Gumersindo no era psiquiatra, no era un confesor o mi mejor amigo, no sabía más de la existencia humana que aquello que le permitía ser él mismo o subsistir como fuese allí donde casualmente había nacido. Por lo demás, comía como un cerdo, ventoseaba ruidosamente mientras dormía, tenía un hablar y un vestir más que descuidados, se comportaba como le apetecía en cada momento, vivía él solo en una hermosa pero inhóspita ribera y para nada le importaba la diarrea mental del patético y enfermo intelectual que yo era. No sé si para corresponder o no, pero Gumersindo no tardó en hablarme de su vida. Eso sí, lo hizo a su manera y yo escojo lo que me concierne de su historia.

—Padre, de cabreado con el mundo, se lio con los que se escondían por aquí. Por coger tajada, vaya. Pero luego, como no papaba bocado y cada uno andaba a lo suyo, más que nada por no marcharse a donde no había nada que hacer, se metió en la obra. ¡Buena la hizo! La de los Peares, ya sabes. Esa. Y allí murió, trabajando como un animal en el embalse. Cuando me llegó la noticia, lo fui a buscar y allí estaba, todo aplastado. El caso fue que se desmoronó un bancal después de un barreno y cayó de lo alto de la cantera con otros cuatro que no se sabía ni quiénes eran. Enterrado quedó. Yo reconocí un zueco que mal le colgaba del pie y *asín* lo saqué, pero por la

cara, nada. Porque aquello era el acabose, ¡vaya si era! A mí me dijo un día que venía bien tener un trabajo. Y quiso convencerme. Quiso, quiso. Quiso tal. Andaba yo ya por los veintitantos, pero no, no venía bien. Por ir, fui a probar dos semanas con la maza y el pico a la espalda y me volví *pa* casa con los riñones jodidos y cuatro perras en el bolsillo que no daban ni *pa* una cántara de vino. Todo trabajar seguido, con el sol achicharrándote la espalda, ¡galbana pura, asándose Cristo! Y lo peor eran los guardias, ¡la puta que los parió!, que vigilaban a los presos de la guerra y se metían en si golpeabas la piedra o hacías que dabas... Y encima aquella polvareda, aquel bochorno... ¡El infierno, tal cual! En cuanto pude me volví *pa* aquí con el rabo entre las piernas, dispuesto a quedarme, entre tojos, junto al arroyo, a pesar de que subieron el agua y arrasaron con todo lo nuestro. Porque el mundo no, no se acaba si te haces con un buen nido.

—¿Mis padres, dices? Cada uno de su madriguera. Él, de Sernande mismo. ¿Sabes de la *ínsula* que quedó después de la inundación? Pues de allí. Andaba al jornal, trabajando en lo que aparecía. Y a madre la metieron en el pazo de Arxeriz, fija desde pequeña, limpiando. El caso fue que a padre le llamaron *pa* plantar unas cepas en un viñedo de por allí. Y la vio, según parece. Le entraría por los ojos y no tendría nada mejor que hacer. Entonces va y hablaron. Hablaron y al poco *la* hizo un crío. De ahí salí yo, vaya.

—Cuando se hicieron con la bodega, *pa* tener un lugar donde meterse, gastaron lo poco que padre había sacado de las partijas. No era el mayorazgo, y ya se sabe, tenía que irse, porque al parecer el cabestro de mi abuelo no se la quiso ni en pintura. Le parecía poca cosa *pa* su hijo o qué sé yo. Y se

vinieron *pa* aquí con las manos vacías, a donde nadie quería venir, lo más lejos de la familia. Porque O Cabo do Mundo, detrás del Navallo, siempre ha sido monte común, y por Nogueira se cuentan todo tipo de historias. ¡Vaya si se cuentan! Ya ves tú el nombre, que mete miedo. *Asín* que aquí estaban tranquilos, sin que nadie se metiera con ellos. Y todo porque tampoco la familia de ella lo veía bien a él. Padre me lo largó un día, al poco de morir madre. Tenía una cogorza que no se lamía y oí cómo soltaba todo lo que llevaba *adentro* mientras se zampaba una taza de caldo. Resulta que cuando fue a pedirla, su padre, que debía ser más cabestro que los que tenía en las cuadras, pues va y no le sale a la puerta y le dice, como te lo cuento: Si te quieres llevar a esta pendanga con la barriga que *la* has hecho, trae algo, mil pesetas por lo menos, porque en esta casa no se regala nada. Padre se enfurecía al contarlo, *le* estoy viendo. Él no la quería *pa* nada, *pa* nada, que ni guapa era, pero él era un hombre, acostumbrado a partirse la crisma trabajando en las viñas. Y tenía palabra. Tenía, tenía. Por eso no quiso dejarla tirada. No quiso, no. Además, quería al niño y quería que me cagase en su propia casa, o eso me dijo. Y si tenía que apechugar con lo que había hecho, apechugaría, porque tampoco era para dejarla desgraciada como a otras que tal. Pues mira, no pasaron ni tres días después de que el viejo malnacido se lo dijera, padre le tomó la palabra y se le presentó delante del portón con un cordero a la espalda y gritando por él. Salieron todos los del lugar a la plaza y él siguió gritando hasta que el viejo no tuvo más remedio. Asomó, sí, con madre del brazo. Eso me contó. Ella lloraba, pero el *joputa* del padre no la soltaba. Entonces padre le tiró tres mil pesetas a la cara, y posó el cordero delante. De regalo, dijo que había dicho. Y el viejo tuvo que ceder. Luego la cogió y se la llevó con lo puesto y sin que ningún vecino moviera paja, sin mirar atrás. *Asín* fue, según parece. No sé de dónde sacó el dinero ni el cordero, no quiso decírmelo, pero ya no volvieron a pisar aquella casa. Ni

uno ni el otro. A mí me lo tenían prohibido. Antes era *asín*. No sé ahora. Y madre me tuvo ahí, en un lugar que quedó tapado por el embalse de los Peares.

—A madre se la llevó el demonio porque nunca tuvo salud. Ninguna, que estaba de ser. La enterramos sin caja ni nada y luego vino el sotanas aquel de Nogueira a *echarla* el responso. Pagando, claro, que esos cuervos no regalan ni el credo. Ni eso. Y encima avisó con la escopeta en la mano que no nos metiéramos en líos con los maquis, el cachocabrón, que él arreglaba los papeles, y que o salíamos de allí o no volvía a poner los pies en esta selva apartada de Dios. Ni falta que hizo.

—En aquella época esos que dices andaban por aquí escondidos. Andaban, sí, porque en el Cabo do Mundo aunque quieras no das con ellos. Por debajo de la maleza estaba todo lleno de rocas y cuevas, que ni caminos había. Por muchos guardias que vinieran siempre tenían escapatoria, por un lado o por otro. Además, *pa* cruzar el río había que conocerlo, que no era tranquilo como ahora. Y como la nuestra era la única casa de por aquí... A veces llegaba una cuadrilla, a veces aparecían uno a uno, siempre sin avisar. Venían de hacia Chantada, por Pincelo y a Veiga, o por Cartemil, y de hacia Escairón, por la Cova abajo. E incluso de la parte de Ourense, que por allí las pasaban negras con la Guardia Civil. O eso contaban. Padre no es que tuviera mucho trato con ellos. Ni mucho ni poco, pero pagaban por dormir a cubierto y tener algo que llevarse a la boca. Por eso dejamos de rozar los caminos, que era un negocio como otro. *Pa* ir tirando. No eran mala gente, gente normal, a pesar de las armas que traían, que de ahí lo de guerrilleros. Hablaban de

política y de cualquier cosa, también de los trabajos atrasados en las casas e, incluso, de mujeres. Yo procuraba atenderlos bien y tener la boca cerrada, que era lo que mandaba padre. Pero no tenían descanso, nunca se quedaban dos noches seguidas. Preferían comer caliente junto a los conocidos o en las casas de mano, y luego buscarse otro refugio. Andaban de un lado a otro. Por precaución, más que nada, que no se fiaban ni de su madre. Ni de ella. Y hacían bien. A nosotros nos pagaban con dinero de los asaltos o con lo que le quitaban a los amenazados. Tener, tenían, eh. Y dormían en los alpendres que padre les tenía preparados. Luego se marchaban antes de que pintara el día. Vivían con miedo a los guardias y a todo, por eso uno de ellos siempre vigilaba. También hacían salidas *pa* acojonar a los que no pagaban o que denunciaban a amigos. Curas y ricos, la mayor parte. Yo no quería saber nada de ellos, solo les sabía el apodo. Me fijaba mucho en las armas que llevaban, y también en los que mandaban. Un día, un tal Cristo, que andaba a las órdenes del Piloto, pero que venía poco, me preguntó si no quería ser de su partida. Por el chiste, vaya. Negué con la cabeza. Haces bien, chaval, dijo, *me recuerdo* como si fuera ahora, que eres muy joven *pa* pudrirte en el monte. El Cristo ese era rabioso, más que los otros. Si se le metía algo entre los cuernos no paraba... Él me lo dijo y tenía razón. Pero murió al poco, en una emboscada. El que más estaba era el Piloto, que paraba mucho por Sernande, donde tenía conocidos. Pero cuando subió el agua y la aldea desapareció, buscó con los suyos hacia aquí. Paraban por este lado del Cabo do Mundo cuando mejoraba el tiempo, pues la sombra y el agua les prestaba de nabo con *tanta* calor como hacía. Por eso hicimos esta casucha, *pa* que vinieran en verano, que luego resultó bien porque nadie contaba que el agua subiera tanto. El otro lado, el que da al naciente, lo escogían *pa* el invierno, pues si estás parado como ellos estaban al raso, te da la vida. ¡Vaya si da!

»En aquella época era un chiquillo y les hice de recadero dos veces. No me



quedaron ganas porque en una de ellas había una batida por la orilla de la Cova y los guardias me cogieron con la barca en medio del río. Era noche cerrada y me dieron el alto. Estuve por largarme, pero lo pensé mejor y fui. ¿Qué haces por aquí a estas horas, rapaz?, me preguntó uno. Yo era un crío, tendría quince o menos, que por España al parecer andaban en guerra. Pescar, señor, dije. ¡Pescar sin caña, mamón!, gritó un *cachanimal* con el pelo relamido, y me dio tal vareada en las piernas que me dobló. Uno de Escairón que venía con ellos me ayudó: ¡Deja en paz al chico, anda, no ves que por aquí andan a lo suyo *pa* curar el hambre! Entonces me preguntó por la pesca, que dónde la tenía, que no había nada en la barca y... Dije que había ido a armársela a las anguilas y que había tirado todo al escucharlos. Estaba prohibido, pero no se creyó una palabra. Entonces el malnacido soltó la mano y me arreó una hostia. Pero una señora hostia que me movió todos los dientes. Y luego otra. Todo porque no me creía. También gritó algo *asín* como que estaba cansado de patear la ribera, de andar mojado y espinándose en las zarzas *pa* coger a cuatro pelagatos echados al monte, *asín* que... Nada, que quería pagarlas conmigo. Estaba rabioso, que incluso sacó la pistola y me la metió en la boca. Me vi negro *pa* librarme. Menos mal que me ayudaron los otros, que si no... Me fui escarmentado y no quise saber *más nada* de la puta que los parió a todos. Le dije a padre que no llevaría más recados. Y no los llevé. ¡Ca! Lo arregló con ellos. Porque cogí miedo, sabes, sobre todo al ver los cuerpos que bajaban por la superficie del río.

—Conocer, sí, del Pepe el del Mazaira conocía a su mujer. A él también, vaya, pero ella... ella era una hembra que trastornaba a cualquiera. Tenía yo pocos años y ya se me levantaba soñando con sus tetas metidas en la poza del arroyo de Soutomango, ahí abajo, donde la garganta del río gira, o giraba, que

luego ya nada, se perdió. Pero a mí me partió el alma no volver a verla, te juro que no podía dejar de mirar entre las hojas de los sauces por verla *asín*, con aquellas cachas y... Aún ahora, si me descuido. No me importó tanto quedarme sin casa ni brasa. *Me recuerdo* bien que, junto a otras dos babiecas del lugar, llevaba el pan con el chorizo en su cesto, andaba el camino con esa gracia que yo seguía porque tenía mamada cada trocha, cada pasaje que daba a la poza. Y por mucho que miraran a todos lados nunca me vieron. Nunca. En aquella época era muy agudo, agudo como un rayo. Ellas pensaban que nadie se iba a enterar. Pero yo, tan joven como era, tenía hambre de mujeres y cruzaba el río más abajo *pa* luego zapar como un jabalí entre los matorrales. Todo por ella. Por ella. Y al llegar la hora, venga, ropas fuera y todo placer. Las otras se bañaban en bragas, por si las veían. Ella no, que se sacaba todo de salida que andaba. Mirándola *asín* desnuda siempre pensaba en que, si por mí fuera, *la* metía una dentellada y la zampaba entera. ¡Vaya que si la zampaba! ¿Tú nunca has visto un coño *asín*? Te pone la piel más de punta que un endrino por la espalda. Y se reían y chillaban y luego rebrincaban por la hierba de alrededor como cabras libres con las tetas bamboleando. Y hablaban de machos y reían como si tal cosa. Era bonito, aquel tiempo. Era tal. Yo cerraba los ojos y me veía con ellas, como si estuviera metido en medio, sin dejar nunca aquel escondrijo que luego cubrió el agua. Me deshacía, mira tú. ¡Porque ser era guapa, la condenada de la Estrella!

—Si *me recuerdo* de aquel día es porque... porque me dio un beso. Yo era un crío y me lo posó aquí mismo. Como te lo cuento. Y estuve en algo de eso de lo que buscas. Pero no sabía nada de nada de lo que pasaba. Conocía un poco al Mazaira, conocía, por verlo colocando trampas de vez en cuando por la noche. Pero más que nada por ser su marido. Nunca la olvidé. No podría.

Ella... Pero el Pepe no me iba mucho. A lo mejor porque era artero y mandón de más, digo *pa* ser quien era, o por ella, porque la montaba. La verdad es que pegaban, que hacían buena pareja. Los dos eran altos y bien hechos y hacía poco que se habían casado, porque ella estaba preñada. Tampoco me extrañó porque los veía de jodienda todos los domingos en algún recoveco de la ribera, que en vez de ir al baile venían a bañarse y retozar en la orilla del agua, donde no los vieran. Yo sí, porque ya estaba al quite. Él la montaba como un verraco. Y nada, que de tanto meterla por delante y por detrás, ya sabes en qué da. Luego se hicieron con una casa ahí en Mazarelos y vivían de la cantina que abrieron. Y fue un acierto, ya lo creo, con ella detrás del mostrador tenían gente de sobra, que incluso los de Santa Mariña y los de San Martiño que trabajaban las viñas daban una vuelta bien grande *pa* verla después de partirse el lomo en los bancales. Por ella, fíjate bien, venían incluso señoritos de Escairón a mojar el gañote a la cantina y cortejarla, por si tal. Pero ella, era cosa sabida, no tenía ojos más que *pa* el *resabiao* del Pepe, solo *pa* él. En amores es *asín*: Unos florecen y otros se desvanecen. Y como todo lo bueno se acaba, pues...

»Aquel día que te cuento había sido un caso. Cansino de puro bochorno. Y ya por la fresca incluso desde este lado se oían gritos. Y pitadas, sí, lo recuerdo bien, de la camioneta de las herramientas que habían comprado los de la Sociedad que había montado el Pepe con otros labriegos de Fión. No había fiesta, *asín* que algo pasaba, no sabíamos qué. Pasaba, pasaba. Padre decidió ir a averiguar algo, pero no me dejó ir con él. Mientras cruzaba el río hacia la cantina me mandó acarrear la leña que habíamos cortado la víspera *pa* la cocina, *asín* que tuve que fastidiarme y hacer el trabajo si no quería probar el cinturón a la vuelta. Era muy dado a eso, que desde que se había muerto madre no había quien *le* aguantara. Cuando terminé, me zampé un trozo de tocino con un currusco y me fui con la caña al río. Estaba cabreado,

hacía buen día y no tenía nada mejor que hacer que bañarme o andar a las truchas, que de siempre me gustó pelear con su listeza. Aún hoy. Pero en todo aquel día no había vuelto a saber nada ni había oído nada, y tampoco había venido nadie a la orilla. Ni padre, que ya entonces se metía en la tasca y no había manera. Otro día que pasa fuera, fue lo que pensé. Me extrañó, pero estuve toda la tarde junto al agua, que incluso me eché una siesta. Y sucedió que... Aún no había oscurecido del todo cuando vi bajar río abajo una barca, o las tablas que quedaban de ella. Allí venía el Pepe, todo escalabrado, sangrando, casi sin fuerzas de tanto pelear con los rápidos que en aquella época todavía había y con lo que fuera. En cuanto me vio, me gritó *pa* que le ayudara. Fui nadando al medio del río, donde había remolinos y él solo ya no conseguía girar, y *le* llevé a la otra orilla. *Le* llevé, sí. Entonces me contó no sé qué de una partida que había ido a Lugo a partirse los cuernos contra quien sabía más que ellos. Que el ejército al que se enfrentaron tenía poder y armas, y ellos... Ellos nada de nada. Me contó que habían escapado de milagro y que, tras la desbandada, todavía habían sido emboscados por la Guardia civil en Pobra. Él y otros cuantos, al parecer, se habían escapado por los pelos y a toda mecha habían atajado por el monte intentando volver a casa como fuera. A duras penas había llegado a San Vitorio, en Segán, donde había cogido la barca y se había echado río abajo. Todo por no pasar por Escairón. Al parecer había guerra, eso dijo, y era la primera noticia que yo tenía. No entendía nada, pero nada. ¿Guerra entre quién? Pensé si nos habrían invadido, si... Pensé que el Pepe siempre se metía en lo que no venía al caso y *asín* le iba. Pero él, arre el demonio que quería llegar a casa, se moría por ver a su mujer. Porque me lo pidió, le ayudé a subir la cuesta de la Cova, por un caminito que ahora en el principio queda debajo del agua. Cansado como una mula de arrastrarlo, porque, además, como no quería que *le* vieran en la Pena ni en el Lagar, fuimos por el reguero da Lama arriba y rodeamos todas las casas,

hasta llegar a Mazarelos. Allí estaba la Estrella, en la cantina, aguantando a cuatro peneques, entre ellos padre. Allí mismo me dio un beso en la mejilla, en su propio dormitorio, en cuanto lo posé sobre la cama, solo por *devolverla* su marido vivo. Yo creo que se querían uno al otro, tal y como se abrazaron. Después echó a toda aquella gentuza de allí y cerró la puerta y yo me volví *pa* casa cargando con padre.

—Sí, algo sé. Te lo cuento, también, que el río no quiere ni puede. Aquella noche padre estaba como una cuba y *le* metí en la cama a dormirla. No dijo ni mu de lo que pasaba ni por dónde había andado. Solo bufaba, todo enfurruñado. Yo me volví afuera, me senté y miré hacia Mazarelos. Miré, miré. No se veía ni chimenea encendida ni candil, que no era como ahora que hay luces y sabes dónde queda todo. Mil veces pensé en cruzar e ir a preguntar por él, por verla de nuevo. Mozo como era, te lo digo de veras, memoria de ganas de otro beso, por grande que tuviera ya la barriga. Lo demás no me importaba, ni siquiera si el Pepe se curaba o no. Y *asín*, a fuerza de fijarme, vi las luces de los coches por el Pousadoiro abajo. Dos, sí, eran dos. Las vi y enseguida supe que iban por él. Seguro, porque aquella noche había oído zumbiar a las lechuzas como no se oyen nunca. Pararon en la pista de tierra que había y... entonces sonaron varios disparos. Me puse en pie y, ¡la madre que los parió!, no sabía qué hacer. *Asín* pasó el tiempo, pasó, y aquel silencio era como el del infierno. Hasta que vi el fuego. Le habían plantado fuego a la casa, que ardía allá, en la parte alta de la ribera. Sin pensarlo fui por la barca y crucé al otro lado dispuesto a saber qué había sido de ella. Tenía entre los cuernos que... Quería ayudarla, *más nada*. Había luna llena entre algunas nubes y se veía bastante, *asín* que cogí camino, trepando cuanto podía. Fue por casualidad, había parado a descansar un poco, más o menos a

la altura de la Pena, y me di *de cuenta* de que alguien bajaba por el mismo sitio. No me habían visto, tuve suerte, porque traían escopetas y todo. Entonces me agaché a un lado y vi lo que nunca debieron ver mis ojos, algo que nunca he olvidado, que lo recuerdo como si ahora mismo lo tuviera delante. Delante mismo. Dos hombres medio mamados, muchachos más que nada, tirando de un cuerpo destrozado por el camino abajo. ¡Pero con una horca de las del heno, manda carajo, que le clavaban los picos cada vez que se le salía de las carnes! Me espanté como el niño que era. Además, no hacían más que maldecir lo mucho que pesaba y el trabajo que les daba. Supuse que era el Pepe, hablo del muerto, por cuerpo de hombre, pero eso no lo supe hasta más tarde. A escondidas, procurando no tirar las piedras de los muros, los seguí hasta la orilla del río, donde había dejado la barca sin más ni *pa* qué. Los muy cabrones, al verla, se alegraron de tenerla tan a mano y metieron el cuerpo *adentro*. Lo metieron, sí, ¡en mi barca! Luego cogieron una piedra enorme, la amarraron con una soga que traían, la ataron al cuello del muerto y echaron a suertes con espadañas quién iba al medio del río a tirarlo a los rápidos y quién se quedaba en la orilla a vigilar. Los oí discutir en voz baja si aguantaría o no la barca, y también porque uno de ellos no sabía nadar... No sé si tenía miedo o qué, pero después de lo que habían hecho... Al que le tocó subió a la barca y apartó la cabeza del muerto por encima de la borda. Entonces sí, me di *de cuenta* de que era el Pepe, aunque le escurriera la sangre, tuviera los ojos reventados y la boca ocupada con no sé qué que le habían metido *adentro*. Era él, seguro. ¡Qué mal lo pasé en la orilla, a dos cuartas del hombre aquel! Yo era un crío y temblaba como una vara verde solo de pensar en lo que estaba viendo y en lo que me podía costar. Si le hubiera dado por alejarse un poco *pa* mear, en vez de hacerlo como lo hizo junto al agua, si le hubiera dado por venir a bajarse los pantalones o lo que fuera... Y yo no podía moverme, nada. Bastaría con que... Pero fue *asín*. El

hombre pasó todo el tiempo fumando un pitillo tras otro y mirando hacia el río, donde el otro gemía y juraba *pa* deshacerse del fardo con la piedra. Cuando volvió, entre los dos voltearon la barca *pa* que el agua limpiara la sangre. Luego, metidos en el río, se lavaron lo mejor que pudieron. Lo limpiaron todo bien limpio. Todo menos el alma.

—¿Nombres, dices? De nombres *me recuerdo* bien de uno de ellos. Porque hablar entre sí hablaban, discutían, mejor dicho, en voz baja siempre, que aun *asín* no querían que los oyeran. Pero no, no había ningún Serafín. A lo mejor era uno del que decían que se iba a cansar de esperar, porque al parecer los aguardaba arriba. Por eso tenían prisa. Tenían, tenían, que eran bien mandados. Cumplían órdenes, vaya. Y aunque procuraban no llamarse, a uno se le escapó lo de Ramón. Ramón, sí. El que se quedó en la orilla le llamó Ramón al otro. «¡Date prisa, Ramón!», gritó. Y el tal Ramón, jodido como estaba de pelear con la barca *pa* que no diera la vuelta en medio del río, se cagó en todos los santos por llamarlo allí abajo, donde todo se oía.

—Dejé pasar el tiempo antes de ir. Ponte en el caso. ¿Y si asegundaban con más cuerpos, qué? ¿Y si por andar revolviendo me cogían a mí también? Porque si volvían y no encontraban la barca en su sitio, ¡sandiós!, eran capaces de todo, incluso de preguntar y buscarme. Eran, eran. Pero me dio igual. La saqué del agua, la vacié y me eché de nuevo al río. Fui con ella un ciento de metros abajo y la escondí en una represa del mismo lado, entre los sauces. Después atajé por los castaños, salté los muros del Cuñas y, trepando por las piedras, todo arañado de las silvas, pasé el Lagar y la Lama, donde las puertas y las ventanas de las casas estaban todas cerradas. Pero

cerradas, cerradas. Trancadas como si el miedo fuera contagioso. No me extrañó. El demonio andaba suelto aquella noche y era lo mejor que podían hacer. Cuando llegué a Mazarelos, a la cantina, vi los restos de los travesaños a medio arder y el humo. Pero ya no había nadie, ya no quedaba nada, a no ser el olor. Y, desde entonces, nunca más supe de la Estrella. Tampoco de la niña. Pero nunca más. No sé si se la tragó el río, como les pasó al Pepe y a los otros, ni si se la comió la sombra de la noche, ni qué fue lo que *la* hicieron. Si se la llevaron o la mataron, nada se supo. Todo se calló. Yo bajé deprisa, atravesé el río y pasé la jodida noche fregando la barca, *pa* que padre no viera la sangre, *pa* que nadie me acusara de nada, *pa* que... Mira tú que tenía quince años. ¡Quince, *cona!* A esa edad no hay forma de borrar algo *asín*, ¿no crees? Aunque quieras. Amargo como una retama.

Ni siquiera la fetidez de Gumersindo fue capaz de frenar el abrazo que al despedirnos le di, y me entregué a él como si en el Cabo do Mundo dejara atrás a un camarada para ser devorado por las fieras. No era tal, pero tuve esa impresión mientras lo estrechaba y se oía el ruido del agua al golpear los peñascos de la orilla. Pensé entonces que el anciano no lograría sobrevivir en otro lugar, tampoco ser dichoso, porque esta idea o condición parece más bien una palabra vana o el imposible afán con el que los humanos nos engañamos cada día. Además, lo que la supuesta civilización le podía ofrecer no pasaba de cuatro comodidades innecesarias y un arrebatado sentido de la propiedad que él nunca había desarrollado y que, de venírsele encima, con seguridad lo asfixiaría. Entendí así que el pacto de Gumersindo con el Chuchamel, aquella mula parda con la que había tenido el infortunio de encontrarme y que le había arreglado unos papeles que el viejo nunca llegaría a entender, los de la pensión, le solucionaba a su manera esa parte fronteriza.



Y para él era suficiente. Lo demás era un terruño necesario, solitario y duro, sí, pero propio, y en él había que dejarlo dar rienda suelta a sus instintos.

Me eché a andar por la orilla y él se metió en la barca sin gastar conversación. Minutos después, con los pies en los peldaños de piedra que el esfuerzo humano había colocado entre las viñas, me volví para mirar hacia donde el río duerme en una lenta virada y verlo remar en medio de las aguas. Al avistarlo, comprendí que, por mucho que sepas hacia dónde ir, es triste andar por el mundo creyendo que no hay nadie que piensa en ti, nadie que te espera. Y todo porque, realmente, no somos nada sin, por lo menos, un pensamiento amigo. Lo comprendí en aquel instante, pero también en aquel instante fui incapaz de saber si lo pensaba por él o por mí.

En las horas que siguieron, después del revelador relato y a fuerza de repasar bibliografía, débil como me encontraba, ordené mis pensamientos.

Conocido el dato de que en el año 36 los casi cien afiliados de la Falange en la provincia de Lugo, muchos de ellos estratégicamente situados en puestos militares, estaban preparados para un alzamiento que ya les tardaba, me sorprendí al saber que uno de los jefes del triunvirato al mando era de Monforte, y que los miembros de esta zona llegaban a cincuenta. Resultaba, pues, que más de la mitad de los falangistas de la provincia eran de por allí. «¡Vaya nido de ratas que era el sur en aquella época!», pensé entonces. Por otro lado, y puesto que el gobierno republicano del Frente Popular también estaba al tanto de los insistentes rumores de conspiración, constaté que el Ministerio de la Gobernación, a finales de junio de ese mismo año, había dado consignas claras para extremar la vigilancia, insistiendo en «*la necesidad de recogida de armas y continuación de registros en domicilios de fascistas y personas de derechas*». El resultado fue el incremento de las

detenciones de los que montaban bulla y boicoteaban los actos políticos de la izquierda. Pero como entre los dieciséis ingresos en esos días en la prisión de Monforte no figuraba ninguno del Ayuntamiento del Saviñao, concluí que Evaristo Moreiras nunca había llegado a ser detenido, al menos en la lista que ofrecían los historiadores no aparecía su nombre. Pero luego, al revisar una vez más las detenciones en el bando republicano en los primeros días de la contienda, en los que los sublevados imponen su ley y el comandante militar de Lugo dicta órdenes para prender a los vinculados a la República y a las organizaciones sociales y políticas, comprobé que ni en la cárcel provincial de Lugo ni en la de Monforte aparecían nombres propios que me permitieran resolver las dudas sobre los sucesos de Mazarelos.

Leí, eso sí, que el 20 de julio del 36 habían ingresado en la cárcel provincial treinta y ocho vecinos de Monforte, Sarria, Láncara y Sober que habían participado en el intento de liberar la capital, pero entre ellos no figuraba ninguno del municipio de O Saviñao. Y como, según el testimonio de Moure Mariño, aquí se habían formado grupos para ir a la denominada «toma de Lugo», la pregunta era de cajón: ¿habían ido o no a Lugo los del Saviñao? Sí, impongo, pues la misma M.<sup>a</sup> Xesús Souto cuenta, hablando de Monforte, que *«unos 200 hombres armados salen en camiones requisados hacia Lugo, la mayoría serían detenidos a la vuelta, en Puebla de San Julián por la Guardia Civil»*, para seguidamente añadir que por esos hechos los vecinos del Saviñao serían detenidos y procesados —e incluso alguno fusilado— en el posterior consejo de guerra. Y si habían ido, también puedo preguntarme: ¿habían huido a la desbandada *«como gamos»*, tal y como describe el falangista, los habían detenido, como dice la historiadora, o los habían matado allí mismo sin tener en cuenta su identidad? Realmente no tenía manera de saberlo, pues sus nombres no figuraban entre los muertos ni entre los detenidos, pero seguro que había acontecido algo de todo.

En el primero de esos casos —la huida— es donde encajaba el de Pepe. Y para hilar mejor desde el principio: ¿qué había hecho Pepe del Mazaira al saber del Alzamiento? La duda de si había ido a Lugo o, por el contrario, no se había metido en nada y prefirió agachar las orejas en su refugio de Mazarelos estaba resuelta, porque, aunque Gumersindo no me lo hubiera contado, de ningún modo podía imaginarme a ese hombre, casado con la deseada Estrella, abanderado del sindicalismo agrario y siempre metido en líos contra la sociedad religiosa y caciquil, escondido como una rata en momentos tan trascendentes. La clave, en mi opinión, estaba en las palabras de Moure Mariño cuando hablaba de la *«ringlera de coches diversos, todos ellos de carga, repletos de mozos aldeanos»* y toda aquella despreciable descripción que hacía de la marcha hacia Lugo. Entre esa *«jarca de salvajes»* que él describe entre los chicos de las aldeas dispuestos a luchar por la libertad, había, como es lógico, muchas personas no identificadas. Sin embargo, a mí ya no me hacía falta ningún papel para certificar que Pepe estaba entre ellos, ya fuera gritando, ya gesticulando o dirigiendo, pero dispuesto a todo, incluso a morir por la libertad democrática ganada tras años de luchas sociales. Si por los datos que poseía, y vista la imposibilidad de contar con algún testigo más, tenía que sacar una conclusión, solo me quedaba leer la versión del falangista y luego creer el relato que me había ofrecido Gumersindo en el Cabo do Mundo.

Pepe del Mazaira se había subido a una de aquellas camionetas y había ido a Lugo, había participado en la desigual batalla y, tras la consiguiente desbandada, ni había muerto ni había sido detenido allí o en la emboscada de Pobra. Él, y a lo mejor algún otro de aquellos desengañados, aturdido por esos instantes amargos de polvo y demencia, esta vez por astucia o precaución, también con suerte, que de todo hay que tener en esos casos, había logrado huir de la refriega y regresar a casa. Puede que lo hiciera a pie,

a caballo, en coche, en carro o atajando por los montes del Páramo, de Paradela, de Castro de Rei, y entrando en las tierras del Saviñao por Currelos, donde llegar a casa por las trochas que conocía le sería más fácil. Pero resultó que lo que había dejado en su pueblo, Escairón, por la mañana había cambiado tanto y tan rápidamente que por la tarde ya nadie podía reconocerlo, por eso optó por meterse en los rápidos del Miño en una barca, porque una vez conocido el desenlace de la aventura en la capital, conscientes de que el golpe militar había triunfado, con la Guardia Civil, con los falangistas de camisa azul y con los demás fascistas voluntarios incentivados tomando las calles y caminos, en el Saviñao y en toda la comarca «habían dado comienzo las operaciones de limpieza».

De *La represión fascista en la provincia de Lugo (1936-1939)* reproduzco con tristeza: «*Tras el encuentro pormenorizado de los ingresos carcelarios, podemos concluir: 1936 es el año en que la represión fue más dura, debido a detenciones políticas masivas y arbitrarias, sobre todo en el Sur de la provincia (área bajo el dominio de las autoridades monfortinas), donde se constata que algunas eran practicadas por “patrullas de personas” o por Falange, organización a cuyo Jefe local se entregaron algunos detenidos que aparecían muertos al día siguiente.*»

De poco le sirvió a Pepe —un labriego como cualquier otro, que no figura en ninguna parte y que participó en los dos hechos que según la Comandancia Militar eran constitutivos de mayor delito: la requisa de armas y la marcha sobre Lugo del día 20— regresar rápidamente y malherido a casa, donde lo esperaban una hermosa mujer y una hija pequeña, de poco le sirvió no ser detenido ni procesado, y todo porque una sombra funesta en forma de patrulla del amanecer fue de visita a Mazarelos esa misma noche. Daba igual lo que hubiese hecho el día anterior, poco importaba que hubiera amenazado a los derechistas o se hubiese subido a la camioneta, porque esa cuadrilla, y en esto

podía poner la mano en el fuego, tenía otros motivos para ir allí. No les había tocado a él y a los suyos ser paseados por casualidad, les había tocado porque alguien, en carne viva y desde hacía tiempo, llevaba grabado en la mente su nombre y solo esperaba la ocasión oportuna, justo la que había propiciado la, llamémosle así, nueva realidad. Pepe del Mazaira, herido y todo, para defender a su familia, se afanó por llegar a casa, sí, pero cuánto mejor le hubiera sido no haber llegado.

Al final, setenta y tantos años después del cruento suceso, tras la visita de Evaristo, y sedado para soportar el dolor y dormir, solo saqué una conclusión: que hubiese muerto el viejo fascista, hecho que ni a su propio hijo le afectaba, que dejase un buen o mal recuerdo, ¿qué me podía importar? Había constatado que los hombres del sur de la provincia que habían ido a Lugo el día 20 de julio del 36 «no consiguen su objetivo y en los días siguientes se dispersan y son perseguidos por los falangistas y la Guardia Civil», y que esa persecución había llegado hasta la taberna de Mazarelos, frente al Cabo do Mundo, allí donde un avispado muchacho contempla con ojos espantados cómo la vida se retuerce sin remedio con el terror. Y eso era lo único cierto, lo único importante para mis pesquisas. Pero me quedaba por saber, además de si mi padre formaba parte de esa patrulla —hecho al que, por mucho que todos los indicios apuntasen y por simple *in dubio pro reo*, quería resistirme —, qué habían hecho con la mujer y con la hija de Pepe. Si las habían matado —deducción lógica si nadie las había vuelto a ver—, no tenía constancia, pues el Curuxás, al parecer el único testigo de aquel asalto, no había informado sobre ello a su hija, y porque Gumersindo, entonces un muchacho enamorado de un cuerpo garrido que se bañaba en aguas del Miño, y cautivado por un agradecido beso, tampoco había vuelto a saber de ellas.

Así pues, aunque nadie había precisado si sus cuerpos habían ardido con la casa, si formaban parte de otra fosa común o habían alcanzado el fondo del

río con sendas piedras atadas al cuello, estas tres hipótesis —porque la de la vida me resultaba imposible de creer— rondaban más que ninguna otra la que presentía como sangrienta realidad. Y centrado en esta hipótesis, ¿a qué podía echar mano, una vez rastreados los libros y las memorias de los más viejos de la comarca? Únicamente a un nombre, Ramón, como posible camarada de infamias de mi padre. Y puesto que Evaristo Moreiras padre había pasado a mejor vida, a él me agarré.

Tuve que reconocer que doña Carlota tenía razón cuando, al aparecer en la habitación y contemplar mi lamentable estado, observó que parecía tal cual «un santocristo». Pero como no quería perder el tiempo lamentándome por mi aspecto, la apremié con un interrogatorio que la puso en alerta.

—¿Ramón, dices? —soltó—. ¿Y para qué...?

—¡Qué más te da! —respondí.

—¡Qué más me da, no, Carlos; qué más me da, no, que me parece que te estás metiendo en camisas de once varas!

La miré fijamente.

—Don Evaristo —apuntó entonces, como sin querer.

—¿Qué le pasa ahora a don Evaristo? Se murió y lo enterrasteis, ¿no?

—¿Y no tienes nada más que decir?

—Que les aproveche a los gusanos —solté, tal Gumersindo—, nada más.

—No fuiste a su entierro.

—¡Lo que me faltaba! —exclamé—. ¿Tú no tienes la impresión de que en este pueblo, para hacer el paripé, todos os sumáis como corderitos sin memoria a esos actos? ¡Si era un puto cacique, ma!

—Y su hijo, ¿qué?

—¡Otro igual!

—Pues bien amigos que erais de jóvenes, que...

—Éramos, lo has dicho correctamente, éramos —la atajé. Y consideré que esa vía no me llevaría a ningún lado—. Y ahora, ¿de qué camisas de once varas hablas? ¿Qué te ha dicho? Cuenta.

—Cuando me acerqué a darle el pésame, en el velatorio, me llevó aparte para hablar de ti. Me dijo que te había visto en la bodega, que estabas mal. También me contó que habías ido a ver a su padre y...

—No es ningún secreto. Fui para hacerle una pregunta.

—¿Y?

La miré extrañado, como si por una vez dudase del bando en que se encontraba, y más cuando le escucho:

—Creo que te equivocas al mirar atrás, Carlos.

—¿Y hacia dónde crees tú que debería mirar?

—Deberías mirarte a ti, únicamente —dijo, resuelta, quizás regañándome—. Y para eso seguro que no necesitarás espejo.

—¡Venga ya! —se me escapó.

—El camino que has escogido aún hoy está sembrado de odio. De puro odio, no sé si te das cuenta.

—¿Qué te ha dicho? A ver.

—Nada nuevo, pero...

—Entonces tú sabías algo más, ¿no es así?

—¡No lo sabía! —protestó, incómoda—. Ya te he dicho que tu padre era una tumba y yo nunca conseguí que hablara. Aunque es cierto que yo quería saber, parecía que apostaba se lo tragaba todo para no salpicar a otros. Era como..., como si quisiera protegernos a todos de ese mal. Siempre tuve esa impresión. Pero ahora...

—¡Ahora viene el cabestro de Evaristo y, el mismo día del entierro, quiere preservar inmaculada la memoria de su padre! —exclamé, quizás

teatralmente—. ¡Lo que faltaba! Pues si te vuelve a coger aparte, para que le quede muy clarito, dile que tu hijo anda revolviendo en el pasado sin importarle quien salga pringado. A mí, cuando murió Serafín, me dolió en las entrañas lo que dijeron de él. Pues a él, ahora que la ha palmado el viejo, también le dolerá saber las animaladas que seguramente hizo o mandó hacer, si es que no las sabe ya y quiere ocultarlas, porque de los tejemanejes que todos por aquí contáis me consta que estaba muy al tanto, pues calcó las maneras de zorro de su padre.

—No hables así de un vecino que tanto bien ha hecho.

—¿Que tanto bien ha hecho? ¡Lo que hay que oír! ¿Pero en qué mundo vives, ma, con qué ojos miras las cosas?

—Con los de la experiencia, hijo, con esos, que prefieren mirar hacia delante. Y, créeme, no te servirá de nada ir hacia atrás, a no ser que tengas otros motivos que...

—¿Es lo que te ha dicho? ¿Te ha preguntado por mis motivos?

—Sí.

—¿Y qué le has dicho?

—¿Y qué le iba a decir? ¿Tienes algún motivo para hacer lo que haces, Carlos? Si lo tienes, yo no lo sé.

Contemplé de nuevo su rostro. Con la mirada desconcertada, parecía esperar una respuesta, pero solo pregunté:

—¿Es posible que le hayas contado lo que te dije?

—Sabes que no.

—A estas alturas sé muy pocas cosas, ma, muy pocas, pero si tuviera que poner la mano en el fuego por alguien que no me iba a fallar, la pondría por ti —confesé—. Por ti y por nadie más.

Entonces doña Carlota se acercó un poco más y me abrazó. Sentí su calor sin ánimo como buscando refugio, pero ni me moví. En ese instante preferí



no mirar si había lágrimas en sus mejillas. No quería debilidades, solo una oportuna información. Por eso, al tiempo que pensaba que ni los Moreiras ni el mundo entero me importaban, para nada, que yo no tenía más que un motivo para hacer lo que hacía, le dije al separarla:

—Háblame de ese tal Ramón, anda.

—Por aquí no queda más que uno con ese nombre, y muy acabadito: Pallares —descubrió por fin—. Pero él y Serafín, desde que yo recuerdo, no tenían ningún tipo de relación. No sé por qué ni quién tuvo la culpa de que dos buenos amigos, porque al parecer de jóvenes lo eran, rompieran para siempre. El caso es que, aun siendo de la quinta de tu padre, o algo más joven, ni siquiera le fue al entierro. Me dio el pésame dos días después y porque coincidimos en la puerta de la farmacia y no tuvo escapatoria. Recuerdo que estuve a punto de preguntárselo, pero ya no merecía la pena, con esa mirada atravesada que...

—Conozco esa cara. ¿Qué sabes de él?

—Lo que todo el mundo. Dicen que salió de Bouzuás para servir, y luego se metió en una casa de alquiler del propio alcalde, pues siempre estaba a su disposición, en la finca o donde le mandaba. Para eso servía, porque los de esa parte de abajo son todos muy duros, que incluso se decía de ellos que pasaban el día con un cacho de tocino. Y Ramón siempre ha tenido fama de atrevido, con lo que fuera, que no sé ni cómo a una mala bestia como él le ha podido salir una monada de hija como la que tiene. Y luego ya ves tú quien se fue a fijar en ella.

Quería reprimir el pensamiento, pero no lo conseguía. No lo conseguía porque desde la conversación con mi madre la mente galopaba con fiereza a lomos de la sospecha. Si Ramón de Pallares había sido el falangista que había

arrojado el cuerpo de Pepe el del Mazaira al río Miño, si él y mi padre habían sido tan amigos de jóvenes como mi madre había oído, y si, además, los dos estaban en la cuadrilla de don Evaristo Moreiras, aunque en el aire o improvisadamente, todas las piezas parecían encajar. Y era así porque en aquella visita al sanatorio el iris del anciano, ahora difunto, había centelleado con solo nombrarle a Estrella, y eso para mí era más que una prueba, era una constatación.

Rumiando en la oscuridad, sin conseguir pegar ojo, cada vez más seguro de unos hechos ignominiosos que ni los historiadores o escrutadores de aquella funesta época habían sido capaces de anotar, dudé si seguir o no indagando por mi cuenta para certificar lo que casi era de cajón: Serafín había sido uno de ellos, puede que el que esperó en la orilla, o el que se quedó arriba y se ocupó de las mujeres. Pero no, ¡no!, clamaba enseguida algo dentro de mí, en desacuerdo con la deducción. Entonces, porque me resistía a atribuirle tamaña crueldad sin verificarla, me impuse que no podía dejar ningún cabo suelto y opté, olvidando un tanto mi enfermedad, por afrontar la única vía que me quedaba, aquella que me traía de vuelta a un triste camino sentimental: hablar con Pallares, el supuesto falangista y, a la vez, padre de Ana.

Después de dos parrafeos previos con otros tantos conocidos del lugar — por lo visto no tan viejos como para retener en la memoria los hechos de la contienda, pero muy convencidos de la bondad del régimen anterior, en el que habían sido educados, y de su posterior secuela fraguista—, parrafeos en los que me zafé como pude de las explicaciones sobre mi salud y el interés por el anciano y dejé que, delante de un café con leche, desbarrasen cuanto su

agudeza quisiera arrear, ya no me quedaron dudas sobre la personalidad y andanzas de aquel arisco vecino.

Por mucho que su limitada educación y rudas maneras rayasen en lo más vulgar y ladino, desde que Ramón se había ido de la aldea para trabajar a jornal por Escairón, «toda la vida la ha pasado al rabo de don Evaristo», informaron, de ahí que su proceder —no así el de su mujer, la bondadosa señora Amalia, y el de su propia hija, marcados por la independencia que parecía darles la profesión de costurera de la primera— había tenido siempre un ímprobo denominador común: servir al poderoso. ¿Y quién sino Moreiras poseía ese estatus en la zona? Ante tan manifiesta sumisión, y ya que no había existido ninguna otra persona con ese nombre y con esa edad próxima a don Evaristo, mi mente, aguzada por lo escuchado, no veía más salida que considerar a ese inquebrantable sicario en la sombra que Ramón de Pallares representaba como el único testigo vivo que había participado en la «hazaña» de Mazarelos bajo las órdenes del difunto alcalde. Él tenía que ser el desalmado al que, desfavorecido por la rifa con las espadañas, le había tocado en suerte deshacerse del cuerpo de Pepe el del Mazaira desde la barca de Gumersindo en el Cabo do Mundo.

Por fin había dado, o eso creía, con el camino.

Con todo, pensé en cómo se puede abordar a un hombre caduco —«andaré por los noventa, si no los tiene ya», me habían dicho— y pedirle que te hable de su crueldad, de sus propias vergüenzas. ¿De qué manera acercarse a un vecino con el que apenas tienes trato para preguntarle si formó o no parte de la miserable patrulla del amanecer que aquel día, justo al inicio de la guerra, y en aquel preciso lugar de Mazarelos, sembró la barbarie? ¿Cuál es la forma adecuada o menos deshonrosa de entrarle a un falangista ignorante y sin ideales, reclutado en un agujero inmundo como es el pantano de Bouzuás, para que revele si tu padre lo acompañaba y, al tiempo, para que te recuerde

lo sucedido en aquella taberna ribereña sin que la infamia le coma las entrañas?

Como si intuyese que lo que estaba por venir era todavía más penoso, hice tiempo hablando con la mujer que se ocupaba de atenderlo, una tal Cándida. Ella me advirtió que el viejo era «además de un bruto, cizañero de tres pares de narices» y que, de no ser por su hija, «que tercia las veces que haga falta», por nada del mundo seguiría en su casa.

—Pero de cabeza, ¿qué tal? —pregunté.

—¡Le rige perfectamente! —exclamó ella—. ¡Mejor que a mí, si me descuido! Lo que pasa es que cuando se le mete algo dentro no hay dios que lo encarrile, que yo ya prefiero dejarlo que bufe hasta que se aburra. Sin ir más lejos, ayer, después de darle su medicación, ¡arre el demonio que tenía que tomar una pastilla más, que la médica se lo mandaba y que tal y qué sé yo! Y así dale que dale toda la mañana, eh, que la tomó conmigo y si me descuido me olvido hasta de la comida. ¡Tómela y a ver si revienta, coño! ¡Tómela ya! Menos mal que pagan de puta madre, que si no...

—¿Y cuál es la mejor hora para pillarlo en casa?

—Cualquiera, que siempre anda enredando con sus cachivaches en el cobertizo. ¡Ay, no, miento, cualquiera menos la de *Luar*,<sup>[4]</sup> que el Gayoso para él es Dios en la Tierra!

La tarde, pintada de rojo fuego en el horizonte por algún incendio próximo, ya se escapaba cuando me armé de valor y fui. Fui y entré por la cancela, me acerqué a la puerta entornada, que llevaba a una especie de taller de tablas dispuestas en vertical, y allí estaba, mucho más frágil y encorvado de lo que recordaba la última vez que lo había visto, hacía ya casi treinta años, vestido con su mandilón azul y gritando «¡Nena, nena!!!» con la voz aguardentosa y

ronca de un hombre prematuramente avejentado. Entonces recordé que en esas ocasiones a Ana siempre se le escapaba un sumiso «¡Ya voy!» que ponía fin a la dicha de seguir a su lado, feliz por el instante anterior y apesadumbrado porque su casa no estuviera a una interminable distancia para poder acompañarla eternamente. Recordé también que, por entonces y sin otra alternativa, ya lo aborrecía.

—Señor Ramón...

Se volvió y me miró con extrañeza.

—Soy el hijo de Serafín —anuncié.

Entonces él, con un formón en una mano y un pequeño martillo en la otra, me observó con una mirada tarda y sin norte, de esas que, por indiferencia o intención, nunca sabes cómo interpretar. Pero no dijo nada, prefirió aplicarse de nuevo a la tarea de reparar lo que parecía un artilugio acústico para espantar a los pájaros de los cerezos de su finca, mientras yo dudaba qué hacer o qué decir. Y así, sin mediar gesto amistoso y tras las banales preguntas sobre la salud o qué tal le iba la vida o cuánto tiempo llevamos sin vernos, a las que él, entre martillazo y martillazo, prestó escasa atención, preguntó, secamente:

—¿Qué es lo que quieres?

—Señor Ramón —pronuncié, procurando medir las palabras—, ¿por qué dejó de hablarse con mi padre, si de jóvenes eran tan amigos?

No dio ni palabra.

—Mire, señor Ramón, sé lo que pasó aquella noche del 36 en la taberna de Mazarelos —ametrallé, confieso que sin poder contenerme—. Lo sé y quiero saber qué fue de toda la familia Mazaira y qué tuvo que ver mi padre en eso.

El viejo, como si el cerebro procesase con lentitud cuanto de ácido portaba cada interrogativa, en un principio se quedó paralizado, con la boca entreabierta y la mirada perdida, pero enseguida reaccionó dándole un

violento manotazo al aparato en el que trabajaba y tirando el martillo contra un lado.

—¡Me cago hasta en la puta madre de Dios, hijo de perra! —Eso mismo o algo por el estilo bramó, fuera de sí, hipando, encendido con la rabia y moviéndose hacia mí al tiempo que me amenazaba con el formón—. ¡Fuera de mi casa, cabrón! ¡Fuera, si no quieres que te parta el alma!

Me aparté lo más rápido que pude de su alcance y cerré al salir para protegerme de su cólera. Aunque en un primer momento pensé en echarme a correr, decidí que huir no me serviría de nada, y más cuando me di cuenta de que el viejo ni siquiera había abierto la puerta para perseguirme, sino que se había quedado dentro, encerrado con su arrebato y destrozando ruidosamente cuanto lo rodeaba. Pero entre la confusión de chapas y cristales rotos que desde fuera oí, percibí también un doloroso gemir de animal herido. Por eso, una vez pasados los instantes más virulentos, en los que supuse que se había quedado sin fuerzas o que se había mitigado el dolor provocado por aquel aguijón del pasado, me fui acercando con cuidado y, a través del cristal astillado, adiviné su silueta parada en medio del taller y resollé como un niño que, después de cometer una trastada, temeroso y esperanzado a la vez, se esconde para esperar las consecuencias.

¿Qué estaría pasando por la mente de aquel hombre, una vez rememorada la infamia, tantos años después? ¿Sería capaz de reconocerla y hablarme de ella o..., o bien, qué? ¿Podrían las cicatrices de su vida, de las que quizás yo solo le había mostrado una pequeña parte, abrirse de nuevo para escarnecer el presente, o acaso sería el pedernal de su gastado corazón de falangista represor quien, tras contener el furibundo ímpetu, le dictase el camino? No podía saberlo. Lo supe cuando, después de tragar la saliva que con la ansiedad se me había atragantado, oí un sollozo. Y enseguida vino otro más fuerte, y otro más, acompañados de una especie de lamento que me decidió a

empujar la puerta para, entre trastos desperdigados por el suelo, dar con una visión que me estremeció: Ramón, arrodillado ya, postrado como un saco sin fuerzas, lloraba amargamente mientras con el formón se afanaba en cortarse las venas de la muñeca.

Tras desarmarlo, entre sangre y gemidos, entre convulsiones y lágrimas que se mezclaban con enérgicos improperios, primero dirigidos a mi persona y después hacia él mismo y la madre que lo parió, contuve como pude la hemorragia con unos trapos y un cordel que por allí encontré. Después llamé a la puerta de los vecinos y, entre todos, y ya en silencio, lo sacamos fuera para que, finalmente, dos chicos de Protección Civil muy dispuestos lo metiesen en una ambulancia y se fueran pitando en aquel anochecer rojizo hacia el hospital de Monforte. Luego, con el alboroto que se montó en la misma calle y sin dar más explicaciones de mi presencia que una mera casualidad, caminé hacia la casa de mi madre mientras escuchaba resonar por dentro, mezclado con los insultos, más que con los gritos, las compungidas súplicas del viejo instándome a que lo dejase en paz.

Aunque comprendía su abatimiento, por mucho que le supusiera un lógico e insondable dolor por lo vivido —para la culpa, ahora lo sé, nunca hay remedio—, aquella voz interior entrecortada seguía golpeando mi pensamiento, tanto que, tirado en un sofá cualquiera y dándole vueltas a todo lo que estaba sucediendo, me resultó imposible descansar, y todo porque, suponía yo, aquel intento de suicidio venía a ser la definitiva constatación de lo sucedido en Mazarelos.

Fue así como, dado que era poco o casi nada lo que sabía de la vida de Serafín anterior a su boda con mi madre, reparé en el olvidado aparador del salón donde se guardaba la documentación de la familia. Recordando que yo

nunca había revisado unos papeles que doña Carlota siempre había tenido de su mano, me puse en pie y, después de coger la llave en la mesa del escritorio, este vulgar ladrón que ejercía en el que siempre había sido su hogar y que, alevosamente, aprovechaba un descuido o la soledad de las habitaciones, se presentó ante aquella cerradura sintiendo una especial tensión dentro del pecho, la que provocaba la esperanza de encontrar algún secreto más escondido entre el polvo del tiempo.

A pesar de que los dobleces lo dificultaban, leí con ansiedad el penoso documento —mecanografiado en tinta roja con cuño y rúbrica final— que encontré en una carpeta de estropeadas tapas de cartón y que transcribo literal:

Don, Rubén Cardeñosa González, comandante de Artillería Jefe del 5º Grupo de Obuses del 149 12 de la Reserva General de Artillería

CERTIFICO: Que que el Artillero segundo de la Plana Mayor de este Grupode mi mando, SERAFIN PEREIRO VARELA, ha tomado parte en todas las operacones en la s que ha tomado parte el Grupo desde su incorporacion al mismo, que son las siguientes.

Por el frente de Aragón (Sector de Badules) en las operaciones del día 9 de Marzo del año 1.938, siguiendo el a vance por Villar de los Navarros, Santa Cruz de Noguera, Moyuela, Moneda Albalate del Arzobispo, Andorra, y Calanda.

Por el frente de Teruel, (Sector de Montalban) Montalban, Utrillas, y valdeconojos, Sector de Corbalan siguiendo el a vance por el Puerto de Escandon, Puebla de Valverde, Sarrion y Manzanera, y de este ultimo punto a la Batalla del Ebro por [...], Villalva de los Arcos, Corbera, [...] de caballa, Sierra de Pondolls, Pinell, y Mora de Ebro.

Por el frente de Cataluña (Sector de Tremp) por la Ca mpaneta por Balaguer, Artesa del Segre, Cervera, ma nrresa, Hasta Vich descansando en Barcelona.

Por el frente de Toledo, rutura del mismo el dia 27 de Marz o del presente año, siendo esta la ultima operacion q ue tomo parte por haberse derrumbado el frente enemigo.



En todas las operaciones en que tomo parte, a pesar de su maltrecha pierna por haber combatido anteriormente con arrojo en el Tercio, demostro valor y a morir al servicio.

Y para que conste a todos sus efectos firmo el presente en Arganda del Rey (Madrid) a diez de Junio de mil novecientos treinta y nueve. Año de la victoria.

En la parte de atrás del mismo escrito aparecía, además de los cuños de la expendeduría en el Saviñao de la Compañía arrendataria de tabacos — acompañados de otras tantas fechas de racionamiento de cuarterones de picadura de los años 39 a 41 entre las que se leía «*1er Ración el 21 del 7 de 1939*»—, una nota a lápiz un tanto borrosa que indicaba el procedimiento para tramitar la pensión de mutilado de guerra e inscribirse entre los «*excombatientes en el infortunio*», expresión que, de entrada, consideré retorcida.

Me detuve a continuación en un recibo de pago del «*Cura-Ecónomo de San Salvador de Vilasante, perteneciente al arciprestado de Monforte y encargado de la parroquia*». En él se declaraba, además de los curas que habían oficiado en el entierro del padre de Serafín, mi abuelo Carlos, el coste de cada derecho, entre ellos el parroquial, la misa de ánimas, el acompañamiento del cadáver, el sacristán, el toque de campanas y el responso de año (*Peccantem*), en total 403 pesetas de diciembre de 1939. Pero ya no hallé más documentos de interés.

Sorprendido de que, entre todos aquellos papeles que doña Carlota conservaba en cajas de galletas, únicamente dos mencionaran algo de la vida y ocupaciones de mi padre, pasé a revisar la carpeta con las escrituras de propiedad y las últimas voluntades. Así fue como encontré, amarillento, el testamento otorgado por Serafín a favor de mi madre. Ya que había perdido las esperanzas de dar con algo mejor, me paré un rato con él.

Autorizada la escritura por «*don Norberto Irigoyen Santesteban, Notario*

*del Ilustre Colegio Notarial de La Coruña, con residencia en Monforte», quien proclamaba que a su juicio el compareciente «tiene capacidad legal bastante para otorgar su última voluntad, que expresa con voz clara y yo Notario redacto de esta forma», en principio nada parecía extraño, pues, aparte de la confusa redacción en la que se anotaban los familiares y se enumeraban los bienes y las propiedades que se legaban, yo no tenía la más mínima intención de valorar las decisiones tomadas tiempo atrás, por mucho que se tratase de la herencia de mi propia familia. Quizás por eso, y porque no deseaba que mi madre me pillase revolviendo, fui saltando párrafos hasta llegar al final. Y estaba a punto de guardarlo con los demás escritos, cuando, tal vez intuitivamente, volví atrás y leí, en la tercera página, que el legado de todos los bienes de Serafín iba a parar «a favor de la niña Carlota, a la que apellidaremos Pereiro por figurar sin apellidos, hija de padres desconocidos, por lo que consta en documentación adjunta, recogida hasta la fecha en el Servicio de Auxilio Social en la ciudad de Lugo, y una vez que la menor cumpla la mayoría de edad».*

Me quedé atónito con el descubrimiento. Para asegurarme, busqué en la portada la fecha de redacción y comprobé que figuraba, nada menos, ¡el 30 de diciembre de 1939! ¡Resulta que mi padre había testado a favor de mi madre cuando ella aún era una niña de solo cuatro años!

Enseguida volví a la fecha del recibo del cura, donde se precisaba que el padre de Serafín había fallecido «el 23 de diciembre del año en curso», el mismo 1939, y, después de cotejar los tres documentos en los que aparecía mi padre, concluí sin dificultad que él, al poco de regresar de la guerra, seguramente en junio del 39, cojo para toda la vida a causa de una herida cuando servía en el *Tercio* —el temido *Tercio* del Legionario o la infantería donde, como penitencia y casi a la fuerza, según había leído, enviaban a morir a los supuestos «rojos» arrepentidos que quedaban en el territorio

conquistado por los rebeldes o «nacionales»—, pero sirviendo en Artillería el resto de la contienda, cogió su primer cuarterón de racionamiento de tabaco en julio, enterró a su padre en diciembre y, antes de que acabara el año y al ser hijo único, redactó un testamento en el que dejaba cuanto tenía a una niña de cuatro años que había sido recogida por el Auxilio Social, organismo de ayuda a los muchos necesitados creado en los inicios de la guerra, atendido en exclusiva por mujeres y del que yo ya sabía algo por la bibliografía que me había llevado a la bodega.

No encontré más documentos —creo que ni los busqué—, pero tampoco los necesitaba porque a partir de ese momento me embargó una extraña sensación, la de que el pasado familiar me había sido ocultado, y adrede.

Es cierto que hasta ese momento yo no había sentido esa inquietud. Mi madre siempre me había contado que había nacido en 1935 en Lugo —en su partida de nacimiento, que yo mismo había utilizado en alguna ocasión por motivos oficiales, en verdad figuraba esa ciudad— y que su tía, la supuesta tía con la que se crio —a la que también había visto alguna vez con ella, muy juntas las dos en una foto en sepia pegada en el álbum familiar y que enseguida busqué—, había fallecido al poco tiempo de casarse Carlota, muy joven, por cierto, con dieciséis años —o sea, en 1951—, con el único hombre que había habido en su vida, esto dicho por ella, Serafín Pereiro Varela, con quien tuvo un hijo en el año 60 —o sea, yo— y de quien enviudó después de cincuenta años de convivencia, en el año 2001.

Pero... ¿era esa su historia? ¿Es que no había más? Y el resto de su pasado, ¿qué? ¿No lo tenía o no lo quería descubrir? ¿Qué secretos escondía doña Carlota a propósito de ella y de su marido? Después de dejar todo bien colocado, me senté en el sofá con la fotografía y, asediado por una sinuosa sospecha, esperé su regreso.

Doña Carlota, ataviada con un chándal azulado y unas zapatillas deportivas que utilizaba para andar con el grupo de mujeres que en el pueblo se habían decidido a llevar una vida saludable, no tardó en llegar. Además de por los kilómetros, venía sofocada por lo sucedido al viejo Pallares y tras saber que su hijo había estado, digámoslo así, implicado.

—Ya me dirás qué hacías tú...

—No —la atajé, serio, observándola—. Ya me dirás tú cómo con cuatro años fuiste la heredera de Serafín y ya me dirás por qué nunca hemos sabido nada de tu familia. Ya me dirás, si es que quieres decírmelo, vaya, quién eres realmente.

Mi madre se quedó parada en medio de la estancia, pero no se descompuso ni palideció ni se le vio intención de iniciar una escena dramática. Por suerte no es de esas. Solo humedeció los labios —no sé si dispuesta a hablar o por ganar tiempo para salir del enredo— y se sentó en el sofá.

—Sí, he estado revisando tus papeles —confesé—. Soy culpable de ese asalto y siento no haberte avisado antes. Pero resulta que, buscando noticias de tu marido, voy y encuentro que tú...

—¿Yo qué? ¿Qué has encontrado de mí que no supieras ya? —protestó o alegó—. ¿Que tu padre testó a mi favor cuando yo era una niña? ¿Y me vas a acusar de eso, cuando ni yo lo sabía? Tenía cuatro años, vivía con dificultades con la tía en Lugo y...

Entonces le enseñé la fotografía y la posé sobre la mesita de madera, al tiempo que dije:

—Esa tía, ¿quién era y por qué vivías con ella?

—Le llamaba tía, pero realmente era tía de tu padre, por parte de madre —aclaró, mientras yo fruncía el ceño—. Anuncia, se llamaba. Si te has fijado verías que su nombre también figura en algún testamento viejo.

—No, no me he fijado tanto. Sigue —indiqué—, por favor.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Todo. De ella, de ti y de antes de nacer yo.

—Anuncia había ido muy joven a servir a Lugo —reveló, cogiendo la foto y mirándola con un asomo de ternura—. Era de una aldea próxima a Vilasante, de una familia con muchas bocas que mantener y pocas tierras que trabajar, allá en los inicios del siglo pasado. Y como tampoco hacía mucho en casa, pues lo que menos le gustaba era la vida de labradora, además de llevarse mal con los suyos, al parecer se fue o la mandaron a la capital. Y allí estuvo toda la vida, célibe y sin gracia para coger marido, trabajando de criada en varias casas a la vez. Pero que no te extrañe, eh, porque en aquella época era muy normal lo de marchar a servir. Luego, cuando llegó la guerra, ayudó en lo que pudo a las señoras, y señoritas, vaya, a todas las de familia bien que se metían en el Auxilio para hacer beneficencia. Allí, entre otras cosas, se recogía a los niños abandonados en aquel tiempo de hambre y dolor que trajo la guerra. Y desde un local que tenían alquilado, las jefas gestionaban el destino de los muchos huérfanos que por todas partes aparecían. Pero eran realmente las criadas, o las amas de casa normales, las que realizaban los trabajos duros, eso una vez que dejaban arreglada su propia casa o aquella para la que trabajaban, que para eso se vivía, para trabajar. Era lo que había, lo que tocaba. Lo que más le gustaba a Anuncia era hacer la comida, el rancho, que me acuerdo perfectamente de aquellas ollas al fuego que había que revolver una y otra vez. Tenía muy buena mano para la cocina. Y también le gustaba coger en brazos y darles mimos a las criaturas más perdidas que allí estaban, esas de las que ni se sabía si los padres habían muerto en la guerra, si las habían abandonado o si... ¡Pues yo fui una de esas criaturas, hijo! —suspiró—. Que yo recuerde nunca conocí a mis padres, ni a familia alguna que no fuera la tía Anuncia y los niños y niñas que allí nos juntábamos. Tampoco nunca nadie me ha hablado de ellos, pues ya

entenderás que de las desgracias es mejor no dar cuenta a los más inocentes. Si lo piensas bien, puestos en el caso, ¿para qué necesitas saber si tus padres se han muerto o te han dejado tirado en mitad del invierno? ¿Para qué iba a servir que nos dijeran si los habían fusilado, si éramos hijos de cualquier desgraciado que no nos quería o si nos habían tenido por equivocación? Una pena, ya ves. Había guerra, y entonces todo se justificaba con eso. Los papeles de la documentación me los hicieron como se los hicieron a todos los que allí estábamos, una buena tropa, por cierto. Y todos éramos hijos de padres incógnitos o desconocidos, lo que nos daba igual, porque si lo miras bien lo único realmente importante en aquel momento era tener donde quedarnos y un trozo de pan que llevarse a la boca. Y esa es la historia de muchos niños como yo que, al final, se colocaron en familias de la zona. No sé ni cómo, pero yo me quedé con la tía Anuncia. Mejor dicho, se quedó ella conmigo. Desde que recuerdo. Puede que se encaprichara de mí, que eso contaba ella, pero me dijo que había hablado con la señora de la casa en la que trabajaba y que la había convencido para poder tenerme, y aun así, lo que la tía Anuncia no podía hacer era descuidar las tareas que le daban de comer. Al parecer tuvo que firmar unos papeles que había comprometiéndose a cuidar y proteger a quien se le entregara como si fuese su propio hijo. Y así fue. Incluso sin marido, me consiguió como en custodia y viví con ella desde el comienzo de la guerra hasta que me vine para aquí y me casé.

—A los dieciséis años.

—En aquella época era normal que las mujeres se casaran muy jóvenes.

—Entonces..., ¿cómo conociste a Serafín? ¿Tú lo querías o...?

—No fue un matrimonio amañado, como seguramente estás pensando. No. Serafín me llevaba casi veinte años, pero... Mejor te cuento. Aquella década de los cuarenta, la de mi niñez, fueron años duros, mucho, pues que yo recuerde todo era hambre y miseria, por el racionamiento y la falta de todo,

sobre todo en una ciudad en la que no tienes un pequeño huerto que trabajar y para una criada con una criatura a su cargo que no da más que trabajos. Yo jugaba, porque un niño siempre encuentra con qué divertirse, pero se pasaba mal. Visto desde ahora, creo que todo era triste. Ya sé que a ti te cuesta entenderlo, pero no hay comparación con tu infancia, y mucho menos con la de los chicos de hoy. Y si conseguí salir adelante fue gracias a ella, porque siempre guardaba para mí el mejor bocado, la golosina que a escondidas se llevaba de casa de su ama o, si tenía que pasar sin comer, a mí nunca me dejaba sin cena. Nunca. Porque la tía Anuncia... Ella... Perdona, perdona hijo. Se me saltan las lágrimas solo de pensar en ella y... si me acuerdo... no era nada de ella, me había recogido como quien dice para salvarme la vida, y aun así me criaba y me daba cuanto tenía. Vivíamos las dos en una vieja casa alquilada de una barriada llena de fango y sin aceras, fuera de la muralla, donde todo era infortunio y penuria. Las paredes estaban mal encaladas y en el invierno el frío las traspasaba porque el suelo era de tierra y no había ni leña, así que pasábamos la noche acurrucadas debajo de varias mantas, una aprovechando el calor de la otra. Eso cuando no me llevaba con ella a la casa donde trabajaba y me metía en la despensa para que no me vieran. Allí se estaba de maravilla: hacía calor. ¡Y sentaba tan bien después de las noches frías! Ella hacía de madre y de compañera a la vez. ¡Porque tía Anuncia fue mi madre, puedo decirlo bien alto, la única madre que he conocido! Y Serafín...

»Serafín venía a vernos siempre que podía, a Lugo, desde aquí, porque Anuncia había perdido la relación con todos los suyos menos con él. Ya te he dicho que se llevaban mal y no quería saber nada de la aldea ni de los cazurros aquellos, como ella los llamaba siempre. Por eso no regresó nunca. Y él, cuando venía a Lugo, siempre llegaba por la mañana temprano en el coche de línea y nos traía algo: castañas, patatas... No sé si incluso le daría

dinero. Conmigo era amable y cariñoso, no como un padre, pues siempre guardaba esa distancia que daba el verlo cinco o seis veces al año, una vez al mes como mucho, pero... Yo lo admiraba, desde niña lo tenía subido a un altar y... Fue entonces cuando ella empezó a ponerse mal. Era frágil y había pasado tantas penalidades y tantos trabajos que no tenía manera de reponerse. Recuerdo perfectamente lo mal que empezó aquel año cincuenta, cuando la echaron de la casa en la que había estado los últimos diez años porque ya no podía con todo el trabajo. No podía, no. Y también cuando, ya muy débil, buscaba empleo llamando en las puertas, ofreciéndose, trabajando por horas en lo que fuera. Cuando incluso se tuvo que poner en una esquina a pedir. Pedir para mí, Carlos, para que yo siguiera asistiendo a una especie de clases que daba un señor muy maniático que había allí cerca, en un bajo del mismo barrio, y que se paseaba por el cuarto con una vara de mimbre en la mano. Yo, como los demás que allí nos juntábamos, que ya sabían que ella pedía, tenía una vergüenza de... Si yo te contara. Pero ella, que ya estaba en los huesos, que huía de los que sabía delatores para que no le aplicaran la ley aquella de vagos y maleantes, volvía contenta con unas miserables monedas, y con ellas y su buen hacer entre las cazuelas íbamos arreglando lo de la comida, para mantenernos. ¡Te digo que era una vida tan simple y difícil que llegué a pensar que nunca saldríamos de ella! Y al principio no le contó nada de nuestra situación a Serafín. Muy al contrario, me pidió que siguiéramos manteniendo las apariencias para... ¡Qué sé yo para qué! Tendría miedo de que nos abandonara el único amigo que todavía teníamos o... Y cuando ya casi no se tenía, cuando un día ni consiguió ponerse en pie, la tía Anuncia me pidió que me casara con él. Así, sin más. Acababa de cumplir los dieciséis y... Como si esperara que los cumpliera para entregarme a él, como si resistiera en esta vida solo para eso, me lo pidió. Ella. Yo no entendía nada. Además, ¿cómo un hombre como él, hecho y derecho, aunque cojera, iba a



querer a una poca cosa como yo? Entonces me mandó... Llamé por teléfono aquí, a Escairón, con las últimas monedas que nos quedaban y dejé recado de que viniera en el coche de línea al día siguiente, que era muy urgente. Y vino. Lo fui a esperar a la parada. Bajó el primero, me sonrió y se abrazó a mí de tal manera que... Puede que fueran aquellos fuertes brazos rodeándome, la protección que me transmitieron, mi indefensión... Todo se juntó. Creo que fue ahí donde me enamoré de él. Entre la sorpresa por lo que la tía me había pedido y la imaginación que no había dejado de rumiar toda la noche, verlo allí y abrazarnos así, fue... No puedo decir que hubiera un flechazo, ni mucho menos que la nuestra fuera una gran historia de amor, pero desde ese instante sentí que lo quería como puede querer cualquier mujer. Y para siempre.

—Es una bonita historia —comenté.

—No lo es —impuso. Y prosiguió, más serena—: El resto ya se deduce fácilmente. Serafín me trajo aquí, arregló los papeles con el cura y en el Ayuntamiento y nos casamos enseguida. No hubo ni luna de miel ni nada, porque en aquella época entre los pobres tampoco se llegaba a eso. En cuanto a la tía Anuncia, él no quiso que fuera a verla a una especie de sanatorio donde la internó porque daba mucha pena por la tisis. No tardó en morir. Como insistí, me llevó al entierro, en el que solo estábamos los dos y un cura viejo rezando responsos. Después vinieron unos hombres, cogieron su caja delante de nosotros, la metieron en un nicho común, todavía de ladrillo, le pusieron una tapa y una chapa de metal con el nombre grabado y... eso es todo.

—Fue muy duro, supongo.

—Supones bien, pero vidas así hubo para dar y tomar. Y mucho peores también. Cuando volvía en autobús para la que sería mi casa, después de enterrarla, Serafín me contó que la tía le había dicho que se moría tranquila

por saber que, por fin, yo estaba con él. Era su última voluntad: que él se encargara de mí.

Después del relato y de revelarme que Serafín, al poco de casarse, había quemado muchos papeles —asuntos viejos sin importancia y que al parecer le recordaban el pasado, había dicho—, mi madre me invitó a cenar. No acepté, más que nada por evitarle verme delante y no saber disimular la pesadumbre, y me fui con un insulso sabor de boca hacia mi refugio en la ribera, pues, tras los últimos descubrimientos, la noche se convertía en un pozo oscuro en el que, sin remedio, me sumergía y para el que no veía otra salida que la antorcha del viejo falangista. Si la mantenía encendida no tardaría en descubrir lo sucedido, pues inmediatamente se llegó a la bodega un todoterreno de la Guardia Civil con dos elementos encargados de custodiarme hasta el cuartel de Escairón para prestar declaración *«con la finalidad de esclarecer lo acontecido en casa de don Ramón Expósito Vázquez, vecino de esta localidad»*, leyó uno de ellos. A continuación, serio, me entregó la citación.

Mientras viajaba en los asientos traseros, en silencio, pensé que la vida de las personas es un constante e irremediable ir y venir de un lado para otro. Pensé que quizás en ese trasiego no importa tanto en qué andes metido, adónde te lleven o el lugar que ocupes en la sociedad, mucho menos si te reconocen lo hecho, si lo has hecho bien o mal o si era eso lo que habías pensado que iba a ser de ti o pretendías conseguir. Pensé que lo que realmente importa es estar ocupado en algo que de verdad te llene. Pensé en eso, simplemente.

Mi actitud fue en todo momento de colaboración, y solo mentí al declarar que había ido a ver a Ramón para visitar a un viejo conocido, al que había encontrado en el suelo intentando, como fuese, aseguré, quitarse la vida. Lo demás se lo conté tal y como había sucedido.

—¿Y por qué cree usted que lo hizo? —preguntó el guardia, ejerciendo de burócrata-psicólogo, como si quisiera tener un sincero receso conmigo.

—No lo sé —respondí—. La vida puede ser muy jodida, aunque no lo parezca.

Entonces se quedó mirándome con ojos de auténtico pez muerto, como si la evidencia que yo manifestaba lo hubiese desarmado. Enseguida se recuperó para volver a los hechos y, mientras le hablaba, con una tranquilidad que incluso me sorprendió, golpeaba con dos dedos en el teclado del ordenador. Solo recuerdo que, de vez en cuando, justo al final de cada idea que yo apuntaba, él levantaba la vista hacia la pantalla para releer, como en un rezo y por lo bajo, lo que había anotado, o bien me miraba de reajo con gestos caninos, y digo esto no porque fuera impresión mía, sino porque la comisura derecha se le subía repetida y desmesuradamente hasta cerca del ojo en un extraño rictus de recelo. De ahí concluí que tampoco se creía excesivamente mis palabras.

Al final, después de fastidiarme salpicando el interrogatorio con fútiles cuestiones sobre mi ascendencia y las relaciones que todavía mantenía con el pueblo, el guardia me leyó la declaración, tan insustancial y aséptica que como relato merecía la pena tirarlo a la basura. Luego la imprimió, me ofreció el papel y un bolígrafo y me dijo que firmara si estaba de acuerdo. Extrañado de que ahí se acabase todo, lo hice con indiferencia, me puse en pie y pregunté si podía irme. Él, desde la silla, asintió, indolente, mientras metía el folio en una carpeta. Ya en la puerta, pensando que si el viejo

hubiera consumado el suicidio habría perdido el único eslabón que me conectaba con el pasado, me volví.

—Usted dirá —dijo.

—¿Ha muerto?

El guardia, insinuando una malvada sonrisa, negó con la cabeza mientras cogía el teléfono y pulsaba una tecla. Sin quererlo, al tiempo que escuchaba cómo decía refiriéndose a mí: «Ya sale», me inundó una rara satisfacción, no por entender que quizás aún podría contar con Ramón de Pallares para mi búsqueda, sino por algo así como una aportación a su sentir, a su padecer, a ese sentimiento de culpa que el viejo falangista seguro que había mantenido oculto toda la vida y que ahora, inútilmente, había querido borrar con aquel intento.

Si después del interrogatorio fui una marioneta de dos guardias desganados, qué voy a decir de la nada considerada pareja —el hijo del Fandelo y su escudero, Luciano, que por lo visto todavía lucía el mismo atrevido moco en uno de los orificios de la nariz— a la que, por decirlo así, me entregaron. Ellos me acompañarían, ahora por las buenas o por las malas, advirtieron, al despacho de quien quería verme.

Evaristo, con camisa blanca y el nudo de la corbata un tanto desajustado, con la mirada aviesa y el gesto impositivo, posó el vaso mediado de licor que tenía en las manos al lado de la botella de Jack Daniel's y los mandó salir y esperar órdenes. Luego, con una amabilidad tan fingida que nada tenía que ver con él, me invitó a sentar. Lo hice, más por el cansancio acumulado que por obedecer, y lo miré como se mira un incordio, incluso un tanto desafiante.

—¿Te das cuenta de la que estás armando? —preguntó, sin preámbulos,

con las manos en la cintura. Entendí que me estaba acusando, pero fruncí el ceño para aparentar ignorancia—. ¿Pero cómo? —dramatizó entonces, enfático—, ¿cómo, después de lo que has hecho, tienes los reverendos cojones de negar lo evidente?

Luego no perdió la oportunidad de preguntarme o preguntarse dónde tenía yo la cabeza o el pensamiento, pues al parecer cualquiera con un mínimo uso de razón se daría cuenta de que lo mío era una auténtica pasada. Primero iba a... Entonces se detuvo un momento, a tomar aire y beber un trago, y enseguida continuó con la recriminación que seguramente resumía mis faltas:

—Primero vas a ver a mi padre, que tenía restringidas las visitas, totalmente de tapadillo, y... No hará falta que te recuerde cómo acabó la cosa, ¿verdad? Y después de huir y esconderte unos días de todo lo que se te podía venir encima, vuelves a aparecer para ir a ver a mi suegro, que tenía una salud de hierro y... Ya ves el resultado: a las puertas de la muerte está. Si lo que quieres es asediar a mi familia, o a mí, vas de culo, Charly, pero de puto culo, ¡esto como me llamo Evaristo! Y si te he hecho traer hasta aquí, ha sido para avisarte bien avisado, porque parece que la otra vez, una de dos, o no fui bastante claro o no quisiste entenderlo. Tienes un muerto a las espaldas y otro en el hospital, así que...

Entonces no me pude contener y le corté el discurso:

—Creo que te olvidas de otra visita.

—¡No me olvido de nada! —gritó—, ¡pero de nada en absoluto! Por eso quiero que sepas que lo que estás haciendo es delito, y que, si me hartas mucho, además de incriminarte te meto un puro que te cagas.

—Ya sé, porque te conozco bien, que diga lo que diga no me vas a creer — dije sin inmutarme, intuyendo que mi serenidad era una bofetada en su ego —, pero puedo asegurarte que, hasta ahora, no he cometido ningún delito, ninguno. Y para tu intranquilidad añadiré que tampoco tengo pensado

cometerlo. Eso sí, nada quita que intentes otro atropello de esos a los que tanto tú como tu padre os habéis acostumbrado desde siempre. Pero también te digo que tengas mucho ojo con lo que haces, Evaristo, porque, incluso aquí, todo se sabe.

Sorprendido de mi propia respuesta y a pesar del sopor que ya en aquel momento sentía, me callé para escuchar la réplica, que tardó un rato, lo justo como para observarme y, apretando los dientes, culminar muy lentamente la amenaza:

—¡Si me hartas mucho, Charly, si me hartaras tanto que ya no pudiera soportarlo, ten por seguro que pondré las cosas en su sitio y, allá donde te escondas, te juro que iré a por ti!

—A estas alturas —repliqué, sin sus excesos—, ya deberías haberte dado cuenta, estoy de vuelta de toda justicia, de la divina, de la humana, e incluso de la tuya, que me resulta patética.

—¡Tú lo que eres es un presuntuoso de mierda! —gritó, fuera de sí—, ¡un puto presuntuoso retorcido intelectual de mierda! ¡Eres de esa clase de gente que no hace más que fastidiar y poner pegas a lo que hacen los demás, de esa clase de la que estamos tan hartos en este país!

—¿Hablas de las personas que compras o amenazas a diario o...?

—¡Hablo de ti, exclusivamente! —me atajó—. Y porque se trata de mi familia, solo te lo preguntaré una vez: a ver, ¿qué es lo que les haces o qué es lo que les dices para...?

Como si se diese cuenta de que la pregunta volvía a las mismas cuestiones, no la terminó, agarró el vaso de whisky y lo vació de un desmedido trago.

—¿Por qué piensas tú que lo hago? —le pregunté entonces.

—¡Para joderme! ¡Simplemente para joderme! —gritó—. Porque... ¿no me dirás ahora que lo tuyo es ir por ahí matando gente conocida?

—Lamento contradecirte, pero no hago eso. Ni por asomo.

—De una forma u otra vas acabando con ella, lo que viene a ser lo mismo —sostuvo, y yo, incluso con la cabeza, negué—. Pues entonces ya me dirás qué hostias haces por aquí —explotó, salpicando saliva llena de licor—. A ver ya, ¿qué puta hostia haces para que desde que aparecieras no tenga más que problemas en todas partes?

—Todos tenemos problemas, Evaristo —observé, con sosiego, capciosamente tal vez, suponiendo lo que podía estar pasando en su matrimonio y consciente de que mi tono lo importunaba—, y cada uno carga con lo que le toca.

En lugar de la alteración definitiva que esperaba provocar con mis palabras contenidas, con las verdades a medias, Evaristo optó por volverse y mirar por la ventana hacia la plaza que ya amarilleaba por la luz de las farolas. Entonces, grave, reprimiendo el genio, habló con amargura:

—Vete. Si no me vas a contar nada, vete. Y no quiero volver a saber nada más de ti. ¡Pero nada más, mira bien lo que te digo! Esta es la última que te paso, porque si te cruzas de nuevo en mi camino, por muy amigos que hayamos sido, por mucha consideración o respeto o confianza o como quieras llamarle a lo que nos tenemos, ¡te juro que te vas a arrepentir de haber nacido y de enfrentarte otra vez a mí! —descubrió al fin—. Y ya me conoces.

Observé su espalda, de hombros aún modelados y poderosos, me levanté y no supe callarme. Así, como si me dejase llevar por dar una última cuchillada, le pregunté:

—Es por Ana, ¿verdad? Todo por ella.

—¡Fuera! —gritó entonces, comprendí que por no responder—. ¡Sal de mi vista de una puta vez!

Lo que sentí al abandonar el despacho no era felicidad, no, porque sé con

certeza que ese estado representa la fatuidad más humana e impensante. Se trataba de un raro gozo interior que se mezclaba con el dolor, con la enfermedad, con el mismo latido vital al que me agarraba con las escasas fuerzas de las que en ese instante disponía. Y todo porque aquella simple pregunta final no había obtenido respuesta, porque nuestra contienda no iba más allá de la mujer deseada por los dos —con la que él se quedó después de una torpeza en la que yo había caído como un pardillo sin cerebro—, y también porque mi imaginación, agudizada por el grito con el que había querido silenciar su pesar, ya se había hecho ilusiones y no había manera de atajarla. Por eso me pregunté: ¿sería capaz mi insignificante búsqueda de incomodar o trastornar la aparentemente asentada vida de Evaristo Moreiras hijo? Puede que sí.

No tuve mucho tiempo para meditaciones porque, en una calle desierta de aquella oscura noche, aparecieron por una esquina sus secuaces y, después de olisquearme como haría cualquier bestia malintencionada, yo quieto como un pajarillo, mientras el más gordo me agarraba los brazos por detrás con sus poderosas zarpas, el otro me echó la mano derecha al rostro y apretó hasta llegar incluso a meterme sus gruesos dedos en las cuencas de los ojos. Me sentí una marioneta indefensa que espera lo peor, exactamente igual que con el Chuchamel.

—Sabemos que le estás complicando la vida al amo, ¡mamón! —bramó el más viejo, con la boca a tan escasos centímetros de mi nariz que sentí su repulsivo aliento encebollado mezclado con alcohol—. Y no lo vamos a consentir. Te juro por mi puta madre que si no dejas de husmear por aquí, si no te vas hoy mismo...

Entonces echó la otra mano a mi entrepierna y atrapó cuanto pudo o encontró entre las tenazas de sus dedos. Luego apretó con la saña que se



reflejaba en su rostro y, mientras me saltaban las lágrimas con el dolor, terminó lo que había empezado, apretando los dientes y observándome:

—Si no te marchas, te corto los huevos y te los meto en la boca para que te los tragues sin masticar, ¡zarrapastroso de mierda! ¿Has entendido?

Tan intenso era el dolor que solo podía gemir.

—¿Has entendido? —repitió, apretando todavía más lo apresado.

Pero mi voz no emitió más que un tímido siseo con el que el hombre no pareció conformarse, por eso repitió la pregunta al tiempo que exprimía todo lo que podía.

—Sss, sss, sssí —logré emitir entre sollozos, por librarme del tormento.

—Así me gusta, ¡sarnoso! Y de esto ni una palabra. Pero a nadie, si no quieres que te...

—¡Viene un coche! —alertó entonces el llamado Luciano.

Me soltaron a un tiempo y caí al suelo como un saco inerte. Después de revolverlos ruidosamente en la boca, me dejaron sendos gargajos, uno de ellos estampado contra la cabeza y, como ángeles castigadores no sabía bien de qué pecado, los dos becerros aquellos se marcharon rápidamente por donde habían venido.

Una vez que el conductor del automóvil pasó sin verme, o sin querer parar, nadie apareció para ofrecerme su ayuda. Nadie. Y creo que, antes de ponerme en pie, lo que logré a duras penas, permanecí tirado en la acera durante minutos. Largos minutos. Fue entonces cuando me sentí solo. Solo y como abandonado. Al pairo en un pueblo que era el mío. El mío porque en él había nacido y me había criado, pero que en ese instante parecía ajeno. Ajeno e indigno. Luego, después de beber en una fuente que echaba agua por todos lados menos por el herrumbroso caño, mientras intentaba reponerme en un banco de la plaza, con un dolor en los testículos que parecía prolongarse indefinidamente y con el temor instalado en el centro mismo del

pensamiento, recuerdo que cerré los ojos. Cerré los ojos y pensé. Maltrecho. Dolorido. Pensé en ceder. Abandonar la búsqueda. Y todo porque unos amedrentadores. Jodidos ellos. Al parecer actuando por mandato de su amo. Se habían empeñado en mandarme un aviso.

Sumido en aquel trance estaba, cuando, justo al despegar los párpados, apareció delante de mí un taxi blanco con la puerta trasera abierta. Al volante observé a un esmirriado individuo de edad indefinida, barba rala y llamativa camisa floreada que parecía esperarme. De entrada no lo reconocí, hecho que valoré como prioritario, pues de ningún modo quería complicarme con rancias relaciones de la infancia. Entre eso y lo mal que me encontraba, me levanté y, como pude, entré, cerré, le indiqué adónde iba y partimos sin demora hacia la bodega de mi padre, aquel incierto territorio de retirada que últimamente me protegía o al que me estaba acostumbrando. Pero no habíamos llegado ni a la mitad del recorrido cuando, tras valorar que nada lograría refugiándome allí, cambié de opinión y le pedí que se dirigiese hacia el hospital de Monforte.

—¿Así que va a ver al viejo, jefe? —preguntó, tan por sorpresa y entrometidamente que lo miré con acritud.

Opté por callar y no perder la calma. Me dije, y no por excusarlo, que los de ese oficio llevan una vida tan ociosa que no encuentran otro modo de pasar el tiempo que estar al tanto y darle vueltas a cuanto chismorreó circula alrededor de la parada. Y ya no pronunciamos otra palabra hasta que, cuando un automóvil nos adelantó en línea continua, volvió a hablar:

—Unos tienen más prisa que otros, ¿no le parece?

—Sí —solté, como si el subconsciente tuviera a bien cumplir con el trámite de dar respuesta a cualquier tontería.

Y ahí me compliqué, porque, una vez restablecido el contacto, el interfecto aprovechó la oportunidad para meter baza de nuevo:

—No se acuerda de mí, ¿verdad? No sabe quién soy.

—Ni idea —respondí secamente.

—Pues yo de usted sí, jefe —repitió el infame y vulgar apelativo—, que soy de una quinta anterior y...

—Mira, amigo, ni soy jefe de nada ni tengo ganas de aguantar tus historias —le solté, realmente disgustado—. Sí, necesitaba un taxi que me trajera hasta aquí. Te ha tocado a ti y listo. Así que cierra la boca y haz tu trabajo lo mejor que puedas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo —concedió—. A veces soy un auténtico bocazas y no hay manera.

Y ya no volvió a abrir la boca durante los minutos que necesitamos para divisar el edificio hospitalario. Pero al detenernos, cuando en el asiento de atrás saqué la billetera para pagar, él se volvió y «¡Ca!», exclamó, rechazando mi dinero con la mano abierta y negando con la cabeza. Luego, como si no estuviese conforme con sus propias intervenciones, como si necesitase hacer un último esfuerzo antes de perder definitivamente la tensa relación que habíamos mantenido, el hombre declaró, ante mi estupor:

—A esta invita la casa. Pero permítame decirle, ya sé que quizás para acabar de cagarla, permítame decirle que se ande con pies de plomo. El viejo este al que viene a ver toda su vida ha sido un malnacido de mucho cuidado, y mucho más cuando era joven y trabajaba para quien trabajaba, que... Le digo esto porque parece que anda indagando sobre los años de la guerra, y yo puedo...

—¿Cómo sabes tú lo que...? —intenté preguntar.

—Es lo que se dice, jefe, que Escairón tampoco es Manhattan como para no saber de qué pie cojea cada uno.

—Ya —admití, con la mano sobre la manilla de la puerta. Pero enseguida piqué—: Pues tú dirás qué puedes ofrecerme.

—Yo, que desde luego no soy novelista ni nada que se le parezca, pero que he corrido suficiente mundo como para saber lo que se maneja en él, tengo alma de detective —reveló, y lo hizo con tal naturalidad y convencimiento que a mí no me quedó más remedio que sonreír. Sonreír, sí, sonreír como ya llevaba tiempo sin hacerlo. Y enseguida me di cuenta de que aquella opinión, o empeño transcendente (por lo del alma, entiéndase), actuó en mí como un bálsamo semejante al de los emplastos que Gumersindo me había aplicado en la convalecencia del Cabo do Mundo. Por eso le di cancha, por eso escuché cuanto de repente quiso largar—: Puede reírse lo que quiera, puede, pero no necesito escribir novelas para controlar ciertas historias de algunos zorros viejos que vagan por los andurriales del Saviñao. A buen entendedor... Y al parecer todo me viene de mi abuela, que en paz descanse. Sea cosa de familia o no, tampoco es que me encante masticar y luego comerme las palabras. Ella, que era una correveidile de tres pares de narices, lo reconozco, me habló mucho del tema de después de la guerra, así que algo sé.

—Ya será menos —desprecié.

—Póngame a prueba.

—Eres muy joven —objeté enseguida—. Ni siquiera habías nacido cuando...

—Pero a lo mejor conozco a quien sí había nacido —replicó, empeñado en el trato—. Y, si no, para buscarlo tenga por seguro que no me quedaré cruzado de brazos, aunque haya que mirar debajo de las piedras. Si supiera las cosas que los aldeanos me han contado, de esas que todavía no se han perdido del todo, pero que están a un tris de hacerlo, seguramente lo pensaría mejor antes de despreciar mi ayuda. Por lo menos dejaría de andar rascándose los huevos, que diría mi tío, disculpando, por donde no merece la pena, y se

fijaría más en lo que tiene delante, o sea, en mí y en la bicoca que le estoy ofreciendo: nada menos que contratar en exclusiva al mejor sabueso del Saviñao, que además tiene otro punto a su favor, es taxista.

Puedo asegurar que me quedé como transpuesto ante tal argumentación, pero en menos de un segundo y como un relámpago de clarividencia, me pasó por la cabeza el penoso estado y la debilidad con la que iba a enfrentar los próximos días, también los tropiezos y las averiguaciones que había hecho y las dificultades con las que seguramente aún me iba a encontrar, incluso para conducir, para llegar a donde quería en aquella postrera búsqueda.

—¡Que me estoy ofreciendo, joder! —insistió él, observándome como si en aquella mirada le fuese cuanta porfía se puede poner en un embate. Y añadió—: Y con dedicación exclusiva, pues liberado de los hijos y de la cornamenta que me puso mi segunda mujer, y digo esto para mostrar todas las cartas, no tengo otros compromisos que atender. Ahora que, allá usted, jefe, aun alegando que me encantaría coger el curre, tampoco quiero que se haga de rogar. Como al parecer tiene prisa y no se para a reflexionar, por mí puede bajarse cuando quiera del coche y perderme de vista para ir a escuchar las trolas de la desmemoria de ese lameculos de los Moreiras que siempre ha sido el Pallares. Eso si le dejan. Pero no tenga miedo, antes o después todo cabezón se encarrila o coge la directa.

Justo cuando se calló, yo mismo, asombrado por su locuacidad, sin pensarlo más, cerré el trato:

—Quedas contratado, entonces, como taxista y como detective privado. Pero, ojo, a mi disposición las veinticuatro horas del día.

—¡Así se habla, hombre! —exclamó él, con euforia, agitando los puños y apretando los dientes tal un deportista que alcanzase la meta soñada.

—En cuanto al salario... —quise concretar, no porque me importase, pues

seguramente disponía de más dinero por segundo de mi escasa vida futura que un millonario para su larga jubilación, sino para que en la relación laboral que iniciábamos el empleado tuviese claro, digámoslo así, el móvil de subsistencia. Pero él ni me dejó.

—Los emolumentos —apuntó altivamente, y el término me confirmó que no estaba delante de ningún ignorante, sino todo lo contrario— son lo de menos. Si le parece los discutiremos más tarde y ante un Abadía da Cova,<sup>[5]</sup> pues ahora lo primero es siempre lo primero.

Recuerdo que estuve de acuerdo. Solo añadí que, antes de mover pieza juntos, debía intentar hablar de nuevo con Pallares, y le ordené que me esperara. Desde su asiento, y ya ejerciendo su consciente tarea, indicó, mientras me bajaba:

—Cubículo tercero del postoperatorio. Pero con esas pintas y a esta hora, si quiere colarse, arréglese un poco, échele jeta y métase por urgencias.

Después de cerrar la puerta me quedé como pensativo al lado del coche. De aquella sorprendente conversación solo podía deducir que, o el tipo aquel era un ocioso que lo único que pretendía era implicarse en cualquier cosa con tal de alegrar su penosa existencia, o bien estaba delante del inspirado fabulador de raíz popular que necesitaba para subirme la moral, lo que tampoco era malo. Con ánimo de certificar lo que intuía, me di la vuelta y, posando mi mano en el antebrazo que sobresalía por la ventanilla, le pregunté cómo se llamaba.

—A veces el nombre no les hace justicia a las personas —alegó—, pero pongamos que me llamo Pepe, alias Reina.

—Dime una cosa, Reina, ¿cómo sabes, realmente —y recalqué el adverbio—, lo que estoy buscando?

—¿Y cómo voy a saber lo que está buscando si es cosa suya? —dijo, con tanta franqueza que me sentí imbécil por lo que creyera intuición.

—Entonces, ¿por qué te ofreces a...?

—Digamos que me tengo fe —justificó—. Y después de lo que se cuenta de usted, si hay alguien que quiere y puede llevarlo y traerlo por esos caminos sin dios, ese soy yo; si hay alguien que conoce gente mayor y legal en cantidad, lo tiene delante, y si encima soy de confianza, tengo tiempo y resultado barato, ¿qué mejor negocio que enredarse conmigo?

«También es verdad», pensé.

Seguí su consejo y entré por urgencias. Me adecenté un poco en un lavabo y, después de evitar celadores y enfermeras por los pasillos del hospital, cuando por fin había dado con la puerta del local, un mastodóntico guarda uniformado me sorprendió saliendo de dentro, me agarró por un brazo, me apartó a un lado y, en tono impositivo, pronunció la filosófica y turbadora pregunta:

—¿Qué, amigo?

Me quedé donde me puso y con la mirada apunté hacia donde suponía que estaba Pallares, pero él rechazó mi pretensión negando con la cabeza.

—Solo quiero hablar con él —pedí.

—Pues saliva que se ahorra —me soltó, seco—, que no son horas.

Aunque intenté reponerme y protestar, el hombre me cogió por el cuello y, atenazado por la férrea mano, mientras un sudor repentino me cubría la frente, de nuevo me sentí indefenso ante otra fuerza bruta de las muchas que, al parecer, frecuentan este violento mundo.

—¿Quién es usted? A ver, identifíquese —impuso.

—Soy... —dudé, pensando que, si le daba mi nombre, con seguridad me iba a complicar con Evaristo—. Soy...

—¿Quién, a ver?

—¡Se trata de don Carlos! —oí que declaraba una arrojada voz—, ¡el doctor don Carlos Maraños!

El guarda, sin soltarme ni aflojar la presión, se volvió conmigo como colgado de una percha y observó al final del pasillo al escuálido pero resuelto individuo que, en bata blanca y con una carpeta bajo el brazo, avanzaba decididamente hacia nosotros y que no era otro que mi taxista y, ya, detective favorito, Reina.

—Para ser más exacto en la respuesta y resolver todas sus dudas le diré que se trata del doctor Carlos Manuel del Fontao y Rodríguez Maraños —prosiguió hablando—, especialista en postoperatorio y restauración de tendones y articulaciones de la Clínica Barraquer de Barcelona. Un auténtico fenómeno de la medicina con el que tengo la honra de compartir amistad, que amablemente colabora conmigo en este complicado caso por petición expresa de los familiares, y que usted, con su actitud impresentable, está a punto de asfixiar. ¡Suéltelo ya, hombre! —ordenó, enérgico—. ¿O es que quiere partirle las cervicales, pedazo de animal?

Sentí un alivio que iba más allá de lo físico cuando el aludido, de inmediato, me liberó y preguntó, con reservas, procurando no meter la pata:

—¿Y quién... quién es usted, si puede saberse?

Reina, ya frente a él, observando sin inmutarse a aquel ridículo hombrecillo en el que de repente se había convertido el enorme guarda, se llevó la mano al pecho y, con el índice apuntando la cartera del bolsillo en el que se recogían bolígrafos de varios colores y en la que figuraba el nombre de un tal doctor Martínez Coutado bordado con hilo azul, pronunció impositivo:

—¿Es que no sabe leer, o qué?

El hombre miró, supongo que leyó, y asintió.

—Pero la pregunta clave no es quién soy yo —le soltó Reina, asediándolo



con el tono y con el índice de la mano derecha taxativamente subiendo y bajando en el aire—, sino quién es usted y qué hace un guarda jurado de una empresa privada diferente de la oficialmente contratada en un hospital de la Seguridad Social, en el cubículo de un paciente operado hoy mismo por mí y amenazando a un especialista que viene expresamente desde fuera para realizar una revisión y colaborar con el cuadro médico en su recuperación. A ver. Mientras piensa la respuesta, que ya puede ser convincente, doctor Marañís —prosiguió encarándome—, quisiera pedirle mis más sinceras disculpas por este indigno e injustificado trato, que tenga por seguro que no se volverá a repetir, y que, si toma la decisión de presentar una denuncia por la responsabilidad de unos hechos que dejan a este hospital por los suelos, no tenga la menor duda de que mi declaración a su favor pondrá las cosas claras y a cada uno en su sitio. ¿Qué me dice?

—No se preocupe —acerté a decir, recomponiéndome y sin fuerzas para remedar tanta retórica junta—, sería un malentendido.

—Seguramente. Ahora que, si aun así cree más oportuna una denuncia a la empresa... —insistió.

—No será necesario. No es nada grave —indiqué.

—Está bien —impuso Reina, volviéndose hacia el hombre, que pareció respirar—, pero yo en su lugar, y por si acaso cambia de parecer, empezaría por pedir disculpas al doctor Marañís y le estaría muy agradecido por la comprensión con la que tal eminencia asume estos, en mi opinión, penosos hechos. Piense, y piense con la cabeza, que desde ahora su puesto de trabajo pende de un hilo, amiguito, así que... Proceda, por favor.

El guarda, que no parecía preparado para tal ejercicio de diplomacia, se atragantó con la saliva de la primera sílaba, por eso Reina intervino enseguida, mirándonos alternativamente:

—Como a este operario no se le ve ni mucha ni poca disposición, y ya que

tenemos prisa, demos el incidente por zanjado, si le parece bien, doctor Marañís.

—Sí, sí, está bien —acaté, contando con eso.

Pero el taxista, metido en un extraño estribillo argumental y como si gozase, continuó reprendiendo al guarda:

—Por su bien, esperamos que no se repita tal proceder. Aunque en este hospital somos respetuosos con los sindicatos y con su actividad profesional, sea cual sea, y por supuesto con las personas, ocupen el puesto que ocupen, no estamos dispuestos a transigir con conductas que se aparten de un comportamiento racional o que traspasen los límites de nuestra normativa, incluso no me extrañaría que superasen los de la empresa a la que presta sus servicios. No sé si me entiende o si me he explicado suficientemente —el aludido, indeciso, completamente sometido por la verborrea, asintió. Y Reina que no callaba—: Y ahora responda a mis preguntas. ¿Cómo se llama?

—Avelino.

—¿Quién le ha ordenado vigilar esta puerta, Avelino?

—Mi jefe.

—Pero Sefir Sociedad Limitada —Reina, me percaté, lo había leído en el uniforme del guarda—, no es una empresa que se ocupe de la seguridad del hospital. ¿Por qué está aquí?

—Porque alguien nos ha contratado.

—Ya. No va a ser por deporte o por vicio. ¿Y cuál es exactamente su misión?

—Custodiar a este enfermo.

—¿Y nada más?

—Y no dejar pasar a nadie que no sea... —El guarda dudó.

—¿Que no sea qué? —apretó Pepe—. ¡Vamos!

—Que no sea el yerno del viejo o su mujer.

—Dirá mejor la hija del paciente y su marido, que hay prioridades.

—Sí, señor, eso mismo.

—Y el equipo médico que lo atiende, ¿qué? ¿Es que nosotros no contamos?

—No me han hablado de...

—¡Mira tú que listo! —le espetó Pepe—. Y si el paciente tiene una recaída o entra en crisis, ¿qué hará?, ¿sacar una pistola y pegarle dos tiros para aliviarlo definitivamente o qué? Puede que usted y su jefe piensen que con aplicarle un boca a boca o un masaje cardíaco como el que aprendieron a dar en un cursillo de primeros auxilios llega. ¡No sea animal, hombre! ¿Quiere hacer el tonto y cargar con la responsabilidad de una vida, por poco que le quede al viejo? —El hombre torció el gesto y reuló, totalmente abrumado—. Muy bien, Avelino. Te trataré de tú, mejor, que eres muy joven y supongo que en el futuro tendremos otros contactos más felices que este. Ten en cuenta que si no te pido el número de identificación y los apellidos es porque pareces buena persona y porque tampoco tengo dudas de que has hecho lo que has hecho por puro celo profesional, pero para otra vez sé más prudente y piensa un poco antes de ponerte a la faena y cruzar esa raya tan basta que se estimula desde las salas de musculación de los gimnasios donde os meten. Y como diagnóstico a tu problema te recomiendo que por lo menos la próxima vez respire hondo y cuentes hasta diez antes de ponerle la mano encima a nadie. ¿De acuerdo? —El hombre asintió—. Y ahora ve a dar una vuelta y tomar el fresco. Nosotros procuraremos pasar esta triste página de tu currículo mientras revisamos las coordenadas del postoperatorio del paciente, lo que nos llevará su tiempo, no vayas a pensar.

Aún con la boca abierta, totalmente asombrado por la excelsa labia de mi fichaje, entré en la habitación precediendo al de la bata blanca mientras el tal Avelino se iba para algo así como lamer las heridas de aquel encontronazo.

No fue posible hablarle porque Ramón de Pallares, amarrado con correas, quizás para no repetir el intento, conectado a una máquina y entubado para reponer plasma sanguíneo, aparecía sedado y con las constantes vitales muy debilitadas en un monitor verdoso. Pero una vez constatado que estaba vivo y que no parecía que «el mal bicho» —en definición de mi colega— «la vaya a palmar de un día para otro», tomamos la decisión de marcharnos. Visto lo visto, era preferible dejarlo recuperarse y regresar en otro momento más adecuado, pues corríamos el riesgo de perder el estatus en el que la trola tramada por Reina nos había colocado.

De vuelta, la conversación que iniciamos el taxista y yo me levantó de tal modo la moral que, además de evadirme de las preocupaciones, no encontré mejor terapia que hacerlo partícipe de mi porfía —solo de la paterna—, que él, con su proverbial desenvoltura narrativa y tuteándome, calificó de «más que interesante peripecia». Además, conocer las aventuras y desventuras de este singular personaje no tuvo desperdicio para el desengañado escritor que yo ya era, por eso quisiera detenerme un párrafo en esa alegría, mejor dicho, en esa vitalidad que Reina transmite en cuanto cuenta e, incluso, en cuanto hace, y que ya desde el principio de nuestra relación me pareció cautivadora. En verdad, resulta contagiosa, y sin llegar a lo exuberante o excesivo, muy lejos de lo que correspondería tratándose de quien se trata, cada uno de sus actos, por nimio o decadente que sea, posee la energía precisa para mostrarse envuelto en algo así como un halo de optimismo. Quizás por eso, y ya en la mitad de la noche, consideré que había dado con el atinado contrapunto a lo que siempre había sido una característica de mi carácter y del propio pensamiento —hablo del más negro pesimismo; soy un triste, en una palabra—, acentuada si cabe en aquel trance al que el destino me había abocado, o llevada, sin escapatoria a la vista, hasta las lindes de la más pura desesperanza.

Y así, sin dejar de atenderlo, escuchando su voz construir sugestivas frases con un vocabulario descarado o nada rancio y deambulando por las ideas con una soltura y clarividencia que ya quisieran para sí algunos escritores consagrados, tuve esa sensación de frescura que deviene cuando algo relevante roza nuestras vidas para provocar un giro inesperado, el que vendría. No se trata de que hubiese un antes y un después de conocer a Reina, ni mucho menos, pero, y sin que esta revelación suponga rebajarse, es de justicia reconocer que ninguna novela, ningún estiloso narrador —y he leído y releído mucho— llegó a influirme tanto como estar junto a este involuntario fabulador oral, por lo demás dotado de una insultante capacidad de ensartar las ideas hacia la vida misma y hacerlo siempre con extrema agudeza y mayor sentido del humor, ese que todos perdemos en un momento dado y que seguramente no hace otra cosa que presagiar un futuro peor.

—Si no, mira este par de huevos —recuerdo que anunció, después de escuchar mis pormenores, mientras salpicaba aceite en la sartén donde freía. Eran las cuatro de la mañana y se había puesto a preparar una cena rápida en la cocina de su casa—. Tú míralos bien —insistió, y yo me arrimé a su cuerpo engalanado con un horripilante delantal con ribetes lila—. ¿No te parecen cojonudos, o como hechos adrede para tu caso?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, escamado.

—Quiero decir que hay cosas como las que estás haciendo a las que el mismo sentido común impone que les hay que echar un buen par. Sin duda este es el par que necesitas para lanzarte.

—Ya —consentí sin más la vulgaridad.

—Y yo —terminó, dispuesto al brindis—, como excelso paseador de calamidades que soy, te voy a acompañar hasta el mismo final. Te lo juro solemnemente por los mocos de todas las criaturas que pasan hambre en este mundo, que, ojito, todos juntos serían un arma definitiva contra los opresores.

Y, sin esperarme y de un trago, se bebió todo el vino. Entonces yo, qué remedio, hice otro tanto.

Habrà quien piense que éramos dos inconscientes, o incluso dos infelices, cada uno a su modo, necesitados de alguien que nos escuchase. Incluso habrá quien se pregunte cómo se le puede hablar de los recovecos de tu existencia a un desconocido que aparece como por arte de birlibirloque o de birbiriloque o como quiera que se diga. Pero lo cierto es que en aquella noche de luna tiznada no necesitamos razones que nos descargaran de una culpa que no era prioritaria para ninguno de los dos. Por eso nos hicimos confidentes. Digamos que fue una entrega voluntaria y recíproca, un acuerdo tácito de revelación de secretos que, como un consuelo, nos embargó sin remedio y en el que estábamos deseando caer. Yo le conté mi obsesión, la de un humano desahuciado en busca de una respuesta; él, toda su vida, ante todo funambulesca. Y punto.

Ya fuese la vitalidad con la que se entregó a narrar, ya ese intrépido librarse de viejas ataduras y aventurarse por un mundo desconocido, lo cierto es que aquella noche Reina fue capaz de regalarme los instantes de dicha que necesitaba tanto como la tierra necesita una suave lluvia de septiembre o un cálido rayo de sol en el duro invierno. Por eso, aunque cada vez más atosigado por las agujas del reloj, no consideré que abandonarme a sus avatares vitales y a la bebida fuese perder el tiempo, ni mucho menos. Y no solo me entusiasmé con ellos, sino que, mientras lo escuchaba, logré evadirme de la realidad como ninguna lectura, película o, incluso, medicina, había logrado hasta entonces. Pero justo después de su engatusador relato —y del mío, breve e insulso—, una vez transportado a la bodega en aquel fresco

amanecer de la ribera, el taxista se puso manos a la obra, o sea, a mi servicio, con admirable lucidez.

—Bajo mi punto de vista, todo es más simple de lo que pretendes liarlo — exclamó, mientras me recolocaba los escasos muebles—. Tienes un cáncer que te machaca y, ya que no quieres meterte en un quirófano para que te abran con la cuchilla, no hay tutía, la vas a palmar. Pero la vas a palmar como la vamos a palmar todos, de eso que no te quepa la menor duda. Aunque tú puede que antes de tiempo. Por eso mismo has prescindido de todo y por eso tienes prisa por averiguar lo que hizo o no tu padre. ¿Voy bien? —Asentí—. Pues dejando aparte lo desorientado que te sientes, y aunque ahora estés bloqueado, pensándolo bien, solo tienes una cosa clara: si ni por la Cova quedan viejos que te puedan contar algo ni has encontrado documentación sobre el caso, la clave está... Pallares, simplemente. Por el momento, Ramón parece ser el único que estaba presente, la persona a quien tendrás que convencer para que te cuente lo que pasó aquella noche y si tu padre estaba metido en el ajo. Eso si quiere. O si le dejan, claro, que esa es otra. Así pues, nos centraremos en él. Y puesto que ahora mismo está que no pía, además de muy vigilado, ¿qué te parece si indagamos un poco en su pasado y en los más allegados y vamos al lugar de donde salió?

Me parecía bien, pero consideré que, entre el atontamiento provocado por las pastillas y los apretones del Chuchamel y de los secuaces de Evaristo, yo ya no disponía de ánimos ni fuerzas para más trabajos de campo.

—¡No hay problema, jefe, que para eso me has contratado! —arguyó—. Tú esperarás aquí o en el asiento del coche echando un sueñecito, mientras yo me muevo por esos caminos. En cuanto a lo que te metes en el cuerpo, que por lo que veo son antidepresivos y porquerías por el estilo, en modo alguno te aclararán el futuro, más bien te lo disimularán. Por lo tanto, deberías tomar medidas. Pero ya. Si quieres yo mismo me ocupo, porque también he pasado

por momentos duros y he logrado salir adelante sin eso. Todo consiste en ir reduciendo la dosis para volver a sentir cada instante como en realidad es. ¿Qué me dices?

No acepté porque necesitaba de ese alivio, pero tampoco rechacé el ofrecimiento. «Haz lo que quieras», solté al final, porque era la única mano tendida que tenía cerca y porque no veía otra forma de liberarme de la ingrata posología. Entonces mi empleado, mientras yo intentaba descansar sobre la cama, se puso a revolver en las cajas de pastillas, leyó detenidamente los prospectos, me hizo preguntas sobre la dosis y los desajustados horarios que aplicaba y anotó en una hoja cuanto consideraba relevante. Y yo lo veía tan dispuesto, tan empeñado, que no comprendía si lo suyo era un puro absurdo o había dado con el ángel de la guarda que acude en el momento preciso para echarte una mano o alejarte del martirio, lo que no pasaba de ser un pensamiento religioso que yo, hasta entonces, nunca había gastado.

—Y de tías..., ¿qué? —me preguntó más tarde Reina, amarrado a un quinto Estrella—. No me malinterpretes, pero, de vez en cuando, ¿no sientes la necesidad de...?

—No. Te parecerá raro, pero ya no tengo la cabeza para eso.

—Más que raro, y perdona que te lo diga —declaró—, lo que me parece del género bobo es cerrarse a los placeres de este mundo. Y ahora no hablo precisamente de amor, eh. En fin, tú mismo.

Fue entonces cuando, sin hablar de lo de Ana, le conté lo de la alumna brasileña. Debo decir que Reina ni insistió ni me forzó. Muy al contrario, desde aquel lecho frío, duro, casi en penumbras, sentí algo así como la necesidad de hacerlo.

María Elisa Gomes da Silva, para todos Marielisa, pasaba por ser la más



sensual alumna del único grupo del módulo 3 de Educación de Adultos, o a lo mejor no era así y esa consideración se debía más a las penosas circunstancias por las que yo transitaba que a la propia realidad de su atractiva presencia. No sabría decirlo. El caso es que formaba parte de aquella infernal aula que ocupaban, como amontonados en una rara atmósfera, especímenes de todo género y condición, desde los más galopines del pueblo que, obligados por sus padres, venían a echar una cabezada en el pupitre, hasta muchachas dispuestas a insinuar su desdén en unos labios rojos y en unos escotes procaces a más no poder, todo eso pasando por tipos espabilados pero sin ganas y verdaderas nulidades intelectuales, entre los que sobresalían extranjeros de la Europa del Este que a simple vista no dominaban ninguna lengua y a vista compleja no les interesaba dominar nada, sin olvidar a los porretas de vuelta de todo y dispuestos a trapichear con lo que fuera, a los infelices pisados por los caballos de la vida y, también, estos como de prestado, algún que otro adulto y, a la vez, operario de cualquier fábrica textil que quería sacarse el título de secundaria porque alguien le había dicho que allí, en la pública, no lo regalaban, pero casi, mientras que en la privada tenía que comprarlo y así dejar de fumar. Ante tal panorama no resultará difícil comprender que el esfuerzo docente, durante las cuatro caóticas sesiones semanales, se convertía en un auténtico calvario con el que había que lidiar si querías, al menos, mantener la dignidad y los ingresos.

Pero Marielisa era diferente. Puro oasis. Aparte de su origen y de su habla melosa, sin ser una belleza, como mínimo describiré los ojos oscuros, el cabello liso y siempre arreglado, los labios carnosos y sensuales, la sonrisa ebúrnea y la piel, esa llamativa piel mulata que, como provocando, mostraba: tersa, perfecta por todos lados y, suponía yo, más suave al tacto que cualquier otro delicado terciopelo que hubiera acariciado nunca. Además de eso, y de la

innata elegancia que parecía acompañarla, poseía un supremo tesoro: atendía como hechizada a mis explicaciones.

Aunque al principio no sabía si me entendía, si lograba captar algo de los versos que les recitaba o que repartía en fotocopias, y ya no digo nada de cuando les hablaba de poetas olvidados y rebeldes o de libros que contaban historias tan fantásticas que incluso llegaban a confundirse con la vida real, lo cierto es que, cuando pasaba la vista por el aura que parecía envolverla, ella siempre me ofrecía, sin excesos, su dulce sonrisa, una de esas sonrisas que todo profesor necesita para seguir adelante con las banalidades que cree que cuenta y que, con el paso del tiempo, te percatas de que no cuentan para nada. Y luego, además, una vez que desviaba la mirada hacia otro lado o me daba la vuelta para anotar en el encerado, ella me seguía con sus pupilas candorosas, que yo siempre sentía ahí, en mi nuca, como si al hacerlo me elevase muy por encima de la monotonía de mi trabajo, como si me persiguiese un viento fresco y seductor del que yo, después de varias sesiones, ya no podía ni quería librarme. Porque eso es lo que Marielisa fue para mí: un viento libre y purificador. ¿Y qué era yo para ella? Suponía que, simplemente, ¡*o professor!*, pronunciado con el deje característico de allende los mares, pero al mismo tiempo tan próximo, con el que me llamaba siempre su boca cuando quería dirigirse a mí. En fin, que lo nuestro, sin tener nada más que esto que recuerdo, por lo menos por mi parte dejó de ser una simple relación profesor-alumna y se fue convirtiendo en algo más —algo mejor, debería decir—, una necesidad, o lo que es lo mismo, esa asa a la que todos los que se sienten o están como yo procuramos agarrarnos para no caer definitivamente en la desidia.

Pero el suceso que trascendió en el centro tuvo lugar terminando el cuatrimestre, cuando al final de una sesión comunicaba las notas de las exposiciones orales. Marielisa había leído *Morning Star*, la fascinante novela

de Xosé Miranda que narra las aventuras de dos cuadrillas de bandoleros gallegos en busca de un tesoro en el siglo XIX. Subida al estrado y luciendo sus encantos, durante diez minutos había hablado, en esa mezcla de brasileño, castellano y gallego que solo yo era capaz de percibir, de cualquier cosa menos de lo que tenía que hablar. Después de enredarse en un ininteligible discurso, pues sus camaradas o resoplaban o fruncían el ceño, se puso a contar la historia de amor, insistiendo en la fuerza de la pasión, en la felicidad y la satisfacción mental y física de los adolescentes cuando la descubren y, trasladándolo a su propia experiencia, llegó a asegurar, mirándome, algo así como que el amor, «el verdadero amor, el del cuerpo y alma, es lo único que en esta vida importa», y todo metido en un auténtico fardo mental que dejó a los oyentes perplejos —aunque algunos se reían y otros le daban codazos o le guiñaban el ojo con disimulo a los que tenían al lado—, pero con la certeza de haber asistido a una exposición sin pies ni cabeza que, si no era la peor de todas, andaba muy cerca.

Aun así, sesenta sobre setenta y cinco fue su nota —realmente concesiva, más que nada por ser de fuera y tratarse de quien se trataba—, lo que parecería bien o pasaría inadvertido si no fuese porque cuando le tocó oír su nota a Ángela Pérez, la engreída y vulgar alumna que había leído la misma novela, le di bastante menos, y no pudo sino retorcerse disconforme en el asiento. Ahí empezó el lío, porque, a pesar de que su exposición tampoco había sido ninguna maravilla, y añadiría que había tenido más chulería que acierto, por lo menos se le había entendido todo, lo que visto lo visto no era poco o menos. Siguiendo la norma, quizás inocentemente, cuando acabé de dar las notas pregunté si había algún problema y, de inmediato, vi su mano levantada. Ni debería decir que presentí el desastre.

—Carlos, tengo diecinueve años y no me chupo el dedo —empezó, como

si, tal bucanero de la novela dispuesto a desollar, llevara un cuchillo afilado entre los dientes.

—¿Qué quieres decir, Ángela? —pregunté, ladeando la cabeza e intentando quitarle hierro al asunto.

—Pues que esa nota que me has dado es injusta. Y tú lo sabes. Mi exposición merecía más porque...

—Mira, Ángela —la atajé—, el que pone las notas soy yo, siempre en base a criterios que adelanté al inicio del curso y que no voy a recordar. Pero si a mayores quieres otras explicaciones o tienes algo que decir, cuando termine la clase vienes y, en privado, lo discutimos. ¿De acuerdo?

—No —desafió.

—¿Cómo que no?

—No, porque lo que tengo que decir quiero que lo escuchen todos, para que no haya malentendidos —proclamó, mientras los compañeros se encogían para cuchichear—. Y puedes tomar conmigo las represalias que quieras, pero debes saber que se te ve el plumero con otras compañeras, o lo que sean —recalcó, incluso con saña.

—¿Qué insinúas? —solté, airado—. ¿Qué coño estás insinuando? ¿Acaso tú estás siendo buena compañera o qué?

No sé qué contestó porque en aquel instante sonó el timbre y el ardor de nuestra discusión se mezcló con el alboroto de la recogida de los demás. Entonces yo grité, Ángela levantó más la voz, y los demás, al tiempo que se ponían en pie para marcharse, se reían con recato de mis razones, metían el dedo índice en la otra mano cerrada o asentían a las palabras de la alterada alumna, mientras Marielisa permanecía sentada, con la cabeza gacha y la expresión triste por lo que estaba sucediendo. Y a pesar de que su nombre no llegó a pronunciarse, estaba presente en cada palabra, en cada gesto o pensamiento obsceno, en cada mirada que aquellos despreciables camaradas

de aula lanzaban como cruentos latigazos que le impedían ponerse en pie y alcanzar un refugio mejor. Y aunque yo hubiera debido sentir lo mismo, porque lo cierto es que la protesta era contra mí y yo era el único responsable, recuerdo que en aquel momento solo me preocupé por ella.

El griterío acabó con el aula vacía y la puerta abierta, con Marielisa hundida o derrumbada en su asiento y yo parado en medio de las mesas y con las manos en la cintura, hartado de todo y resentido por aquel indignante espectáculo del que no había conseguido librarla, además de un tanto tocado por no haberme atrevido a buscar otro desenlace. Pero en el silencio que se instaló entre nosotros parecía un pecado pronunciar palabra, quizás por eso mismo tragué saliva, apreté los dientes y esperé a que algo, lo que fuera, nos sacase de aquel marasmo. Y fue ella, sí, ella y no yo, la que tuvo la fortaleza de ponerse en pie, colgarse el bolso del hombro, recoger la carpeta, ponerla delante del pecho y venir hacia mí. A menos de medio metro se paró y me miró fijamente a los ojos, con dulzura. Enseguida alargó la mano y, con la yema de sus dedos, acarició con ternura mi mejilla. Y mientras veía que las suyas estaban surcadas por dos gruesas lágrimas, tampoco acerté a decir nada porque, como en un suspiro, ella pronunció el bálsamo aquel que siempre me acompaña al recordar:

—*Obrigada, professor.*

De Bouzuás conocía lo que casi todos por los alrededores. Habitado por muy pocas familias —entre las que ya no contaba la de los Pallares— que se llevaban mal entre ellas y que sobrevivían a duras penas entre el fango y la espesura, este enigmático pantano venía a ser un inhóspito y tenebroso agujero que, además de peligroso para quien en él se aventura, debe su fama a la saga de meigas que siempre lo habitó. Debo añadir que, como cualquier

niño criado en la zona —la casa de Albaredo en la que pasaba los veranos no dista ni dos kilómetros de allí—, la Meiga no fue ajena a los achaques de mi niñez. Hacia ella enfilábamos camino, mi madre y yo, tantas veces como mi delicada salud precisaba el favor de sus ritos ancestrales. Por eso, viajando al atardecer, me asaltaron de nuevo los recuerdos de aquel sarpullido, de aquel esguince o, incluso, de aquel insomnio que me hicieron caer en sus manos como cae un dócil muñeco al que, entre susurradas letanías, le repasan sin recato o consideración cada parte dañada de su cuerpo. Y después de eso aún tenía que aguantar el remedio natural en forma de unguento —aplicado con maternal esmero durante el tiempo que fuera necesario y acompañado de las pertinentes avemarías— o un raro maniobrar que, por incómodo de llevar a cabo, alteraba cruelmente mis hábitos bajo la espantosa amenaza de la visita de un demonio indeseable que había de devorar mi corazón para toda la eternidad, porque con el miedo también jugaba, pero que siempre acababan solucionando la dolencia. Al recordar aquellos momentos deseé no entretenerme mucho en aquel lugar inmundo y turbador en el que Reina y yo trataríamos de averiguar algo más sobre Ramón.

«El viejo al que vamos a ver, además de orientar mi vida, es un tipo muy suyo», me advirtió Reina, para luego contar el caso de aquel tarambana adicto a las ferias durante los casi diez años que llevaba ejerciendo en la parada de Escairón. Porque inevitablemente, lloviera, nevara o hiciera sol, el Chepas, que así se apodaba el cliente, uno de los pocos que seguía viviendo en el pantano, todos los ocho y diecinueve de cada mes, calzado con unos zuecos solados cientos de veces y, en los últimos años, ayudado por una retorcida garrota de cerezo que también espantaba amigos de lo ajeno, subía andando hasta la capital del municipio, daba una vuelta por los tenderetes de los paisas y por los puestos de herramientas y, justo a las doce, posaba las nalgas en las tablas de los puestos que dan a la Devesa, se zampaba cuatro raciones de

pulpo del Majín, con su correspondiente hogaza, y se pimplaba varias jarras como quien trasiega vino de una cuba a otra. Luego, un tanto mamado, todo hay que decirlo, pagaba, meaba al pie del mismo resignado roble y, llegada la una y media, minuto arriba minuto abajo, se acercaba a donde Reina tenía orden de esperarlo con el coche, en el campo de la Lama, para ser transportado a casa. Pero una vez instalado en el asiento trasero del taxi, en cuanto este se ponía en marcha, «el hombre se echa siesta tal que no hay dios que lo despierte». Por eso, al alcanzar la orilla del pantano, y porque la pista de gravilla acaba allí, Reina, que ya había hecho el día y tampoco necesitaba otros extras, se sentaba al sol o curioseaba por los alrededores, fumaba un cigarrillo y leía la novela que tocase, una, dos o las horas que fuese necesario. Y esperaba.

—¡Placeres de este mundo, jefe! —me soltó, como dándose la razón.

Luego, cuando el cliente tenía a bien medio despertar, lo ponía en pie, lo cogía por un brazo, lo sacaba del coche y le ayudaba a llegar a su casa por un atajo que, por su integridad al volver, ya se había aprendido de memoria y que no iba más allá de unos recelosos seiscientos metros. Antes de marcharse, eso sí, lo dejaba instalado en la cama y lo cubría con una manta, no fuese que lo cogiera el frío o lo engullese la soledad. Solo hablaba con él cuando, en la siguiente feria y como habían acordado, se le acercaba para pagar el servicio anterior. Entonces sí, se entretenían con un franco parrafeo de cómo iba el tiempo, de si la feria no valía un comino y de si era bueno o malo que cada día se vieran más negros deambulando por allí, pues desconfiaba, y tanto, de los pellejos tiznados. Y en eso consistía su relación, que por mucho que pueda parecer escasa, a Reina le daba la impresión de ser él la única persona con la que el Chepas trataba o se relacionaba, pues los hijos habían emigrado hacía muchos años y no habían vuelto a aparecer por el pantano, su mujer había dejado esta sufrida vida por causa de una extraña

ponzoña de lagarto que se le había metido en las entrañas y para la que ni la Meiga había encontrado remedio, y los escasos vecinos de Bouzuás andaban en disputa los unos con los otros por unas cuartas de barrizal que ni los hitos de piedra más enhiestos atinaban a defender.

Justo cuando acabó de ponerme al día, quizás por chincar, le pregunté si no tenía miedo de dejar de cobrar el último viaje, pues bien podía suceder que el viejo la palmase en el pantano entre feria y feria.

—También está previsto —respondió—. Cuando suceda, el Chepas llevará el dinero en el bolsillo y, al tiempo que se lo da, le dirá a san Pedro en la puerta: esto para el Reina, que los necesita más que yo para entrar.

Sonreí por la ocurrencia y, casi inmediatamente, llegamos al pantano. Allí, aun sin quererlo, me estremeció el mismo paisaje temible que yo recordaba, acrecentado por la hora tardía, por el viento en las ramas, por la espantada de los cuervos en el terreno de rastros donde aparcamos, por todo. Y aunque Reina se ofreció a ir solo, o incluso intentar traer al Chepas, pensé que la búsqueda era cosa mía y preferí acompañarlo. Por eso nos adentramos en aquel ignoto mundo, con cuidado, eso sí, entre retorcidas raíces que penetraban en el cieno y chillidos desmesurados de la fauna agazapada y como al acecho de la voraz labor de charcas y arenas movedizas. Todo un placer para los amantes de las sensaciones fuertes, no para mí.

No habían transcurrido ni diez minutos, cuando reparamos en un hombrecillo con boina capada y camisa remangada, de andar despatarrado y bulto plantado en la espalda, viejo a más no poder y feo con ganas, tanto que si tuviera que apostar no lo dudaría, pues aquel espolón narigudo que gastaba, por lo demás lleno de granos y retorcido, le daba un aspecto tan monstruoso que metería miedo al más audaz en un día de sol. Y aunque debería completar



el retrato, nada diré de las orejas, para no ofender. El caso es que con un rastrillo entre las manos juntaba la tierra de un pequeño huerto que al parecer le habían destrozado «las jodidas gallinas de no sé quién», así dijo, en cuanto nos tuvo a tiro, y yo caté el desbocado percal que me esperaba.

Tras los saludos y mi presentación como amigo, pues habíamos decidido evitar desconfianzas dándole datos que relacionasen a mi padre con Pallares, Reina le preguntó directamente por Ramón, de quien le había oído hablar no precisamente bien, «y más veces que una», indicó.

—¡La puta que parió al malnacido ese! —bramó de inmediato—. ¡De ese y de los de su calaña, oye, mejor no saber, que buena cruz han tenido los que se le han *cruzao* delante! ¡Vaya si la han tenido!

El Chepas, que no estaba al tanto del intento de suicidio de su antiguo vecino, pues por lo visto vivía tan tirado en aquel barrizal que no se enteraba de lo que sucedía fuera, nos habló de la conducta de Pallares, colgándole cada poco calificativos nada decorosos. Desde mala persona a cenutrio, pasando por la calma en que quedó Bouzuás cuando, tras la muerte de sus padres, se trasladó a Escairón para vivir puerta con puerta con Moreiras, a quien, según se decía, «le lamía las suelas de las botas y el culo, si se lo pidiese», el viejo, narrando a su manera, le pegó un repaso a la biografía de quien consideraba «un hombre ruin como la sarna» y un taimado enemigo con el que su familia no se hablaba, «pero desde siempre, eh». Al parecer, toda la enemistad venía por los mojones de unas fincas que estaban al monte o comidas por el fango, desde antes de nacer él. Aun así, Ramón, cada vez que bajaba de Escairón, incluso de joven, según le habían dicho sus padres, pues el Chepas era diez o doce años más joven que él y no recordaba más que lo que le habían contado, «con los humos subidos por haber estado al lado del mandamás, y por tanto de los guardias y de los señoritos, era tan hijo de mala madre», apostilló, «que incluso movía los marcos y derribaba los murillos que no se ajustaban a

lo que él tasaba», hechos que para el viejo eran tan criminales como algunos amedrentamientos nocturnos por encargo que las malas lenguas le habían achacado con el paso de los años.

—Porque él es perro con dueño. ¡Joder si lo es, que prefirió hacer el animal y andar al rabo del rico que partirse el espinazo en un lamazal! —añadió el Chepas, sin que hiciese falta azuzarle los recuerdos—. ¡Así medró, coño! Y si mal no recuerdo, era un *echao pa'lante* de tres pares de cojones, que si además de un grito tenía que amenazarte con una azada o enseñar la pistola, porque con el tiempo andaba armado y todo, él no se cortaba. Y ya fueras vecino o conocido o Cristo bendito, él no reparaba en eso. Por lo que sé, había que tenerle miedo, ¡joder si había!, que si no hacías lo que había que hacer se volvía loco. Y ser era muy capaz, eh, que si se ponía mordía hasta las piedras. Y mira tú que lo veías y tenía una pinta de pelagatos que no se lamía. No sé —consideró finalmente—, pero a la gente así hay una cuerda por dentro que no le rige del todo. Y digo esto de oídas, que yo con él nunca quise saber nada de líos ni historias por el estilo, no vaya a ser que me le atravesase y luego...

Superados tantos elogios, procuré dirigir las preguntas hacia los tiempos de la guerra, pero el testimonio del Chepas fue dejando claro que no me iba a servir de mucho.

—¡Qué voy a saber yo de eso, hijo! —exclamó—. ¡Si en aquella época aún me colgaba el moco y no hacía más que jugar a todas horas por el pantano con los pocos niños que por aquí había! Pero es que ni me enteré, ¡mira tú! Pasaría donde pasó, supongo, que aquí la guerra siempre ha sido entre nosotros por un cacho de tierra, por unas castañas que caían del otro lado del muro o por una ternera atravesada que se metía a pacer donde no debía. Lo demás eran líos de fuera que llegaban tarde y mal. Eso si llegaban, que Bouzuás es una bosta aparte. ¡Pero aparte de todo, eh!

Un tanto desanimado, opté por preguntarle si podía relacionar a Ramón con una persona de Vilasante apodada el Hurón —así le dije—, pero él comentó que, aunque lo conociera de vista, también era de otra quinta y no le constaba que tuviera nada que ver con Pallares.

—O a lo mejor sí, quién sabe —soltó.

Después de conversar durante más de media hora sobre cuanta negativa impresión el viejo tenía de aquel «gurrumino desertor del pantano», según calificó a Pallares, convencidos de que no íbamos a sacar nada en limpio y en vista de que se nos hacía de noche, optamos por despedirnos, pero cuando ya estábamos a veinte metros, el Chepas le pegó una voz a Reina. Por no faltarle, volvimos atrás, y el viejo, acercándosele, dijo:

—Ya que buscas del Ramón, acabo de recordar algo.

—¿Y qué es? —preguntó Reina, como si se tratase de un juego infantil.

—¡La mujer con la que se casó, joder!

—¿Qué pasa con ella?

—Se llamaba Amalia —opinó el anciano, frunciendo el ceño—. ¿O sería Amelia?

—Amalia —indiqué—, se llamaba Amalia y era costurera. Murió hace nada, por cierto, aunque era más joven que él. ¿Qué sabe de ella?

—Lo que sé, además de que murió, es muy poco —y el Chepas me miró de refilón—, pero esto nadie más os lo contará.

—¿Contar el qué? —demandé, ansioso, y el viejo tunante enseñó los dientes por la comisura izquierda.

—¡Vaya! —exclamó Reina, prematuramente eufórico o ideando artimañas para que el otro confesara—. Ya me parecía que el Chepas no nos dejaría marchar de vacío. A ver, entonces, ¿qué pasa con la mujer de Pallares?

—Que él la trajo de tapadillo a Bouzuás —dijo, intrigante.

—¿Cómo que la trajo? —pregunté—. ¿Qué quiere decir...?

—Quiero decir que la que más tarde sería su mujer se crio aquí desde pequeña, en el pantano, con una familia con la que Ramón no se llevaba del todo mal. Pero no era hija de ese matrimonio. ¿Lo pilláis? La trajo para Bouzuás el propio Ramón. Y eso es muy raro, ¿no?

Reina, frunciendo el ceño, ladeó la cabeza sin entender la importancia que podía tener aquella revelación, pero yo, entusiasmado con lo que mi mente ya empezaba a conjeturar, no le presté atención y me dirigí al viejo:

—Muy raro, desde luego. En primer lugar, porque la trajo él, y en segundo, porque también podía haberla llevado con su familia y no lo hizo.

—¡Equilicúa! —exclamó el viejo.

—¿Pero eso es seguro o...?

—Segura solo es la muerte, hijo —sostuvo el viejo—, pero si Ramón se trae una niña a Bouzuás y la deja con una familia que no es la suya, y si encima les paga, que esto lo sé de buena tinta, quiero decir que me lo contó el propio Leletas antes de morir, a mí no me parece muy normal, ¿no creéis?

—No, desde luego. ¿Pero quién es ese Leletas?

—¡El que la crio, coño! ¡El padre que no era, por decirlo de alguna manera!

—¿Y qué edad tendría la niña cuando la trajo? —pregunté, intuyendo la respuesta.

—No sabría decirlo, pero era de pecho. Días, todo lo más.

La respuesta me descolocó tanto que insistí:

—¿Y recordará el año en que la trajo? Es importante.

—Hombre, eso... —dudó el viejo arrugando la nariz y rascándose la cabeza ante el atasco de la memoria.

—¿No sería en el treinta y seis, cuando la guerra? —ayudé.

—Pues ahora que lo pienso, mira tú, que yo ni llegaba a los diez, y si, como dicen me cagaron en el veintisiete... Pues sería, no te digo que no.

—¿Qué más recuerda? —demandé, impaciente—. ¿No sabría decirme de dónde la trajo y...?

—Eso nadie lo sabe, solo Ramón. Pero el Leletas me confesó que su... su yerno, vaya, no soltaba prenda. Y ellos prefirieron no darle más vueltas, pues en aquella época tenían la suerte gafada.

—¿La suerte gafada?

—Pero gafada a más no poder, porque la señora Eudosia, la mujer del Leletas, cuando por fin se quedó preñada ya tenía bien cumplidos los cuarenta. Por lo visto siempre se habían pirrado por un crío que les alegrara la vida antes de hacerse viejos, y cuando vio que después de estar... El caso es que la criatura se malogró y...

—¿Quiere decir que la mujer abortó?

—Eso mismo digo. Y va y de la noche a la mañana aparece Ramón con aquel fardel en el regazo... Les dio la vida. La hicieron su hija y no preguntaron de quién era ni de dónde venía. ¿Para qué? Hicieron el trato y Eudosia la crio con la leche que tenía para su propia hija, a la que sepultaron en una poza de Bouzuás. Así fue, que el Leletas me lo contó todo antes de morir, como si necesitara no marcharse con esa carga. Todo el mundo tiene algún secreto, aunque no quiera, que el cuco de Ramón parece que apoquinaba para que nadie lo supiera. Y en aquel tiempo de hambre el negocio les salió redondo: ellos vivieron a su cuenta y, encima, tenían la hija que siempre habían querido tener.

—¿Y ya no queda nadie de esa familia? —pregunté.

—Ni el primero, que en Bouzuás todo desaparece antes. Y la casa ardió. Aunque hay quien dice que fue el propio Ramón quien le prendió fuego después de morir sus suegros, o los que pasaban por suegros. ¡Vete tú a saber! Pero de esto que te hablo, date cuenta, ya ha llovido, eh.

—¿Y qué pasó después?

—¡Después pasó lo que pasó, coño, lo que todo el mundo sabe! Cuando la niña cumplió los dieciséis, en un visto y no visto, Ramón le echó la zarpa y se casó con ella, sin más. Después se la llevó a Escairón y ya no la he vuelto a ver. Aprendería ese oficio y qué sé yo, hasta que murió. Pero yo no le fui al entierro, eh. Si fuera por ella, quizás, porque por Bouzuás jugábamos mucho juntos y... Pero por ese mal bicho, ¡Dios me libre! Si de mí dependiera, podía partirlo un rayo. Pero mejor callarse. Es lo que sé. Si vale de algo, bien, y, si no, allá penitas.

Regresamos en silencio, cavilando, sin tener en cuenta los peligros de atravesar el pantano justo cuando el ejército de la calígene sale del lodo para avanzar entre los árboles y el aviso del mochuelo llena de presagios la proximidad de la noche. Pero una vez refugiados en la bodega, sostenido por la reducida dosis de medicinas que Reina tenía a bien administrarme y que yo, sumiso paciente, acataba, no dejaba de elucubrar. ¿Habría algo más oculto en aquel caso que el indigno presentimiento que, tras atar aquellos cabos, me asaltaba? ¿Era tan fácil deducir el pasado como se extraía de las palabras del Chepas? Aunque Reina no fuera capaz de hacerlo —no podía serlo, pues no le había contado la conversación con mi madre y, por lo tanto, desconocía las interioridades de mi familia—, yo sabía que, en aquel desgarrado segundo semestre del treinta y seis, cualquier actuación, incluso la más miserable, acababa tapada por el azote de una guerra sin frente bélico en nuestro país, pero venía marcada por el estigma de una cruenta represión que la bibliografía a la que tenía acceso no dejaba de recordarme. Y así, porque cogí un libro y repasé con avidez lo subrayado, cobraban especial sentido las palabras del general rebelde Emilio Mola, declarando «el estado de guerra en todo el territorio nacional», apremiando a que «la acción debe ser en extremo

violenta para reducir lo antes posible al enemigo [...] y aplicando castigos ejemplares». Eso mismo, añadido a lo que muy acertadamente el profesor Carlos F. Velasco, en su obra *Represión y alzamiento militar en Galicia*, contaba a propósito de la doble vertiente (habla de la legal, la de los juicios-farsa ideados a modo de venganza, y la paralegal, ejercida por los escuadrones de la muerte de falangistas y asimilados a través de los «paseos», «sacas» de presos o aplicación de la ley de fugas), y que llega a la tortura, a los malos tratos, a las violaciones y más vejaciones, entre los que nombra «el aniquilamiento psicológico de miles de familias», provocó en mí un desasosiego que me hizo olvidar la extrema debilidad en que me encontraba y tirar como un poseso por la vía de la memoria. Esa dentellada. Por eso seguí leyendo y, en el apartado en que analizaba a los reprimidos, encontré una idea que se ajustaba a mi propósito: «en el campo, las víctimas principalísimas de la caza del hombre eran los cuadros directivos de las sociedades agrarias, tanto más cuanto mayor fuese su radicalismo reivindicativo».

Inmediatamente volví a pensar en Pepe del Mazaira. Si las instrucciones de los de arriba eran dar escarmiento a los «desafectos al Movimiento», ¿adónde podría llegar la ignominia si se mezclaba con rencores privados? Adónde llegó, a la venganza personal, pues la muerte de los Mazaira, insistía, era otra consecuencia del furor aniquilador que hasta entonces había logrado desenterrar. Pero ahora, más que nunca y tal un deber impuesto por la propia búsqueda, al preguntarme qué había sido de la mujer y de la niña, aparecía otro cabo suelto: la hija que tenía el matrimonio ya tenía dos años y no podía ser el bebé que Ramón había llevado para criar en Bouzuás. Intuyendo una penosa realidad, después de leer un párrafo que hablaba de la falta de escrúpulos de las patrullas del amanecer con el sexo femenino e incluso del asesinato de mujeres en avanzado estado de gestación y de sus hijos, cerré el libro y saqué un pequeño cuaderno para anotar las tareas que, sin tardar,

debía llevar a cabo. Al tiempo que lo hacía, no dejaba de preguntarme si estaba verdaderamente capacitado para interpretar tanta señal que, desde el pasado, me llegaba, tanto signo de indignidad y oprobio que, de una u otra forma, parecía salpicarme sin remedio.

—¿Qué haces? —preguntó Reina, rompiendo mi marasmo.

Lo observé, mientras colocaba con mimo en el fondo de la artesa todas las provisiones, en especial frutas y verduras, que había insistido en comprar.

—Escribir —simplifiqué.

—¿No me digas que has vuelto a escribir? —se alegró—. Buena noticia. Que sepas que he leído tus novelas, y que pienso que no lo haces nada mal.

—Gracias, pero no estoy escribiendo ninguna novela —lo atajé—, solo anoto algunos recados que me tienes que hacer mañana. Visitas, principalmente.

—Muy bien. Pero volviendo atrás, ¿por qué no?

—¿Por qué no, qué?

—¿Por qué ya no escribes?

—¿Y de qué coño quieres que escriba? —me harté, sin duda.

—No sé. De lo que se te pasa por la cabeza. ¡Ahí hay miga!

—¿Miga?

Entonces Reina, empedernido lector, aprovechó para exponer su tajante teoría narrativa. Empezaba así:

—Mira, algunos escritores amontonan arrebatos que tienen anotados en el disco duro de su ordenador o en un cuaderno cualquiera y creen que ya está hecha la novela. Otros, por el contrario, solo demuestran ser verdaderos artistas con las palabras, y mira tú por donde, son los que más rechazo provocan. Infumables, diría. Los hay también que mezclan esas dos características en sus escritos, pero en ellos no hay una historia competente, no hay miga. Una novela sin miga, sin enjundia, para un lector espabilado es



como un trozo de pan solo con corteza. Se la tragará el hambriento o el ocioso, únicamente. Pero, ojo, que tener una buena historia tampoco implica que sea novela, sobre todo si no está bien amasada, fermentada y armada. De ahí que haya tantos escritores y tan pocos novelistas.

Me quedé perplejo.

Dormí mal, dándole vueltas a las palabras del Chepas. Ya por la mañana, mientras Reina, consagrado definitivamente a mi persona, realizaba los encargos que me permitirían —o no, pues recelaba de que los organismos oficiales proporcionaran alguna luz— saber si el matrimonio entre Pepe y Estrella figuraba en los registros, ya fuese civil o eclesiástico, e incluso en el padrón municipal del Saviñao, si habían tenido más hijos y, de ser así, si vivían en algún lugar y con otros nombres, quise acercarme al Cabo do Mundo, donde Gumersindo, con el ardor amoroso que aquella atractiva mujer le había provocado en su juventud, se había olvidado de ponerme al tanto del pormenor de sí, cuando tuvo lugar el dramático suceso de Mazarelos, Estrella estaba embarazada.

Después de recorrer la orilla del río intentando inútilmente avistar al anciano del otro lado, apareció la barca de un tal Telmo, pescador a ratos, presumió, quien me hizo el favor de llevarme allí donde, según él, además del tarambana de Gumersindo, solo sobreviven cuatro bichos contados que se dan por el culo unos a otros después de cargar las pilas en las rocas que dan al naciente. En fin, tras agradecerse, me presenté en la cabaña y comprobé que el viejo no andaba por allí, así que, tras beber en el pilón cubierto de verdín y tritones y escoger una sombra, me dispuse a esperarlo. Cuando llegó, con una anguila, una trucha y dos enormes cabezudos ensartados en una varilla de mimbre, me alegré, no sabría decir cuánto, de ver su cara sucia y mal

afeitada, pero de lo que sintió él no puedo decir nada, pues se dedicó a encender el fuego, limpiar el pescado con un cuchillo y ni dirigirme un saludo. Aun así, porque creía conocerlo algo, no se lo tuve en cuenta, me acerqué y le expliqué el motivo de mi regreso.

—¿Comerás conmigo, o qué? —fue lo único proferido por su boca después de escucharme.

Tomé la pregunta, más que como el asomo de la educación que él nunca poseería, como mero signo de amistad, por eso repliqué:

—¿Y qué esperabas?

Compartir —tan cochambrosamente como él compartía— aquella comida fue como regresar a una comunión que, aislándome de mi circunstancia, me ponía de nuevo en contacto con el espacio vital de una persona que procuraba ser parte de la naturaleza, algo con lo que yo nunca había sabido convivir o nunca había tenido conciencia de que bastase para sacar adelante el propio camino. Y así, a pesar de mi cada vez más deteriorado estado, supe que en los momentos de mayor calma, como el de aquel parco almuerzo a la orilla del río y acompañado de un viejo acostumbrado a no guardar las apariencias, era capaz de percibir mejor esas sensaciones que con las prisas le están negadas al cuerpo. Por eso conversamos sobre el mundo que lo envolvía, simplemente, y así supe de las andanzas de una marta a la que, sintiéndolo mucho, le había echado el ojo, y del asedio a una lechuza que no dejaba de importunarlo, del tejón que ya veía al espeto y de los murciélagos que había probado no hacía mucho y que, con hambre y de no ser por el trabajo de limpiar los huesos, se zampaba de mejor gana que los abundantes lagartos, de carne realmente insípida. En fin, que en las más o menos tres horas que duró mi visita tampoco sentí la necesidad de asediarlo con mis preocupaciones. Sería de vuelta, remando, cuando el viejo se puso a contar lo poco que sabía.

—Por lo que recuerdo, la Estrella había engordado, sí. No te puedo decir si

estaba preñada o no, porque tampoco lo sé, pero por lo que se veía *la* habían hinchado las tetas como le hinchan a las hembras antes de parir. Yo diría que estaba, pero vete tú a saber. Aun con esas, detrás del mostrador daba gusto verla. Todavía hoy la recuerdo tan buena moza, con aquel vestido escotado y agachándose a rellenar las botellas, con el pecho ofrecido como si quisiera hacerle un favor a cuantos hombres babeaban por ella.

—¿Eran muchos, entonces?

—¡Ya lo creo que eran! Pero ella ni caso. Le bastaba con el Pepe.

—¿Y tú?

—¿Yo? —se sorprendió Gumersindo—. ¿Yo, qué?

—Estabas por ella, ¿a que sí? —me atreví a preguntar.

—¡Uy, qué carajo! ¡Yo era un mocoso que se la pelaba mientras la miraba! ¡Y poco más, eh! —protestó, para revelar como un deseo largamente guardado—: Ahora que, si hubiera podido, te juro que *la* hubiera entregado hasta el alma.

Reina golpeó la puerta de la bodega ya bien entrada la noche. En el rostro traía escritas las malas noticias de una jornada dedicada a la cruzada contra los encargados de custodiar los papeles oficiales, a los que, ciertamente, había logrado convencer con su mucho ingenio y mayor labia, pero que ni así le habían permitido alcanzar el anhelado fruto. A mayores, la decepción del taxista, tirado en una silla y saboreando un café, chocó de frente con mi escepticismo, y todo porque de esa criba en rectorales, registros y archivos de instituciones públicas con afán recaudatorio yo esperaba poco, por no decir nada. La expurgación de documentos comprometedores por parte de los represores y el pacto de silencio del posfranquismo, a favor de una reconciliación nacional a la que los historiadores menos comprometidos

aluden y en la que casi siempre se escudan, aparecía ahora en mi busca a modo de vergonzoso vacío.

—¡Qué le vamos a hacer! —solté, conformista.

Pero Reina, tras indignarse por lo que, en su opinión, «no se debería tolerar nunca», insistió en unos trabajos que a mí me llevarían semanas y que él tenía intención de terminar al día siguiente en Lugo.

Había empezado la minuciosa tarea por lo más próximo, las parroquias de San Lourenzo de Fión y San Martiño da Cova, pues el lugar de Mazarelos pertenece a la primera, pero queda más cerca de la iglesia de la segunda, por lo que la boda entre Pepe y Estrella bien podría haberse realizado en una de ellas. Pues bien, en esas capillas no se conservaba ningún registro eclesiástico, como tampoco en la de Santa Mariña de Rosende, la siguiente en cercanía y de la que procedía la familia de Estrella. Después de conseguir las llaves entre los vecinos y constatar la ausencia de la documentación —que según le había dicho un feligrés, primero se la habían llevado al Palacio Episcopal de Diomondi, y después a la rectoral de la iglesia de Escairón—, se presentó ante don Arturo, el párroco de la capital del Saviñao. Este resabido camarada de tute y discusión en el Café Moderno, al que en principio pilló muy dispuesto a colaborar, le permitió rebuscar en los libros, sí, pero en ningún momento dejó de supervisar una pesquisa que terminó enseguida, tanto por lo bien clasificadas que aparecían las parroquias como por la inexistencia de datos de ciertos años, aquellos que coincidían con la supuesta boda de la pareja, entre 1933 y 1935, o con los de lo que yo sabía dramático fallecimiento de Pepe el del Mazaira, en julio del 36.

Así pues, de los archivos eclesiásticos había desaparecido toda referencia al matrimonio de Mazarelos, y lo mismo sucedía en los de las defunciones, aunque estas anotaciones estuvieran completas. Además, al sacerdote no le resultó extraño que Estrella Fontela Pardo, aun figurando como hija de un

matrimonio del lugar de Corveixe, parroquia de Rosende, no volviera a aparecer en los libros, «pues sabido es» —explicó un contrariado Reina— «que personas pertenecientes a una parroquia se casan en otra e, incluso, en otro municipio o provincia, por lo que desde el punto de vista eclesiástico se les pierde la pista». Lo que ya no había sabido justificar el cura era lo de los libros que faltaban ni lo de las hojas arrancadas, pero como de lo pasado tiempo atrás él tampoco tenía que dar cuentas, «lavándose las manos como Pilatos dijo: en aquellos tiempos de la guerra, ya se sabe, Reina».

—A punto estuve de preguntarle, ¿ya se sabe qué, don Arturo? —terminó—. ¿Ya se sabe qué?

—Estaba visto. ¿Así que le nombraste a Estrella? —censuré.

—Pues sí. ¿Hice mal?

Por no responder, apreté los labios y me encogí de hombros. Reina añadió, con pesar:

—Pues la he hecho buena. Pero no creo que le vaya con el cuento ni a Evaristo ni a nadie, porque le dije que eran parientes míos. Y de lo de Mazarelos no di palabra.

La siguiente visita lo llevó al padrón municipal. En una dependencia con lámpara de cuarenta vatios y telarañas congénitas en la que los funcionarios nunca habían entrado, «pero sí las ratas», le dejaron revolver cuanto quiso. No necesitó ni siquiera una hora para darse cuenta de lo inútil del empeño, pues en los libros de empadronamiento de las parroquias próximas a la ribera del Miño de esa época había cientos de borrones de tinta que, ayudados por la humedad y el deterioro del papel, no permitían adivinar lo que se había tachado, y encima, del año 34 al 36 faltaban varias hojas, exactamente aquellas en las que podrían figurar datos del matrimonio Mazaira y de su hija.

—Nada —concluyó Reina, cada vez con mayor disgusto—, que por lo visto un escribiente, armado con estilográfica y tinta china, se puso manos a

la obra y jodió bien jodidos a los historiadores eliminando cuanto podía comprometerlos. Pero todito, eh. Y el tipo debía de ser bastante escrupuloso, que incluso se paraba con las comas. Además, por lo que he podido comprobar, cuando la tarea le ocupaba más de tres o cuatro nombres por hoja, el elemento tampoco tenía reparo en arrancarla. Después la quemaría o lo que fuera, pero el espabilado ni rastro dejó. Por si acaso, también yo arranqué una muestra de su quehacer —advirtió entonces, sacando un papel doblado del bolsillo de la camisa y enarbolándolo como una bandera de rendición—, muestra que, te lo aseguro, nadie echará de menos.

Cogí la hoja, la desplegué y constaté cuanto Reina había dicho. Contenía los habitantes de dos parroquias ordenados alfabéticamente: la primera se trataba de San Vicenzo de Eirexafeita, sin ninguna anomalía, y la segunda, de San Lourenzo de Fión, entre los que había varios nombres borrados, así como el repetido complemento «natural de» y la aldea o lugar donde habían nacido, y otros muchos ilegibles por el leve trazo y la escasa tinta empleada para anotarlos. Como no me iba a servir de nada, preferí dejarlo de lado y seguir escuchando sus andanzas.

Totalmente defraudado y después de tomar un café con un tal Olegario, conocido suyo que trabajaba en el Ayuntamiento desde la Dictadura y que le confirmó que «quien manda manda y hace lo que quiere, aún hoy», por lo que tampoco debía extrañarse de que no lo encontrase, Reina se dirigió al Registro Civil de la comarca, sito en Monforte, donde el mismo enterado le aseguró que estarían registrados todos cuantos espíritus hubiesen pululado por los rincones más recónditos del municipio del Saviñao.

Ya dentro del decadente edificio de la capital de Lemos, el enredo, al parecer, tuvo su historia, porque desde cubrir una solicitud hasta esperar a que un desconfiado encargado le concediese algo así como audiencia, pasando por la kafkiana, calificó él, entrevista a la que fue sometido y que

tenía como finalidad, «además de lamerle el culo al funcionario, saber qué era lo que en realidad quería un taxista venido del monte para fastidiar», todo fueron trabas burocráticas para revisar los enmohecidos papeles. Con paciencia, y mucha insistencia, encontró la complicidad de un empleado joven, «desgreñado él y con zarcillos en las orejas, que fíate tú de las apariencias», al parecer contrariado con el sistema y que, además de cargar con la enemistad de cuantos componían el gremio, se ofreció voluntario para echarle una mano, pero al final de la jornada, hacia las tres, no fuera a ser que a su inmediato superior le diese por agarrar un mosqueo que le complicara la vida más de lo complicada que ya la tenía entre los colegas.

Así pues, como disponía de dos horas, Reina aprovechó para acercarse al Catastro y obtener, ahí sí, la confirmación de que del matrimonio entre Estrella y Pepe no solo no figuraba ningún bien de naturaleza rústica o de inmuebles, ganancial o no, sino que en aquel registro no constaba ninguno de esos nombres como beneficiario, por lo menos, del patrimonio de las propias familias. ¿Cómo era posible, por ejemplo, que Pepe el del Mazaira, hijo único de esa casa de Mazarelos, no hubiera heredado oficialmente ni siquiera una pequeña finca o una viña de sus padres? Y lo que más lo rebotaba: ¿A qué se debía que hubiese desaparecido de las escrituras, que ni figurase en un miserable legado o transmisión patrimonial de sus allegados? La única respuesta se fue configurando, lenta y tristemente, en la mente de Reina.

Cuando volvió al Registro, medio escaldado, antes de ponerse en serio y para reponer fuerzas, picó algo con el colega del *piercing* en una taberna a la orilla del río Cabe, donde se atascaron en una catastrófica conversación sobre los males de esta sociedad y el futuro cierto que a la humanidad le aguardaba. Más tarde, ya sepultados en unos cuartos con las paredes más desconchadas que una plantación de maíz en agosto, la pareja rebuscó cuanto quiso en un montón de estanterías que rebosaban archivos y registros de todas clases.

Hacia media tarde y porque había quedado con su media naranja, el funcionario abandonó, tras advertirle que no se dejara ver ni por las de la limpieza, que nunca entraban en aquel antro del pasado, ni por los municipales, por veces de ronda por los corredores. Y así fue cómo Reina prosiguió con la búsqueda él solo, entregando horas en una desesperante jornada que lo tuvo ocupado hasta las once y media de la noche.

—¿Así que no has cenado?

—La buena carne con picante repite lo suficiente —indicó—. Pero... ¿sabes cuál ha sido el resultado de tanta ansia?

—Cero —apunté.

—No ha habido manera —se lamentó, asintiendo—. Mira que en ese registro hay de todo: testamentos, últimas voluntades, ventas de fincas, de casas, de coches o de lo que sea; protocolos y acuerdos variados, donaciones, partijas... ¡La hostia en verso! Ahora entiendo por qué los notarios y los registradores acumulan tanta pasta. Pero encontrar algo allí es como dar con una aguja en un pajar, pues todo está medio deteriorado o desordenado o se quitó adrede o yo qué sé lo que se hizo. De lo único que se da cuenta uno al hurgar en aquellos años es de que hay casos en los que faltan hojas o trozos de hojas o, incluso, archivos enteros. ¿Y sabes lo que pienso, además?

—Piensa mal y acertarás.

—Por supuesto. Pero por lo visto y comprobado —y sacó otro papel doblado—, deduzco algo que puede tener su puntillo.

—¿El qué? —pregunté, un tanto descreído.

—Que el que hizo los borrones o se llevó las hojas del padrón del Saviñao fue el mismo que se preocupó por eliminar cuanta huella quedaba de esas mismas personas en el Registro de Monforte. Por lo menos usaba la misma tinta. Si no, mira.

Me pasó la hoja, que desprendía ese característico olor del papel viejo, la



desplegué y leí el documento notarial de compra-venta con cabecera y cuño del Registro Civil de Monforte de Lemos. La transacción, datada en el año treinta y tres —incluso con indicación de hora exacta—, se producía entre unos desconocidos vecinos del lugar de Pousadoiro y del Lagar, aldeas sitas al lado mismo de Mazarelos, parroquia de Fión. Pero lo interesante estaba en los dos nombres que ejercían de testigos del trato, pues uno de ellos, tal y como había advertido Reina, aparecía borrado con una tinta negra que a primera vista parecía del mismo tipo que la del padrón del Saviñao. Y no solo eso, porque esa coincidencia bien podía justificarse por el uso de tintero de una única marca comercial, sino que, tras comparar en detalle las dos hojas, verifiqué que el trazo de las líneas aplicado por la mano que había ejecutado los tachones era exactamente igual en los dos documentos: de arriba abajo, con los mismos meticulosos grados de inclinación y la misma altura que la caligrafía empleada, y tan próximas unas líneas a otras que no dejaban ningún espacio en blanco que permitiera distinguir ni siquiera una letra por debajo. No había duda: la eficaz tachadura había sido obra de la misma mano, seguramente la de un concienzudo funcionario afecto al régimen, o al personaje que en aquel momento, con toda la firmeza que se le antojase, mandaba.

—Excusas ir mañana —le aconsejé entonces, mientras proseguía revisando el documento—. En los archivos de la Guardia Civil y del Gobierno Militar, e incluso en los del Obispado, seguramente encontrarás lo mismo.

—¿Y en el Archivo Penitenciario de Bonxe?

—Olvídate de él, así como de los Expedientes de Responsabilidades Civiles, e incluso de Hacienda, de las hemerotecas, del censo, del Gobierno Civil y de todo lo que te he puesto para visitar en Lugo. Rompe esa nota, que lleva un camino equivocado, porque además los historiadores ya repasaron a

conciencia todos los papeles oficiales que nos podrían echar una mano. Lo que buscamos no está ahí.

—¿Y si por casual...? —protestó Reina.

—Sería inútil, créelo, una pérdida de tiempo. Y tiempo es de lo que no dispongo. Sabemos, porque acabas de comprobarlo, que la represión tuvo una segunda fase: eliminar de la documentación oficial toda huella de la primera, la del terror. Y porque lo sabemos, no nos demos cabezazos contra esa pared. Lo único que sirve ahora es lo que recuerdan los viejos. La tesis de la memoria. Por lo tanto, volvamos a ella, aunque sea intuitivamente.

—A ver, entonces, ¿qué dicta ahora tu intuición, Holmes?

—Lo mismo que la tuya: que el viejo Moreiras ordenó borrar las huellas del crimen, y que... Espera.

De repente creí haber dado con algo al final del documento que, incluso mientras hablaba, seguía revisando. Por eso callé, me concentré y releí que, cuando el registrador describía las lindes de la viña que se vendía, donde el «borrador oficial» y el propio Reina no habían llegado leyendo, por el suroeste nombraba al propietario, que era «el mismo vecino de Mazarelos que figura como testigo arriba», o sea, el testigo antes tachado.

—¡Aquí lo tienes: el tachado tiene que ser él, Pepe, no queda otra!

Le leí el párrafo y los dos permanecimos callados, seguramente tocados por una suposición que, a pesar de, a esas alturas de la conversación, ser de cajón, no dejaba de incomodarnos. De romper el silencio se ocupó, todo resuelto, Reina:

—¡Tienes razón, joder, ya basta de historias! Este es un hecho criminal de la hostia, pero al margen del mecanismo represor oficial. Lo que sabemos, porque te lo ha contado uno que lo vivió, es que Pepe el del Mazaira escapó del desastre de Lugo para volver, arrastrándose, al lado de su mujer. No figura en ninguna historia, nadie lo escribió porque nadie escribe las historias

de los pobres de las aldeas, pero sucedió así. Esa misma noche, una cuadrilla de señoritingos desalmados, entre los que, siento decirlo, puede que estuviera tu padre, pasó por Mazarelos y, de una manera u otra, le dio por el culo a la vida. Si eso es lo que pretendes resolver, cómo y quién lo hizo, y como el único que queda vivo es Pallares, lo que tenemos que hacer es ir por él. ¡Ir por él, joder, y obligarlo a cantar!

—¿Torturarlo, quieres decir? —pregunté con sorna.

—Si no se presta, ya me dirás.

—Antes de hacer locuras, quiero contarte algo que hasta ahora te había ocultado —dije, y Reina, extrañado, abrió la boca como para captar mejor la revelación—. Hoy, mientras tú buscabas, he bajado y atravesado el río para ver a Gumersindo. Quería preguntarle una sola cosa, pero importante. ¿Y sabes lo que me ha contestado?, que era muy probable que en aquella época Estrella estuviera...

—Embarazada —completó Reina.

—¿También a ti se te había ocurrido, entonces?

—Sí, también. Dándole vueltas al asunto, por lo que dijo el Chepas, si la mujer de Ramón de Pallares era un bebé cuando sucedió todo y fue él quien se la llevó a la familia del pantano para que la criase, entra dentro de lo posible que Estrella fuera la madre de la criatura. Encaja, en una palabra, siendo desconfiados. Pero, además, ¿por qué Pepe el del Mazaira tenía tanta prisa por regresar a casa? Por miedo, por lo que pasaba, por lo que presentía, por... porque su mujer estaba embarazada, seguramente.

—Queda esa posibilidad. Pero si damos por hecho que la mujer de Ramón era hija de Pepe y de Estrella, entonces también debemos preguntarnos qué fue de la madre. ¿Adónde la llevaron?, ¿qué le hicieron? Son preguntas sin respuesta, porque Gumersindo no sabe nada. —Reina, que atendía y asentía al mismo tiempo, frunció el ceño. Entonces proseguí—: Pero el secreto que te

quería contar no es ese, sino el de la otra hija. ¿Recuerdas que tenían una hija?

—Sí.

—Se trata de otra suposición, que te oculté porque toca a mi familia — declaré, dolorosamente—. Concretamente a... Ella no lo sabe.

—Espabila, anda —apremió Reina, observándome, con el rostro serio.

—Dedúcelo tú mismo. Ramón y mi padre eran de la misma quinta, uno nació en el dieciocho y otro en el dieciséis —expliqué, con calma—, los dos eran amigos, los dos estaban en la órbita de Moreiras, los dos se casaron con mujeres casi veinte años más jóvenes que ellos, los dos... En fin, mi madre es unos dos años mayor que Amalia, y... ¿Cuántos años tenía la hija mayor de Estrella y de Pepe cuando...?

—¡Jooder! ¡Entonces tu madre...!

Guardamos silencio, como digiriendo muy lentamente el amargo bocado que no nos atrevimos, siquiera, a pronunciar. Un momento después, Reina, de un raro salto, se puso en pie y exclamó con firmeza:

—Si tu madre es la hija mayor de los Mazaira, la hermana de Amalia, entonces no tenemos alternativa: ¡hay que ir por Ramón! ¡Pero ya!

Después de debatir una estrategia para entrevistarle, llegamos a la conclusión de que iba a ser complicado acceder a Ramón de Pallares, pues su desconfiado yerno, que desde el principio había apostado un guarda en la puerta de la habitación del hospital, estaría más que avisado y activaría otros medios para, no solo evitar que intentara quitarse la vida de nuevo, aislarlo de mí. Con ser ese el mayor inconveniente, no era el principal, pues Reina y yo podíamos idear algo para estar a solas con el único testigo vivo de los sucesos de Mazarelos, pero aun lográndolo, ¿quién nos garantizaba que el viejo

quisiera hablar? Muy al contrario, presentíamos que, después de mi visita, que había terminado de forma tan cruenta, nunca sería posible una declaración voluntaria, aunque la finalidad fuese tan personal como en verdad era la mía.

—Si tenemos que apretarlo —apuntó Reina, desbarrando un tanto, después de varias tazas de vino—, métodos hay.

—Me daría igual la forma —solté, cansado de buscar salidas—, pero tampoco quiero complicarte.

—No temas, no me complicaré. Pero antes debemos sacarlo de ahí, y, ya que dispongo de algún contacto en el hospital, miraré a ver... Escucha, ¿y si...?, lo que sería más simple, ¿y si vamos a hablar con su hija?

—¡No! —respondí de inmediato, reconozco que alterado—. ¡Eso nunca!

—De acuerdo, de acuerdo —Levantó los brazos y abrió las manos, sorprendido por mi reacción—. ¡No he dicho nada!

—¡Quedamos en que estás a mi servicio y harás lo que yo diga! —impuse—. Con Ana hablaré yo, pero cuando toque.

—Es bueno saberlo —comentó, ya a la defensiva—. Y, por supuesto para no meter la pata, ¿hay alguien más a quien no pueda acercarme?

—No, nadie más.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Pues yo te digo que sí hay.

—¿Quién? A ver —solté, molesto.

—Una tal... Lolita —pronunció, socarrón.

Me apoyé en el respaldo de la silla y cerré los ojos. Reina se percató del perverso instante aquel y comentó:

—Realmente eres como una muñeca rusa, de esas en las que siempre aparece algo más escondido dentro. Pero si quieres no hablamos de ella.

—No tengo nada que esconder —sostuve—. Y menos a estas alturas. ¿Quién te ha dicho...?

—Ha sido hoy, en Escairón y por pura casualidad. Hablando de ti con un conocido que tendrá más o menos tu edad me dijo que ella... En fin, que me cerró la boca con lo sucedido en el pasado. ¡Y yo, claro, ni puta idea del asunto!

—Pues ahora ya la tienes. Lolita la cachonda, la llamábamos —recordé, mirando al techo—. Nunca podré olvidarla, para mal. Por suerte le perdí la pista y... ¿Qué ha sido de ella, sabes?

—Sí. —Y, al decirlo, Reina sonrió por las comisuras—. Mejor dicho, lo sabe todo el mundo que está solo y tiene la billetera llena. No es que yo sea un asiduo, pero no oculto que más de una vez he empleado los magníficos servicios de su, digamos, empresa. ¡Y con el diez por ciento de rebaja por ser del Saviñao, ya ves!

—No entiendo. ¿Qué...?

—Para ser escritor no te van las metáforas, que se diga. Es muy simple, se trata de un puticlub llamado Lolita's, con la «s» como marcando territorio. Lolita'sss —repitió, alargando el sonido—. El nombre ya sugiere algo depravado, ¿no crees? Y lo que ofrece son señoritas de lujo, pero allá en Lugo, en la capital. Pues ella, ahí donde la tienes, por mucho que haya salido de una aldea, es la madama que controla el negocio y que tiene, incluso, unos cuantos tíos para consumo propio. En fin, que al parecer está montada, nunca mejor dicho. ¿Y sabes de qué presume la Lolita cuando habla de ti?

—Me lo vas a decir ahora —solté, entre dientes.

—Sí. Pero no para herirte ni para que te tortures más —exclamó Reina, con una extraña excitación en la voz—, sino para que veas cómo verdaderamente son las cosas de este mundo, para que entiendas que, mientras tú permanecías tantos años enredado con tus alumnos en clase,

sacando adelante o soportando una familia que, tú mismo me lo has dicho, no te llenaba la vida, mientras te escondías o te refugiabas inventando historias que luego aparecían en tus novelas, mientras le dabas vueltas a la cabeza sin poder nunca borrar de la mente lo que pudo ser y no ha sido casi desde que naciste, mientras dejabas pasar la vida como si pensases que tenías otra mejor de reserva, cosa que no hay, ya te digo, otros, u otras de tu quinta, aun siendo menos lúcidos y más mosca muerta que tú, hicieron fortuna o mejoraron presumiendo de haber pasado por encima de un cerebro tan despierto como el tuyo. Porque ¿sabes lo que dice de ti la tal Lolita la cachonda, de qué presume todavía hoy la muy cabrona?, ¿a que no lo sabes?

—Te repites, tío —me ensañé—. ¿Me lo vas a decir o no?

—¡Te lo voy a decir, joder, sí! —bramó Reina, definitivamente alterado, poniéndose en pie, gesticulando e, incluso, salpicando saliva al hablar—. Pues la tal Lolita, la madama Lolita, tu amiga, dice que ella te arruinó la vida, que ella se hizo de oro gracias a ti y que, por muchos libros que escribas y mucha materia gris que manejes, eres un pobre infeliz que no vale para vivir en este mundo, porque, aparte de no entender nada, llevas toda la vida cayendo cuesta abajo sin tan siquiera ser capaz de agarrarte a una guindola. ¡Eso dice, joder!

—¿Dice algo más?

—¡Sí, hostia, claro que dice algo más! ¡Dice que vives de la fantasía porque no soportas la realidad y que no vales ni para tomar por el culo por tu jodida indecisión! Eso dice, también.

—¿Y tú crees lo que dice?

—Yo creo lo que veo y lo que me has dicho, ¡pero también escucho lo que saben de ti los que te han conocido!

—¿Lo que saben de mí?

—Sí, ¡lo que todo cristo sabe de ti menos yo! ¿Qué querías, que por ser tu

amigo o tu empleado cerrase los oídos cuando me hablaban o qué? Pero eso no es lo que más me jode.

—¿Qué te jode? A ver, ¡habla ya! —repliqué, harto.

—¡Me jode que tú, que lo sabes todo de mí porque te he confiado lo que soy y porque me he entregado a tu causa en cuerpo y alma, ni siquiera tuvieras el detalle de advertirme antes, aunque solo fuera para cerrarles la boca a esos imbéciles de los cojones que te ponen de papanatas subido, de advertirme de que llevas toda tu puta vida colgado, o maltratado o como quieras llamarlo, por el amor de una mujer! ¡No que seas como eres o que no seas capaz de agarrarte a la guindola esa, sino que no fueras franco conmigo, que me anduvieras con verdades a medias, que..., que...! —En ese instante, sin aliento, Reina resolló varias veces. Al cabo de un rato, más calmado, dijo —: En fin, que ahora que lo he vomitado todo junto, porque no me quería quedar con nada, ahora que sabes que también controlo tu comedura de coco con la señora Ana, me voy. Mañana nos vemos, si te interesa seguir contando conmigo. *Agur*. Y, si te parece, procura no pasarte con la mierda de las pastillas esas, que no me agradaría venir y encontrarte tieso de una sobredosis.

Y allá se fue. Se marchó. Llevando prendido del iris, ¡mierda ya!, un poso de maltrato. Por mi desconfianza. Por mi silencio. Por su enérgica y desmesurada entrega. Por lo que injusta e intencionadamente yo hasta ese momento le había negado y él me había consagrado: la sinceridad.

¡Qué difícil nos resulta vivir a los indecisos! Cuántas veces tomas una determinación y, por muy minúscula o insignificante que sea, nunca estás seguro de atinar. Nunca. Incluso te comes el coco con si merecía la pena hacerle caso o no a esa voz que martillea en el interior cada segundo sin que



puedas apagarla como apagas un transistor o como cortas una llamada de voz. Porque esta permanece dentro, cargas con ella, va contigo como van los ojos, las orejas, la nariz o cualquier sentido que usas o reservas en tu paso por los días. Sí, pero no es cuerpo, no es materia, nadie la ve porque hay una parte sensible del hombre que no se manifiesta a los demás. La que toma las decisiones, la que se equivoca, la que siente tristeza o desánimo y la que, simplemente, se tortura a sí misma al mirarse.

Lo llamé a las tantas, después de darle vueltas a nuestra discusión y saberme culpable de no haber rendido mi alma a mi único amigo. Reina tardó en coger el aparato. Cuando lo hizo, mostró una voz apagada, como si no hubiera encontrado otra salida que penar o refrescar el gañote. Y yo solo acerté a decirle que sentía mucho no habérselo contado.

—Estabas en tu derecho —hilvanó como pudo las palabras—. ¿Y quieres algo o...?

—Sí. ¿Estás libre esta tarde?

—Me tienes alquilado veinticuatro horas al día, ¿recuerdas? ¿Adónde vamos?

—A Lugo. Ven a buscarme en cuanto puedas.

De camino a la capital le conté, no porque de repente me atreviese o tuviera una íntima necesidad de hacerlo, sino porque Reina me lo preguntó con un asomo de curiosidad que, en ese instante, no entendí del todo, le conté el secreto de Marielisa, ese que nadie conocía, ese que nunca, por íntimo, había estado dispuesto a compartir. «Escucha, ¿y qué ha sido de aquella alumna tuya, la brasileña? ¿La has vuelto a ver o...?», fueron exactamente las palabras que empleó. Y no necesité nada más, había pronunciado las justas

para espolearme el pensamiento y así poder demostrarle lo mucho que él ya representaba para mí.

Después de lo sucedido en el aula, después de lo que me había soltado el baboso jefe de estudios y de todas las trolas que, quizás con la única finalidad de desacreditarme, pensaba que circulaban por el pueblo y que con seguridad comprometían la reputación del profesor y escritor que yo había consolidado con el tiempo y las canas, tomé la decisión de buscarla y aclarar cuanto antes el asunto. Ya no por mí, ni por mi familia o por el montaje social que alrededor de uno se construye, más bien por ella, pensaba, porque, una vez que Marielisa superó el módulo tres de la Educación Secundaria para Adultos, sorprendentemente no se había matriculado en el cuatro, el que otorgaba el título y abría el mundo de los contratos laborales a su poseedor. Así que localicé su dirección en la ficha personal del ordenador de la Secretaría —donde de pasada también supe que, a pesar de los veinticinco años que todavía no había agotado, estaba divorciada, tenía un hijo y había llegado aún no hacía ni un año a Galicia procedente de Pamplona— y caminé por la calle dándole vueltas a lo que presentía como otra historia trillada por la vida de inmigrante a la busca de un destino.

Ya antes de entrar en el portal noté que los vecinos me miraban de forma rara. Mal, en una palabra. Son esas miradas de refilón de portero enteradillo, de ama de casa celosa de las buenas e hipócritas costumbres, todas ellas cargadas de mala intención, esa que lleva y trae cotilleos perversos y que evita traumas sociales a cuenta de arruinar vidas anulando sentimientos, evitando lo que, según ellos, desgasta la convivencia en un edificio como tantos y sostenido por las apariencias.

Confieso que en otras circunstancias, temerosa y cobardemente, les haría caso, recularía y marcharía por donde había venido. ¿Para qué complicarte?, me asediaría de inmediato el pensamiento. Para nada, respondería. Pero en

ese momento no me fue posible huir, pues ya sabía lo de mi enfermedad y, lo que quizás resulta chocante, por una vez me daba igual lo que opinasen los demás. Con ese empuje subí al segundo izquierda, timbré y esperé.

Por un instante pensé que era mejor que no hubiera nadie, al menos aplazar el contacto me daría tiempo para valorar lo que estaba haciendo y me permitiría, seguramente, abandonar la idea y no regresar jamás, pero fue entonces cuando la puerta se abrió y la misma melosa voz de la esbelta mulata que yo recordaba pronunció «¡O professor!», acompañado de una sonrisa que le iluminaba el rostro. Vestida, supuse que únicamente, con una bata de terciopelo verde y oro atada en la cintura, Marielisa mostraba un seductor escote que le llegaba hasta el nacimiento de los pechos y que de inmediato me puso en guardia ante los pérfidos encantos del sexo. No supe qué decir ni qué hacer ante su alegría por verme, que con seguridad fue la misma que me introdujo dentro, que me hizo seguirla como levitando por un penoso pasillo de covacha alquilada para ir tirando y que me hizo permanecer de pie en la angosta salita con sillas de mimbre a la que llegamos y esperar que ella hablase lo que quisiera, porque yo, realmente, no podía. Y aunque pudiese, ¿qué decirle?, ¿cómo explicar mi presencia en aquel lugar y a aquella hora sin acudir a las ganas de verla, de saber si estaba bien y si seguía cerca de mí y con la misma sonrisa, que yo necesitaba como necesita un naufrago del más leve vuelo de pájaro en el cielo azul para seguir manteniendo la esperanza?

Pensé entonces que esa vez no iba a mentir, no podía dejarme atrapar por el estúpido fingimiento que, de un hombre casado y con hijos, se espera en un trance así. Realmente yo no era más que un enfermo terminal, un derrotado por la vida, otro humano infeliz y sometido a los dictados de una sociedad que te sujeta como a un demente y no te deja mover como quieres. Por eso, en aquel instante, como protestando por lo que yo representaba, abrumado

por el candor de su iris, seducido por las horas que ella había tenido a bien soportarme y proporcionarme consuelo en las aulas, en aquel instante, y reuniendo todo el valor de que disponía, hice lo que nunca había hecho, lo que en otra circunstancia nunca me atrevería a hacer porque sería el más ajeno e injustificable acto vital al que un pusilánime como yo puede llegar: di un paso adelante y la abracé.

Puede que resulte difícil de entender reacción tal. Yo no la amaba, de eso estaba seguro, pues tenía ese sentimiento como una espina incrustada en el alma desde niño y por otra mujer. Tampoco me urgía componer una sosegada escena familiar, pues si algo tenía completo era ese aspecto que siempre consideré, porque así me educaron, vital. Entonces, ¿qué?, ¿cómo justificar aquel abrazo, aquella perversión del ser, aquel descenso a los abismos de un cuerpo caliente y desconocido con el que, sin la mínima reflexión, me había unido? Solo veo una respuesta: lo necesitaba. Y no tengo más que alegar.

No sé si el abrazo fue delicado o feroz, instintivo o premeditado, intenso o vacío, y tampoco me importa saberlo. La abracé, sin más. Y no sabría decir ahora ni el tiempo que permanecí arrimado a la calidez de su cuerpo ni si desde ese momento, solo por hacerlo, me había convertido en una criatura más débil e indefensa de lo que ya era antes de entrar en aquella estancia y rodearla con mis brazos. Puede que sí, pero también puede que no, y en ese esencial relativismo radica el humano secreto de los sentimientos, de los que por mucho que queramos nunca podemos estar seguros porque, quizás adrede, escogen caminos inescrutables.

Cuando Marielisa se separó, porque fue ella y no yo quien lo hizo, se apartó a un lado. Avergonzado por mi reacción, quise pedir disculpas, explicarle con palabras cuanto me había asaltado la mente esos días y me había llevado a su lado, pero ella se acercó y puso un dedo en mis labios para limpiarme de ellas la boca.

—*Eu compreendo, professor* —pronunció—, *eu compreendo. Porém, antes de qualquer coisa debes saber de mim.*

Entonces se sentó en una silla y yo hice lo mismo. Y así fue como, mezclando los idiomas como ella los mezclaba, se dispuso a contarme su historia, que no era otra que la de una muchacha de clase media del pueblo de Niterói, en el estado de Rio de Janeiro, quien, con apenas quince años, se enamoró loca y equivocadamente de un amigo de la familia mucho mayor que ella y, además, casado. Lo peor, una vez cumplida la mayoría de edad y marcharse de casa y romper con los suyos para sentirse realizada y libre, no fue *engravidar*, ni verse abandonada, una vez que se empeñó en tener a su hijo, por quien hasta ese momento la mantenía y de quien pensaba que iba a ser el mejor compañero del mundo, lo peor fue, lo tenía claro, encontrarse sola y no saber qué camino tomar en una sociedad que no daba facilidades a quienes cometían tal pecado. Por eso, después de arrastrar su dignidad sirviendo en bares de copas y soportando hombres depravados que no la sacaban de nada y poco a poco la empujaban a una vida que nunca había deseado, tuvo la socorrida idea de colocar varias fotografías en una página de contactos de Internet y, para su sorpresa, una mujer brasileña que vivía en España y que tenía una agencia de relaciones, muy seria, según ella misma proclamaba, la llamó a los dos días. La propuesta fue tan simple como seductora: venir a Europa, conocer a una persona que estaba sola y que, «por lo visto de su nivel de hermosura en el retrato», apuntó, «estaba dispuesta a pagar una elevada cifra por casarse con ella y arreglarle la vida». Ya que el niño no constituía mayor pega para el pretendiente que la había escogido, que ella lograría, además, no solo el permiso de residencia, sino también la nacionalidad española, y que, encima, no ejercería la prostitución como tantas adolescentes en situación semejante, no lo pensó dos veces y se arriesgó echando mano del billete en clase turista que se le ofrecía y rompiendo

drásticamente con todo su pasado. Así fue como se casó por lo civil con un receloso relojero navarro de cincuenta y tantos años, viudo y con dinero de sobra, que la trató bien y que le cumplía cuanto antojo tenían ella y el niño. Eso en el primer año de convivencia marital, porque enseguida empezaron los celos, las desconfianzas y, al final, los gritos y los desprecios por algo de lo que ella no tenía la culpa: el asedio al que los vecinos y conocidos del hombre sometían a la sensual hembra, casada con un viejo y a la que todos querían seducir. Por muy fiel que le fuese, todo acabó funcionando tan mal entre ellos que el trámite del divorcio, resuelto en pocos meses y con el acuerdo de las partes, la convirtió en una mujer libre y con algo de dinero para ir tirando durante los tres años siguientes, en los que si bien le fue fácil encontrar trabajo gracias a su atractivo y agradable trato, nunca pudo firmar un contrato en condiciones ni logró, por supuesto, evitar el desprecio de sus compañeras de trabajo, que la miraban como a una intrusa venida de fuera, o a las desconsideradas pretensiones en las que se enredaban como imbéciles los hombres maduros.

Marielisa había llegado, no hacía mucho y en autobús, a Galicia convencida de que el idioma —que un amante esporádico le había dicho que se hablaba en este rincón de la península, muy parecido al de Brasil— le iba a ayudar a entenderse mejor con la gente, y porque ya no quería seguir viviendo en aquella ciudad donde se veía marcada por los gestos aviesos de los habitantes del barrio. Por eso fue a caer en un pueblo gallego como cualquier otro. Y alquiló un piso y trabajó por las mañanas en lo que fue encontrando, siempre mal pagada, hasta empezar a entender cómo funcionaba nuestra interesada sociedad y matricularse en lo que le dijeron que más rápidamente le podría dar un título que le serviría para conseguir un empleo duradero y digno que la alejase de la cruel fama que ella misma se creaba subiendo a los automóviles de supuestos novios con traje caro y mirada

ansiosa. Y así, con entrega, cuidó de su hijo y de sí misma mientras la vida pasaba a su lado muy lentamente y, más que nada, triste. Hasta que un día, en una de esas suertes que depara el destino, más que impresionada se sintió bien escuchando a un cortés y melancólico profesor que, por las noches y ante una panda de adolescentes maleducados y sin otra pasión que el no hacer, hablaba en el aula y como para ella de poesía. Un profesor que les contaba historias fantásticas, esas que ella no había vivido nunca ni esperaba nunca vivir, y que encima los llevaba al teatro y les mandaba leer novelas románticas y de aventuras y que, además, entendía su idioma y parecía llegar hasta el fondo de su mirada como nadie había llegado desde que se había atrevido a cruzar el océano. Ese profesor, maduro y de mirada cansada, necesitado como todos de estima, que a mayores escribía libros, se llamaba Carlos. Ese profesor era yo. Y ella, que por mucho que murmurasen los vecinos estaba sola y se refugiaba día tras día en el candor de su hijo para seguir luchando, porque también era un náufrago en tierra ajena, ella asistía a clase porque necesitaba algo más que el mero título. Y yo, sin quererlo, con el amargor de las horas reiteradas, oprimido por la insatisfacción de unas sesiones que a duras penas o solo por ella soportaba, yo había sido el que le había echado el pequeño salvavidas que le hacía la existencia más llevadera. Hay que ver.

Sentado e inmóvil en aquella salita, escuchándola, tuve la impresión de que cada una de sus palabras me arañaba por dentro al darme cuenta de lo mucho que ignoran las personas de lo que, por uno, llegan a sentir los demás, o de lo que, sin quererlo, tú mismo eres capaz de hacer sentir a esos otros.

Marielisa concluyó dejando claro que en aquel instante acompañaba, en privado, a dos clientes de los que obtenía dinero para vivir sin estrecheces, pues la habían despedido de una fábrica textil por no tragar con el sobón y

basto encargado de sección, un tal Hipólito, empeñado en que se la mamase si pretendía renovar un mísero contrato de aprendiz.

Pero conmigo no, ella no quería algo así.

—*Seria como atraiçoar o espírito* —dijo, con tal dulzura que me conmovió—, *o paraíso procurado*.

Me quedé con la boca abierta, pensando en que las vueltas del pensamiento trastocan tanto la realidad, que luego no hay forma de encajarla. ¿O es la realidad lo que lo transforma todo, por lo visto para mal? No sé. Lo cierto es que, tras confesarle lo de mi cáncer, a lo que ella correspondió acariciándome la mejilla y pronunciando, esta vez sí, mi nombre, nos pusimos en pie y busqué la salida. Hacerlo no representaba huir, no era abandonar la incierta relación por la que me sentía atraído o en la que, sin remedio, ya estaba atrapado, pero bastaba para procurarme un momento de calma y para reflexionar sobre lo que estaba sucediendo. Entonces fue cuando, con la puerta entornada, Marielisa reveló lo que sentía, justamente lo que yo necesitaba antes de tomar cualquier decisión.

—*Olhe, professor! Se volver a mim, será para estar juntos a vida que resta por viver*.

Recuerdo que, en el descansillo del primer piso, una vez que ella cerró la puerta, llevándome las manos a la cara porque no quería que ni las sombras de la escalera fueran testigos de mi confusión, porque de repente no me reconocía y porque aquella visita había removido para siempre los cimientos de mi persona, me senté a lloriquear como un niño.

—Vaya, vaya —fue el cauteloso comentario de Reina, en cuanto se dio cuenta de que así había terminado mi charla.

Al penetrar en aquella atmósfera de luces rojas y penumbras rebuscadas



del Lolita's, un local de alterne como cualquier otro, supongo yo, a pesar del lujo que la decoración, la delicada música y los espejos biselados le otorgaban, no pude dejar de sentir una cierta angustia. Y todo porque la vista se me perdía una y otra vez en las carnes blancas e insinuantes de mujeres jóvenes que, con sus perversos gestos de gata, detrás de la barra o moviéndose en ropa interior entre la encorbatada clientela masculina, aceptaban propuestas. Preferí no hablar y, tal ciego a su guía, seguir a Reina entre las mesas, no solo porque él ya había entrado antes con el encargo de intentar sacar fuera a la dueña, sino porque parecía moverse con cierta soltura en esos ambientes.

—¡Venga, Reina, capullo!, ¿tú sueñas o qué? —fue, al parecer, la desabrida respuesta de Lolita—. Si crees que me voy a meter donde babean los andrajosos de tus clientes, vas listo. Gastando un Mercedes, aún tendría un pase, pero ¿adónde vas con ese miserable taxi de aldea? ¡Que entre el Charly aquí, si tiene lo que hay que tener, y nos tomaremos una copa en condiciones! Por los viejos tiempos, dile. Y que invita la casa.

El retrato que recuerdo de ella en aquella entrevista no va más allá de un exceso de maquillaje en el rostro, el pintarrajeo de carmín en los retocados labios, la postiza melena lisa y negra, y el vestido de cuero y a juego apretando una voluptuosidad que, adrede y por el escote, mostraba una inflada pareja de senos entre los que aboyaban con suprema vulgaridad las perlas de un collar. Por lo demás, la altura de todo el conjunto, encaramado en unos exagerados tacones de aguja, hacía que se moviese de una forma tan antinatural como ridícula. En eso había dado la Lolita, nada que no se anunciara treinta años atrás en una descomedida y procaz adolescente de barrio.

Bajo el confuso fulgor de su mirada entré por la puerta de una habitación privada con paredes revestidas de terciopelo rojo e, inmediatamente, tal

caballo meneando los cuartos traseros, vino hacia mí, me arrimó dos besos, aspiró el alargado cigarrillo que con desidia sostenía entre los dedos y, separándose, me contempló de arriba abajo como quien mira un despojo desde su supuesto refinamiento.

—Siéntate —indicó, dejándose caer en un sofá y cruzando las piernas. Luego miró a Reina y, mientras expulsaba el humo con las palabras, lo despreció así—: Y tú, *calamidá*, sal, anda. Ve a desahogar tus traumas con la Vani. Pero pagando, eh, que por muy bueno que seas en la cama, estoy harta de que se la metas por el morro. Si de vez en cuando le dieras una alegría a la jefa, aún tendría un pase, ¡je, je, je!

Aquella risa sardónica le hizo mostrar, además del bamboleo antinatural del pecho, una dentadura corregida y casi perfecta. Pensé entonces que no tenía gracia, ninguna, pero advertí que por mí podía quedarse.

—¡Pero no por mí! —impuso ella, acostumbrada a mandar—. ¡Sal, venga!

Reina, sorprendentemente, acató la orden y se dirigió a la puerta. Entonces, sin llegar a abrir, se volvió y le dijo:

—Querida Lolita, antes de salir te voy a dejar un acertijo, para que te entretengas cuando estés ociosa. ¿Qué será que no será lo que, en este mundo y por mucho dinero o por muchos años que se tengan, algunos, o algunas — recalcó—, nunca podrán alcanzar? ¿A qué crees que me refiero?

—¡Que te den, Reina! —bramó ella, mientras el aludido salía con una artera sonrisa que si no le abarcaba de oreja a oreja poco le faltaba.

Después de poner a caldo a aquel «sabidillo del que nunca contaría que tú te acompañaras», la Lolita, sin parar de hablar, se centró en el viejo amigo que yo era y en que con los ojos cerrados apostarí a lo que fuera a que jamás me atrevería a aparecer por allí. Por lo demás, me encontraba «un tanto desmejorado, como echado pero que mucho a perder», consideró, pero eso ya lo sabía, pues acababa de llamar a Evaristo y...

—¿Para qué lo has llamado? —pregunté, disconforme.

—¿Para qué has venido? —remedó ella—. Porque a echar un polvo...

—Para averiguar algo —atajé su desmesura—. De cuando jóvenes.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? El tiempo pasa.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo sabes que te puedo ayudar?

—Tú participaste. Me condenaste para el resto...

—¡Yo no te condené a nada! —tronó su desacuerdo—. Aproveché el momento para medrar. Así de simple. Y con eso ya te contesto. ¿O piensas que me gustó jugártela? ¿Acaso piensas que todavía hoy me gusta poner el coño a quien me asquea? No era tu caso, pero... Puede que pienses que las personas como yo no tienen sentimientos o que... No le demos más vueltas: tuve que hacerlo y listo.

—¿Cómo que tuviste que hacerlo?

—Sigues sin entender nada, pero nada, Charly —acusó, sin evitar el insulto a quien esperaba por el secreto—. Eres un tonto que solo sabe de lo suyo y de lo que pasa por las alturas, pero nada de esta jodida selva. A veces, mirándote, te juro que he pensado que no eres de este mundo. No puedes serlo, por inocente, porque hay que explicártelo todo. ¿Dónde coño tienes la imaginación? ¿Extraviada o qué? ¿Puedes inventarte cualquier cosa en los libros y no eres capaz de presentir o adivinar lo que te pasó a ti? ¿Por qué crees que he llamado a Evaristo, en cuanto he sabido que estabas ahí fuera? A ver, ¿por qué? Déjalo, no te molestes. Porque sí, porque después de aquello él... —Lolita resolló, con pesar, como si necesitase soltar cuanto llevaba dentro, antes de volver a hablar—: Ya que quieres saberlo, ya lo sé. Ahí te va, entonces. ¿Tú quién crees que manda en este local, tanto o más que yo? ¿Quién, a ver? Pues él, el todopoderoso Evaristo Moreiras. Él fue quien me dio la pasta para marcharme de Escairón y montar el negocio. Sí, no te

sorprendas, así de fácil es. La pasta que todo lo puede, Charly. Yo cumplí mi cometido contigo. Y lo hice bien y cobré mejor por lo que me condenaba tanto como te condenó a ti. Fue una trampa, ya te darías cuenta, pero una trampa bien planificada. ¿No te acuerdas? Después de aquella fiesta tú estabas algo bebido, incluso algo resentido porque Ana había aceptado ir con él en el coche, y seguramente también por tu incapacidad para resolver lo nuestro. Y a mí no me importaba acostarme contigo, pero nada. Creo que incluso era un reto intentar seducirte. Charly, el especial, el cavilador, el cerebro incorruptible al que no le iba ninguna otra mujer porque solo tenía ojos para su platónico amor de adolescencia. Pero hasta el amor caduca si no se usa, ¿entiendes? Por eso me quedé contigo en el piso aquella noche, por eso me quité la ropa y me acerqué a ti y te enseñé las tetas y me abrí de piernas y...

—¡Calla, por favor! —pedí, abatido—. ¡No quiero recordarlo!

—Pues yo me acuerdo de todo como si fuera ahora, de cómo gemías en el sofá y de tu cara cuando, como estaba previsto, los dos entraron silenciosamente y nos pescaron enganchados. ¡La vida, Charly, la vida, que unas veces nos da y otras nos quita! Ese fue el momento, el momento decisivo para todos: un puto polvo entre dos que ni siquiera se amaban. ¿Pero no te pareció todo demasiado casual, todo tan oportuno, tan...? Me acuerdo como si fuese hoy de la pobre Ana con la boca abierta, de la risa contenida de Evaristo, de tu expresión de patético subido que no tiene a qué agarrarse, allí tirado, con el culo al aire, con la polla ya derrotada y los calcetines aún puestos. ¡Hecho una pena, Charly! Y a mí, aunque no me importó acabar contigo, porque todos sabíamos que allí se acababa lo tuyo con ella, o lo de ella contigo, si es que alguna vez hubo algo, a mí hasta me diste pena. Después solo tenía que callar, no decirte palabra. Eso es lo que él me ha recordado hace un momento. No se te ocurra decirle nada, pero nada, ordenó

medio enrabiado, como lleva haciendo todos estos años. Fóllatelo si quieres o si se deja, dijo, pero no le cuentes aquello. Eso fue lo que más me dolió, ese desprecio, ese... Puede que sea por eso por lo que te lo estoy contando. Al putaño de Evaristo solo le importa... ¡Boh, ahora ya da lo mismo! Te la jugó bien jugada y yo fui su instrumento. Él es así, solo le importa lo suyo. Los demás que se jodan, tú y yo entre ellos. Y lo sentí, no te vayas a pensar, sentí que te hubieras quedado abobado como te quedaste delante de todos, más que nada delante de ella, sentí que lloraras como lloraste en cuanto se fue corriendo y con Luis detrás para consolarla. Pero yo, además de por la pasta, tenía otros motivos diferentes a los suyos: odiaba a Ana. Aún la odio, con todas mis fuerzas y sin que para nada ella tenga la culpa. Por eso acepté. Y me importó entonces y me importa ahora, porque a todos nos quedan esas sombras de lo que hicimos mal. ¿No te pasa a ti? Aun así, puesta en el caso, te juro que hoy mismo lo volvería a hacer, porque si tengo que escoger entre yo y otro cualquiera, con tal de largarme de aquella aldea donde todos me despreciaban... —Lolita se detuvo para dar una calada al cigarro. Con el humo, soltó—: Y así fue cómo pasó. ¿No venías a enterarte? Pues ahí lo tienes, así. Te vendí ante Ana, y tú, Charly, el enamorado, el infeliz que nunca ha tenido fuerzas para tomar una decisión, no has podido superarlo. O eso dicen, vaya. Pero ahora te voy a decir algo más, para que veas que todos tenemos lo nuestro y nadie mira por lo de los demás. Responde a una pregunta simple: ¿quién crees que me gustaba en aquella época?

—Pregunta mejor —logré articular, a pesar de todo— a quién creo que importunabas.

—¿Así es cómo me veáis todos?

—No, así es como te manifestabas. Siempre salida, siempre pervertida. Así eras, Lolita, una devoradora de...

—¡Pues estabais equivocados! —protestó ella—. A pesar de esa pose, de

esa forma de ser, yo tenía mi corazón, aún lo tengo, y amaba y aún amo con toda el alma a una persona. ¿Sabes a quién? —Negué con la cabeza—. Discurre un poco, anda, o ¿para qué coño has estudiado? ¿Sabes a quién?

—Perdona, me resulta difícil pensar en ti como... ¿No sería a mí?

—¡No, no era a ti, idiota! ¡Qué iba a ser! No me van los intelectuales que no hacen más que comerse el tarro y que ni siquiera saben ser ellos mismos. Tú no me vas, nunca me has ido, Charly, y creo que se nota. Adivina, vamos, que esta es muy fácil, más que la de Reina.

—No lo sé.

—Sabes, sabes —apretó.

—No sería a Lolo, porque...

—Pero hombre... ¡Claro que no! A ese todos lo veíamos muy de la otra acera. Todos menos tú, que siempre estabas en Babia, por mucho que se te arrimara. Aguza un poco ese magín, anda.

—No creo que sea a Evaristo.

—¿Y por qué no?

—Porque siendo así, incluso yo me doy cuenta de que para conquistar a la persona amada hay ciertos... ciertos métodos, llamémoslos así, que no funcionan.

—¿Cuáles? —preguntó muy interesada—. ¿A qué métodos te refieres?

—A los que tú aplicabas. Métodos tan expeditivos que producen rechazo.

—Explícate, anda.

—Pero, Lolita, ¿adónde ibas tan ligera, tan basta, levantándote una y otra vez la falda para que te viésemos las bragas o dejándote meter mano en todas partes, yendo con él en el coche y... y todo lo demás? ¿Adónde ibas cediendo siempre a sus deseos más rastreros, que luego proclamaba sin cortarse un pelo? ¿Crees que se puede conquistar de verdad a un hombre actuando como tú actuabas?

—¿Quieres decir como una puta? —preguntó, y yo no respondí. Entonces, como con pesar, dijo—: Soy una puta, Charly. Una puta. Puede que ya lo fuera entonces, pero —confesó, cerrando los ojos al hacerlo— no sabía otra forma de demostrarle mi amor.

—¡Así que era él! —me sorprendí.

—Era él, era —reconoció con desánimo, volviendo a abrirlos.

Guardamos silencio. Lolita echó otra calada, intercambió las piernas cruzadas, recostó la cabeza en el sofá y dejó salir lentamente el humo por la nariz. Después se recompuso un poco y me ofreció una copa, si ya me atrevía a probar el alcohol. No sé qué respondí, pero ella se levantó y me sirvió algo líquido en un grueso vaso de cristal, que enseguida colocó en mi mano. No creo que bebiese en el resto del tiempo que duró nuestra charla, por lo menos no recuerdo más sabor amargo en mi boca ni tengo sensaciones más ajenas que la pena que transmitía el pozo de oscuridad en el que, sin buscarlo, los dos habíamos caído. Aquella extraña pareja, Lolita, la madama cachonda, y Charly, el cavilador desahuciado, tan aparentemente diferentes uno del otro, no estaba formada sino por dos derrotados de los sentimientos, dos cuerpos sin alma que habían llegado hasta aquella estancia sin más aliento que el de la aflicción, sin más inquietud que la de recordar las imágenes de un fatídico episodio que, tiempo atrás, los había unido para mal y del que ya no habían podido librarse, ni de él ni de la desazón que seguía provocando. Y yo, que aún ahora, tantos años después, había venido a pedirle explicaciones, no tenía ni idea de que todo —como todo lo que, de una forma u otra, sucede y llevamos oculto o anidando donde daña— había tenido un ruin porqué.

—Tú amabas a Ana, yo amaba a Evaristo —proclamó Lolita, en un inevitable derrumbe—. Podía ser todo tan fácil y perfecto que no dejaría marcas en nadie. Ni la primera. Cada oveja con su pareja, y listo. Pero él, porque Ana se le resistía, porque andabas tú por medio, él la deseaba a ella. Y

ella, la virginal y estúpida Ana, que no sabía ni lo que sentía ni lo que quería, que ni siquiera ahora debe de saberlo, porque eso va con la persona, ella no quiso decidir. Como una marioneta, dejó que fuera aquella maniobra que él planeó y que nunca creí que le diera para tanto, la que le resolviera la papeleta. Por eso yo también me metí en medio. No por amor, sino por odio. El odio fue lo que nos derrotó a todos. Yo odiaba a Ana y Evaristo te odiaba a ti. A su manera, pero te odiaba. Creo que todavía te odia, por ser como eres, tan... tan diferente a él. Y tú, Charly, tú no odiabas a nadie. Tú no odiabas a nadie y eso acabó por perderte. También va contigo, esa forma de ser, te ha condenado para la vida, porque creo que en este mundo hay que odiar algo o a alguien, aunque no sea más que para desahogar, incluso para...

—¡No digas tonterías!

—¡No son tonterías, coño! —protestó—. Si el amor puede ser tan intenso y desesperante a la vez, lo mismo se puede decir del odio que lleva consigo el desamor. Charly, yo a ti, puedes creerme, nunca te he deseado mal, nunca he querido hacerte lo que te hice aquella noche, pero pensé que era solo un juego, que al cumplir los deseos de Evaristo estaría más cerca de él y... Estaba equivocada, ahora lo sé, como lo he estado cada vez que venía a mí y dejaba que enterrara en mí la rabia por lo que tu indecisión provocaba en Ana. Porque tú, sin quererlo, tan inepto como siempre has sido para esas cosas, tú alentabas su rencor, aún lo alientas, porque él no entendía que no intentaras algo con la persona que amabas, que no te le declararas, que no actuaras como cualquier hombre actúa en estos casos.

—Era muy malo para eso —reconocí, quizás extrañado de su clarividencia—. Todavía lo soy.

—Digamos que no tenías un método.

—Ni lo tenía ni lo tengo —reconocí—, al contrario que tú.

—Pues entre tu extremo y el mío, no sé con cuál quedarme. Entre el



estúpido retraído que siempre has sido tú y la puta salida que he sido yo, debe de haber un término medio al que nunca hemos sabido llegar ninguno de los dos. Ese ha sido nuestro error, el gran error de nuestra vida, Charly, no dar con el punto justo. Y yo ahora pago mi torpeza conformándome con una visita cada dos semanas de mi caballero. Porque tienes que saber que Evaristo me visita desde hace muchos años, casi tantos como pasó aquello. Viene a Lugo, últimamente muy cabreado, que no sé qué está pasando contigo, entra discretamente por la puerta de atrás, como todos los grandes hombres que tengo por clientes, bebe sin parar mientras escoge la hembra más joven o la que más le apetezca y, como para demostrarse algo o lastimarme, como un depravado, la folla delante de mí con el poco brío que le queda. Y luego, ¿sabes lo que hace?, se pone a llorar en mi hombro. Y así, entre whisky del caro y penas, porque lo nuestro son todo penas, Charly, aunque no lo creas, nos cogemos una tranca los dos juntos y dejamos pasar el tiempo durmiendo toda la noche en mi cama. Como te lo cuento. En esto ha dado nuestra historia de amor. Ana, entretanto, la hermosa y sensible Ana, tu enamorada de siempre, que en eso no puedes engañarme, la mujer del monstruo lleno de dinero y poder en que Evaristo se ha convertido con el paso de los años, por lo visto lo único que hace es criar a sus hijos y dormir siempre sola, que eso fue lo que él me contó el otro día todo desesperado, después de enterarse de que tú andabas revolviendo en sus asuntos. Duerme sola, Charly, ¿me escuchas? ¡Ana duerme sola! ¿Y sabes lo que eso significa?, porque parece que a ti hay que explicártelo todo, pues que la cosa no funciona entre ellos, que no es feliz. Te lo digo por si te consuela, porque seguro que él nunca te lo dirá. Y ella tampoco, como tampoco tomará una decisión para cambiar de cama, a no ser que pase algo muy grave, algo como lo que pasó aquella noche entre tú y yo. Y aunque pienses que no importa, a veces resulta interesante saber con quién duerme todo el mundo. Yo lo tengo como un indicador de la

felicidad de las personas. No creas que es una estupidez saber con quién dormimos los que estuvimos metidos en el ajo. Si lo piensas bien, explica en qué hemos dado cada uno de nosotros, explica lo que verdaderamente somos o la clase de persona que hemos llegado a ser. Haz un esfuerzo conmigo, anda: ¿con quién dormimos los que salíamos juntos en aquella época, a ver? Lolo, pobrecito, se la cascará entre las vacas pensando en su amor imposible que, aunque no te dieras cuenta, siempre has sido tú, y dormirá en los establos que montó para huir de la jodida realidad. Típico en él. Pero es duro ser maricón en este mundo. Mucho. Evaristo, el poderoso Evaristo Moreiras, cada día más atormentado, perseguido por no sé qué fantasmas, duerme aparte, él solo, siempre y cuando no se acerque al Lolita's para lamentarse ante quien, a pesar de todo, aún lo quiere. Y Ana ya lo sabes, ¡pero que se joda!, que creo que incluso le da por beber. En cuanto a mi...Yo debo ser la única que tengo un hombre cada noche a mi lado, ya sea rico o pobre, de los que mandan o de los que agachan la oreja, que para el caso poco importa, pero uno cada noche. Y, encima, mientras me hace las guarradas que a mí siempre me gustó que me hicieran, le vacío el bolsillo y pienso que todo podría haber sido de otra manera. Es así, no te escandalices. La vida es un pellejo que hay que llenar y quiero apurarla hasta el final, aunque sea con un cualquiera. ¿Y tú, Charly, tú qué? ¿Con quién duermes, a quién se la metes, a ver?

—Siempre has sido muy basta hablando.

—Nunca he tenido tu labia, ni he sabido decir las cosas con esa bonitura que tú te gastas —protestó—. Pero las digo, ¡vaya si las digo! Por cierto, cojonudos, tus libros. Ya ves que me cultivo cantidad, que para leer esos tochos... Pues piensa que si los escribiera yo todo quedaría más vulgar, pero sería lo mismo, ¿no crees?

—Sí, seguramente sería lo mismo —respondí, al tiempo que me levantaba

y me dirigía a la puerta.

—¿Ya te escapabas? —me preguntó, para enseguida chuzar de nuevo—: ¿No quieres saber nada más de aquel trabajo? ¿Ni siquiera en cuánto le salió la broma a Evaristo?

Completamente abatido por lo que las palabras de Lolita me acababan de confirmar, consideré que los pormenores eran irrelevantes. Aun así, le di una respuesta, a modo de despedida:

—Ya me lo has dicho. Salió muy caro. Pero a todos.

Di un paseo por la vieja Muralla intentando olvidar, pero al cruzarme con desconocidos todo parecía más desolado. Además, el azote de un viento infame que maltrataba las calles y la imagen de Ana contemplando la ridícula desnudez de mis nalgas al asediar las piernas de Lolita, hizo de mí un fantoche, un irremediable fantoche que acaba de caer en una isla llena de gente a la que nunca deseó arribar. Quizás por eso, y por las náuseas que últimamente se acentuaban, regresé al taxi.

Ya de vuelta, sepultado en el asiento, quise cerrar los ojos. Contar seguido. Descubrí entonces que, por suerte, esta vez no era yo el que conducía. Reina, respetuosamente, asumiendo que, antes de compartir lo descubierto y resolver, yo mismo tenía que digerirlo, optó por la melancolía. Y por Leonard Cohen, mientras se tragaba toda la oscuridad del asfalto sin decir ni pío.

—¿Quieres que te eche una mano o...? —me preguntó, justo cuando nos deteníamos delante de la bodega.

—Ya me la estás echando —dije—. Nos vemos.

Me fui para mi guarida. Como se iría un perro. Con sarpullido. Dispuesto a rascarse en solitario la borrachera del pensamiento. Y me senté. Me senté delante de la ventana desde la que, bajo la luz de la luna, divisaba una

perspicaz niebla llenando los bancales. Me deshice de los zapatos por pura comodidad. Pensé en que, además de ser un fracaso, mi vida se había torcido. Retorcido. Mucho más de lo que había imaginado. Y todo por su culpa. No el cáncer. Por Evaristo. Sí. Aquel camarada de infancia, con su rastrera actitud moviendo los hilos de los otros, además de engañarse a sí mismo, me había cortado todo sentimiento. Y cuanto yo necesitaba para salir adelante. Entonces me pregunté. Me pregunté si merecía la pena. Tanto esfuerzo. Todo aquel sacrificio final que no hacía sino provocar una comezón interna que no me dejaba descansar. Y no obtuve más respuesta. Otro interrogante. ¿Qué haría si no me entregase a él? ¿Sería capaz de seguir adelante si no estuviera metido en esto? No lo creo. Y no lo creo porque el humano es un ser, más que inquietante, inquieto. Puede estar muy enfrascado en lo cotidiano o entregado a dejar pasar con placidez las horas, pero en cuanto se le mete en la cabeza una idea. Una de esas fijaciones que clama desde el interior y de la que ni por asomo logra huir. De esas que en un momento dado parecen importar más que nada. Entonces lo abandona todo. Todo. Pero todo. Y se entrega. Como un poseído. A lo que quizás no es más que una banal obsesión.

¿Era aquella una obsesión que se me había incrustado en la mente ante la proximidad del final de mi existencia? ¿La rama que había mencionado Reina y a la que, deslizándome por el abismo, intentaba agarrarme? ¿Sí o no? No lo sabía. Ni siquiera me importaba. Solo tenía claro, porque nacía en mí y me baqueteaba el pensamiento, que me proporcionaba el aliento. Lo que necesitaba. Y eso era lo único. Lo esencial. Todo lo demás carecía de sentido.

Así fue como —porque cuando no te queda nada, parece que solo drásticamente puedes aliviar la sensación de fracaso que sin remedio te envuelve—, a eso de las cuatro de la mañana y dispuesto a ordenar con presteza el futuro, tan confuso y cada vez más reducido, hice una llamada.

—Ven en cuanto puedas —ordené. Y añadí, con decisión, con la seguridad de que con esa propuesta me haría más daño—: Tenemos que actuar.

—¿Has caído de la burra, eh? —consideró—. No esperaba menos de ti.

Al colgar pensé en que Reina me comprendía tanto como un ser indefenso desea ser comprendido, creía en mí más de lo que ninguna persona había creído nunca, incluso más de lo que yo merecía o quisiera creer. Puede que sea por eso por lo que lo admiro tanto y le perdono cualquier falta: por tener esa fe ciega en tan poca cosa.

TERCERA PARTE

LA NOCHE  
DE LOS PERROS RABIOSOS

Después de maquinar durante horas, Reina, que fue quien realmente llevó la voz cantante en la horripilante noche que nos esperaba, activó su «red de control zonal». A través del teléfono móvil puso en alerta a los taxistas más allegados de la parada de Escairón y a los que, en Monforte de Lemos, poseían la concesión del hospital. Tenían la misión de, ante cualquier novedad relacionada con «el caduco suicida de la dos-cero-siete», avisarlo inmediatamente, de día o de noche, estuvieran cagando o de servicio, así les dijo. A continuación llamó a un conocido suyo, subalterno en el centro sanitario, y lo contrató para que se prestase voluntario para «cuantas guardias haya que hacer, desde este instante hasta que el viejo deje la cama». Él correría con todos los gastos, cafés incluidos, y también, porque estaba al tanto de la movida interna, de los sobornos nocturnos que provocaría vigilar continuamente aquella habitación. Para ello, contactó con una enfermera con la que años atrás había tenido un movido asuntillo —iniciado durante una operación de apendicitis en la que ella se había ocupado, con todo el mimo y mayor estupor, contó, del más íntimo rasurado—, y eso que la tal Marica «tengo que confesarte que no es ni por asomo el ideal de mujer por la que bebería los vientos». Ella, para no repetir lo de hacernos pasar por médicos, tenía el encargo de, por la mañana y dada la buena relación que mantenía con el facultativo que atendía a Ramón, acercarse a su consulta e informarse de la evolución del paciente.

Así, en una malgastada vigilia en la que deambulamos a saltos por los gustos literarios —para Reina, Auster es Dios; para mí, que no soy religioso, solo Luis Landero ha llegado a profeta—, esperamos a que, bien pasadas las

doce del mediodía, el móvil nos desperezase. La voz de Marica nos transmitió un esperanzador parte médico, para concluir con que, gracias a que el paciente, alimentado por vía intravenosa, no había mostrado reacción contraria a las sedaciones y a la medicación, después de dos días tranquilo en una habitación individual sin más vigilancia que la de un guarda privado, «con permiso expreso de la dirección», precisó, y dada la contumaz insistencia de los familiares, concretamente de su yerno, para sacarlo cuanto antes de allí y hacerse cargo él mismo, el médico optaba por darle el alta, hecho que, si el paciente evolucionaba como esperaban, se produciría al día siguiente, justo después de la revisión en planta.

—Tenemos esta noche —advirtió Reina al colgar. Y, convencido como yo de que la custodia que Evaristo le aplicaría a su suegro me cerraría la única vía, preguntó—: ¿Te atreverás?

Apreté los dientes y asentí con la cabeza, decidido a romper con cualquier consideración. Entonces mi taxista, entregado más que nunca a la causa, se puso en pie y, resollando con fuerza, agitó un puño en el aire y dijo «de acuerdo», pero que antes tenía que bajar a Monforte «para amarrar bien amarrado el plan que en pocas horas nos proporcionará un rotundo éxito o el más duro de los fracasos». Así lo dijo. Preguntado sobre el particular, solo hizo un ambiguo gesto con la barbilla que inmediatamente me llevó a temer lo peor, pero, me pregunté, ¿qué venía a ser lo peor en ese caso?, ¿dejar que todo se echara a perder por no decidirme a actuar fuera de la legalidad o bien... o bien, qué? La idea, que como si algún enemigo tuviese instalados micrófonos en aquella triste bodega ninguno de los dos se atrevió a pronunciar, atravesó de nuevo y como un relámpago por lo más recóndito de mi mente. Entonces decidí que no hay nada peor que acobardarse y luego lamentar no haber sido un auténtico irresponsable.

—¡Adelante! —indiqué, sin querer pensarlo ni un instante más.



Y allá se fue.

Cuando regresó, horas después y, por lo que comentó, con todo en marcha, Reina parecía poseído por tal agitación interna que, de valorarlo como debería, nunca me hubiera camelado. Pero como no estaba seguro del todo y tampoco tenía un plan alternativo, además de que había dado el visto bueno y no era plan dar marcha atrás, acaté cuanto dispuso.

Para llevarse al viejo —evidente eufemismo—, Reina solo iba a necesitar mi colaboración como chófer, pues en principio involucrar a alguien más no nos interesaba. Para eso, además de estar decidido y sacar fuerzas de donde fuese, aseguró, observándome con gravedad, debería mostrar mi lado más canalla. La expresión utilizada por Reina, justo antes de desaparecer de nuevo, esta vez con los cuatro mil euros y pico que yo tenía guardados en la artesa, para, al parecer, atar muy finamente los hilos de la trama, me hizo meditar con fruición durante la siesta. «Tu lado más canalla, pero canalla canalla», había añadido, «piensa en ello». Y pensé, sí, pero también pensé que yo no poseía esa cara salvaje y temeraria, ese temperamento audaz y desbocado de otras personas, ese proceder bravo y, al mismo tiempo, atrevido de los más procaces aventureros que no dudan en arriesgar cuanto tienen, incluso la vida, y que salen en novelas y películas o aparecen de improviso en la imaginación para llenar de sueños imposibles la monótona existencia de un individuo normal. Yo poseía, única y limitadamente, la palabra, algo así como una larga lista de vocablos muertos que, en un día inspirado, podía combinar para, quizás, construir algún que otro personaje vitalista y animoso que dejase huella en algún lector con más ganas de perder el tiempo o de evadirse que de sentir, pero que nunca sonaba a vivo porque no lo estaba, porque solo es tinta emborronando el papel.

No, yo no podía transformarme en uno de ellos. Crearlos, a lo mejor y con esfuerzo; ser uno de ellos, jamás. Era incapaz. Pero por otro lado consideré que ya no tenía nada que perder, estaba en las últimas de las últimas y, por mi enfermedad, por mi carácter, por mi desánimo ante el mal hado, no presentía más futuro que un constante y rápido desaparecer, justo hasta acabar. Acabar, duro palabra. Pero acabar esa búsqueda era lo que me mantenía vivo, lo que me sostenía y lo que tocaba, lo que aún me daba fuerzas para respirar. Acabar lo que con tanto empeño había empezado y que estaba teniendo en la figura de «ese loco irreverente de Reiniña» —creo que no lo dije, pero esa ha sido siempre la consideración que doña Carlota había tenido de aquel vecino descarado y buscavidas— el único apoyo. Lo haría por él. Por él y por mí. Y también por Serafín, por su memoria, diese en lo que diese. E incluso por mi madre y por Ana, por Lolo y por Marielisa y por Estrella, lo haría. Lo haría por cuantos me rodeaban —excepto por Evaristo Moreiras— y por todo lo que, de una forma u otra, había conformado mi insulsa existencia hasta entonces.

Yo esperaría en el taxi hasta que, en el momento oportuno, que vendría a ser alrededor de las tres de la madrugada, Reina me diese un tono de aviso en el móvil, entonces me pondría una peluca —la cabeza rasurada cantaba mucho, el gorro me hacía sospechoso— y el coche en marcha y, procurando esquivar la ronda de vigilancia, me acercaría a la puerta trasera que emplea el personal hospitalario para acceder al trabajo. Allí, si todo iba según lo previsto, los recogería, a él y a Pallares, para salir pitando. *Grosso modo*, ese debía ser el resultado final del plan. Todo perfecto, vaya. Pero, aunque lograra contener los nervios y cumplir con mi insignificante cometido, ¿cómo iba Reina a entrar y deshacerse del guarda privado, apostado día y noche en

la puerta de la habitación de Ramón?, ¿cómo iba este a acceder a marcharse con su vecino taxista con el que ni se trataba?, ¿cómo iban los dos a sortear el control del encargado de planta?, ¿cómo lograrían atravesar el hospital, salir por la puerta y meter en el coche a un viejo geniudo sin levantar la más mínima sospecha?

—Eso corre de mi cuenta —fue su respuesta.

Tal entramado tenía sus riesgos, desde luego, pero debo decir que el taxista se había movido toda la tarde y parte de la noche para devanar en condiciones aquel ovillo. Por eso, ya de vuelta alrededor de las cuatro de la mañana y con el rapto consumado, mientras Ramón de Pallares, somnoliento y con la boca como reseca, amarrado por el cinturón de seguridad en el asiento trasero y con las bolsas de suero colgadas del asa derecha, mascullaba no sabíamos muy bien qué, Reina, sentado a su lado y echando un pestilente cigarro que le servía para desahogar, me contó la operación con todo detalle.

En primer lugar la enfermera de tarde, que mira tú por dónde no era otra que la tal Marica, justo antes de terminar su turno, le había añadido un somnífero a la dosis intravenosa del paciente de la cama dos de la habitación siete del segundo piso, lo que lo transformó en un auténtico lirón, y anotó en su parte individual que no se le administrara más suero que el prescrito para antes de medianoche, lo que eliminaba cualquier visita inoportuna posterior a la habitación del auxiliar de turno. La inocente colaboración de la sanitaria salió más que barata en el aspecto económico y no hizo falta regatear, sino todo lo contrario. «Toma mil euracos para algo así como darte un capricho, mujer», exclamó Reina, con una sonrisa.

El segundo y último cómplice, que hacía horas extras como subalterno de guardia y para todo, al que no quiso poner nombre, pues su actuación había tenido más riesgo y compromiso —también había cobrado exactamente el doble, la mitad antes y la otra mitad al rematar la faena—, estuvo atento a

facilitarle la entrada, proporcionarle una bata y una silla articulada y, a partir de las dos, vigilar si el guarda privado iba a echar una meada o, de no darle por ahí a la vejiga, como realmente sucedió, de acercarse al hombretón aquel con el que ya había contactado por la tarde y proponerle compartir cafetito y tertulia futbolera en la sala de espera del fondo del pasillo. En esa simple jugada radicaba el éxito o el fracaso del plan. Como había supuesto, el amodorrado guarda, al ser las tantas y estar todo tan calmado, no vio mayor problema y aceptó la invitación. Así, metieron las monedas en la máquina expendedora y, como sucede entre colegas recientes y para enredarse en tan elevada discusión, consideraron adecuado arrimar la puerta, no fuera que alguien desde un cuarto escuchase sus tácticas. Ese preciso instante lo aprovechó un audaz Reina para, con guantes, embozo y mucho sigilo, pasar con la silla de ruedas por delante de la garita de servicio con la puerta entornada donde echaba una cabezada el auxiliar de guardia, entrar a oscuras en la habitación número siete, descubrir el liviano y en pijama cuerpo de Ramón y acomodarlo en la silla acompañado de la bolsa de suero que, tan adrede, habían olvidado retirarle. También dejó la almohada ocupando su lugar en el lecho. Ni treinta segundos le llevó sacar del pasillo aquel fardo de piel y huesos e instalarlo en el compartimento de los productos de limpieza del mismo piso. Luego le dio un tono de aviso con el móvil al liante del café, que tardó algo más de lo previsto en deshacerse del sesudo guarda, pero que se presentó para concluir la faena: con toda naturalidad trasladar al anciano, un enfermo terminal al que la familia prefería ver morir en casa —esa sería la coartada que esgrimirían de presentarse cualquier complicación, lo que no sucedió—, por el somnoliento laberinto hospitalario y sacarlo por la puerta de servicio. Allí los esperaba yo, con una melena de prestado, la mirada inquieta y el corazón avanzando a desacompasados saltos por el pecho.

Ya en la bodega, sentados delante del catre en el que colocamos el cuerpo de Ramón, que masticaba la pastosa saliva y parecía despertar lentamente, los dos nos miramos y, como embazados por la complicidad en el delito que acabábamos de cometer, no dijimos nada porque seguramente nada había que decir. Desde el inicio del plan resultaba evidente que Reina estaba tan involucrado como yo, o más, pues él había sido el brazo ejecutor de un rapto alevoso y nocturno, además de sobornar al personal —que, por cierto, negarían cualquier colaboración en caso de que los nombrásemos ante un juez— y por mucho que en mi declaración me hiciese único responsable o dejase claro que esa noche solo había contratado un taxi para que me transportara a Monforte, su cara le sonaría a alguien del hospital y todo, de una forma u otra y porque la policía no puede ser tan estúpida, lo implicaría. Lo único que en ese momento podía hacer por él era aliviarle la carga de lo que vendría, por eso dije, sin convicción:

—Será mejor que te vayas.

—¿Irme? —preguntó, extremadamente desconcertado—. ¡No me jodas, Charly! ¿Ahora que empieza la verbena quieres que me vaya? Mira, no sé si mi deseo de saber lo que pasó aquella noche es tan fuerte como el tuyo, pero te puedo asegurar que no me deja salir por esa puerta. Así que me quedo, si te parece.

—No soy quien...

—Entonces no hay nada más que hablar, me quedo —resolvió—. Además, tú solo no podrías con este cernícalo. Será duro de roer, te lo aseguro.

—Ya sé que hay que ser un tanto canalla para...

—No solo canalla, sino cruel —sostuvo—. Piensa que en un par de horas tendremos un ejército de guardias civiles rodeando la caseta y montándonos la película. Y todo lo que hemos hecho hasta ahora no servirá de nada si no habla enseguida. Y no hablará porque no creo que le interese hablar, a no ser

que nos pongamos muy, pero que muy en serio. Así que, con la prisa que tenemos, o armamos algo rápido y eficaz o ya nos veo *pringaos* a los dos.

—¿Qué propones? —pregunté, seguro de que ya había ideado algo.

—Propongo que primero actúes tú, que lo intentes por las buenas o como te salga. Diez, quince minutos, máximo. Luego, como sé lo cabrón que es y que no le sacarás nada, entro yo en acción y le aplico mi fórmula. Y listo.

—¿Tu fórmula?

—Fórmula, método... Llámalo como quieras. Algo drástico.

—Ten en cuenta que no podemos torturarlo.

—¿No podemos torturarlo? ¿Pero qué dices? ¡Podemos y lo haremos! — exclamó Reina, con tanto énfasis y gravedad que me asustó—. ¡Y cuanto haga falta! Ten por seguro que este falangista de espíritu y raza nos arrancaría los huevos si el viejo Moreiras se lo pidiera. ¡Y no solo eso, también nos los rebanaría y nos los metería en la boca como hizo con...!

—¡Calla, por favor! —Y miré al viejo—. Parece que se despierta.

—Marica dijo que lo haría algo atontado, pero que con unos tragos de agua y unos cachetes estaría preparado. Hazlo así —medio ordenó, serio—. Yo me voy fuera a echar un pitillo y respirar. Si no me avisas, cuando vuelva a entrar, no digo que te marches, pero, por favor, no intentes detenerme porque ya no seré yo. ¿De acuerdo?

No sé si asentí o qué precaria contestación di a la despiadada pregunta, lo cierto es que, mientras Reina cogía algo en el estante de las medicinas y salía, yo miré para el indefenso cuerpo de Ramón y sentí pena. Simplemente pena. De él y de mí.

Tras dos tragos de agua, le di unos leves golpecitos en la mejilla para devolverlo a la realidad mientras lo animaba con un «Vamos, señor Ramón,

vamos, que tenemos que hablar». Pero él, desde su vidriosa y mustia mirada, como si no fuese consciente de dónde estaba o quién era realmente yo, no dejaba de mirarme con un raro estupor. Y cuando, pasados unos minutos, decidí que estaba consciente y que podría comprender cuanto le dijera, sin dilación apunté a la cuestión que le planteara la otra vez:

—Señor Ramón, ¿qué fue lo que pasó aquella noche en la taberna de Mazarelos? ¿Qué fue de Estrella y de su hija y de toda la familia Mazaira? ¡Cuéntemelo, vamos! ¿Qué tuvo que ver Serafín en todo aquello? ¿Por qué dejaron de hablarse si de jóvenes eran tan amigos? ¿Por qué...?

—¡Cállate de una vez, sarnoso! —bramó, despectivamente, como si quisiera dejar claro que, a pesar de su debilidad, no se sometería—. ¡Eres tan cagón como él y no te voy a contar nada de nada!

Después de esta intervención, Ramón cerró los ojos casi con placidez y se dejó estar en la cama como un pajarillo escondido bajo la manta que yo mismo le había acercado para que no cogiese frío. Y ya no volvió a hacer caso de mis preguntas ni movió un solo músculo, sino que permaneció totalmente impassible, como si las acusaciones le resbalasen del pensamiento o mis agitadas amenazas no fuesen capaces de asustarlo lo más mínimo, y eso que a nivel de términos y de entonación eran extremadamente duras — digamos, para que se entienda, que eran lo más canalla que yo podría emplear con una persona mayor e indefensa—. Y así, por más que grité e insulté, por mucho que le recordé aquel suceso y quise negociar y evitarle la vergüenza de darlo a conocer, incluso después de cogerlo por los hombros y zarandearlo con mi escaso vigor, no logré sacarle otra palabra. Él era un viejo tozudo, y yo, un inepto incapaz de concebir una malvada acción para que contara algún detalle que arrojase luz sobre aquel pasado en el que tenía puestas, quizás injustificadamente, mis esperanzas de redención. Y así, preso del desánimo, más abatido que nunca, arrimé una silla, me senté en ella, me restregué el

rostro con las manos y esperé a que Reina apareciera por la maldita puerta para ayudarme y, de paso, sembrar el terror.

Cuando entró, me miró y ni siquiera fue necesario que le hiciese un gesto con la cabeza para que se diera cuenta del fracaso. Entonces cerró el postigo con tal estruendo que alertó al viejo, se acercó hasta él y, sin contemplaciones, sin decir nada, apartó la manta, cogió de cualquier manera aquel cuerpo a punto de romperse, lo arrojó con saña sobre la silla de ruedas y lo asentó en ella. Vi que Ramón de Pallares, con los ojos muy abiertos, se estremecía con el desaforado trato, pero no protestó ni dijo nada, ni siquiera cuando Reina, con un cordel de los que se emplean para atar las vides, le amarró férreamente las extremidades y el pecho, este con varias lazadas al respaldo. A continuación, empujó la silla y la colocó junto a la pared, mirando hacia el centro de la estancia, sacó del bolsillo una bolsa de suero que se había traído del hospital, la colgó en un palo que sobresalía entre dos piedras a dos palmos de la cabeza del viejo, quien seguía las maniobras sin perder detalle, y, conectando con habilidad las gomas al mecanismo de regulación del líquido intravenoso que seguía prendido con esparadrapo al dorso de la mano izquierda de Ramón, puso a funcionar el gotero.

La operación, de la que puedo asegurar que una enfermera experimentada no la desarrollaría con más maña, nos tenía como asombrados espectadores al viejo y a mí, seguramente porque ninguno esperaba que el papel de duro que a Reina le tocaba representar fuese por ese camino. Pero lo que siguió fue todavía más extraño, pues el taxista, serio, callado, como un autómatas sin el menor asomo de duda, sacó de la faltriquera un frasquito con una etiqueta blanca y cogió una jeringuilla del estante de las medicinas. Enseguida agitó el recipiente, lo miró frente a la lámpara del techo y, cuando lo consideró



oportuno, introdujo la aguja por el tapón de goma y absorbió casi la mitad del líquido que contenía.

—¿Qué es eso? —pregunté, mordido por la curiosidad.

—¡A ti qué coño te importa! —fue su brusca respuesta. Luego me espetó —: Si prefieres irte, Charly, hazlo ahora, antes de que sea tarde. Si no, ¡cierra el puto pico!

Tragué la saliva que repentinamente se me vino a la boca y observé que Reina miraba al viejo con odio, como calculando la dosis que le iba a aplicar, por eso optó por extraer todo el producto y, posando el frasco vacío en la mesa de al lado, empujó el dosificador para eliminar el aire hasta que de la punta de la aguja salió una minúscula gota. Finalmente, como con todo dispuesto, me dio la espalda y encaró al viejo armado con la jeringuilla en la mano derecha. Fue entonces cuando, sin poder aguantar más, me levanté, cogí el frasco y leí la etiqueta, que mostraba una calavera roja en una esquina.

—¡Pero esto...! —me espanté—: ¿Qué hostias haces, Pepe? ¡Esto es veneno!

—Veneno, no, ¡matarratas del más fuerte que he encontrado! —soltó con desprecio hacia Ramón, que se retorció un poco al escucharnos—. ¡El necesario para acabar con este mal bicho! ¡Y cuanto antes mejor!

—¡No te tengo miedo, hijo de puta! —bramó entonces el viejo, componiendo una colérica máscara con el rostro desencajado y los tendones del cuello saltando con cada crispada sílaba que pronunciaba—. ¡Que te den por el culo, cacho cabrón, hijo de perra! ¡Nunca le he tenido miedo a nada y ningún mierda como tú me va a hacer hablar!

Pero Reina, con la jeringuilla delante de los ojos del viejo y aguantando sus improperios —desde morderle el alma a dentelladas, abrirlo en canal como un cerdo y colgarlo de una viga para que lo comieran los cuervos, que fueron algunas de las amenazas con que lo agasajó, que yo recuerde, además

de revolcar sin contemplaciones a toda su familia en algo peor que excrementos—, ni se inmutó. Y así, una vez transcurridos los escasos dos minutos que Ramón de Pallares empleó para, al tiempo que se removía intentando desatarse, gritar escandalosamente y, poco a poco, ir cediendo hasta cansarse y callar, Reina solo le espetó, rechinando los dientes, con una voz tan ronca y cavernosa que me dio miedo:

—¡Es la hora!

Entonces el viejo se quedó quieto y, realmente asustado, abrió la boca y los ojos. Reina añadió:

—Pero antes te voy a aclarar algo, Ramón. Te equivocas si piensas que soy como este. —Y gesticuló hacia mí—. Él solo quiere que hables, yo quiero matarte —pronunció con frialdad. Y enseguida, tensando los labios al hablar, completó—: Pero matarte lentamente, para que te retuerzas y te duela y pagues todo lo que has hecho en tu puta vida. ¿Entiendes lo que digo, Ramón? ¡Quiero que sufras como un perro antes de palmarla!

Cuando yo ya consideraba que Reina había conseguido su objetivo de amedrentarlo y que no iría más lejos, llegó la respuesta del viejo, que no fue otra que amontonar saliva en la boca y, con desprecio, lanzarle un escupitajo tan pastoso que a él mismo se le quedó desparramado por la barbilla. Reina, indiferente, sonrió y, sin hacerle caso, se limpió con la manga, se acercó a la bolsa de suero con la jeringuilla y se dispuso a introducir el líquido. Entonces yo, puedo decir que dominado por ese repentino arrebató de compasión que todos tenemos dentro y no podemos remediar y que otros llaman misericordia, pensé que no podía dejar que lo matase. No podía. Por mucho daño que el viejo hubiera hecho, por muy cruel y malnacido que fuese o por muy manchadas de sangre que Ramón de Pallares tuviese las venosas y rudas manos, no podía dejarlo morir, y menos así. Era un vecino más, una persona

que había cometido errores, como todos los cometemos alguna vez, pero tenía un corazón, tenía una familia, tenía una vida y... y era el padre de Ana.

Quizás fue por todo eso o por mucho más que no acertaría a explicar, por lo que me eché hacia delante y agarré a Reina por los hombros. Recuerdo que al hacerlo fui consciente de estar dispuesto a todo, incluso a pelear hasta el límite de mis fuerzas, que no eran muchas, desde luego, para evitar que mi amigo le procurase a aquel desalmado representante de la raza humana el fin que seguramente merecía. Era cierto que estaba defendiendo a un asesino, pero por lo menos en aquel instante yo no podía verlo así, no, porque mi propio padre también podría haberlo sido y no hubiera deseado que acabase con un suplicio como el que el despiadado taxista había tramado aquella madrugada. Pero el intento fue visto y no visto, porque Reina, en cuanto se percató de mis intenciones y delante del perplejo viejo, reaccionó propinándome un violento sopapo que no solo me hizo recular, sino que derribó mi cuerpo como un fardo sin energía e hizo golpear mi cabeza contra la pata de madera del catre. Sentí, al tiempo que el dolor del golpe, la sangre caliente de un corte en el labio que me llenaba la boca y, al momento, la brutal voz de Reina dirigida a mí:

—¡No te metas, Charly, no te metas! Tu oportunidad ya ha pasado. ¡Ahora me toca a mí!

Impotente, dolorido, tirado en el sucio suelo, me di cuenta de que ya nada estaba bajo mi control. Parecía que había llegado la hora de la violencia, la hora de un desconocido y cruel taxista dispuesto a imponer su ley hasta las lindes del despropósito. Y no se lo podía permitir. Por eso traté de incorporarme mientras le recordaba la animalada que estaba haciendo, que debía recapacitar antes de... Pero Reina, aquel hombrecillo contratado las veinticuatro horas de cada día para servirme fielmente, harto de mi insistencia, ni siquiera dejó que acabara la frase, me largó un puntapié en las

costillas que me devolvió al sitio. Así, encogido por el dolor y esparrancado en el suelo, observé cómo vaciaba el contenido de la jeringuilla en el suero, cómo cogía una silla y cómo, con toda la pachorra, se sentaba para algo así como gozar del espectáculo de observar el camino sin retorno que le procuraba al viejo falangista.

Imposibilitado para moverme, pensé que aquel proceder era el sumun de la crueldad humana y lamenté haber dado con aquel monstruo. ¿Cómo había podido confiar en él?, ¿cómo había sido capaz de entregarle mis secretos, mis sentimientos y, casi, poner en sus manos mi vida? Concluí que solo un desahuciado, una persona sin esperanzas y, además, solitario y sin ayuda — realmente a eso había llegado yo—, podía caer en las redes de un ser tan despreciable. Entonces me pregunté a qué vendría ese giro hacia el mal. ¿Tenía Reina algo que ver con Pallares o había desarrollado, gracias a mí y repentinamente, ese demente odio? La respuesta llegó al momento, cuando el torturador hizo su larga y hasta diría que sádica proclama dirigida al viejo:

—Me he estado informando y los efectos de este raticida dependen de cada uno, pero en un animal como tú, Ramón, y porque te lo he metido diluido, yo diría que pueden empezar por una vasodilatación general. Sentirás algo así como un mareo, para enseguida, en cuanto penetre algo más la dosis, producirse una necrosis parcial e insospechada, lo que traducido a tus conocimientos quiere decir que se te irá paralizando alguna parte del cuerpo. ¿Hacemos apuestas, a ver qué muere primero? ¿Será un ojo, una mano, o quizás la lengua? ¿Irá primero al bazo, al pulmón o les tocará a los dos a la vez? ¡Quién sabe! ¡Da lo mismo! El caso es que habrá coagulación en unas partes y hemorragias en otras. Se producirá lo que los yanquis denominan un *shock*. ¡Un hostiazo, vaya! ¡Pero un jodido hostiazo interior, para que lo entiendas! Entonces te retorcerás con el dolor y por uno de tus orificios, cualquiera de ellos, saldrá algo así como un líquido mezclado con sangre.

Puede ser baba, puede ser orina, puede ser cualquiera de esas repugnantes cagarrutas que llevas por dentro. Incluso el alma, si me apuras, te saldrá para fuera. ¿O es que de eso no gastas? Puede que nunca la hayas tenido. Ah, me olvidaba, y el corazón también pasará las tuyas. Ese pedrusco que tienes incrustado en el pecho empezará a golpear duro y a querer pararse, lo mismito que cualquiera de esos viejos cacharros que aún circulan por las carreteras. Pero esta vez lo hará poco a poco, muy poco a poco, para que sientas que en esa especie de borrachera todo se acaba sin terminar de acabarse. Y resollarás, sudarás, y te faltará el aire, y se te bloquearán los tendones, y tendrás una parálisis tras otra. Y agonizarás, y sollozarás... En fin, nada comparable a lo que le hiciste a mi pariente de Mazarelos y a su familia. Sí, no te espantes ahora, no merece la pena: Pepe del Mazaira era primo de mi padre. Y con eso es suficiente para que sepas que no te puedo perdonar. Aunque me lo suplicaras, tengo toda una recua de difuntos chuzándome el cerebro y no puedo. Aunque quiera, aunque hayan pasado setenta y tantos años desde entonces, no puedo perdonarte, Ramón. No. Ellos, desde el más allá, no olvidan. Por eso mismo no tengo la preocupación de este por que le cuentes si su padre estaba o no en aquella cuadrilla, de que a lo mejor se alivie cuando sepa la puta verdad de lo que hicisteis por orden o no de don Evaristo. Por mí puedes contárselo o guardarlo todo dentro a ver si así revientas de una vez. Yo también creo, como tú, que porque uno tenga un cáncer y se vaya a morir un día de estos no se acaba el mundo. Hay cosas peores, ¿no crees? Cosas que no tienen cura. Que te mire a ti, que te mire y tome nota. Que deje de arrastrarse y lloriquear como un cretino y piense que podría estar en tu pellejo, sin apenas tiempo para gimotear. ¡Pero yo no voy a hacerle pagar a él las que hizo su padre, no! Tú a lo mejor sí, porque eres un malnacido. Yo solo te voy a hacer pagar a ti todo lo que les hiciste a los míos. ¡Pero todo! Y mira que me he aprovechado de su búsqueda, mira si soy mala

persona que prefiero verte convertido en un chorizo criollo que alegrarle la vida. Veo que masticas, veo que te mueves porque a lo mejor te gustaría tener tiempo para cualquier cosa. Excusas, Ramón, excusas retorcerte o pedir clemencia. Y te diré algo más, para acabar de completar la *vendetta*, porque esto lo aprendí de los italianos en los años que pasé en América: también me ocupé de tu familia. Sí, de tu familia, para que veas. Mientras estaba ahí fuera, y como sabía cómo eras y en lo que daría lo tuyo con este, he hecho una llamadita a casa de tu yerno. No he tenido suerte, porque me ha cogido tu hija. Sí, ella, Ana. ¡Le he contado lo que pasaba y no me creía! Pero le he dicho que llamara al guarda del hospital para comprobarlo y le he advertido que no se le ocurriera avisar a nadie de fuera, que sería mucho peor. Le he dicho que se dieran prisa en venir si no querían encontrarte tieso. Y lo que son las cosas, están de camino. Por eso me pregunto: ¿será posible que todavía haya alguien que te tenga aprecio? ¡Vaya sorpresa! Calculo que en tres o cuatro minutos se presentarán aquí, los dos, porque a los nietos es mejor dejarlos aparte, ¿no crees? En fin, que vendrán y sabrán por mí o por este infeliz de las letras quién eres y lo que hiciste, porque tú, con esa mierda que te corre por las venas, no creo que llegues a tiempo de contárselo. Pero como me gusta jugar, como me gusta arriesgar, hasta que lleguen te voy a dejar a solas con el hijo de Serafín. A él, porque no puede con su carga y no quiere pasar por la cuchilla, también le queda poco. No sé, por si tenéis algo que decirnos. Aunque si de mí dependiera, Ramón, ten por seguro que yo pasaría de mover un dedo por ti. ¡Yo en su lugar, porque eres puro estiércol, o peor, porque ni tienes sentimientos ni te has arrepentido nunca de todo el daño que has hecho, yo me sentaría a mirar cómo te retuerces y te mueres lentamente como un puto perro rabioso!

Nada más decir esto, Reina se levantó y, todo resuelto, sin ni siquiera mirarme, salió.

En el cochambroso cuartucho de la bodega, aquella a la que se acercaba mi padre cada tarde de su desasosegada vida para quitar malas hierbas entre las cepas, recoger las herramientas o podar las vides, aquella desde la que se divisaba, como una penitencia, el lugar de Mazarelos donde había sucedido lo que solamente la memoria de Ramón de Pallares guardaba escondido, en aquella fría y minúscula estancia custodiada por un cosmos sembrado de estrellas pero completamente ajeno, en ese cubil que yo había convertido en triste morada, allí nos encontrábamos el poseedor del secreto y el que lo ambicionaba, el viejo falangista comido por el mortal raticida y el apesadumbrado enfermo, con la cabeza y el labio abiertos y, seguramente, con varias costillas rotas. Dos calamidades juntas, dos meras inmundicias que tal vez se odiasen, tal vez se necesitasen, tal vez estuviesen dispuestos a desaparecer juntos para siempre.

Los humanos, además de ser criaturas insignificantes, tenemos cosas peregrinas, de esas que acontecen de improviso y sin saber por qué. Por eso mismo pienso que la verdadera existencia es una sucesión de momentos sobre los que tú no tienes ni el más mínimo control. Pasas por la vida consumiendo un segundo tras otro, un minuto tras otro, instantes y más instantes de un tiempo que nos es dado y que no sabemos aprovechar. Pero la cuestión relevante no es si esos instantes son muchos o pocos, sino si son especialmente intensos y si te dan lo esencial. ¿Y qué es lo esencial?, pregunto. La única respuesta que se me ocurre es, por resumirlo, sentir. Sentir, sí, ya sea con el cuerpo o con el espíritu, sea la sensación que sea, pero sentir. Lo demás parece puro relleno.

Llevaba semanas, justamente desde que me habían comunicado la enfermedad y había empezado a quemarme por dentro, intentando aprovechar cada instante, intentando por lo menos concretar los sentimientos. Y había pasado por todo, desde el deseo de venganza hasta un desmesurado afecto,

desde el odio intenso hasta la simple perversión moral, de casi todo había tenido, menos misericordia. Pero viendo a aquel hombre aturdido e indefenso delante de aquel gotero ya mediado que lo llevaría por el más oscuro camino, no tuve otra alternativa que ceder. Y no fue una rendición ante el mal, no fue perder la guerra que había librado con el pasado, ni siquiera fue un rebajarse ante el miedo a la justicia de los hombres que, presuntamente, se haría cargo de mí en el escaso tiempo que me quedaba. No. Tampoco la debilidad. Fue algo así como una rara e inefable inquietud interior la que me obligó, penosamente, a arrastrarme hasta donde Ramón permanecía atado, alargar el brazo y arrancarle la aguja clavada en el dorso de la mano. Lo hice porque sí, seguramente sin él merecerlo, sin yo pensarlo bien, contradictoriamente tal vez, pero lo hice. Y luego caí desfallecido, boca arriba, al pie de su silla y con una sensación de vacío tal que si me hubiera muerto en aquel instante tampoco me habría importado.

De aquellos momentos lo conservo todo grabado en la mente, cada ruido, cada olor, cada extraña latencia, por eso recuerdo que, con los ojos cerrados pero amarrado a la realidad por el contacto con la fría tierra, escuché una lamentosa voz que como una serpiente venenosa se deslizaba por el suelo y llegaba hasta mí:

—Aquella noche... aquella noche no se borrará nunca.

Quien hablaba era Ramón, y lo hacía rebañando los sonidos de la garganta, confundiéndolos a veces, en un estado de lisa embriaguez que atribuí a los primeros y devastadores efectos del veneno y que, ciertamente, le trababa la lengua. Pero como ya no podía ayudarlo más, y porque él seguía lamentándose y yo intentaba entender su difuso parlamento, nada dije.

—Te voy a contar lo que pasó, te lo voy a contar para que veas con lo que



hemos tenido que cargar desde entonces. Aquí a la ribera llegamos en dos coches. En uno iba yo, con el Trécolas y, sí, Serafín, tu padre, que conducía porque no había bebido. Pero el Trécolas y yo estábamos algo mamados. Veníamos de celebrarlo en casa de don Evaristo y... Allí habíamos cogido las armas y disparamos por todo Escairón para asustar y festejar que España, por fin, se ponía en pie. Porque era un día de fiesta, ¡vaya si lo era! Sabíamos que los que habían ido a Lugo se habían llevado un buen repaso y las cosas se iban aclarando. Todo consistía en, llegado el caso, actuar rápido, como nos habían dicho que había que hacer, y dar un escarmiento a aquellos jodidos campesinos de la milicia. Y listo. Don Evaristo, que también había bebido mucho y estaba cabreado por lo que le habían hecho el día anterior, dio las órdenes y todos se dispusieron para lo que mandara, fuera lo que fuera. Pero a nosotros... a nosotros nos reservó para lo suyo. Id a buscar a Serafín y salid a Mazarelos, dijo, rechinando los dientes. Odiaba a Pepe, sí. Y no por ser un bocazas ni por estar metido en la Agraria. ¡Qué va! Era por ella. Todo lo que guardaba dentro y tenía en su contra era por ella, por su mujer, así que... ¡La puta que nos parió! ¡Al diablo con todo! Vinimos y...

En aquel momento percibimos el motor de un coche que llegaba, su frenada en la gravilla y, enseguida, la agitación de unas voces que cortaban la noche. Ramón se calló un instante, lo justo para escuchar una rápida conversación en el exterior en la que participaba Reina. Luego sentí cómo una ráfaga de aire fresco, producida por la apertura de la puerta, me enfriaba el sudor acumulado en las sienes. Pero ni abrí los ojos, tan contrariado me vi por la interrupción del relato.

—¡Papá! —se espantó una voz de mujer.

—¡Ramón! —se alteró casi al tiempo otra, esta masculina, acercándose—. ¿Qué le habéis hecho?

—¡Dejadme! ¡Sentaos! —ordenó entonces el viejo. Y aunque hubo

protestas e intentos de liberarlo, Ramón chilló de nuevo, desaforadamente—: ¡Sentaos, joder, sentaos de una puta vez, que quiero contaros algo!

—Ramón, Ramón, piense que no tiene que contar nada —se apresuró a decir Evaristo—, piense que lo que le han hecho...

—¡Cállate! —gritó de nuevo—. ¡Cállate la boca y siéntate! Tengo poco tiempo y, ahora que he empezado, quiero contarlo. No me quiero morir con esta carga.

—No necesita... —insistía Evaristo.

—Aquella noche vinimos hacia aquí dispuestos a acabar con los Mazaira —impuso el viejo.

—¡Papá, papá, por favor! —La voz de Ana parecía desfallecer.

—Escucha, hija, escucha, porque lo que hicimos ahí en Mazarelos no tiene nombre. Pero tienes que saberlo. Quiero que lo sepas.

A partir de ese instante y en una fría bodega en el Cabo do Mundo, sobre los que el destino había reunido para rendir cuentas con el pasado, cayó, como una losa, toda la verdad. Con Ana sentada y llorando en una silla, con el receloso Evaristo arrimado junto al catre, con Reina de pie en la puerta y conmigo todavía tirado por el suelo, la rota y repetitiva voz del anciano fue recordando aquel funesto suceso en una confesión que a lo mejor necesitábamos, pero que hubiéramos deseado no haber escuchado nunca. Los hechos, más o menos, los contó así:

—El Trécolas y yo fuimos a buscar a Serafín y le dijimos que tenía que venir con nosotros, que don Evaristo lo requería y que era importante. Él dudó si venir o no, tal y como estaban las cosas, pero yo lo convencí de que le convenía, que no podía quedar retratado. Éramos compadres y, al final, no pudo negarse. Pero quiso conducir él, porque nosotros estábamos como cubas. Ya en la camioneta le dijimos que tirara hacia Mazarelos. No dijo nada, pero torció el gesto al vernos así armados, como si presintiera que

íbamos por ellos. Porque íbamos por ellos, con toda la intención. Él no lo sé, pero el Trécolas y yo lo teníamos claro. Don Evaristo estaba frenético porque el día anterior los de izquierdas lo habían retenido en su casa, junto a toda su familia, y porque se habían reído de él y no le habían dejado ni hacer una llamada. Y allí, con los de la Agraria que no paraban de insultar, había estado todo el día Pepe del Mazaira. Pero en unas horas todo dio la vuelta y... Entonces reunió a una cuadrilla de hombres y ordenó la detención de todos los que habían estado en el ajo. Y repartió armas y dinero y prometió que iba a haber más premio si... Pero para nosotros tenía reservado lo mejor. O eso dijo.

—¡No quiero escuchar más mierda! —protestó en aquel instante Evaristo—. No tengo por qué aguantar...

—Puedes marcharte cuando quieras —lo cortó el viejo, y el yerno permaneció en su sitio—. Puede que ya lo supieras, porque en cuanto viste lo que le hicieron al Curuxás te faltó tiempo para despedir a los portugueses de tu padre y meterlo a él en la residencia. Y buena prisa te diste en quitarle el mando y... Pero aquella noche fue él quien dio todas las órdenes, como siempre hacía, todas. No voy a decir que a mí no me gustara, pero... Nunca he tenido compasión de nadie... Ahora ya da igual. El caso fue que antes de llegar al Pousadoiro, ya con noche cerrada, notamos que un coche nos daba las luces por detrás. Era él, que quería estar presente y hacerlo a su modo, quería... quería estar con Estrella, la mujer de Pepe. Con los dos coches bajamos lentamente por la pista hasta aparcar en la campa que había antes de la cantina. Allí mismo lanzamos unos tiros, para que los vecinos de Lagar, de Cuñas, del Pousadoiro, de Sabariz..., para que en todas partes se enteraran de lo que había, ¡qué coño! Y de que íbamos en serio. Como conejos, cerraron todas las contraventanas, y desde ese momento no se vio una triste luz asomar a los caminos. Y, sin miramientos, tiramos la puerta a patadas y

entramos como diablos dispuestos a cualquier cosa. Estaba todo a oscuras, pero encendimos unos hachones y la buscamos por la casa, en el granero, por todas partes hasta que dimos con ellos, con los dos, porque Pepe había vuelto no sabemos ni cómo de la escabechina de Lugo. Los encontramos encogidos junto a las cuadras, en una especie de gallinero, él muy malherido y tratando de proteger a su mujer, pero sin fuerzas, sin armas, y ella en camión, con la barriga enorme, con... Los llevamos arrastras hasta la taberna, donde esperaba don Evaristo sentado en una mesa y con una botella de aguardiente ya casi vacía, con la mirada encendida como pocas veces le había visto. Y allí sucedió. ¡Allí sucedió, me cago hasta en la zorra que nos parió a todos, allí sucedió todo, alumbrados por la luz de unas putas candelas! De lo que recuerdo, ¡que me quede ciego si sabíamos lo que hacíamos! O si lo sabíamos no tuvimos cuidado alguno. Mientras el Trécolas agarraba a la mujer, yo le destrocé a culatazos los brazos y las piernas a Pepe, yo le rompí los huesos, uno tras otro. ¡Y don Evaristo que quería más! ¡Dale, dale!, decía. Y yo le daba y él gritaba enardecido. Y cuanto más gritaba él, más le daba yo. Pero debía mantenerlo consciente para que pudiera ver lo que al parecer iba a pasar. Después de la paliza ya no hizo falta ni atarlo, solo amordazarlo con un trapo para que dejase de quejarse. Creo que fue en ese momento cuando Serafín se decidió a protestar. No había bebido y conservaba todas las luces, por eso quiso detenerlo antes de que fuera a más. Entonces don Evaristo se levantó y le llamó de todo, como para provocarlo. A empujones, le mandó ir por la horca al cobertizo, para el estiércol, según le dijo. Y él, para librarse de aquel asedio, prefirió bajar la cabeza e ir a buscarla. Mientras estuvo fuera no pronunciamos palabra, ni la primera, bastaba con mirar, pero cuando Serafín llegó con la horca en la mano, don Evaristo le ordenó que sacara el estiércol. El estiércol era Pepe y quería que le clavase los ganchos y lo arrastrara fuera. Tu padre se negó con la cabeza y entonces don Evaristo le arrebató la

escopeta al Trécolas, se la puso en las manos y, arrinconándolo allí mismo, le gritó: ¡Quítate de mi vista, cobarde! ¡Si no tienes cojones ve a vigilar si a algún vecino le da por aparecer! Al principio pensé que Serafín se opondría, que... Pero no. Me miró como para preguntarme si estaba con él o con el amo. Entonces yo... yo volví la cara hacia él y se dio cuenta de que no le merecía la pena seguir adelante. Y allá se fue, bufando su disconformidad, mientras nosotros, ¡la puta que nos parió!, mientras nosotros rematábamos la faena.

—Pero... ¿qué hicisteis, papá? —sollozó Ana—, ¿qué fue lo que hicisteis?

—¡Todo el daño posible! ¡Y más también! Los tres le habíamos echado mucho vino al cuerpo y, no sé, en aquella época disfrutábamos haciéndolo, maltratando, de tanto que nos azuzaba don Evaristo con los rojos. Estábamos mamados, pero teníamos el poder de las armas, todo el poder de nuestro lado y, una vez allí, ya no hubo manera de parar. Aunque quisiéramos, no podíamos. Entonces, con lo que quedaba de Pepe arrimado a una pared, don Evaristo nos obligó a coger a Estrella y desnudarla. Todos sabíamos que estaba loco por ella, que la deseaba, que... Le rasgamos el camisón y..., preñada y todo... ¡Dios que nos hizo! Éramos jóvenes, acabábamos con todo en las noches de juerga... Nos mandó tumbarla boca arriba en una mesa de la taberna y abrirla de piernas para él. Entonces cogió una botella del mejor licor que había allí, le arrancó las bragas y el sujetador y le empapó el coño y todo el cuerpo. Nosotros la sujetábamos y Pepe nos miraba como alelado sin poder hacer nada, que no conseguía ni retorcerse de tanto hueso como le había partido. Así fue como don Evaristo se vengó de él, porque follándose a Estrella, lamiéndole el cuerpo, actuaba para él. Todo para él. Y le hablaba de aquel coño peludo, prometía metérsela por todos los agujeros, incluso por el culo, morderle las tetazas... ¡Yo qué sé lo que le dijo! ¡De todo y más, cuanto se le pasó por la cabeza! Pero con cada palabra que daba, al Trécolas y a mí

nos comían los demonios por gozar de aquel cuerpo nosotros también. ¡Habrá para todos, habrá para todos!, prometía don Evaristo, que no tardó en bajarse los pantalones y, con aquella barrigaza y todo, esparrancada como la teníamos, espetársela allí mismo. Y yo lo veía empujar, jadeando, mientras bebía de la botella y le caía la baba gimiendo como un buey sobre ella... Recuerdo que en ese momento solo pensaba... pensaba en cuándo me tocaría y... Después de don Evaristo fue el Trécolas, que yo quedé para el final. ¡Dale, dale, bramaba don Evaristo como un animal fuera de sí, como si no hubiera nada comparable a aquella venganza! Y nosotros le dábamos, sí, le dábamos hacia dentro en aquellas carnes blancas como si no viéramos otra salida para este puto mundo. ¡La madre que nos parió a todos! —El viejo sollozaba o gemía en un extraño rictus. Pero continuó como si un escozor interno asediase su cuerpo y su mente—: Así nos lleve el diablo, ¡lo bien que lo pasamos! ¡En aquel momento no había Dios ni había infierno, que estábamos poseídos por el demonio y no había tutía! No sabíamos lo que hacíamos, pero lo hicimos, porque había que hacerlo, porque eran tiempos duros los que se acercaban, porque... Lo hicimos, y en un primer momento no nos pesó, ni siquiera cuando don Evaristo, antes de marcharnos, sacó una pistola y sin más ni para qué, le pegó un tiro en un ojo a Pepe. Así, solo a él. Después dejó ordenado que nos deshiciéramos de todos y que le prendiéramos fuego a la casa.

—¿Y mi padre? —pregunté, con una espesa saliva amontonada en la boca —. ¿Qué hizo mi padre?

—Serafín volvió más tarde. Había vomitado al presentir lo que pasaba dentro y estaba pálido, descompuesto, como si no fuera capaz de hacer nada, por no haber bebido o por... Pero no quiso probar lo que había. Nos llamó mierdas, hijos de puta, viendo nuestras risas. Nos dijo que éramos bestias sin entrañas y salió. Entonces, el Trécolas y yo sacamos los cuerpos, atamos a la

mujer, destrozada, y la metimos en el coche sin saber muy bien qué íbamos a hacer con ella. Después le prendimos fuego a la casa y bajamos hasta el río con el cuerpo de Pepe a la espalda o arrastras con la horca. Le atamos una piedra y lo echamos al agua, en una curva del Cabo do Mundo. Él se quedó allí arriba, pegando algún tiro y esperando por si a alguien le daba por acercarse. Cuando volvimos tenía una niña pequeña en el regazo. Era la hija de los Mazaira, que se había escondido en un arcón y que había salido por el humo. Mira por donde, nos habíamos olvidado de ella. Lloraba sin saber lo que había pasado. Pensamos en matarla también, que por eso discutimos allí mismo. Pero Serafín, que estaba sereno y había recobrado el color, se opuso como si le fuera la vida en ello. Dijo que ya lo había pensado, que él la cuidaría sin que nadie se enterara y que no teníamos que preocuparnos, que don Evaristo nunca sabría nada.

—Esa niña es mi madre, ¿verdad?

El silencio que siguió no fue debido a que Ramón de Pallares dudase o tardase en darme una respuesta, seguramente fue la pena, toda junta e inclemente, la que pareció llegar para enlodar algo más que la palabra.

—Sí —pronunció, finalmente.

—Y de la señora Amalia, su mujer, ¿qué me dice de ella?

—¿Qué sabes tú de eso? —protestó el viejo, abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Quién coño te contó...?

—Papá, ¿qué pasa con ella? —preguntó Ana—. Habla. Un día me dijiste...

—No te dije nada. Y tampoco ahora debería...

—Será mejor que se lo cuente —intervine de nuevo—. Lo sé todo y...

—Me dijiste que no debía salir con Carlos —prosiguió ella—, que éramos como de la familia. Me lo soltaste cuando yo...

—Te lo dije para que eligieras a Evaristo, pero también por tu bien, para protegerte de lo que sucedió aquella misma noche. Porque la cosa no se

acabó ahí. No. Realmente nunca se acabó. Por eso te has equivocado al detener el veneno, hiciste mal al quitarme la trencha aquella tarde, porque ahora ya estaría descansado.

—¿Qué pasó después? ¡Cuenta, vamos! —lo apremié.

—Discutimos por la niña y discutimos por la madre. Tanto que Serafín, ¡me cago en la leche que mamó!, decidió marcharse andando con la niña en brazos, para que por lo menos a ella no le hiciéramos daño. ¡Os va a pesar toda la vida!, recuerdo que gritó cuando arrancamos la camioneta y pasamos a su lado, con la mujer dentro. ¡Toda la vida!, dijo. Y tenía razón, ¡mala chispa lo mate!, que ya se podía haber callado. Juro que yo quería matarla cuanto antes, quería pasar dos o tres curvas y, donde no hubiera casas, pegarle un tiro y acabar de una vez con aquella jodida historia. Entonces, más o menos a la altura de Fión, paramos por los alaridos que pegaba. El Trécolas se bajó antes y fue atrás. Yo esperé un momento, me metí otro trago y lo pensé. Decidí que allí mismo sería, en una cuneta y listo. Saqué la pistola del cinturón y esperé. Pero entonces Estrella va y, sin más ni para qué, va y caga una criatura, una criatura toda cubierta de grasa, tanta que brillaba bajo la luna. Recuerdo que me agaché y el Trécolas me la echó encima, en el regazo, diciendo que era una niña. Cuídala, me pidió entonces la madre, tirándome por la chaqueta, ¡cuídala! ¡La madre que nos parió a todos!, ¿por qué tenía que pedirme nada? Y luego murió allí mismo. Como si lo dejara todo arreglado, se murió dejándome con aquel pedazo de carne entre las manos. La pistola en una y la niña en la otra, como un castigo divino, ¡tócate los huevos! No le había prometido nada, nada le había contestado, pero... Entonces recordé que una vecina de Bouzuás acababa de malparir y... Se la llevé aquella misma noche, mientras el Trécolas echaba el cuerpo de la madre a una poza del pantano y limpiaba la sangre de la placenta. Así pues, Eudosia no era tu abuela, hija, como tampoco el Leletas... Aparecí en su casa por la



noche y para ellos fue como si se les hubiera aparecido un ángel. Hicimos un pacto de silencio y se comprometieron a mantener a la criatura como si fuera su propia hija. Y así fue. Le pusieron Amalia, como tenían pensado con la malograda, y después todo sucedió como si lo dejáramos ir, como si nada hubiera sucedido. Cuando se hizo mayor la saqué del pantano, la llevé conmigo y nos casamos. No sé, tenía esa idea metida dentro y... Serafín igual, que tampoco logró librarse nunca de los remordimientos, pues incluso se alistó en el Tercio, yo creo que para morir antes. Y actuó como quiso o como pudo con la otra niña. Pero Serafín nunca supo lo que había pasado después de marcharnos con Estrella. Y como ya no nos volvimos a hablar más, como tampoco él quiso saber nada de don Evaristo, por más que él insistiera en tomarlo a su servicio, con los años se fue convirtiendo en el Hurón que todos recuerdan. Lo consumió la culpa, sin tenerla. Y el Trécolas se murió al poco tiempo en un accidente y nunca lo contó, nunca, porque lo tenía bien avisado. Y eso fue todo, no hay nada más. Le dije a don Evaristo que nos habíamos cepillado a toda la familia y no pidió más explicaciones. Nos pagó muy bien y ahí se acabó la historia, o él hizo que se acabara en los papeles. Luego, con el tiempo... Pero no... Por mucho que lo he intentado, por muchas que llevo hechas, ninguna como aquella, que ni con los años he conseguido olvidar cuanto desgraciamos esa noche. No he podido. Los recuerdos siguen ahí, en carne viva. Es la bilis de los que... de los que ni falangistas éramos.

De lo que sucedió a continuación o de cómo salí de la bodega, seguramente porque importa poco o porque me encontraba en un estado de conmoción tal que me alejaba de la realidad, tengo un vago recuerdo.

Pasados unos minutos, Reina —y no el violento energúmeno que me había golpeado antes— entró y avanzó por el pesar que nos tullía como avanzaría

un fantasma por el infierno, silencioso y dispuesto a rescatar de la quema lo que le importaba. Le importaba yo, lo que me alegró. Y mientras me ayudaba a ponerme en pie, con el viejo aún atado y consciente —y añadiría en un estado de lasitud que parecía aturdido por el amargor o por el veneno—, con Evaristo petrificado en el mismo sitio y Ana plantada en la silla llorando desconsolada por el peso de los hechos, me pregunté si mi mente, después de la crudeza de aquel relato, todavía podría soportar otra sacudida. Había obtenido respuesta a la primera pregunta de mi lista y, al fin, y porque no necesitaba proclamarlo ni revelárselo a nadie, ya podía descansar en paz por ese lado. La memoria de Serafín estaba a salvo: mi padre no había sido un asesino, más bien todo lo contrario. Pero... ¿qué pasaba con la segunda duda? ¿Seguía siendo tan esencial saber si la mujer que siempre había llevado en el corazón me amaba también o me había amado alguna vez? La tenía allí delante, destrozada por el terror, quizás desmoronada como una muñeca rota que ya nunca se recompondrá, a pesar de no tener culpa de nada. ¿O sí que la tenía, pensé, por haber tomado la decisión que había tomado y por no haberse dado otra oportunidad, por no haberme dado otra oportunidad? Como poco, había sido culpable de lo nuestro, era culpable de... Me detuve ahí y, aprisionado en esa rencorosa vereda del pensamiento, me cuestioné quién era yo para juzgar a nadie y si tenía derecho a hacerlo. Por eso, sabiendo lo que en ese instante conocía del pasado y de mí mismo, no quise aventurarme más por lo inútil e ignorado que pertenece a otros. A pesar de que ciertamente los dos necesitábamos consuelo, consideré que no era quién para arrancarle una contestación, consideré que, si esta se producía, tenía que salir de ella, porque cada uno es dueño de sus pasos y pronuncia o no las palabras que el sentimiento le dicta. Con todo, detuve la ayuda de Reina, justo delante de ella, y la miré, sin saber qué decirle. Pero en aquel breve lapso ella no dio palabra.

—Adiós, Ana —dije entonces, sin importarme su sed, pues para nada parecía coincidir con la mía.

—Adiós, Charly —soltó por fin, como de prestado, pesarosamente.

Y mientras ella se refugiaba en sí misma enjugando con las manos el rostro mojado por las lágrimas y proseguía con hipidos entrecortados que, supongo, tampoco le proporcionaban consuelo, yo salí sostenido por el vigor de mi único amigo, un minúsculo taxista de Escairón apodado Reiniña que con una sola y memorable actuación se había hecho tan enorme. Salimos y, en aquel impreciso fulgor de la alborada, notando en la piel la fresca neblina de la ribera, Reina me introdujo en el coche, me colocó el cinturón, cerró la puerta y se puso al volante.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Yo, que quizás en el rincón más remoto de mi espíritu todavía esperaba que la que había sido la mujer de mi vida asomase por la puerta de la bodega y, con valentía, no sé si mucha o poca, simplemente la necesaria, pronunciara un sí o un no —lo único que con la mirada le había pedido, un pequeño monosílabo puesto en sus labios que, como en una vaga imagen de mi cerebro, mezclase lo posible con lo deseado—, lo miré como se mira a un niño travieso que acaba de cometer un delito mayor y le di mi absolución. Se la di porque, a pesar de la debacle que Reina había provocado, me sentía liberado de la inmundicia que había sido mi vida y, poseído por un raro sarpullido interior que no acierto a decir si era alegría o qué rayos era lo que en ese instante sentía, sonreí al tiempo que le contestaba:

—Lo que veas.

—Veo una oportunidad para ti —me soltó entonces, en una adivinanza, quizás leyendo en mi interior—. Veo una mujer morena. Pero no una mujer morena cualquiera, sino una que te está esperando. Sin conocerla, veo que te acompañará a donde vayas y que seguirá a tu lado cada minuto de tu vida.

Una mujer que estará ahí cuando la necesites. Y eso también puede ser amor. Ya sé que suena cursi, pero es lo que veo, tío.

—¿Iremos, entonces? —creo que pregunté.

No respondió. Encendió el coche. Arrancamos y, mientras nos alejábamos de la bodega, me volví para mirar por última vez aquella puerta cerrada y certificar que las sombras del pasado ya no asomarían más la cabeza. Allí dentro quedaban atrapadas. Todos mis fantasmas. Esas migajas que la vida había ido soltando en mi pensamiento y que la memoria más cruenta se había encargado de, definitivamente, sacudir. La confesión del viejo. La indecisión de Ana. Los dos me habían otorgado el salvoconducto para situarme en el presente. Ese. Ese que de ninguna manera pasa por lo que ya no tiene remedio.

## Término

¿Por qué siempre es más intenso el deseo que el logro final? ¿Por qué nos decepciona o no nos llena plenamente lo que siempre habíamos ambicionado? ¿Por qué pasamos por la vida recordando el pasado y mirando hacia un futuro que huye de nosotros? ¿Por qué, a ver? ¿Por qué somos así, seres sin espíritu en el ir y venir por el camino y amargados por la codicia de una meta? ¿Por qué malgastamos de forma tan absurda el tiempo, lo único que verdaderamente tenemos?

Realmente los humanos somos seres contradictorios. Aunque sabemos que el pasado no tiene enmienda y que el mañana nunca llega, buscamos la felicidad olvidando el momento y pensando que aquella se encuentra en el mañana. Desaprovechamos el presente del presente. Y luego, cuando ya no hay nada que rascar, cuando vemos que todo es tan fugaz que se acaba, nos entra esa estúpida urgencia por vivir. ¡Hay que ver cómo nos engañamos! Nos damos prisa cuando ya no tenemos adonde ir. Somos, en verdad, avestruces.

Fuimos a recogerla como se recoge una delicada flor en el más duro ocaso, y aquel tierno abrazo en el pasillo de un piso de alquiler bastó para curar definitivamente las dudas que yo aún acarreaba.

Ese mismo día llamé al médico y me entregué, dócil, al tratamiento oncológico. Primero transité por las sesiones de quimioterapia, esas que te meten el infierno en el cuerpo, tan dentro que por mucho que quieras

vomitarlo no lo consigues, y luego, para intentar eliminar el mal y sus implacables metástasis y porque Marielisa me convenció —recuerdo que fue suficiente con esculcar en el fondo de sus ojos—, luego pasé por primera vez por el quirófano. He salido de la operación y no sé cuánto duraré —una incertidumbre que, por lo menos, me une al resto de los mortales—, pero en el vacío de esta convalecencia, antes de que la cuchilla abra de nuevo mis carnes, me he puesto a escribir esta historia. No contaba volver a este oficio, para nada quería ser el relator de un lamentable suceso del pasado, pero convencido por las artimañas de Reina, me consagré a la tarea como un poseso.

—Quiero hacer un trato contigo, Charly —había dicho, con naturalidad, justo antes de la primera intervención, y mirando la bolsa de suero—. Yo te cuento algo de lo que pasó en la bodega si tú lo escribes.

Mientras Marielisa, con un gesto de complicidad, sonreía, yo lo miré con estos ojos de pez desnortado que siempre me regala el espejo.

—¿Pero, de qué...? —intenté preguntar, pues a pesar de mi insistencia él nunca había querido rememorar lo sucedido.

—No le des más vueltas —me atajó—. Un trato es un trato. Si tú, en cuanto salgas de esta, te pones con ello, te lo cuento. ¿Aceptas o no?

No me hizo falta pensarlo. Asentí.

—Verás, aquella noche estaba convencido de que el cabrón de Ramón no hablaría —empezó Reina, despacio, como midiendo cada palabra—, ni por las buenas ni por las malas. Pero contaba con tu forma de ser, con que a pesar de todo intentarías salvarlo. Y también contaba con que él tenía que ceder algo, lo que fuera, como cede todo el mundo una vez que sabe que se le acaba la vida. ¿Quién no agacha la oreja ante ese agujero muy negro? Pensé que inmediatamente después de meterle lo del frasco, cuando le tendieses la mano, porque sabía que se la tenderías, el único camino que le quedaría sería

entregarse a ti. O no era de este mundo o tenía que contártelo, no le quedaba otra.

—Pero fuiste tan lejos que...

—¿Que fui lejos? ¡Pero si el piojoso ese todavía anda por ahí como si nada! Y mira por donde, creo que también a ti te vendría bien una jeringada de engaño parecida por las venas —consideró, un tanto malicioso—, para que cuando salgas de esta largues como él.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero decir, digo, que el líquido que esa noche le metí en el suero a Ramón, y ese era el secreto, Charly, ¡no era raticida!

—¿Qué era entonces? —pregunté con prisa.

—¡Aguardiente! —exclamó, ante mi sorpresa—. ¡Pero aguardiente añejo, eh! Y ya viste el efecto que unos mililitros de garrafón causaron en el cabestro aquel. ¡Pues imagínate en un esmirriado como tú!

Recuerdo que, después de esa revelación y ante la extrañada mirada de todo el equipo quirúrgico, entré en el quirófano riéndome como quien no es consciente de la circunstancia por la que atraviesa. Aun así, y siguiendo la indicación de este trasgo que resultó ser Reina, considero que hay que estar un poco zumbados para aturar este ácido mundo que nos envuelve.

## Nota final

Carlos Pereiro —que como se comprenderá es un nombre figurado—, murió el pasado 9 de mayo en la unidad de reanimación de la sección de Oncología del Hospital Juan Canalejo de La Coruña —también, vaya burla del destino—, tres horas después de haberse sometido a la tercera e inútil operación para extirparle el bazo y otras partes infectadas por el tumor maligno que lo carcomía por dentro. Luchó hasta el final contra ese malnacido cáncer. Luchó y perdió.

Yo, modestamente, pero contando con su permiso y el de su compañera en los últimos meses de vida, junté el montón de archivos y papeles que escribió a ratos y que, por lo menos, lo mantuvieron entretenido, y los organicé —solo pequé tirando mi «biografía»—, para darle forma de novela. No sé si lo logré, pero va por él.

No se trata de rendirle un homenaje póstumo a esa persona, pues para nada deseaba que su nombre apareciese en ningún lado, es el tributo al amigo que se fue, y es también, porque las novelas son eso, historia pura y dura, su historia. De ella y de lo sucedido en el año 36 ya nadie se podrá librar, ni siquiera la más recatada y persistente memoria.



## **Una gran novela galardonada con el Premio de la Crítica en Galicia que rescata uno de los episodios más siniestros y desconocidos del franquismo**



**¿Qué harías si no te quedase nada de vida?** Esta es la pregunta que se dispone a responder el profesor Carlos Pereiro, protagonista de esta historia, cuando su médico le dice que le faltan pocos meses para morir.

Comienza así una búsqueda centrada en dos temas del pasado: la mujer que siempre amó y el oscuro pasado de su padre, que le llevará hasta los siniestros asesinatos de las Brigadas del Amanecer en la Ribeira Sacra durante los años más duros de la represión franquista.

Partiendo de una minuciosa investigación histórica, uniendo realidad y ficción, atesorando un enorme talento narrativo y una prosa envolvente, Xabier Quiroga firma una novela memorable que nos traslada a un sugestivo espacio literario en la Galicia profunda donde memoria e identidad se confunden: el Cabo do Mundo.

**Xabier Quiroga** nació en el año 1961 en Escairón (Lugo) y se licenció en Filología Galaico-Portuguesa y Filología Hispánica por la Universidad de Santiago de Compostela. Actualmente es profesor de Lengua y Literatura Gallega.

Se dio a conocer en el terreno novelístico gallego con la sorprendente *Atuado na braña* en 2002, novela extensa que además de conquistar la fidelidad de un lector ávido de historias, recibió el calor de la crítica, recibiendo el Premio Losada Diéguez (también otorgado a Domingo Villar, por *La playa de los ahogados*). En 2004 reapareció con la novela *Era por setembro*, novela de formato más breve y calificada por la crítica como «una joya, breve e intensa». Su novela *El Cabo del Mundo* recibió en 2009 el Premio de la Crítica. Con *Zapatillas rotas*, su siguiente novela, volvió a recibir el Premio de la Crítica en 2015.

*La casa del nazi* está teniendo una gran acogida por parte de los lectores, además de ser ensalzada por la crítica, ser finalista del Premio Galdo Libro Galego y ganar el Premio Arzobispo de San Clemente a la mejor novela.

Xabier Quiroga es uno de los autores más representativos y leídos de la poderosa narrativa gallega actual. En su original obra sobresale el intento de interpretar la realidad de su país y de sus gentes a partir de la historia más reciente, así como una búsqueda de lo esencial del ser humano.

Título original: *O Cabo do Mundo*

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Xabier Quiroga

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Beatriz Álvarez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / S. Gómez, G. Pellicer / Leo Flores

Fotografía de portada: © ThinkStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6380-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[1] Los textos en cursiva están en castellano en el original.

[2] Nuevo: fotografía de Monforte de Lemos de la época.

[3] En castellano en el original.

[4] Uno de los programas más longevos de la TVG (se empezó a emitir en 1992), muy popular entre la gente mayor y presentado por X. R. Gayoso.

[5] Afamado vino de la Ribeira Sacra.

# Índice

El cabo del mundo

Preámbulo

Primera parte. Sed

Segunda parte. La busca

Tercera parte. La noche de los perros rabiosos

Término

Nota final

Sobre este libro

Sobre Xabier Quiroga

Créditos

Notas